Mónica González

Inés El aire quema



DESTINO

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

Agradecimientos

Créditos

EL AIRE QUEMA

Mónica González Inés

Ediciones Destino

Colección Áncora y Delfín
Volumen 1741

A mi familia, mi pequeño refugio de amor imperfecto
y la razón por la que no necesito café antes de escribir.

A todas las mujeres que corren
cada día y fingen estar bien,
aunque el corazón sangre por mil heridas.

Es mentira.
Sin duda.
Pero qué
pero cómo
pero de qué otro modo
con qué cara
seguir vivo
seguir.

IDEA VILARIÑO

Podemos imaginarlo todo, predecirlo todo, salvo hasta dónde podemos hundirnos.

EMIL CIORAN

Es fácil ser valiente desde una distancia segura.

ESOPO

1

Desde el ventanal de su despacho, a más de doscientos metros sobre el suelo, Lúa se arregla las solapas de la americana y observa las luces de la ciudad hormigueante. Calcula que, en apenas media hora, llegará a casa: tiene tiempo para recoger la tarta de cumpleaños de Martín. Imagina su sonrisa sin un diente cuando descubra el gran Pato Donald en *fondant* azul y amarillo.

Es el último instante feliz de un día desgraciado, pero aún no lo sabe.

Cuando está a punto de marcharse, el teléfono suena. Dos, tres veces. Una nube negra de estorninos aparece en una esquina del cielo y se cierne sobre la Torre de Cristal. Aparta los ojos y mira el reloj de su padre, que no se quita desde niña. La correa de piel le queda holgada y, a menudo, lleva la esfera en la cara interior de la muñeca.

Con los brazos cruzados, se gira hacia el teléfono.

Le ha prometido a Martín que esta vez no llegaría tarde. Pero se dice que podría ser importante, y además será solo un segundo, y levanta el auricular. Al otro lado de la línea, uno de sus alumnos del máster en Gestión Publicitaria vierte sobre ella una tromba de frases deshilvanadas. De pie, junto al escritorio, Lúa le escucha, primero de forma intermitente y luego con atención absoluta. Una niña de cinco años, le explica, acaba de ingresar en el Hospital 12 de Octubre con pronóstico grave. Al parecer ha ingerido una pila de botón mientras

bebía una lata de refresco, y hay indicios de que los padres podrían denunciar a la marca en las próximas horas. La agencia en la que él trabaja como fotoperiodista, Europa Press, está detrás de la noticia.

—Espera, espera —le interrumpe con impaciencia—. ¿Quieres decir que había una pila dentro de la lata?

—Eso es al menos lo que aseguran los padres.

—¿Y la niña se ha tragado la pila?

—Es más habitual de lo que crees.

Ella da unos pasos mientras se pasa la mano por la línea del mentón.

—¿Se ha filtrado ya el nombre del refresco?

—No tengo más datos, Lúa.

—Necesito el nombre de la marca —insiste—. Es importante.

—Todo apunta a que se trata de Mr. Velvet.

Lúa entorna los ojos sin dejar de presionarse la nuca.

—¿Y la familia ha hablado con alguien? —pregunta.

—He visto a un par de periodistas por el hospital.

Desabrochándose la americana, mueve la cabeza en señal de negación. Mr. Velvet, una de las principales cuentas de la agencia, es uno de los refrescos sin burbujas de mayor crecimiento en España. Les encanta a los niños —Martín dice que sabe a piruleta— y también a las madres: está elaborado con zumo de cereza y frutos rojos, sin ingredientes artificiales ni azúcares añadidos.

—Ojalá todo quede en nada —añade él.

Lúa le agradece el aviso y cuelga. Trata de pensar en posibles escenarios, pero no tiene la información que necesita. Aun así, es consciente de que la compañía es líder de mercado, y en caso de que se confirmase la noticia, es decir, si se hubiera producido algún fallo en la cadena de producción o incluso un boicot a la marca, la crisis reputacional supondría pérdidas millonarias.

Se sienta en el borde de la silla y empieza a mover el talón de uno de sus mocasines de piel arriba y abajo. Por un instante, se queda mirando la fecha en el calendario digital que tiene sobre la mesa: es 12 de diciembre de 2012 y una extraña sensación de frío le atraviesa la espalda.

«Doce del doce del doce», repite.

Luego, de forma apenas perceptible, roza con los dedos la pequeña piedra de obsidiana que lleva siempre en el bolsillo del pantalón y reza para que las cosas no se compliquen.

Desde fuera del despacho llega un runrún incesante de voces. Enciende el ordenador y hace una búsqueda rápida, tratando de averiguar cuáles son las consecuencias de ingerir una pila de botón. Se aprieta los labios con los nudillos a medida que las palabras se agolpan en su cabeza. Asfixia. Quemaduras de gravedad. Necrosis. Perforación de esófago. Muerte.

Piensa en la niña: tiene casi la misma edad que Martín y, por la mañana, sus padres habrán desayunado con ella y la habrán dejado en el colegio como si fuera un día cualquiera.

Su móvil vibra junto al teclado y, casi a la vez, el volumen de las voces se eleva varios tonos. Echa un vistazo y se da cuenta de que hay varias llamadas perdidas de Claude. Trata de concentrarse en la pantalla pero, al cabo de unos minutos, cierra los ojos y se presiona los lagrimales entre el índice y el pulgar; lleva tantas horas delante del ordenador que las letras parecen difuminarse hasta convertirse en una masa indescifrable. Exhala el aire con fuerza por la nariz. Tampoco hoy podrá salir a correr, se dice, y de nuevo tendrá que trabajar hasta bien entrada la madrugada.

Las llaves tintinean en el aire mientras abre la cerradura del cajón. Enseguida extiende la mano y rebusca con urgencia entre las cajas de medicamentos. Desde hace más de un año toma las mismas

pastillas que el psiquiatra le recetó a Martín para el TDAH: las necesita para mantenerse alerta y enfocar su mente durante las noches de trabajo. Se toma los dos últimos comprimidos, apurando el café frío que tiene sobre la mesa. Después arruga el blíster y lo tira a la papelera, donde se acumulan media docena de vasos desechables de Starbucks.

Mira de nuevo el reloj: más de las seis. La imagen de Martín, con los rizos revueltos y rodeado de globos, cruza por su mente. Una oleada de calor le sube hasta el pecho cuando el teléfono vuelve a vibrar. Aprieta los dientes y, de inmediato, convoca una reunión de urgencia a primera hora de la mañana con el equipo, y también envía correos al Departamento de Comunicación de Mr. Velvet y a los responsables de producción de la planta de Vigo. Luego se levanta y coge el bolso, un Birkin negro con sus iniciales grabadas que se compró en París hace apenas un año, tras su último ascenso. Casi a la vez, piensa en Claude. Está a punto de devolverle la llamada, pero antes necesita hablar con el Hospital 12 de Octubre, donde ha ingresado la pequeña. La línea comunica.

Camina unos pasos con la vista fija en el teléfono y se detiene como si hubiera olvidado algo. «Qué cabeza», murmura. Regresa junto al escritorio y revuelve entre la montaña de revistas y papeles. Levanta el retrato en blanco y negro que le hizo Annie Leibovitz el otoño anterior, varias carpetas de artes finales y archivadores con facturas, el billete de avión a Niza, una pantonera antigua, la tarjeta de una *brasserie* de Zúrich con vistas al lago. Nada.

Se gira un instante hacia la puerta: el ruido de voces y golpes abstractos se le enquista en el estómago. Con la frente arrugada, se detiene un momento y piensa: «¿Dónde lo habré dejado?». Continúa desorganizándolo todo hasta que, al cambiar de sitio el *storyboard* que han presentado a un cliente por la mañana, al fin lo encuentra:

el cuaderno de tapas rojas que lleva siempre con ella. Suspira aliviada. Lo abre y, con letra pequeña y nerviosa, anota algunas cifras e ideas inconexas, además de un par de nombres y números de teléfono al dorso de la última página.

Guarda el cuaderno en el bolso y, sin perder un segundo, sale del despacho.

En cuanto cruza la puerta comprende de dónde venía tanto ruido. Desperdigados por el pasillo hay una fila de jóvenes, todos muy altos y con el pelo rubio y alborotado a conciencia, que esperan su turno para acceder al casting de un anuncio de cava. La cola, interminable, se extiende hasta la escalera de acero que conecta el vestíbulo con las otras tres plantas que ocupa ShackelCom en la Torre de Cristal. Por momentos el bullicio sube de intensidad y Lúa se siente como si estuviera en medio de una sala de embarque, rodeada de viajeros inquietos que cuentan los minutos para el despegue del avión.

Recostado en la pared, uno de los chicos flexiona la pierna y apoya la zapatilla contra la pintura blanca que da a la sala de reuniones. Mientras ella cierra la puerta con llave, nota sus ojos entre los omóplatos, igual que un punzón. Le escucha susurrar: «Cuando la oía hablar por teléfono ahí dentro, te juro que pensaba que era un tío. Y no uno cualquiera. Alguien de mi tamaño». Algunas risas ahogadas. Con las sienes palpitando, Lúa se gira y da unos pasos hacia él. Mira con fijeza las New Balance; están algo desgastadas por el uso y tienen los cordones rojos. Cuando levanta la vista, él le sostiene la mirada desde arriba por la diferencia de altura, y la masa de músculos se le tensa por debajo de la camiseta.

Poco a poco, se apagan las voces a su alrededor.

Memoriza el número doce que el chico lleva prendido en el pecho, al igual que el del número trece que le ha reído la gracia.

Coge aire y modula con exactitud cada palabra:

—En el hipotético caso de que seas seleccionado *ahí dentro* —dice —, lo primero que harás será limpiar la pared.

—¿Es una broma? —contesta él con una sonrisa asimétrica.

—En absoluto.

El silencio retumba.

Lúa permanece impasible sin quitarle los ojos de encima; espera varios segundos hasta que baja la zapatilla al suelo y, esforzándose por aparentar tranquilidad, se da la vuelta y se abre paso con determinación entre la hilera de candidatos.

«Imbécil, era Lúa Cruz», escucha a su espalda.

Avanza por el pasillo y, en pocos metros, se aviva el rumor de las conversaciones, el sonsonete de impresoras y teléfonos, los villancicos instrumentales del hilo musical. Sube el volumen del móvil y escucha los últimos mensajes del buzón de voz: «Hola, Lúa, soy Adam. Te he llamado varias veces, solo quería saber si sigues en el despacho. Qué locura de días llevamos, ¿no? Por cierto, acabo de ver el último *briefing* y espero que no estés contemplando la idea. Nos han adelantado varias fechas de entrega y están al caer otros dos concursos. Es imposible llegar a todo. Llámame en cuanto...».

Siente un ligero mareo y se lleva una mano a la sien: todo parece volverse brumoso, salvo el ruido dentro de la cabeza. Por momentos, el aire se espesa, el pasillo parece más largo, todos hablan demasiado alto. Se detiene al llegar a la escalera, como si tuviera miedo de caer, mientras finge revisar el correo electrónico en el móvil.

«Seguro que es la tensión», piensa.

No puede evitar acordarse de su padre, que murió un 12 de diciembre, y las palabras que le decía de niña vuelven a la memoria: «Tienes cara de ángel y voz de chocolate negro».

Trata de concentrarse en la respiración, pero enseguida baja una planta y compra un refresco en la máquina expendedora que zumba junto al despacho de Greta. Casi sin darse cuenta, se acerca la lata al oído, y después la inclina despacio de un lado a otro antes de abrirla.

«¿Una pila?», se pregunta.

Un minuto más tarde deja atrás el gran abeto de Navidad de la entrada, lleno de luces destellantes, y se despide apresurada de algunos colaboradores. La felicitan a voz en cuello por el premio en reconocimiento a su trayectoria, que está a punto de recibir en Cannes.

—¿Te veo luego en el cóctel? —le pregunta uno de los directores de cuentas mientras espera el ascensor. Lúa lanza una mirada rápida al mensaje que acaba de recibir.

—Intentaré pasarme a última hora —dice.

—¿Estás bien? —añade él—. Pareces cansada.

—Demasiadas cosas en la cabeza.

Cuando la puerta del ascensor se abre se aleja sin mirar atrás y comienza a contar los segundos que le llevará descender hasta el garaje rodeada de desconocidos y conversaciones vacías: el tráfico y la lluvia, el precio de los alquileres, la polución ambiental.

«Los cincuenta son los nuevos treinta», dice el ejecutivo de la americana con coderas de piel del que apenas la separan unos centímetros; después se lleva la mano a los mechones de pelo que se le escapan del moño gris y la sigue con la mirada hasta hacerla sentir incómoda. Lúa no puede evitar apretar el puño dentro del pantalón. Intenta que el tiempo pase más deprisa mirando el reloj y consultando los últimos mensajes. En cuanto el ascensor se detiene en la planta del parking, una mujer que le resulta familiar le da la

enhorabuena por el premio, pero, antes de que pueda decir nada, desaparece en medio de una neblina de risas y perfume.

Mientras camina en dirección al garaje comienza a sentir el efecto de las pastillas y una sensación de triunfo le burbujea en el vientre. De pronto, hay electricidad en el aire. Recogerá la tarta, se dice, disfrutará del cumpleaños de Martín y, en cuanto pueda, se escapará al cóctel; luego, al volver a casa, encontrará el tiempo necesario para trabajar en el plan de comunicación de crisis de Mr. Velvet. Necesita tenerlo listo cuanto antes para presentárselo a Ryan Corbin si las cosas se tuercen. Le explicará que la aparición de una pila en un refresco infantil podría generar una gran alarma social —como ocurrió en el caso del Tylenol de Johnson & Johnson—, por lo que será imprescindible actuar con rapidez y eficacia para minimizar los posibles daños. Le hablará de transparencia, empatía, responsabilidad, cohesión en el mensaje, escucha activa.

Conservará la cordura, se repite, y podrá con todo.

Es solo cuestión de organizarse.

Revuelve en el Birkin en busca de las llaves y, con paso decidido, se adentra en la negrura del garaje. El olor a gasolina y humedad invade cada rincón y le deja una sensación incómoda en la garganta, como si la ciudad entera estuviera respirando de forma equivocada.

Unos metros antes de llegar a su plaza, los intermitentes del Range Rover se iluminan con un guiño aciago. Deja la americana y el bolso sobre el asiento y, luego, baja el espejo de la visera y se alisa la piel ligeramente malva de debajo de los ojos. El rostro que le devuelve la imagen —las pupilas grandes como canicas, la tez muy pálida y la clavícula asomando bajo la piel— parece mirarla desde un lugar muy lejano.

Aspira el olor a nuevo de la tapicería y el minúsculo diamante que lleva en la nariz centellea en la oscuridad. Enciende el motor. Las

ruedas rechinan sobre el suelo de hormigón y, en pocos segundos, el todoterreno se diluye en el río rojo de semáforos y faros traseros que alumbran el paseo de la Castellana.

A la altura del Santiago Bernabéu comienzan a sonar los cláxones: un autobús acaba de cruzarse y hay dos carriles bloqueados. Al otro lado de la calle, repleta de luces de Navidad, los turistas se arremolinan junto a las taquillas del estadio y, apenas unos metros más adelante, una bolsa de plástico revolotea entre los coches.

Desde el manos libres, llama a Greta, que responde al primer tono:

—Siento el retraso, Lúa, no llego a Atocha hasta las siete y media. Todavía no he podido enviarte la presentación. Solo queda...

—Escúchame, por favor —la interrumpe—. Me han llamado de Europa Press y tenemos entre manos un asunto que podría complicarse.

Le habla de «la niña de la pila» y de sus posibles repercusiones para Mr. Velvet, y después le dice que todavía no ha podido localizar a la dircom del Hospital 12 de Octubre: el buzón está lleno y la línea comunica, pero necesitan saber cuanto antes cómo evoluciona la pequeña, si es cierto que había una pila dentro de la lata y, por encima de cualquier otra consideración, identificar la marca del refresco.

—¿Qué piensas, Lúa?

—No pinta bien —dice—. Aunque es solo un presentimiento.

—¿Algún fallo en el proceso de envasado?

—Necesitamos más información.

—¿Lo sabe ya Corbin?

—Aún no. —Una pausa—. En cuanto tengamos más datos.

—¿Y si todo fuera una especie de broma? —continúa Greta.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes, algún gracioso sin nada mejor que hacer.

—¿De verdad te parece que se puede inventar una historia así?

Greta permanece en silencio mientras Lúa define con claridad los siguientes pasos. Es «absolutamente prioritario», dice, abrir una investigación en la fábrica. Contactar con la familia de la niña. Preparar un plan de acción y comunicados internos para los empleados. Organizar la rueda de prensa.

El Range Rover se detiene en un semáforo en rojo y, de improviso, un hombre con traje oscuro roza con su maletín la carrocería por el lado del acompañante. Lúa traga saliva mientras el ejecutivo levanta la mano y, sorteando el torrente de coches, sube a un taxi.

Después escucha:

—Pensaba que ya no hacíamos comunicación de crisis...

Mira hacia otro lado y aprieta la mandíbula. Le gustaría poder darle alguna justificación a Greta. Pero no tiene ninguna.

—Estoy a la espera de una llamada —miente—. Llámame en cuanto averigües algo.

Corta la comunicación y se queda mirando las acacias del bulevar entre el humo de los tubos de escape; están repletas de hileras de bombillas y, sin embargo, parecen tristes. Por algún motivo, varios de los troncos están marcados con una equis de pintura de color púrpura.

Unos metros más adelante, mientras otro autobús urbano maniobra para situarse en el carril derecho, coge aire y piensa en la mudanza, los informes pendientes, las vacaciones, los planes de cuentas, el viaje a Cannes. Se acuerda después de Martín, y de nuevo siente que le falta el oxígeno. Cambia de marcha, y de forma inconsciente se lleva a los labios el pequeño tatuaje que tiene en el dedo índice de la mano izquierda y cuyo mensaje se repite a menudo como un mantra: «One day at a time». Día a día. Alguien le

dijo una vez que era el lema de una asociación de alcohólicos anónimos en Estados Unidos, y también parte de la plegaria que ayudó a David Bowie a recuperarse de sus adicciones.

Ojalá hubieran podido salvar también a su padre, se dice.

Y, aunque apenas suele hacerlo, se acuerda también de su madre, pero en ella prefiere no pensar.

Al final de la avenida, se distinguen las luces azules de un coche patrulla apostado en una isleta del tráfico. Mira el reloj y, en cuanto puede, acelera y coge el desvío hacia la autopista. Le resulta extraño que la circulación sea tan densa a pesar de no ser aún hora punta, pero el teléfono vuelve a sonar y una sensación de desasosiego le sube desde el vientre cuando el nombre de Claude aparece en la pantalla.

—¿Dónde se supone que estás? —le pregunta con voz tensa.

Lúa se pasa la mano por el pelo, corto y oscuro. Se acuerda de la discusión de la noche anterior y espera un par de segundos antes de responder.

—¿Has visto la hora que es? —insiste él.

—Me ha surgido algo a última hora —se excusa—. Estaré allí en quince minutos.

Claude resopla al otro lado del teléfono, y ella recuerda sin querer sus palabras de hace apenas un puñado de horas: «¿Crees que podrías intentar no llegar tarde?».

En los últimos días, no han dejado de discutir, casi siempre por los continuos viajes y retrasos de ella. Y, cuando mira el reloj, se da cuenta de que debería haber llegado a casa hace más de hora y media. Pero está cansada de los reproches de él y de tener que justificar a cada momento la exigencia de su trabajo.

Se escucha de fondo un coro de risas infantiles y, más tarde, el timbre. Los gritos se multiplican cuando Claude le dice que acaba de

llegar el mago, y después cuelga casi sin despedirse.

Los árboles que flanquean la autopista se inclinan por una ráfaga de viento. Poco a poco, se mezclan con las imágenes de las acacias de la Castellana y, de nuevo, Lúa vuelve a preguntarse el motivo por el que algunos de los troncos están marcados con una equis de pintura.

Las vallas publicitarias se suceden junto a la vía de servicio: «Es Navidad en El Corte Inglés». Poco a poco, el tráfico se hace cada vez más lento hasta detenerse por completo. Mira el reloj: siete menos cinco. Suspira mientras se masajea los músculos del cuello y de los hombros. Después repara en el cuaderno que sobresale del bolso, y en su cabeza se dispara un torbellino de ideas. Intuye que la situación podría complicarse en cualquier momento para Mr. Velvet, y evalúa acciones y estrategias para minimizar el impacto de la crisis sobre la compañía. Piensa en mensajes clave, portavoces, métricas, colaboración con autoridades, una línea de atención al cliente, monitoreo de medios y redes sociales.

Al cabo de un par de minutos, una lluvia sucia empieza a deslizarse por el cristal. Las gotas tamborilean sobre la carrocería, primero despacio y luego cada vez más deprisa. Lúa enciende la radio y cambia varias veces de emisora. Escucha la voz del locutor y la monotonía de las noticias: «La venta de viviendas sube un doce por ciento ante la inminente desaparición de las deducciones fiscales por...».

Cuando levanta la vista, el automóvil rojo que tiene a su izquierda comienza a desplazarse hacia atrás, despacio, hasta que termina impactando contra el parachoques de una furgoneta con las lunas tintadas. A pesar de la lluvia, el conductor se baja en el acto y sin dejar de gesticular con las manos. «¿Estás ciega o qué?», grita

mientras revisa una y otra vez la parte delantera del coche. Lúa bloquea las puertas y se remueve incómoda en el asiento.

En cuanto comienza la información del tráfico, sube el volumen. Al parecer, los bomberos han comenzado a retirar un cartel publicitario que amenazaba con caerse en la avenida de América. Siente una quemazón en el pecho cuando el locutor avisa de que hay más de doce kilómetros de retenciones en la autopista.

«No puede ser», murmura.

Deja pasar unos minutos y después llama a Claude para explicarle lo que ocurre.

—*Mon œil!* —dice él resoplando con impaciencia—. ¿Y no podías haber salido antes?

Ella trata de ignorar el golpe, pero el tono de reproche le pellizca los nervios. Se desabotona la camisa blanca hasta el pecho.

—¿Te cuento el día que llevo y todo lo que he tenido que dejar pendiente?

—Mejor dime algo que no sepa —responde Claude con voz cansada, con el tono de quien repite algo por enésima vez.

—No empieces otra vez, ¿quieres? Estoy en un atasco y lo último que quiero es discutir.

Él deja escapar una risa nerviosa.

—¿Y soy yo el que quiere discutir entonces?

Silencio.

—Le habías prometido que estarías en casa antes de que llegara —añade Claude.

Lúa cierra los ojos para volver a abrirlos un segundo después.

—Sabes de sobra que el cierre del año es una locura.

Otro silencio.

—Recuérdame que brindemos luego porque lo principal siga siendo lo principal.

Lúa se pone rígida en el asiento y las palabras salen huracanadas de su boca:

—Qué fácil es todo para ti, ¿verdad? Sobre todo después de toda una tarde jugando al golf. ¿O tocaba tenis?

—No me des lecciones, *d'accord*? Eres tú la que nunca estás disponible ni te involucras en nada. ¿Cuándo demonios te vas a preocupar por alguien que no seas tú misma?

Lúa escucha de fondo la voz de su hijo, que pregunta «cuándo viene mami». Está a punto de pedirle a Claude que le pase el teléfono para decirle «estoy de camino, cariño» cuando él pregunta:

—¿Y la tarta?

Respira hondo y cuenta hasta tres antes de responder. En su interior resuena toda la irritabilidad contenida en la voz de él esa misma mañana: «¿Piensas recoger la tarta o también lo hago yo?».

—¡Llevaré la maldita tarta!

El corazón le late con violencia cuando cuelga el teléfono, antes de darle la oportunidad de decir nada más. Abre unos centímetros la ventana y, por un momento, tiene la sensación de quedarse sin luz. El mismo vacío, ese eclipse negro en el vientre que la acompaña desde que era una niña.

En el horizonte, las nubes apelmazadas sobre la bóveda oscura del cielo comienzan a oprimirlo todo. Le viene a la cabeza la palabra *skinless*: sin piel, en carne viva. Y por un momento, le invade una sensación de tránsito, de fatalidad, casi de miedo, que le hace estremecerse debajo de la blusa.

Se lleva el pulgar a la boca, presionándolo contra los dientes, y trata de controlar la respiración al pensar en Claude. Hace solo unos días le envió a la agencia un cofre con su nombre grabado, con decenas de bombones de Debauve & Gallais y un poema de Borges

del que solo recuerda el último verso: «Me duele una mujer en todo el cuerpo».

Con el calor de la discusión todavía en el pecho, visualiza los regalos y detalles inesperados a lo largo de los años. Rosas rojas, un ramo cada sábado para celebrar el día que se conocieron. Entradas para conciertos y exposiciones casi imposibles de conseguir, un pañuelo de seda o un abrigo de cachemira colgados sobre la silla sin ningún motivo especial; perfumes, libros, chocolates de importación, una pulsera de zafiros debajo de la almohada o un par pendientes en forma de luna con una nota escrita a mano, la promesa de que la cuidaría siempre, «incluso en la oscuridad». Se agarra a la imagen un segundo antes de que se esfume y, enseguida, cruzan por su mente las palabras de Claude, tantas veces repetidas, de «proteger su amor hasta el final».

«Pase lo que pase», repite en voz baja.

Y entonces se da cuenta de que no recuerda cuándo fue la última vez que él la abrazó por la espalda mientras le acariciaba el pecho y le susurraba al oído que lo volvía loco.

El sonido atronador de los cláxones le devuelve, igual que una bofetada, a las columnas de vehículos que la aprisionan mire adonde mire, como si flotara a la deriva en un mar de acero brillante.

Es noche cerrada cuando el tráfico empieza a avanzar con lentitud, apenas un par de metros, para volver a parar poco después. Sigue lloviendo y, sobre la carretera, comienzan a formarse grandes charcos. Presiona el volante con las palmas de la mano y, en un intento para que el tiempo pase más deprisa, coge el cuaderno de tapas rojas y hace anotaciones con sugerencias y algunas ideas para la presentación de Corbin.

Al cabo de media hora, tal vez más, siente un malestar en el estómago y se da cuenta de que ni siquiera ha podido hacer una

pausa para almorzar. Desde hace meses tiene la mala costumbre de saltarse comidas. Piensa en la bolsa de *running* que lleva siempre en el maletero, con barritas energéticas y fruta deshidratada. Pero el frío y la lluvia la mantienen pegada al asiento. Abre el bolso y coge la chocolatina que guardaba para Martín. Menos de un minuto después llega un mensaje de Greta: «Malas noticias. El padre de la niña es abogado». Guarda el envoltorio pegajoso a la mitad y sigue tomando notas y respondiendo mensajes en el teléfono.

Las gotas de lluvia empiezan a colarse por la rendija de la ventana. Con la piel erizada, cierra el cristal y llama a la pastelería para confirmar la hora de cierre: «Las ocho y media», le informa una voz robótica que podría pasar por un contestador automático. Como cada vez que está nerviosa, se pasa la mano por el pelo y se retuerce un mechón entre los dedos.

En cuanto cuelga, siente cómo se aviva el dolor sordo que ha empezado a presionarle en la banda superior de la cabeza y por detrás de los ojos.

Suelta el aire como si llevara horas conteniéndolo.

Luego se lleva la mano a la frente y piensa de nuevo en Claude. Imagina su cara y su boca, llena de dientes muy blancos que no sonríen. Las gafas sin montura y la piel bronceada incluso en diciembre. Escucha su voz con claridad absoluta, como si estuviera allí, a menos de un metro de distancia: «¿Cuándo te vas a preocupar por alguien que no seas tú misma?». Cierra los ojos, los aprieta. Habría querido que fuera él quien cortase la llamada y le hubiera gritado algo hiriente.

Las líneas blancas pintadas sobre el asfalto se vuelven ondulantes por la tormenta. Por momentos, se desespera y no sabe qué hacer. Se inclina hacia un lado y, con dedos ágiles y nerviosos, saca del bolso *In Cold Blood*, una de las novelas en versión original que, cada

semana, se obliga a sí misma a leer para perfeccionar su nivel de inglés. Comienza a repasar por encima algunos fragmentos que tiene subrayados, pero está pendiente de la carretera y el encadenamiento de las palabras se produce con dificultad. Los ojos le pican y le arden de cansancio.

En cuanto el tráfico comienza a avanzar deja el libro sobre el asiento, abierto por la mitad y con el lomo hacia arriba. Mira de nuevo el reloj: ocho y dieciséis. Tiene catorce minutos para recoger la tarta. Nota los latidos en las yemas de los dedos. Cuando las filas de coches comienzan a separarse, se sitúa en el carril de la izquierda y acelera. Ocho y diecinueve. La señal de «límite de velocidad superado» se enciende en la pantalla. Tres minutos después rechaza una llamada y coge la salida en dirección a la Feria de Madrid. «Venga, venga, venga», murmura entre dientes.

En pocos segundos, la ciudad se encoge en el retrovisor. Gira en dirección a Conde de Orgaz y luego dos veces a la derecha. El libro se desplaza hacia delante por el vaivén y, al extender el brazo para detenerlo, activa sin querer algún botón en la pantalla del salpicadero. La canción infantil la sobresalta: «The wheels on the bus go ŕound and ŕound...». Maldice el tráfico de Madrid cuando se da cuenta de que la calle está cortada. Hormigoneras, vallas amarillas, montones de tuberías, un coche negro subido a la acera. Da la vuelta marcha atrás. El volumen de la música está demasiado alto: «’Round and ’round...». Ocho y veinticinco. Escucha en el móvil la notificación de un nuevo mensaje de la oficina y callejea durante un par de minutos. «The wipers on the bus go swish, swish, swish...». Ocho y veintinueve. Una calle pequeña y oscura. Exhala el aire con un sonido sibilante. Los limpiaparabrisas, a máxima velocidad. «Swish, swish, swish...» Se vuelve un instante para apagar la música. Una furgoneta con las luces de emergencia. La

ventana empañada. El semáforo en ámbar. La tarta. Claude. La equis púrpura. Su padre. La pantalla del teléfono. Corbin. Otra ráfaga de lluvia. Una mancha negra sacude el cristal.

Entonces, el golpe sordo contra el parachoques.

El Range Rover da un bandazo y los neumáticos chirrían sobre el asfalto mojado. Lúa quiere saber y no saber a la vez. Un pitido en la cabeza. Las pupilas balanceándose dentro de los párpados. El corazón, a punto de reventar. Se inclina hacia delante. Mira hacia los lados, busca entre los huecos que deja la lluvia. Algo negro que flamea. Olor a humedad. Un bulto casi al lado de la acera. «Pero ¿es esto real?». Silueta borrosa. Todo oscuro. Una mujer. No puede pensar. Boca. Manos. Sin comprender. Ay Dios, ay Dios, ay Dios. Respirando más y más deprisa. Debería quedarse. Pero la falta de oxígeno. Y las anfetaminas. Ni siquiera recuerda cuántas. Desgarramiento. Vergüenza. El estómago encogido. Solo silencio. Y Claude: Dónde estabas. Una vena en la frente. Me voy, déjalo. La palabra CÁRCEL escrita con pintalabios en el espejo. Dos hombres con uniforme azul. Un zumbido lejano. Por favor, ten piedad de mí. Las luces giratorias de la ambulancia. Y Martín viendo llover. Reuniones, métricas, entrevistas. Pero nunca contárselo a nadie. Padre nuestro que estás en el cielo..., por favor, Dios, por favor, haz que esto acabe bien.

Inhala como si fuera asmática y después escucha su propio grito desgarrado, que parece salir de un cuerpo que no es el suyo.

Pisa de nuevo el acelerador.

2

Conduce deprisa, como si supiera adónde ir. Una camisa de fuerza le oprime los pulmones. El aire quema. Intenta mantener los ojos fijos en el retrovisor hasta que se aleja y pierde de vista el cuerpo, tirado como un trapo junto a la acera. Con las manos temblando, hunde los dedos en la piel fría de su rostro.

«Ay Dios, ay Dios, ay Dios», repite sin cesar.

Debería dar la vuelta y pedir ayuda, se dice a cada momento. Mantener la calma, hacer algo, llamar a alguien. Pero el pánico lo envuelve todo: la policía, Claude, el cumpleaños, la indignidad de la huida. Ni siquiera es capaz de recordar cuántas pastillas se ha tomado desde las cinco y media de la mañana, una mezcla descabellada de anfetaminas, ansiolíticos y grandes dosis de cafeína. Si volviera al lugar del accidente y le hicieran un control de drogas, sería el fin de su carrera.

Conduce hasta el siguiente cruce sin saber qué dirección tomar. Siente una bola de angustia en la boca del estómago que tira de ella hacia abajo, como si tuviera un montón de piedras dentro. Por momentos, se pregunta si todo es real o, quizás, le está ocurriendo a otra mujer. Pero luego escucha en su mente el golpe seco contra el acero del capó. La sensación de asfixia es tan intensa que está a punto de perder el control.

«¿Qué has hecho, Lúa? ¿Qué has hecho?», murmura.

El cerebro no es capaz de procesar todo lo que acaba de ocurrir. El bulto en la carretera, borracho de sangre y de oscuridad. El recuerdo borroso de algo que flamea en el aire. «Una bufanda», piensa. El pecho se comprime cuando se acuerda de la que tenía su padre, la que llevaba siempre suelta al cuello. Una bufanda de lana deshilachada en las puntas que se tiñe de negro.

Tiene la imagen atravesada en la garganta como una flema.

Gira a la derecha y, sin darse cuenta, enfila la siguiente calle y luego otra más. Lo único que debería hacer es dar la vuelta y dar parte, se repite. Solo eso. Pero no deja de temblar. Se imagina de nuevo a la mujer sangrando por los oídos. Piensa en traumatismos, fracturas, derrames, abrasiones. Una silla de ruedas. Las luces parpadeantes de un coche de policía.

No puede creer lo que ha hecho.

De improviso, el automóvil que tiene delante enciende los faros de freno y ella detiene el coche en seco, a escasos centímetros del otro guardabarros. Se lleva las manos al pecho. La sensación, aterradora, es de extrañeza e incredulidad, como si otra persona tomara las decisiones por ella.

Y, sin embargo, al otro lado del cristal todo sigue su curso. El bullicio de los bares y las cafeterías. Los escaparates con abetos y guirnaldas de Navidad. La lluvia, la gente, el tráfico, la confusión, el ruido. Las calles torcidas.

El viento sacude las hojas de los árboles y les hace verter una lluvia espesa y oscura que borbotea sobre el asfalto. Apenas a un par de metros del Range Rover, una oleada de cuerpos en movimiento cruza el paso de cebra. Los rostros, medio ocultos por los paraguas y las solapas levantadas. Caminan despacio entre el humo blanco que escupen los tubos de escape, como un ejército de fantasmas.

Se ovilla en el asiento y los sigue con la mirada mientras deambulan sin rumbo por las aceras: despreocupados, indiferentes, incapaces de ver que la muerte los acecha a cada paso del camino.

Gira la cabeza y mira los letreros ilegibles de las calles.

Enseguida, el coche que tiene delante arranca de nuevo; los motores se revolucionan y los automóviles del carril de la derecha empiezan a dejarla atrás, pero ella no se mueve. El miedo le late bajo la piel, en cada poro de su cuerpo. En el fondo de su ser no se siente mayor que una niña de diez años, la edad que tenía cuando vio morir a su padre.

Observa los coches y los autobuses abarrotados, y se dice a sí misma que no puede seguir allí, en medio de la carretera. Más tarde nota un hormigueo en la cabeza; se lleva la mano a la frente, junto al nacimiento del pelo, y mira con horror los dedos manchados de sangre.

Piensa que va a volverse loca de un momento a otro.

Luego suenan los primeros cláxones y, en pocos segundos, vienen muchos más. Como si estuviera en trance, se pierde en elucubraciones. Siente frío y calor a la vez. Agarra el volante con las dos manos y pisa el embrague, pero el pie resbala del pedal y se le cala el coche en medio del tráfico.

La lluvia restalla contra el parabrisas. Escucha el sonido de uno de los intermitentes, pero no lo apaga. Por un momento, se ve a sí misma desde fuera, inmóvil y con la cabeza ladeada, como una marioneta de cuyos hilos alguien se hubiera olvidado. No deja de temblar. Piensa en la cárcel, en Claude y en la posibilidad de no ver a Martín nunca más. El miedo le deforma la cara. Y de pronto se ahoga. Una mujer demacrada y sin escrúpulos, golpeándose el pecho con los nudillos a bordo de un Range Rover recién estrenado.

Poco a poco, el sonido de las bocinas se vuelve ensordecedor. Algunos automóviles le adelantan por la derecha. Gesticulan con las manos, elevan los puños y la miran de un modo siniestro al pasar. Arranca de nuevo y acelera solo para dejar atrás la oscuridad, el ruido, las miradas sombrías de los otros conductores. Continúa hasta el final de la calle y después gira a la derecha y, cuando está a punto de incorporarse a la avenida principal, el todoterreno empieza a zigzaguear.

Durante un par de metros, una rueda se sube a la acera.

Doscientos latidos por minuto.

Más cláxones.

Más lluvia.

Más miedo.

Avanza rápido, entre edificios de oficinas y casas sin jardines. Unos segundos después, arrastra una caja de cartón, que se lleva por delante y se queda rebotando al otro lado de la calle. Cuando recupera el control, empieza a contar hasta diez. Una fuerza tira de ella en dirección contraria y otra la obliga a seguir adelante. Aprieta el volante hasta que los nudillos duelen mientras se promete a sí misma que, en el siguiente cambio de sentido, regresará y pedirá una ambulancia. «Solo un minuto más y doy la vuelta», se dice. Pero cuando llega al desvío, como si una energía extraña la absorbiera, se sorprende sin ni siquiera volver la vista atrás.

Y pisa de nuevo el acelerador en dirección a ninguna parte.

«Estoy tranquila, estoy tranquila», repite entre sollozos.

En ese momento, podría ser cualquier otra mujer de camino hacia algún lugar. El gimnasio, las compras de Navidad, un musical en la Gran Vía, cualquier sitio. Pero su vida le parece cada vez más irreconocible y lejana.

Al cabo de un par de minutos, el teléfono suena. Por alguna razón, se ha desconectado el manos libres y ella lo busca a tientas en el bolso, con la mirada fija en el asfalto. Quiere apagarlo, pero se le desliza de los dedos y desaparece por debajo del asiento. Las mejillas le arden al pensar en Claude. En su interior, hace cálculos sobre qué le dirá en cuanto la vea aparecer. Imagina sus ojos de nieve y hielo, mirándola sin pestañear.

Las costillas le palpitan con violencia mientras proyecta en su mente el momento en el que llega a casa y le confiesa, en cualquier rincón, lo que acaba de ocurrir.

—He atropellado a alguien —le dice a bocajarro, tratando de alejarse del bullicio de la fiesta—. Una mujer. Cerca de la pastelería.

Claude no la escucha.

—No sé si está viva.

Sigue sin oírla. Toma un sorbo de vino y, luego, hace un gesto con la mano para saludar a algún invitado.

—No paré, Claude —añade mientras intenta no pensar en el aire que le quema los pulmones—. Seguí conduciendo. No pude.

Él tampoco reacciona.

Y ella se convence de que, quizás, debería decírselo de nuevo, pero mirándolo a la cara y en voz alta, en vez de murmurando para sus adentros.

Pero cómo se le puede explicar algo así a nadie, se repite.

Parpadea varias veces y, cuando quiere darse cuenta, está a punto de saltarse un semáforo en rojo justo antes de atravesar la siguiente avenida. Frena en el último segundo, sobrepasando el paso de cebra, y el vehículo que viene en dirección contraria la deslumbra con una ráfaga de luces. Grita, ya sin voz, y las venas se le marcan en la garganta.

La lluvia arrecia durante minutos que parecen inacabables. Comienza a contar los golpes del limpiaparabrisas, y después se lleva la mano a los pendientes, una hilera diminuta de estrellas de brillantes, y tira del lóbulo hacia abajo como si quisiera arrancarlo. Solo para dejar de pensar.

Al cabo de un rato, una gasolinera de Campsa aparece al final de la calle. Mira el indicador del nivel de la gasolina: el depósito está casi lleno y tiene en el bolso la documentación, y también dinero en efectivo para pagar peajes y hoteles.

Sopesa la posibilidad de huir y abandonarlo todo.

Pero ¿adónde ir?, se dice.

Mira con fijeza el cartel sobre fondo azul que indica TODAS DIRECCIONES. Tiene el pelo húmedo y el cuerpo empapado en un sudor frío. Comprende que ya es demasiado tarde para regresar y pedir ayuda, pero la idea de volver a casa en medio del cumpleaños le parece tan disparatada que no puede ni quiere entenderla.

Deja atrás el colegio de Martín y avanza a sacudidas por la carretera hasta el único tramo abierto de alambrada del pinar de Conde de Orgaz. Se dice a sí misma que debe dominar el pánico, y que lo único que necesita es encontrar un lugar retirado y sin nadie alrededor para pensar en las opciones que le quedan antes de que sea demasiado tarde.

El Range Rover se adentra en el camino de arena, entre baches y charcos de agua negra. Todo está confuso en su mente, como en una nebulosa. «Pero seguro que ella está bien —piensa—. Tiene que estarlo.» Incluso le ha parecido que llegaba a incorporarse en algún momento. Y, además, era una calle pequeña y residencial y la velocidad no podía ser muy alta. Ni siquiera han saltado los airbags. Tampoco ha visto a nadie por la acera que pudiera denunciarla. Y el semáforo, quiere creer, todavía estaba en ámbar.

Las ramas de los pinos golpean los cristales como dedos de esqueleto mientras considera la idea de deshacerse del teléfono móvil.

Pero la cabeza no le da para más.

«Ya pensaré en ello más tarde», se dice.

Apenas ha avanzado doscientos metros cuando da un volantazo y derrapa hasta frenar. Un árbol caído, con las raíces al aire, le bloquea el paso. Se queda paralizada unos segundos. Y de pronto el llanto le sacude los hombros. «Maldita cobarde», repite. Siente una hendidura por dentro, como si el cerebro se hubiera partido en dos. Y se queda allí sentada, mirando al frente con los ojos húmedos y sin ver nada en absoluto. Igual que cuando era niña, los dedos recorren las cicatrices del muslo, esos trozos de piel dormida a los que, a menudo, despierta arañando con las uñas —siempre cortas y desiguales— los puntos de uno y otro lado. Necesita ver brotar la sangre y que el dolor físico la saque del estupor y atenúe el miedo que la encoge por dentro. Se deja caer sobre el volante, con los brazos en cruz y sin poder quitarse de la cabeza su cobardía y esos segundos de espanto para los que no existen palabras.

Más tarde enciende la radio y, con dedos febriles, cambia el dial de una emisora a otra en busca de las noticias de última hora. Pero solo hay fútbol, manifestaciones, recortes y desahucios, desvío de fondos públicos a paraísos fiscales, tertulias y risas absurdas. Antes de apagarla, deja que suene unos segundos *Mother's Little Helper*. La canción le resulta casi obscena: las madres, el estrés, las pastillas, el vacío. Una oleada de desesperación la recorre por dentro al recordar el concierto de los Rolling Stones, hace cinco o seis años, abrazada a Claude en la playa de Copacabana. Recuerda las luces, la euforia, las risas, la sensación de ser invencibles. Todo tan lejos, piensa.

El golpeteo del agua sobre la carrocería oculta el sonido del motor. Sale del coche y da unos pasos inestables en la oscuridad. Los zapatos se hunden en la tierra y la camisa blanca se le hincha por el viento.

Igual que cuando era niña, solo piensa en correr. Acelera el paso a trompicones y casi vuela sobre la alfombra de agujas de pino podridas, golpe a golpe, sin tregua y con las piernas ardiendo, hasta que al cabo de un rato se detiene a coger aire para que la sangre no lata con tanta fuerza en su cabeza. Las gotas le resbalan por el cuello. Siente náuseas y le cuesta respirar.

A lo lejos, se escuchan el ruido del tráfico de la autopista y las sirenas de las ambulancias. Se agarra el pelo con las dos manos tratando de refrenar la oscuridad y las tinieblas. Aúlla.

El viento hace rodar una lata vacía y ella mira hacia los lados. Tiene el miedo pegado al cuerpo. Las raíces y las sombras adquieren formas humanas que parecen atisbarse tras las ramas de los árboles. Piensa en Martín y se pregunta cómo va a ser capaz de controlar sus pensamientos, volver a la oficina, hablar con Claude, escuchar otra cosa que el vacío.

Al cabo de unos minutos, regresa al coche. Las luces encendidas, el motor al ralentí, la ropa húmeda y pegada a la piel. Cierra la puerta y se limpia la cara con el dorso de la mano mientras se pregunta qué hacer a continuación. De nada sirve quedarse allí sentada, se dice, mientras los minutos se suceden sin sentido. El único error imperdonable ha sido no haber parado. La idea da vueltas y vueltas en su interior.

Poco a poco, se convence a sí misma de que sería una completa locura entregarse a la policía. Si lo hiciera, se arrepentiría siempre. No puede tirarlo todo por la borda. «Ahora no», murmura.

Solo tiene claro que, pase lo que pase, no debe contarle a nadie lo que ha ocurrido. Pero ¿ni siquiera a Claude o a Minerva, que en cuanto la vean aparecer se darán cuenta de que algo ha pasado? Niega con la cabeza. No puede dejar que el miedo controle sus decisiones. Actuará con normalidad, se dice, como si nada hubiera sucedido, y será uno de esos secretos de los que nunca se habla porque de ningún modo traería nada bueno que lo contara. Solo tiene treinta y siete años, y tiene a Claude y a Martín, y una casa nueva y llena de luz a la que están a punto de mudarse, y también un gran empleo y una intachable reputación profesional.

Muchas veces ha muerto, y siempre ha vuelto a levantarse.

Desde la alfombrilla del asiento delantero, la pantalla del teléfono se ilumina con una nueva notificación. Tiene doce llamadas perdidas, la mayoría de la oficina, y casi el mismo número de mensajes. Varios son de Greta: «Llámame, por favor, hay que hablar ya con Corbin». «¿Ha pasado algo? No te pega nada no llamar ni escribir.» Los últimos son de Claude. En uno le pregunta dónde se ha metido; en el siguiente dice: «Acaba de terminar el mago. ¿Dónde estás?»; y en el último, que es de hace cinco minutos, solo hay una larga fila de signos de interrogación.

Tarda casi un minuto en teclear trece letras: «Estoy de camino».

3

Se habían conocido doce años antes en el INSEAD, a las afueras de París, donde ella estudiaba un MBA y él un máster en Finanzas. Lúa acababa de sentarse con el portátil y un plato de falafel y salsa de yogur en un rincón algo apartado de la cafetería, junto a la gran cristalera con vistas al jardín, y, por algún motivo, no era capaz de apartar la mirada. Algo en él la cautivó desde que lo vio entrar por la puerta, con las manos en los bolsillos y rodeado de un bullicioso grupo de estudiantes internacionales. Todos llevaban americana menos él, y, al contrario que el resto, caminaba sin prisas, con ese aire relajado y sin preocupaciones que parecía gritarle al mundo que no tenía nada que perder. Tenía la piel bronceada, los hombros anchos y la camisa blanca arremangada a la altura de los codos. El semblante seguro de sí mismo. Y ese porte altivo y displicente que, por alguna razón, siempre le había provocado un rechazo casi visceral.

Apartó los ojos y, sin embargo, un par de segundos después, no pudo evitar volver a mirarlo. En realidad, no le gustaba lo que irradiaba ni cómo iba vestido, tampoco su pelo castaño claro, un tanto largo y desordenado, que le caía en ondas suaves hasta casi rozar los hombros. Su apariencia no le sugería nada en especial y, pese a todo, algo en él la atraía de una manera que no podía explicar.

Sentía una mezcla de fascinación y resentimiento al pensar en cómo podía alguien desprender esa aura de ligereza casi etérea, como si el mundo le perteneciera, cuando ella estaba al borde de la extenuación, becada por una consultora internacional y luchando cada segundo por tener que demostrar que también merecía estar ahí, rodeada de cientos de estudiantes de familias influyentes. Y aunque su beca cubría la matrícula del INSEAD, las demás necesidades cotidianas suponían todo un desafío. A diferencia de él y la mayoría de sus compañeros, vivía en un pequeño apartamento compartido, lejos del campus y amueblado con muebles de segunda mano, y cada gasto añadía una gota en un vaso a punto de rebosar.

Una especie de corriente eléctrica la hizo estremecerse cuando aquel chico dio unos pasos hacia una mesa cercana, casi rozándola, y los dos se miraron durante varios segundos, ajenos a todos los demás y al ruido de la cafetería. Algo físico y a la vez espiritual la imantaba hacia él de manera inexorable. Miró sin reparos el brillo casi sobrenatural de sus ojos azules, el pelo revuelto, la sonrisa perfecta. Notaba los latidos del corazón acelerándose y la respiración cada vez más agitada.

«¿Es él? ¿Es ahora?», se preguntó, y, sin querer, derramó parte del café que acababan de servirle.

El chico se sentó en la mesa de al lado, junto a un grupo de compañeros que hablaban y reían todos a la vez. De vez en cuando, notaba su mirada posarse en ella. Y cada vez que sus ojos se cruzaban, sentía que él llegaba al fondo de su ser para escarbar muy dentro, como si se conocieran de toda la vida.

Al otro lado de la cristalera, los aspersores proyectaban arcoíris de agua a través de la claridad del sol. El jardín estaba en calma, demasiado perfecto; parecía que alguien lo hubiera preparado para

una escena que no era del todo real bajo la luz dorada de la tarde, y aquel chico encajaba en toda esa belleza casi inventada.

Pero había algo que, de alguna forma, resultaba incómodo.

Al fondo del jardín, junto a la parte trasera del edificio principal, la hiedra del muro había crecido desde la última vez que se fijó en ella.

Enredada, invasiva, casi cubría toda la piedra de granito.

Por un momento, Lúa se permitió imaginar un idilio apasionado en el que los dos se harían promesas que en ningún caso sobrevivirían más allá de un semestre. Pero enseguida apartó la idea de su mente. Cerró la tapa del portátil y lo guardó en el bolso, evitando volver a mirarlo. Estaba inquieta y necesitaba salir de allí cuanto antes. Pensó con frialdad que estaba en el INSEAD para exprimir al máximo su tiempo en el máster. «Solo tenéis los próximos treinta años para impactar al mundo», solían repetirles a menudo durante las clases. Al cabo de nueve meses, se dijo, volvería a Madrid y, en poco tiempo, pondría rumbo a Chicago, donde estaba la sede central de Leo Burnett, o a cualquier otro destino internacional como Tokio, Londres o Singapur. No quería nada más. Solo pensaba en aprender de los mejores, codearse con los Hegarty y los Wieden del sector, dar muerte a la publicidad tradicional, volver a inventar el mundo.

Recogió el plato de falafel, casi intacto, y caminó deprisa hasta la salida sin dejar de sentir esa agitación física que le oprimía el pecho y hacía que le flaquearan las piernas mientras avanzaba por el pasillo.

Durante las siguientes semanas hizo todo lo posible por no coincidir con aquel chico. Sentía su presencia allá donde fuera, pero evitaba la cafetería y las salas de reuniones. Salía a correr al caer la noche y apenas hacía vida social. Sin embargo, cada vez que se cruzaban por los pasillos del INSEAD, el juego sutil de miradas

parecía mantenerlos unidos con una especie de corriente invisible. Luego, ella apartaba los ojos y se alejaba.

Al cabo de unos días, volvió a encontrarse con él. Estaba sentada en las escaleras de piedra del edificio principal, revisando apuntes y rodeada de césped y arriates y setos esculpidos. Tenía los auriculares puestos y se sobresaltó al notar una mano posarse en su hombro.

—Lo siento —dijo él sonriendo—. No pretendía asustarte.

Dejó en la escalera una bolsa de lona con el logo del Club Náutico de Fontainebleau-Avon y se sentó a su lado. Tenía el pelo húmedo y la piel del cuello cubierta de lentejas de agua.

—Vi tu trabajo en los ensayos del Global Consulting Challenge —le dijo—. Fue impresionante.

Ella bajó los ojos tratando de controlar la respiración.

—Tu solución para H&M fue distinta a todo lo demás —añadió él—. La forma en la que lo conectaste todo... Tienes mentalidad ganadora.

Lúa tuvo el impulso de salir huyendo con cualquier excusa, pero él le tendió la mano sin dejar de sonreír:

—Soy Claude —dijo—. Del máster en Finanzas.

Ella lo miró de frente, dudó un instante pero enseguida le estrechó la mano. Sintió el calor de su piel y, casi a la vez, un desasosiego que le resultaba imposible de sofocar. Luego cerró el libro de Estrategia que tenía sobre el regazo y dejó los apuntes encima del bolso, sin decidirse a guardarlos.

Él le dijo que le gustaba la musicalidad de su nombre, Lúa, y también que era dulce y tenía un halo de misterio; y ella le explicó que significaba «luna» en gallego. Bajó los ojos cuando Claude quiso saber si tenía familia allí, y prefirió no revelarle que, a pesar de no tener ninguna conexión con Galicia, sus padres eligieron ese nombre

para ella porque, de algún modo, querían que aprendiese a brillar en medio de un hogar lleno de oscuridad. «Sé la luz que nosotros no supimos ser», le escribió su padre en el cuaderno que le regaló apenas unos días antes de morir.

—¿Qué estabas escuchando? —le preguntó él señalando los auriculares.

—Ruido rojo —respondió ella.

Él arqueó las cejas con expresión divertida.

—No sabía que existiera un ruido *rojo*.

—En realidad son bajas frecuencias —le explicó Lúa—. Es algo parecido al zumbido que se escucha dentro de un avión en pleno vuelo. Más que oírlo, casi sientes cómo vibra en el pecho.

—Suena increíble —dijo Claude con su sonrisa perfecta.

Y unos segundos más tarde, añadió:

—Oye, lo que quería decirte antes es que tu propuesta me pareció espectacular y disruptiva, pero...

—¿Pero? —le interrumpió ella.

—Lo cierto es que los números no terminan de encajar.

Ella lo miró con desconcierto.

—¿Cómo dices?

—Si no haces algunos ajustes, el proyecto no va a ser del todo factible —le explicó mientras sacaba su portátil de la bolsa de deporte—. Los costes siguen siendo demasiado altos, *d'accord?* Estás actuando con demasiada cautela, y necesitas ver el análisis financiero desde otro ángulo.

Levantó la tapa del ordenador y, enseguida, abrió varios archivos llenos de tablas de Excel y previsiones de crecimiento.

—Este es el ROI proyectado —dijo señalando una de las gráficas —. Trescientos por ciento en dos años, ¿te das cuenta? Pero si haces algunos pequeños cambios en el balance y juegas un poco con la

reestructuración de la deuda, podrías acercarte al quince por ciento de beneficio mucho antes de lo previsto.

Lúa trató de concentrarse en las cifras de la pantalla, que sugerían un escenario tan ambicioso como arriesgado. Por una parte, le atraía la idea de optimizar los rendimientos de aquella forma: dejaría a todos con la boca abierta si salía bien. Pero, al mismo tiempo, sentía algo parecido al vértigo. Aparte de algunas asignaturas del máster, no era experta en finanzas; y, además, apenas conocía a aquel chico y tampoco estaba dispuesta a ceder el control del proyecto.

Estaba tan absorta en los números, y en la efervescencia de las ideas que se agitaban en su interior, que se dio cuenta demasiado tarde de que él la estaba mirando.

—¿Sabes que arrugas un poco la frente cada vez que estás a punto de resolver algo? —le dijo sonriendo y sin apartar los ojos de ella—. Cuando te concentras así, es imposible no mirarte.

En un gesto apresurado, Lúa cerró el libro que aún tenía en el regazo y lo apretó contra el pecho. Una oleada tibia de calor le subió a la cara y, fingiendo no escucharlo, trató de desviar la conversación:

—¿Y qué sugieres para elevar los márgenes? —dijo.

Claude ladeó la cabeza y luego cogió un bolígrafo y lo hizo girar entre los dedos.

Ella lo observó despacio mientras él le explicaba diferentes estrategias para llevar la rentabilidad del proyecto un paso más allá: inversiones concentradas, recortes operativos, apalancamiento financiero, flujos de caja y otra serie de planes para impulsar la liquidez.

—¿No es demasiado riesgo? —le preguntó al cabo de un rato.

—El riesgo es permanecer quieto —dijo él con su sonrisa más cautivadora—. Quedarse atrás es lo único seguro cuando todos los demás avanzan.

De nuevo, ella trató de buscar respuestas en aquel baile de gráficos y tablas, pero no podía evitar fijarse más en la curva de los labios de Claude, en la confianza que transmitía o en la forma en la que movía las manos. Las columnas de cifras y las líneas ascendentes se entrecruzaban con una precisión casi hipnótica ante sus ojos, cargados de una promesa que, de algún modo, le resultaba demasiado perfecta para ser verdad.

—¿Y qué propones? —le dijo.

—Que unamos fuerzas —respondió Claude con expresión risueña —. Tú aportas la estrategia y yo los números.

Lúa empezó a jugar con las esquinas del libro, tensando los dedos.

—No necesito tu ayuda —dijo—. Puedo hacerlo sola.

Él se inclinó un poco hacia delante, rozándole el codo.

—Pero quieres que esto funcione, ¿verdad? —dijo.

Ella le desafió con la mirada.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que podría salir mal? —dijo.

Claude volvió a sonreír.

—Todo puede salir mal —dijo—. Pero también podrías volar más alto.

Lúa permaneció en silencio mientras se acomodaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

Durante algunos minutos, siguieron hablando sobre las posibilidades de éxito del proyecto. «C'est magnifique, non?», repetía Claude, mientras ella enumeraba los riesgos que parecían multiplicarse en su mente. Aun así, sentía cómo la seguridad que irradiaba él la arrastraba hacia la tentación de dejar de pensar, incluso cuando algo dentro de ella gritaba que debía mantenerse alerta.

—Confía en mí —añadió Claude—. El riesgo controlado es mi especialidad.

Ella relajó los dedos, soltando las esquinas del libro. Pensó que ganar el Global Consulting Challenge sería un sueño hecho realidad: reconocimiento y prestigio internacional, oportunidades laborales, entrevistas, red de contactos.

Casi sin quererlo, un atisbo de sonrisa le asomó a los labios.

—¿Y qué ganas tú con todo esto? —le preguntó después de algunos segundos en silencio.

Claude elevó las cejas en un gesto cómplice.

—Compañía —dijo—. En equipo, las recompensas son siempre más grandes, ¿no crees? —Y los dos se miraron durante un instante más de lo necesario.

Una ráfaga de viento removió los apuntes que Lúa había dejado sobre el bolso y algunas de las hojas se deslizaron por la escalera. Él se inclinó hacia delante para recogerlas y enseguida ella hizo ademán de marcharse.

—Espera —dijo poniéndole la mano en el brazo.

Lúa trató de levantarse y sintió que las piernas no le obedecían.

—Tengo que irme —le dijo.

—¿Cenamos juntos el viernes? —le preguntó Claude con un destello de luz en los ojos—. Para hablarlo con más calma.

Ella no respondió.

—Podríamos hacer un equipo increíble —añadió él—. Y te prometo que la cena contará como *networking* académico.

Lúa apartó la mirada mientras sentía el fuego cálido que se extendía por su cuerpo.

—Tengo que pensarlo —le respondió con un ligero temblor en la voz.

Sin embargo, le habría gustado confesarle que no podía permitirse una cena en ninguno de los restaurantes de alta cocina francesa que frecuentaban él y sus amigos —Le Chassagne, L'Axel o Le Relais de la Madeleine—, y que tampoco entraba en sus planes enamorarse de la persona equivocada; el amor siempre complicaba las cosas y lo echaba todo a perder. Le habría gustado hablarle de su temperamento borrascoso, de sus días oscuros y de su burbuja de soledad. Pero se mordió los labios y, con un nudo atorado en la garganta, desapareció sin que ninguno de ellos dijera adiós.

Mientras se alejaba, sentía rabia hacia sí misma por no saber manejar el desasosiego que le provocaba estar cerca de alguien como él, que parecía moverse por el mundo sin el más mínimo esfuerzo. Trató de convencerse de que podía ignorar su olor —esa mezcla de cloro, sol y algún perfume caro—, aquella sonrisa perfecta, su magnetismo, lo mucho que quería quedarse.

Llegó corriendo hasta la habitación que tenía alquilada en la rue Grande, lanzando miradas furibundas a quien se atrevía a levantar la vista. Abrió la puerta y arrojó el libro contra la pared, y luego se sentó en la cama y sollozó hasta el agotamiento, con la cabeza apoyada en las palmas de las manos. Esa noche comenzó a encontrarse mal y, durante varios días, tuvo fiebre.

Tan solo habían pasado un par de meses desde que le habían concedido la beca del INSEAD y no estaba dispuesta a que nadie alterase sus planes. Apenas sabía nada de Claude y, sin embargo, de algún modo intuía el quebranto de su vida trazada con precisión, y tenía miedo de una forma irracional.

Para ella, cursar el MBA era lo más parecido a un deporte de riesgo, algo competitivo y al mismo tiempo vertiginoso y excitante. No era solo un mero asunto de estatus o de seguridad económica; se trataba más bien de un objetivo transformador, un símbolo de

estabilidad y reconocimiento. En el fondo, necesitaba demostrarse a sí misma que era capaz de competir al máximo nivel y hacerse un hueco entre las mentes más privilegiadas de su generación.

Un par de días más tarde volvió a las clases y se entregó sin reservas a los *business cases* y a las exposiciones, los idiomas, los proyectos y debates. Cada poco tiempo recibía la llamada de un *headhunter* ofreciéndole puestos directivos en alguna agencia de publicidad, pero desconfiaba de las motivaciones y nunca llegó a hablar en serio con ninguno de ellos. Apenas dormía, leía cuatro o cinco libros por semana y la única forma que encontraba para diluir la efervescencia que sentía por dentro era correr quince kilómetros diarios por el bosque.

Sin embargo, a pesar de que llenaba cada minuto del día de actividades, a menudo pensaba en Claude, y a veces incluso le seguía de lejos con la mirada o entraba por una puerta del edificio principal y salía por la otra solo para ver si le encontraba.

Él no volvió a importunarla, pero al cabo de unos días le envió por correo electrónico los datos financieros en los que había estado trabajando. Y lo hizo sin pedirle nada a cambio, ni siquiera que su nombre apareciera junto al de ella en la candidatura del Global Consulting Challenge. Poco a poco empezaron a enviarse mensajes y, en ocasiones, se veían en la biblioteca al terminar las clases para seguir avanzando en el proyecto. Lúa admiraba sin reservas el carácter fuerte de Claude y, sobre todo, su nivel de ambición y la capacidad para tomar decisiones y defender sus ideas, aunque muchas veces no estuvieran de acuerdo. En algunos momentos surgía entre ellos una especie de tensión, que incluso llegaba a ser atractiva. Durante los meses siguientes asistieron a cursos y seminarios en el marco de un programa que los llevó de Fontainebleau a San Francisco, Singapur y Abu Dabi. Fue un año

intenso, lleno de aprendizajes y oportunidades, en el que visitaron Silicon Valley y todo su ecosistema de *startups*, fondos de inversión y bancos de diversos tamaños.

El último día de clase antes de las vacaciones, la web del INSEAD comunicó de forma oficial que el proyecto de Lúa se había alzado con la victoria en el Global Consulting Challenge. Cuando lo vio no podía creerlo, después de tantos meses de esfuerzo. Intentó localizar a Claude varias veces. Enseguida subió a cambiarse de ropa para la fiesta de Navidad que sus compañeros habían organizado en una pequeña *brasserie* de Avon. Con urgencia inusual en ella, se quitó la blusa blanca y los vaqueros que llevaba, se lavó el pelo y se puso zapatos de tacón y un vestido negro de tirantes que dejaba la espalda al aire. Cogió el abrigo y, exultante, salió por la puerta.

Pidieron unos surtidos de queso, *tapenade*, canapés de salmón ahumado y una *crème brûlée* gigante para compartir, y brindaron por la amistad y el futuro con vino blanco de Borgoña. Aunque casi nunca probaba el alcohol, le gustaba la forma en la que lo impregnaba todo de levedad, como una anestesia que se extendía con rapidez por cada vaso sanguíneo de su cuerpo, borrándole el miedo y los recuerdos a la vez que le hacía sentir una suerte de aturdimiento y excitación.

Después de cenar continuaron la fiesta en un pub cercano y se mezclaron unos con otros, charlando y riendo. Uno de sus compañeros de máster, Hiroshi, se acercó a la barra y le ofreció una copa de champán decorada con una raja de limón y los bordes espolvoreados de azúcar.

—*Oh là!* —dijo ella al llevarse el cóctel a los labios.

Hiroshi le explicó que llevaba ginebra y champán, y también un poco de zumo natural de limón y jarabe de azúcar. Al parecer, lo llamaban *french 75* en homenaje a uno de los cañones más potentes

que había utilizado el ejército francés durante la Primera Guerra Mundial. Todos rieron a su alrededor y cuando, unos segundos más tarde, alguien hizo chocar las copas diciendo «chinchín», otra de las japonesas del grupo les dijo ruborizada que, si alguna vez viajaban a su país, debían evitar a toda costa decir «esa palabra». En voz baja, reveló su significado, y después invitó a los que no la habían escuchado a buscar la expresión en Google.

—Mejor *kanpai*, por favor —dijo con una inclinación cortés de cabeza.

Las carcajadas se multiplicaron; todos bebían y gritaban: «Kanpai!», posaban para sacarse fotos, se abrazaban y se decían lo buenos que eran los unos a los otros. Ella fue al cuarto de baño y se mojó la nuca con agua fría. Rechazó la cocaína que le ofrecieron, aunque pidió una última copa, y, de nuevo, sintió esa sensación de potencial ilimitado que le proporcionaba el alcohol. Ardía por dentro. Estaba ansiosa por vivir, por experimentar, por hacer explotar ideas en las mentes ajenas, con ganas de todo a la vez, como si fuera una estrella fugaz entrando en la atmósfera a doscientos cincuenta mil kilómetros por hora y centelleando a cada segundo en la oscuridad.

Al salir del baño vio a Claude y ya no pudo despegar los ojos de él. A su lado estaba una compañera belga del INSEAD con el pelo largo y ondulado, que le caía en cascada sobre los hombros.

Aunque solo estaban hablando, no logró reprimir una punzada de celos.

Hiroshi la cogió por el codo.

—Parece que alguien se ha quedado en modo pausa —le susurró al oído.

Lúa apenas le prestó atención. Volvió a la barra y, durante unos segundos, habló consigo misma, o más bien una parte de ella se dirigía a la otra parte. La más débil decía: «Has bebido demasiado»,

y «te arrepentirás de esto», mientras que la parte más fuerte solo quería quedarse.

Cada vez que miraba a Claude experimentaba una sensación de caída libre. Pensó en su diploma del Global Consulting Challenge y en que sería su última noche antes de regresar a Madrid. Después miró otra vez a aquella chica, apuró la copa y caminó con paso firme hacia él.

No le dijo ni una sola palabra sobre el premio.

Solo le rozó la mano, dibujando pequeños círculos con la yema de los dedos.

—*Je brûle pour toi* —le susurró al oído.

Respiraba a pocos centímetros de su piel.

Él la abrazó durante unos segundos y después le sujetó la cara con las dos manos, obligándola a mirarlo.

—Es lo mejor que me has dicho en mucho tiempo —dijo sonriendo —, pero creo que has bebido un poco más de la cuenta, *tu ne crois pas?*

Ella le devolvió la sonrisa a la vez que negaba con la cabeza.

—Estoy bien —dijo. Le cogió la mano y empezó a balancearse al ritmo de la música. Siempre le había encantado esa canción de Marvin Gaye, *Let's Get It On*, que era pura sensualidad—. Vamos, baila conmigo.

Las luces vibraban, reflejándose en los espejos y la madera que recubría las paredes; las botellas de champán con bengalas llegaban por todas partes, y la música empezó a elevarse por encima del bullicio de la sala mientras ella movía los labios al compás de la melodía.

Él se volvió hacia la joven del pelo largo y ondulado, hablaron unos segundos y después ella lo miró con gesto sombrío y desapareció entre la gente. Lúa siguió bailando con movimientos

suaves y los brazos por encima de la cabeza, ajena a todo cuanto la rodeaba a excepción de él.

Sentía el corazón acelerándose y una sensación de extrema felicidad.

En cualquier otro momento, la intensidad con la que había entrado en la canción le habría resultado vergonzosa, pero le rodeó el cuello con las manos y, sin dejar de mirarlo, aspiró su perfume.

«Nothing wrong with love», le susurró al oído.

Claude la miró a los ojos durante largo rato y ella pensó que iba a besarla, pero solo le acarició las comisuras de la boca con el pulgar. Imaginó cómo sería el sexo con él y sintió una punzada de deseo en el vientre. Y después Claude se inclinó hacia ella y la besó con suavidad en el lóbulo de la oreja.

«Me siento en casa cuando estoy contigo», habría querido decirle en ese momento. Pero solo hundió la cara en su pecho y dejó que la abrazara.

—¿Es esto verdad? —le preguntó él. Tenía las manos en su cadera, resbalando por la seda del vestido—. ¿Estás bailando aquí, conmigo, diciéndome al oído: «Let's get it on»?

Lúa sonrió y apoyó la cabeza en su hombro.

Se miraron mientras sus cuerpos se balanceaban hacia atrás y hacia delante al ritmo sensual y casi lascivo de la música. Apenas un instante más tarde, él hundió el rostro en su pelo y comenzó a besarla en el cuello.

—Tengo una especie de novia, ¿sabes? —le dijo justo después de empujarla contra una columna forrada de espejos.

—No importa —respondió ella con la respiración entrecortada y los ojos en blanco—. Solo será una noche.

4

Detiene el Range Rover frente a la gran verja negra que da acceso al edificio, de aspecto señorial, aunque recubierto de andamios desde hace tres o cuatro meses, cuando aparecieron las primeras grietas. La malla de obra se agita con la tormenta. Deja el motor al ralentí y, con la mano en el pecho, aguarda unos segundos fuera del alcance de las cámaras de seguridad.

Son más de las diez, y todo parece diluirse tras el cristal.

La luz de los faros ilumina las rachas de lluvia, que levantan nubes de vapor sobre el cemento oscuro y brillante.

«No sé qué estoy haciendo aquí», piensa.

Extiende la mano y trata de encontrar el mando del garaje en la bandeja del salpicadero, pero se detiene cuando una lámpara se enciende en el tercer piso. Parpadea varias veces, con la mirada fija en el balcón que da a su despacho; de la barandilla de hierro forjado cuelga el Papá Noel que le compró en Chicago a Martín a principios de diciembre, después de impartir una conferencia. El muñeco está hinchado por la lluvia y se balancea entre los barrotes con la cuerda enredada al cuello.

Varias gotas de sudor le resbalan hasta los ojos, que le pican por la sal. Aguza la mirada y, tras las cortinas que se mecen en el salón, vislumbra la silueta de dos hombres y una mujer, cada uno con una copa de vino en la mano, bebiendo y riendo.

Siente, una tras otra, oleadas de vergüenza tan grandes que amenazan con arrasar partes enteras de su vida hasta casi hacerlas desaparecer: todos sus logros, sus éxitos, sus premios y diplomas de la London Business School y del INSEAD. Su cuerpo se encoge y se escurre por el asiento de piel mientras enumera las razones para borrarse, para quedarse, para salir huyendo.

«Estás acabada», murmura.

Daría lo que fuera por dejar de pensar.

Un gemido entrecortado se le escapa de la garganta al acordarse de Claude y el abismo que está a punto de abrirse entre los dos. Ellos iban a ser diferentes, iban a ser felices, se repite. Tal vez debería entrar para que todos escruten con la mirada a la mujer temblorosa y con los zapatos llenos de barro en la que se ha convertido. Los imagina en el salón repartiendo miradas de soslayo, como si esperasen la ocasión de decir: «No me extraña en absoluto, siempre pensé que acabaría mal».

Observa un instante el macetero de piedra, volcado entre los montones de ramas y jirones de corteza de los árboles, y se dice que se hace tarde, y que ojalá no se encuentre con nadie, porque de un momento a otro llegará algún padre para recoger a su hijo después del cumpleaños, y se preguntará por qué está allí parada, dentro del coche y en mitad de la tormenta, y cada vez es más tarde y debería entrar ya en casa.

«Estoy tranquila —se repite—. Tranquila.»

Avanza unos centímetros más y espera mientras se abre la verja. Con las luces apagadas, recorre el pequeño sendero de adoquines en dirección al garaje y luego desciende por la rampa y aparca en diagonal, junto al Jaguar de Claude.

El portón se cierra a su espalda con estrépito de metal.

Se mira un instante en el espejo de la visera y de inmediato se pellizca la piel de las mejillas, incapaz de reconocer ese reflejo desfigurado en el que relampaguean dos ojos hundidos en sus cuencas. Tiene restos de sangre seca cerca de la sien, y en los bordes de la herida empiezan a aparecer los tonos azulados de un cardenal. No consigue recordar cómo ni en qué momento ha debido golpearse. Se peina hacia delante con los dedos en rastrillo y trata de ocultar el pequeño corte entre los mechones que se le pegan a la frente.

Necesita contarle a alguien todo lo que ha pasado, compartir el miedo, despegarlo de sí. Pero cada vez que piensa en Claude siente como si se le viniera encima una montaña de rocas.

Hace ademán de abrir la puerta, pero nota la laxitud del brazo y permanece inmóvil. Empieza a sacudir la cabeza y a retorcerse las manos al tomar conciencia de que podría haber matado a alguien, aunque no tuviera intención de hacerlo.

Piensa en la policía y, sin moverse del asiento, trata de confeccionar una especie de plan. Imagina los posibles daños del coche: la abolladura del capó y el guardabarros, los intermitentes hechos añicos, el retrovisor, tal vez sin la carcasa y a punto de colgar de un cable. Como si de una representación se tratara, en su cabeza se desdobla en otra mujer que es igual que ella: la misma camisa blanca con los puños desabotonados y el mismo pantalón negro; escuálida y demacrada como una yonqui; con el mismo pelo mojado por la lluvia y la mirada cada vez más oscura y encerrada en sí misma. Contiene el aliento mientras imagina cómo su doble sale del coche con determinación, abre el maletero y, fuera de sí, rebusca entre las cajas de cartón automontables que les ha dejado la empresa de mudanzas. Cuando encuentra la cinta adhesiva, sujeta con ella la base del retrovisor y corta el sobrante con los dientes.

La herida de la frente vuelve a escocerle. Entorna los ojos, hunde los dedos en la tapicería de cuero y siente la piel tirante en los bordes irregulares de las uñas. Tiene que dejar de pensar, se dice, o de lo contrario se volverá loca. Pero su mente da vueltas y vueltas como un torbellino. Una voz dentro de su cabeza le dice que debe ocultar cuanto antes las huellas del accidente. De forma atropellada, evalúa la posibilidad de salir de viaje y estrellar el coche contra un árbol. Pero enseguida la descarta: cada golpe tendría una abolladura diferente, y las aseguradoras podrían atar cabos con facilidad. Luego fantasea con la idea de simular un robo. Se imagina con una lata de gasolina en las manos y prendiendo fuego al Range Rover en algún descampado de las afueras hasta verlo convertido en un amasijo de hierros.

El golpeteo metálico del agua sobre los canalones le saca de su ensimismamiento. Por un instante, le parece ver sombras extrañas junto a la pared. Al cabo de unos segundos, cuando se convence de que no hay nadie afuera, se desabrocha el cinturón y hace una mueca de incomodidad al ahuecarse la blusa y verse la marca de piel enrojecida que, como una banda, se extiende desde el pecho hasta el costado. Abre la puerta despacio y sin dejar de mirar hacia todas partes. Hay charcos sobre el suelo de hormigón y el aire huele a moho y humedad. Da unos pasos y apoya la mano sobre el metal, junto a la parte delantera del automóvil, y después se inclina para revisar la carrocería.

Pero no hay nada.

Ni el más mínimo rasguño.

Niega con la cabeza y revisa de nuevo cada centímetro: el capó, las llantas, el guardabarros, los faros. Se pregunta cómo es posible. Mira más de cerca y solo entonces se da cuenta del pequeño ojo de buey que tiene el parabrisas. Está justo en el extremo derecho del

cristal, y del agujero salen radios como si fuera una diminuta tela de araña. Pero le parece tan insignificante que incluso podría haber ocurrido en cualquier otro momento, tal vez por la gravilla de la carretera y sin ni siquiera haberlo notado.

Sin embargo, cuando retrocede unos pasos, repara en los hilos de sangre que salpican el lado derecho de la carrocería. Las manos cuelgan por los puños de la camisa como si no le pertenecieran. Vuelve a sentir náuseas y, durante varios minutos, tiene que convencerse a sí misma de que ha ocurrido lo más inverosímil y absurdo, aquello que jamás habría encajado en ninguno de sus planes de contingencias.

Escucha el sonido del motor de un automóvil que arranca en el primer sótano y, de inmediato, se acuclilla para no ser vista y se le caen las llaves al suelo. El aire se vuelve denso. Se queda petrificada, casi sin respirar, como si el más leve movimiento pudiera romperla en mil pedazos. Pero en cuanto el coche desaparece por la rampa abre el bolso y empieza a limpiar los restos de sangre con pañuelos de papel arrugados.

Los oídos le pitan mientras se sacude con rabia las costras de barro de los zapatos. Tiene el pantalón húmedo y salpicado de pequeñas agujas de pino. Le cuesta pensar en nada, solo intenta seguir respirando y se repite, una y otra vez, que no es momento de sacar conclusiones. Se aleja unos pasos del coche y repara en que, hasta hace apenas un par de días, en la columna que divide las dos plazas había un desconchón en la pintura que Claude ha tapado colgando el cartel de SE VENDE.

Tira los pañuelos a la papelera y camina hacia la puerta a paso rápido. Siempre ha sentido una leve aprensión a los garajes vacíos o con solo unos cuantos automóviles aparcados y medio ocultos en las sombras: el eco de las suelas parece llegar con un leve retardo,

como si alguien caminara detrás de ella, imitando todos sus movimientos apenas una décima de segundo más tarde.

El silencio sofocante reverbera entre el hueco de la escalera y el ascensor.

Prefiere subir andando para no encontrarse con ningún vecino ni tampoco con el conserje, que termina su turno a las once. A diferencia del anterior, que trabajó muchos años en el edificio, al nuevo apenas lo conoce. El nombre de Víctor cruza por su mente. Claude siempre lo trató con excesiva familiaridad, recuerda. Le daba regalos, botellas de vino, herramientas, lo invitaba a tomar café, algo que a ella le parecía fuera de lugar. Claude no hacía ese tipo de concesiones con nadie. Y, cada vez que los veía charlando en la cocina mientras Víctor arreglaba alguna avería, le costaba no sentirse incómoda.

Los zapatos chirrían en el suelo de mármol y, aunque el sonido debería ser casi inaudible, tiene la sensación de que puede oírse a varios metros de distancia. Apoya una mano en la pared y empieza a subir por las escaleras. El bolso se le engancha en el pasamanos y vuelve la cabeza sobresaltada. Siente la rigidez en cada músculo de su cuerpo. Por su mente cruza la imagen del Papá Noel balanceándose en el balcón en una danza macabra. Y, de pronto, le asalta la urgencia de salir huyendo. Sopesa la posibilidad de volver al garaje, coger de nuevo el coche y alejarse de todo. Ya no está segura de lo que hace. De por qué ha vuelto. Si pudiera evitar la vida, si no doliera tanto, si fuera posible volver atrás. No quiere pasar la noche en casa, pero no sabe adónde ir. Solo puede pensar en huir escaleras abajo y después correr y correr hasta caer extenuada y perder la consciencia.

Nota un ligero mareo cuando mira la hora y descubre con desesperación la raja torcida que parte en dos la esfera del reloj de

su padre.

Las agujas parecen haberse detenido en un ángulo fijo, inmutable.

Espera varios segundos hasta que se normalizan las pulsaciones. La camisa se le pega al pecho y a los brazos y, por primera vez, piensa en qué va a hacer con la ropa mojada y llena de barro. «La maleta», murmura. Continúa subiendo hasta el tercer piso, tanteando los peldaños desgastados por el centro y deteniéndose cada pocos pasos, como si estuviera a punto de caer en un agujero.

En el último tramo de escaleras escucha el chirrido de los cables del ascensor. Siente un aguijonazo en el vientre al reconocer la voz de Claude. Se queda quieta entre la segunda y la tercera planta, en el pequeño descansillo desde donde puede ver sin ser vista, incapaz de dar un solo paso más.

Retazos de conversaciones, gritos y risas infantiles, algunas toses, el rumor de una canción infantil. Parejas bromeando y despidiéndose sin acabar nunca de marcharse. Un niño corriendo por el pasillo con el uniforme del colegio y una gorra roja con la visera del revés. Puertas que se abren y se cierran. Estrépito de una mochila de ruedas. El clac, clac de unos zapatos de tacón seguido de una voz que arrastra las sílabas y se le pega al cerebro como una gominola reseca.

—¿Y cómo le va a Lúa? Hace siglos que no la vemos por el colegio.

Calor. Dolor de cabeza. Las manos frías y arrebujadas en los bolsillos. Punzadas aleatorias de aturdimiento, pánico y vergüenza.

Ganas de echarlo todo a perder.

Retrocede unos peldaños mientras escucha a Claude despidiendo a los otros padres como si los conociera de toda la vida. Y entonces piensa que debería entrar en casa, con el bolso y la americana arrugada en la mano, y saludar a los últimos invitados. Pero ya es

tarde, se dice, y, si lo hiciera, todos la mirarían de un modo extraño y tendría que dar demasiadas explicaciones.

Continúa de pie, y, con una frialdad instintiva, se da cuenta de que, al menos en los quince últimos minutos, no ha pensado en el accidente ni en la posibilidad de que la detenga la policía. Apenas alcanza a comprender cómo ha ocurrido, solo recuerda el golpe. Pero, en cualquier caso, no ha sido culpa suya. También esa mujer debería haber mirado antes de cruzar. «Y, además, seguro que está bien», se repite como un mantra silencioso que le golpea las sienes desde adentro.

En ese instante se ve capaz de ejecutar un plan y abrirse paso como la mala hierba que busca salida entre las grietas de las aceras.

Ya lo ha hecho muchas veces en el pasado, piensa.

Seguir adelante con la mente en blanco.

5

Los dedos le tiemblan mientras tantea con la llave en la cerradura. Quiere irse casi antes de llegar. Siente a Hércules al otro lado de la puerta, gimiendo y arañando el parqué de roble oscuro, que deberían haber restaurado hace años. A menudo, se despierta varias veces a lo largo de la noche y lo escucha: el crujir de las tablas del suelo, que están mal instaladas y se retuercen por el frío y la humedad. Algo que Claude y ella saben que tienen que arreglar, pero no lo hacen.

El cerrojo hace un chasquido seco y, en cuanto abre, el pequeño *bulldog* negro empieza a dar vueltas a su alrededor y la olfatea sin descanso, como si su piel y su ropa escondieran algún secreto.

Cierra la puerta, muy despacio y sin la doble vuelta habitual.

Claude siempre dice que es imposible no pensar en nada. Pero ella sí es capaz. Sabe hacerlo, se dice a sí misma. «Las llaves, en su sitio —murmura—. La maleta en el armario.» Se descalza y empieza a desabotonarse la camisa lo más rápido que puede.

Desde la cocina, llegan el zumbido del lavavajillas, el rumor de un grifo que se abre, y, un par de segundos más tarde, algunas palabras sueltas en francés.

Con el dedo índice sobre los labios, mira a Hércules. «¡Chsss!», susurra.

Por todas partes hay hileras de cajas, cuadros y libros apilados contra la pared, y en el suelo se entremezclan envoltorios de

chocolatinas, restos de pizza, confeti, botellas vacías. Da unos pasos amortiguados hasta el armario de la entrada y lo abre sin hacer ruido. Se quita la camisa y el pantalón y después saca la maleta sin deshacer que dejó ahí hace apenas unas horas, cuando volvió de Zúrich.

Vuelve la cabeza hacia atrás a cada instante.

Coge al azar un par de prendas y empieza a vestirse. El sonido de los pies entrando en las perneras de los pantalones hace que el corazón se le desboque en la garganta. Inspira. Dos, tres veces. Se recuerda a sí misma que lo mejor es mantener la calma; soportar los minutos que le esperan con la mente en blanco y actuar como si todo pudiera volver a ser normal.

Hércules se tumba sobre la alfombra, junto al sofá de piel, y comienza a jadear pesadamente. «Buen chico», susurra ella. Todavía a medio vestir, hace un ovillo con la ropa mojada, lo guarda todo en la maleta y cierra deprisa el armario.

—¿Lúa? —escucha.

Durante unos instantes deja de respirar.

Escucha el leve crujido de los zapatos de Claude sobre las tablas del parqué, al final del largo pasillo, y entra deprisa en el salón mientras termina de abotonarse la camisa. Enseguida, la silueta borrosa de su marido se recorta contra la luz mortecina de la lámpara. Lleva en las manos sus gafas de montura al aire, que en realidad no necesita —ni siquiera están graduadas—, y se ha aflojado el nudo de la corbata.

Lúa apoya la mano temblorosa sobre la mesa del comedor y derrama sin querer un vaso de Coca-Cola y el contenido se extiende con rapidez sobre una servilleta arrugada.

—¿De dónde vienes? —le pregunta él en voz baja.

La frase queda suspendida en el silencio del comedor.

Ella humilla la mirada.

Poco a poco, el líquido oscuro se extiende por la mesa y empieza a gotear en el suelo. Un sudor frío le corre por la nuca. Todo se diluye, piensa. Nada es firme, nada es sólido. Siente náuseas y olvida por completo el monólogo deslavazado y sin sentido que tenía previsto. Mueve los labios, pero las palabras no llegan hasta su garganta para expresar lo que quiere decir.

Él se acerca, y sus ojos brillantes y sin gafas la escrutan con avidez.

—¿Qué ha pasado? —dice—. ¿Por qué llegas tan tarde?

Apenas puede sostenerle la mirada. Por un momento se imagina a la mujer fuerte que todos suponen que es mientras menciona el atasco y la lluvia, y le quita importancia a todo con su causticidad de siempre. Pero ya no le quedan fuerzas para fingir. Está muy cansada, le estalla la cabeza y tiene tanto miedo que desearía estar muerta.

—¿Se puede saber de dónde vienes? —insiste Claude con semblante serio y una mano apoyada en la cadera—. Han pasado más de dos horas desde la última vez que hablamos.

Es evidente que intenta guardar las formas para evitar una escena, pero su voz no denota cordialidad, sino más bien tensión y hartazgo.

—Se ha complicado la tarde —dice sin mirarlo a la cara—. Ya te lo explicaré luego.

Claude entorna los ojos y sus labios se convierten en una línea tensa como el alambre.

Ella trata de desviar la conversación:

—¿Y Martín? —pregunta.

Silencio.

—¿Le ha acostado ya Minerva?

Otro silencio.

Él no menciona la pelea del día anterior y ella tampoco lo hace. Cada vez que discuten, el orgullo levanta un muro de incomunicación entre ellos, a veces durante tres o incluso cuatro días.

Según pasan los segundos, Lúa busca refugio en cualquier punto del salón, y se queda mirando el vaso y la botella de armañac medio vacía que hay sobre la chimenea. Algo negro se le viene a la mente. El recuerdo de su padre sentado en la cocina con dos cartones de vino sobre la mesa y hablando solo. Por un instante se ve a sí misma de niña, escondida tras la puerta, y, de nuevo, siente la piedra del estómago removerse por dentro.

Mira a Claude y se queda inmóvil, a la espera de una señal que lo precipite todo hacia el enfrentamiento o hacia la confesión. En el fondo de su ser, lo único que necesita es que él le diga en voz baja: «Tranquila, todo se arreglará». Hundir la cara en su pecho, acurrucarse y que la abrace hasta hacerla casi desaparecer.

Pero Claude tiene la espalda rígida, se limpia la frente con el dorso de la mano y vuelve a mirarla con aire inquisitivo.

—¿Ha pasado algo? —insiste—. Dijiste que había tráfico, pero Bianca llegó hace más de una hora y media, y también venía desde Chamartín.

Ella traga saliva.

—No se te habrá ocurrido volver a la oficina, ¿verdad? —añade—. ¿Es eso?

Una ráfaga de lluvia y viento sacude la puerta entreabierta del balcón. Lúa se gira y, forzando una normalidad que no siente, se dirige a cerrarla con pasos inseguros.

Apoya la mano en el marco de la puerta y el cristal empañado le devuelve el reflejo de una cara que no parece asustada. Solo vacía. Lo único que quiere es que pasen los minutos y, por encima de todo,

evitar perder los nervios y decir algo de lo que se arrepienta después. Aprieta los párpados con fuerza y la cabeza se le dobla sobre el pecho. Tiene miedo, los huesos húmedos y tanto ruido en el cerebro que apenas se siente capaz de articular un solo pensamiento útil.

—¿Y Martín? —pregunta de nuevo—. ¿Está bien?

Pero Claude no responde. Una tenue sombra de barba le oscurece las mejillas. Enseguida, el teléfono suena en el bolso. Él la mira, suspicaz.

—¿No vas a cogerlo? —dice.

La tensión casi se puede palpar, algo turbio.

—Si de verdad no puedes evitar hacer estas cosas, por lo menos podrías hacerlas de un modo más discreto, ¿no crees? —añade en tono neutro—. Con media hora para saludar a los invitados habría sido suficiente.

Lúa trata de decir algo. Casi llega a formularlo en su cabeza. Coge aire. Entreabre los labios y siente las palpitaciones en la boca del estómago. «Maldita sea, ¿qué clase de imbécil crees que soy?», le gustaría gritarle. Pero en el intervalo de silencio nota cómo crece en él una irritabilidad que hasta ahora no conocía: Claude se impacienta y empieza a gesticular con las manos mientras desgrana, uno por uno, los contratiempos del día. Sus palabras se entremezclan unas con otras, como hebras de un ovillo enmarañado: «Ni un solo minuto de tranquilidad»; «c'est impossible!»; «cajas y basura por todas partes»; «la tarta»; «los gritos»; «nunca estás para nada». La mandíbula de ella se endurece. Como el día que vio morir a su padre, solo quiere taparse los oídos con las manos. Arrancar del suelo sus pies de cemento, esconderse en algún lugar oscuro y desintegrarse en miles de partículas de polvo.

Hércules comienza a ladrar cuando Claude levanta la voz; agarra el canto de la mesa y la piel de los nudillos se le tensa sobre el hueso.

—No quiero ni imaginar lo que habrán pensado los demás padres —continúa— después de escuchar a Martín diciendo, por enésima vez, que su madre está a punto de llegar con la maldita tarta.

Minerva entra en el salón con los guantes puestos y la cafetera a medio lavar. Los observa unos segundos sin decir nada, con esa mirada suya que parece atravesarlo todo, y después se inclina para agarrar a Hércules del collar y se lo lleva a rastras por el pasillo. Por un momento, Lúa piensa en todas las veces que se ha repetido la misma escena: Minerva apareciendo en el momento justo para calmar los ánimos, recoger los restos de una copa de cristal o llevarse a Martín para que no los escuche discutir. Una presencia firme y silenciosa, se dice, siempre en el lugar exacto, testigo de cada grieta.

De forma fugaz, Lúa recuerda el día que se conocieron, cuando ella se fue a vivir con Claude y no sabía dónde dejar el bolso ni cómo hablarle a una mujer que había criado a su marido y lo conocía todo de él: sus manías, los platos que le gustaban, los libros que decía leer y nunca terminaba, esa costumbre de limpiar los zapatos apenas llegaba a casa, incluso aunque solo los hubiera usado durante un par de horas.

Claude se frota los ojos y exhala el aire despacio y con expresión de cansancio. Durante varios minutos, pasa de un tema a otro y sigue hablando, los ojos llenos de preguntas. Pero ella continúa muda como una roca. Por momentos le invade una sensación de ahogo. La vista se le cubre de motas negras y todo se vuelve borroso, hasta que escucha la voz enérgica de Claude:

—Te juro que, por más que lo intento, a veces no tengo ni la más remota idea de lo que te pasa por la cabeza.

En menos de una fracción de segundo, el mundo se vuelve del revés y la casa se transforma en otra. El salón parece desenfocado, como si mirase con ojos de miope. Una mancha negra de humedad se extiende entre las vigas de madera del techo y, en la pared del fondo, un rectángulo vacío ocupa ahora el lugar del cuadro de Irving Penn que compraron en la galería Marlborough para celebrar su último aniversario.

—Mira... —continúa Claude—. Mañana tengo que estar a primera hora en el aeropuerto y ni siquiera he preparado la propuesta todavía.

Ella no dice nada y él comienza a dar pasos nerviosos alrededor del comedor con las manos agarradas a la cadera.

—¿Por qué te empeñas en complicar siempre tanto las cosas? —dice elevando el tono.

Ella levanta los ojos y, por un momento, hace frente a sus pupilas carbónicas. Algo en su interior quiere que lo que tenga que ocurrir suceda cuanto antes. Pero a la vez siente que le fallan las piernas. «No soy la mujer fuerte que piensas», quiere decirle, y, de pronto, una oleada invisible la arrasa por dentro.

No puede, ni quiere ni sabe cómo explicarle nada.

Claude se acerca a ella, le pone una mano sobre el hombro y la mira como si pudiera vislumbrar lo que tiene detrás de los párpados. Luego, con un gesto de extrañeza, le aparta el pelo de la frente.

—¿Me vas a decir al menos cómo te has hecho esto?

La barbilla de ella tiembla, meditando una respuesta que no encuentra, mientras busca la mentira con la que él se enfadará menos. Pase lo que pase, se repite, no debe perder el control. Trata de mover los labios, pero el sonido sigue sin articularse. «Si te dijera

la verdad, no querrías volver a verme nunca más», piensa. Aprieta los dedos de los pies dentro de los zapatos. Si pudiera dejarlo correr, si pudiera parar el tiempo. Avanza hasta el sofá escuchando ese pulso rápido. Su ritmo. Le duele tanto la cabeza que apenas distingue por dónde pisa, como si estuviera caminando por la cuerda floja y cualquier paso en falso pudiera hacerla caer.

Sin mirar a Claude, se sienta en el borde del sofá de piel y se echa hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas.

Él da unos pasos hacia ella y se queda quieto, de pie, solo respirando y sin intención de apartar la mirada, como un profesor que aguarda el silencio de los alumnos después de golpear la pizarra.

—Ha ocurrido algo —dice de pronto.

—¿Y? —responde Claude.

Lúa baja los ojos y aprieta los brazos contra el pecho. Trata de concentrarse en el hilo frágil de su respiración mientras reúne fuerzas para contarle a Claude lo que quiere oír.

Al cabo de unos segundos de silencio, levanta la vista y añade en voz baja:

—He tenido que volver a la agencia.

Él niega con la cabeza, y su frente brilla cubierta de pequeñas gotas de sudor.

—No me lo puedo creer —repite.

Ella baja la vista mientras Claude da un paso brusco hacia delante y le dice frases como «Le habías prometido que esta vez llegarías a tiempo», «Y te olvidas hasta de la tarta», «¿Qué tienes en la cabeza?», «Ni siquiera ha podido soplar las velas». Y más tarde: «¿Alguna vez vas a pensar en alguien que no seas tú misma?».

Coge aire cuando, después de varios minutos, Claude vuelve a preguntarle qué le ha ocurrido en la frente y por qué tiene el pelo

mojado.

Nota una sensación de vacío en el estómago al darse cuenta de que, poco a poco, empieza a enredarse en sus propias mentiras mientras le habla de «la niña de la pila» y la crisis de Mr. Velvet, pero también del cristal empañado, las ráfagas de lluvia, las obras, la calle cortada. La pierna comienza a temblarle, y ella coloca una mano encima para intentar pararla. Luego le explica de forma atropellada que, cuando volvía a casa, ha tenido que dar la vuelta y ha callejeado durante mucho tiempo hasta desorientarse por completo. El corazón le late tan deprisa que la voz se le quiebra. Casi no se veía con la tormenta, añade, y además estaba algo mareada, seguro que ha sido la tensión, dice, y, sin querer, ha arrastrado un contenedor de basura con el coche.

Él arruga la frente y se le tensa el gesto.

—No estás hablando en serio. ¿Has tenido un accidente?

Ella esconde la mirada.

—No quería decir eso.

Claude la mira sin pestañear.

—¿Y qué querías decir, entonces?

Lúa gira una y otra vez la alianza de oro blanco con un diamante, que le baila entre los dedos. Tiene el nudo infinito grabado en su interior. Eternidad, unión, fuerza. Siempre juntos, «pase lo que pase», piensa.

Parpadea varias veces y cambia de postura en el sillón. Es consciente de que, en cuestión de horas, Claude verá el coche, lleno de barro, junto al suyo.

—No ha sido nada. —Traga saliva—. Solo una pequeña grieta en el parabrisas.

Él cierra los ojos un momento y cruza los brazos a la altura del pecho mientras murmura «fait chier». Luego esboza una especie de

sonrisa y ella no sabe si lo hace porque cree que le está mintiendo o porque sabe que dice la verdad.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—De verdad que no entiendo qué me ha pasado —dice ella negando con la cabeza.

Él suspira y vuelve a dar vueltas por el salón.

Luego se detiene en seco y, escrutándola con la mirada, dice:

—Vio a todas las madres. Menos a ti.

Y también:

—Siempre tienes algo. Siempre.

Lúa nota una sensación de vacío en el estómago, y no consigue murmurar una disculpa que suene sincera. Baja los ojos y vuelve a mirar la mancha de Coca-Cola, que sigue goteando desde la mesa. Está segura de que, si no la limpian pronto, el ácido dañará el barniz y dejará una marca en el parqué.

Según van pasando los minutos, la línea blanca de la mandíbula de Claude se relaja y su tono se vuelve más grave.

—Tendrás que llevar el coche al taller mañana —dice bajando la voz.

Ella se escucha a sí misma inhalar el aire y expulsarlo. Mira las fotografías de Martín, en blanco y negro, sobre la mesa auxiliar que está junto al sofá. Disfrazado de Mowgli, descalzo y con los rizos sobresaliendo de la cinta que tiene atada a la cabeza. Abrazando a Hércules desde la azotea de un rascacielos en San Diego. Con sus primos pequeños y la abuela Claire, en la playa de Niza, sin dejar de sonreír.

—¿Y los niños se han portado bien? —le pregunta a Claude.

Pero él sigue hablando del ojo de buey del parabrisas, como si no hubiera escuchado nada.

—Puede que no parezca grave, pero es peligroso —dice.

—¿Le has dicho algo a Martín?

—Si te empeñas en seguir circulando, la grieta se hará cada vez más grande.

Lúa esconde la mirada en la alfombra y se hunde en un silencio espeso. En momentos así, tiene la sensación de que no se conocen en absoluto. Esa manera tan venenosa de amarse y, al mismo tiempo, destruirse entre ellos. Por momentos pierde la noción del tiempo y se deja atrapar por una especie de abandono mientras él sigue hablando de lunas delanteras y baches y cambios bruscos de temperatura en el cristal.

Cuando alza la mirada, Claude se acerca y alarga la mano para apartarle el mechón de pelo de la frente. Lúa se echa hacia atrás, pero no lo bastante rápido.

—Y la herida, ¿cómo te la has hecho?

Los pensamientos se le amontonan de nuevo en la mente, descarrilados. Le asaltan de nuevo la humillación, la vergüenza, el miedo a ser descubierta. Las palabras salen dubitativas de su boca:

—Resbalé al salir del coche y debí de darme con algo.

Se cruzan sus miradas y ella desvía la suya.

—No ha sido nada —dice.

Sin dejar de pestañear, añade que, con los nervios, ha tenido que parar a tomar un poco de aire; casi no había comido y ha debido de bajarle la tensión.

Claude la mira sin comprender y vuelve a preguntarle cómo ha sido el golpe. Lúa recuerda que, al mirarse en el espejo de la visera, tenía restos de sangre seca cerca de la sien y, en los bordes de la herida, empezaban a aparecer los tonos azulados de un cardenal. Se arregla el pelo para disimularla y, por segunda vez, responde con evasivas.

—¿Seguro que estás bien?

—Ya te he dicho que no es nada.

Él enarca una ceja mientras remueve las llaves en los bolsillos y se gira hacia la puerta.

—De todos modos, bajaré al garaje a echar un vistazo.

Lúa se inclina hacia delante y le frena con la mano extendida.

—No hace falta.

—¿Y qué problema hay?

Sin contestarle, aparta la mirada y niega con la cabeza.

—No me cuesta nada bajar un momento.

—Te he dicho que yo me encargo.

El tono de ella, esta vez, no admite réplica.

Y, de inmediato, se arrepiente de la brusquedad con la que lo ha dicho.

Claude inspira y deja escapar el aire despacio mientras la mira con fijeza.

—A veces das miedo, ¿sabes? —dice.

Ella aprieta la mandíbula. La rabia la asfixia por dentro. Las palabras de la pelea de la noche anterior aún resuenan en su mente: «Estás ciega y solo te ves a ti misma por todas partes». Tiene que contenerse para no decirle que quizás deberían hacer juntos algún test de psicopatía. Y, por un momento, se imagina desafiándolo con la mirada: «Acabo de leer un artículo en LinkedIn sobre el número de psicópatas que hay entre los cargos directivos. Muy interesante. Al parecer, hay más de un veinte por ciento de psicópatas que ocupan cargos de alta dirección, ¿puedes creerlo? La proporción es casi la misma que existe entre los presos de las cárceles de Estados Unidos».

Hércules vuelve a ladrar y Minerva le reprende con voz áspera desde el final del pasillo.

Claude gira la cabeza en dirección a la cocina y, sin apenas mirarla, dice:

—Llevas unos días demasiado... nerviosa.

La repetición del sonido de las «eses», pronunciado en voz baja, parece zigzaguear entre las paredes, como si las letras intentasen escapar. A punto de decir algo, ella vuelve a cerrar los labios mientras sigue haciendo girar la alianza entre los dedos, con la vista fija en un punto imaginario del salón, incapaz de penetrar en nada.

—Y algún día tenía que pasar —continúa Claude.

Cuando lo mira, él levanta la barbilla, como si quisiera decir «Te lo dije» o «Ya estamos otra vez». En cualquier otro momento, ella se habría enfurecido; cada vez que discuten, parecen dos trenes a punto de chocar. Pero ya nada le parece real, como si todo fuera una película sin pies ni cabeza.

«Esta conversación es absurda», piensa.

Se acuerda del accidente y su pecho comienza a subir y bajar con respiraciones cortas y agitadas. Luego empieza a contar en silencio las sílabas de cada palabra que sale de la boca de Claude: «Tanto correr». Cuatro. «¿En qué estabas pensando?». Ocho. De repente el sofá se vuelve incómodo. Cuando siente que no puede más, presiona las uñas contra la tapicería y hace ademán de levantarse.

—No sigas por ahí, Claude —dice.

Él la detiene con las palmas de las manos levantadas. Respira hondo. Tres arrugas horizontales le surcan la frente.

—Lo siento. No debería haber dicho eso. —Hace una pausa—. Los dos estamos un poco alterados estos días. La mudanza, los viajes, el cumpleaños... Demasiadas cosas a la vez.

Camina unos pasos por el salón y se detiene junto al piano. Pasa los dedos por la superficie negra y espejada del Steinway, y ese gesto, apenas una caricia, a ella le hace recordar la tarde en que lo

compraron. Discutieron por su precio, escandaloso y fuera de toda lógica, recuerda, aunque entonces jamás habría imaginado que él nunca llegaría a tocarlo.

Claude coge la botella que hay sobre la chimenea y se sirve un par de dedos de armañac. Lúa repara en que él ya no lleva su alianza; se la quitó durante unos días después del verano porque le quedaba demasiado pequeña y desde entonces no ha vuelto a ponérsela.

—¿No quieres una copa? —le pregunta—. Te sentaría bien.

Ella responde casi en el acto:

—No.

Y luego:

—Sí.

Los ojos de Claude van desde el cubo de plata lleno de hielo hasta ella.

—¿En qué quedamos?

Sin esperar respuesta, prepara otra copa mientras menciona que una mudanza es casi tan estresante como perder el trabajo o incluso, dice, enfrentarse a la muerte de un ser querido. Olvida mencionar, piensa Lúa, que el divorcio ocupa las primeras posiciones en todas las escalas.

Claude se acerca al sofá mientras da vueltas a los cubitos de hielo, que se mezclan con el líquido ambarino, y le tiende el vaso.

—*À la tienne* —dice.

En un gesto casi involuntario, Lúa se llena la boca de armañac, como si fuera a enjuagarse, y después echa la cabeza hacia atrás y lo deja pasar por la garganta y el esófago. Enseguida, una oleada de calor desciende por su vientre.

—¿Mejor? —dice él.

Apenas un par de tragos más y siente que flota varios centímetros por encima del suelo. Sin mirar a Claude, apura la copa. La cabeza le

bascula de delante hacia atrás mientras deja que el alcohol le aturda los sentidos.

—Necesitas comer algo —añade él—. Le diré a Minerva que te prepare algún plato caliente.

Ella no logra reprimir una ligera mueca de asco.

La sola idea de pensar en comida le revuelve el estómago.

Piensa: «Estoy agotada, lo único que quiero es meterme en la cama y dormir catorce horas a base de Orfidal. Solo eso».

Y, sin embargo, dice:

—Iré. Enseguida iré.

La imagen de la ropa, empapada y salpicada de barro, toda revuelta dentro del armario, se abre paso en su cabeza. Y de pronto se ve a sí misma como si se hubiera convertido en otra persona, un ser extraño. No queda nada de la espalda recta y el perfil arrogante. Una mujer acostumbrada a moverse por los pisos ejecutivos de las sedes de compañías internacionales y las salas de reuniones de los mejores hoteles del mundo.

Altiva, cáustica, orgullosa.

Sin escrúpulos.

Se queda mirando la mancha oscura que empieza a secarse en el suelo. Durante un segundo piensa en recogerla; luego deja que siga goteando.

Como si fuera una película proyectada al revés, se imagina el charco de Coca-Cola entrando de nuevo en el vaso de plástico. La vida se revierte y, según se borran los segundos, ella empieza a quitarse de encima todo cuanto le pesa. Y ya no hay mancha, ni sangre ni golpes en el capó. El Range Rover retrocede en el tiempo y se aleja, despacio, del semáforo en ámbar y la carretera mojada. Los neumáticos no chirrían y no se escucha nada salvo el golpeteo suave de la lluvia contra el asfalto.

Y ella no grita. Ni llora. Ni tampoco huye sin saber hacia dónde.

Claude da unos pasos hacia ella, extiende el brazo y le recoge el vaso vacío, que deja sobre el aparador.

—Tienes mal abotonada la camisa —dice.

Lúa se levanta del sofá y se lleva las manos al pecho, una parte mujer y tres partes niña. Por un instante se imagina que Claude la atrae hacia sí y, poco a poco, ella deja que él le acomode la cabeza en su hombro y le acaricie el pelo y, con voz suave, le diga que todo va a salir bien y que, en un par de semanas, estarán instalados en su casa nueva, llena de luz y tan grande como sus sueños, y que después se escaparán unos días a esquiar en Narvikfjellet, solos o quizás con amigos, y desde allí podrán contemplar la aurora boreal, con una copa de vino en la mano, y olvidarse de todo.

Cierra los ojos y deja que Claude la bese, más cerca de la comisura de los labios que del centro.

—Te quiero —susurra él.

«Lo sé», está a punto de decirle.

Sin embargo, añade:

—Y yo a ti.

El viento se cuela por las rendijas de las ventanas, y ella siente la impotencia de no poder retroceder unas horas en el tiempo. Se acerca hasta la mesa del comedor mientras él le pregunta algo sobre seguros y el *renting* del coche, pero su voz llega lejana. Mira a Claude sin apenas verle. Una parte de ella parece estar presente, mientras que otra está lejos, en su propio infierno. A ratos tiene la sensación de estar viendo una película y de que, de pronto, alguien hubiese apagado el sonido del televisor.

Empieza a retorcerse las manos y se entresaca la alianza de oro blanco, una y otra vez, hasta que se le escapa entre los dedos y rueda por el suelo. Durante varios segundos observa el anillo girar

sobre el parqué casi a cámara lenta. No llega a caer hacia un lado: cuando empieza a tambalearse y a hacer eses como si fuera una peonza, lo detienen los zapatos negros e impecablemente lustrados de Claude.

6

Entra en el cuarto de baño, abre el grifo y se lava con agua fría y movimientos ásperos, como si quisiera borrarse la cara. No se mira en el espejo. Se quita los zapatos y los calcetines húmedos, que quedan en el suelo del revés, y después sale apresurada, tratando de imitar a la mujer que ha sido hasta solo unas horas antes.

Deja encendida la luz del pasillo y, sin hacer ruido, abre la puerta de la habitación de Martín. Es como si todo pareciera distinto, y al mismo tiempo estuviera igual que siempre. El mapa del mundo con los países que han visitado en la penumbra de la pared. Un ramo de globos desinflándose a los pies de la cama. La caja de Lego y la marioneta de Pinocho sobre la alfombra gris.

Da unos pasos, tanteando el suelo con el pie para no tropezar con algún juguete.

«Mami», escucha.

Se sienta en el borde del colchón y extiende la mano para acariciarle el pelo.

Al cabo de un instante escucha el roce de las sábanas.

—¿Dónde estabas? —murmura Martín—. ¿Es que tenías que trabajar otra vez?

Lúa no dice nada, incapaz de encontrar las palabras. Solo mira los muñecos de Playmobil, algunos con la cabeza incompleta, sin la pieza del pelo, y colocados en hilera sobre la mesita de noche. Él se vuelve hacia la pared, con el cabello rizado oscureciendo la

almohada, y ella le pasa un dedo por la nuca y la parte superior de la espalda. Cuando está en casa, a veces se lo pide antes de irse a dormir. Siempre le hace sonreír y le tranquiliza. Pero ahora, en cambio, se arquea y dice en voz baja:

—Me lo habías prometido.

La lluvia zarandea la persiana. Lúa nota un dolor agudo en la garganta que le impide respirar. Deja que pasen unos segundos antes de responder, con la voz quebrada:

—Siento mucho haberme perdido tu fiesta, cariño. No he podido llegar antes. ¿Me perdonarás?

Poco a poco, los ojos se le llenan de lágrimas que tiemblan, como en un vaso de agua inestable a punto de desbordarse. Se dice que necesita ir otra vez al lavabo, no quiere que Martín la vea así.

Escucha cada respiración, el aire que entra y sale de los pulmones. Cierra los ojos, embebida en sus pensamientos, y solo encuentra oscuridad y negrura.

Se avergüenza de sí misma.

Tantas sombras en ella.

Por un momento, repara en que aún sigue siendo 12 de diciembre.

Y, sin previo aviso, la imagen del cuerpo sin vida de su padre se superpone en su mente con la de su hijo recién nacido, esa masa tibia y temblorosa.

Martín lleva su sangre, piensa, y también parte de sus miedos.

Deja que pasen los minutos y, cuando se calma, le pone la mano en el hombro a Martín y hunde los dedos entre sus rizos en desorden. Poco a poco, le despliega los brazos del pecho y le atrae con suavidad hacia ella. En ese instante lo daría todo por protegerlo y llevarlo lejos, crear un mundo bueno solo para él.

Observa las doce letras en relieve del pijama, «cheeky monkey», y se promete a sí misma que, cuando todo esto acabe, se convertirá en la mejor madre posible para Martín: paciente, responsable, cariñosa, sincera.

—Te lo compensaré, cariño —dice en voz baja.

Luego le aprieta las manos en señal de que lo hará y, casi por inercia, le da su palabra de que, al día siguiente, en cuanto termine el colegio, harán algo especial los dos juntos.

Como si tuviera años y no horas por delante, piensa.

Después deja que él le hable de los regalos, de los disfraces, de la mancha de chocolate sobre la alfombra nueva. Las pequeñas estrellas de su pijama fosforecen en la oscuridad mientras le cuenta uno de los trucos del mago: si te mojas el dedo y luego frotas el borde de un vaso haciendo círculos muy rápido, entonces te sale un ruido «como de canción», dice, y puedes hacer que suene *Cumpleaños feliz* solo con unos vasos y un poco de agua.

—¿Y me has echado de menos? —le pregunta Lúa al cabo de un rato.

Martín se encoge de hombros sin decir nada.

Desde la cocina, llega el tintineo de los platos y los cubiertos mientras Minerva los seca y los guarda en los armarios.

—¿Y la tarta? —le pregunta él—. ¿Se te ha olvidado?

Ella cierra los ojos.

—No, mi vida —dice—. Quería llegar.

Enseguida mira hacia la puerta, a nada en concreto, como si estuviera en trance.

El atisbo de un pensamiento negro.

Un sentimiento de vergüenza pegajosa le cierra la garganta.

—Mami...

Ella se inclina y recoge del suelo a Babar, el peluche favorito de Martín y su posesión más preciada, un elefante de croché con bufanda azul y jersey de rayas con el que duerme desde que nació y del que nunca se separa. Junto al muñeco hay una fotografía antigua que, a pesar de la penumbra, enseguida reconoce con una claridad dolorosa.

Piensa en su madre y, casi al instante, baja la barbilla, pesada como un plomo.

No quiere pensar en ella.

«Ahora no», se dice.

—¿Dónde has encontrado esta foto? —dice con un hilo de voz.

—Estaba en el suelo —responde él.

—¿En el suelo de dónde?

Martín no dice nada.

—¿Puedes decirme dónde estaba, por favor?

—En tu despacho —responde Martín al cabo de unos segundos.

«¿Y qué se supone que hacías tú allí?», está a punto de decirle.

Pero no se ve con fuerzas suficientes.

Por primera vez en mucho tiempo, él no le ha dicho: «¿Por qué nunca quieres hablarme de los abuelos?».

Sin soltar la fotografía, coloca a Babar junto a Martín, entre las sábanas, y, de improviso, él se incorpora, y ella nota sobre los párpados su aliento, dulce y cálido. El niño le rodea el cuello con los brazos y apoya la punta de la nariz muy cerca de la suya, hasta que ella nota el hormigueo de sus pestañas y, casi a la vez, una neblina acuosa cubriéndolo todo.

—No llores, mami.

Sus dedos suaves se entrelazan con los suyos.

—No pasa nada, tranquila.

Lúa lo abraza con tanta fuerza que le parece imposible que nadie en el mundo pueda separarlos nunca.

La catarata negra de su pelo derramada entre sus brazos.

Apoya la cabeza junto a la de Martín, y permanecen mucho tiempo así, muy cerca y sin decir nada, con la misma calma que transmitía *La maternidad* de Klimt, que vieron en el Belvedere de Viena el último fin de semana de septiembre, y que también a ella le hubiera gustado sentir cuando era niña.

De vez en cuando entran en la habitación algunas palabras sueltas en francés de Claude, que suenan lejanas y rompen su pequeña burbuja de silencio.

Más tarde, Martín empieza a moverse con los dedos el diente que lleva varias semanas a punto de caerse. Lúa no puede evitar una ráfaga de desconsuelo al recordar que, hace tan solo un par de meses, cuando se le cayó su primer diente, Claude y ella se olvidaron por completo de poner una sorpresa debajo de la almohada y fue Minerva quien, a la mañana siguiente, se encargó de dejarle un par de monedas de chocolate. Y se acuerda también de que, cada vez que se enfadan por algún motivo y ella le pregunta después: «¿Hacemos las paces?», él siempre responde: «Cuando pase un poco más de tiempo, que ahora todavía no puedo».

Respira hondo y cuenta las horas que faltan hasta el amanecer.

Martín se recuesta en su pecho, bosteza un par de veces y enseguida sus párpados bajan despacio. La respiración pausada. Los labios entreabiertos y el pelo húmedo de sudor.

Cuando está a punto de acomodarle sobre la cama, él le tira del puño de la camisa y le pide que no apague la luz, que la deje encendida, aunque solo sea por esta noche. Lúa lo arropa, sintiendo la vida que late bajo su pequeño cuerpo. Le besa el pelo, negro como el de su padre, y enciende la luz nocturna.

También a ella le asusta la oscuridad.

7

Las manos le tiemblan mientras sostienen la fotografía en blanco y negro que Martín ha debido de encontrar entre el caos de libretas, archivadores y periódicos del despacho, y que ella se había prometido no volver a mirar. Apoya la espalda en la pared del pasillo y sus ojos se hunden en el trozo de papel grueso, con los bordes arrugados y amarillentos, y, por un instante, siente que pierde pie.

Nunca pudo entender por qué su madre la odiaba tanto.

Cuando apenas tendría seis o siete años, a menudo se preguntaba si habría otros niños en el mundo que no quisieran a sus madres. Lo pensaba muchas noches, a solas en su cuarto, y también cada vez que ella la encerraba en el armario del sótano. Echaba la llave desde fuera y la dejaba allí durante horas, entre arañas y cucarachas, sin hacer caso de sus gritos y súplicas.

«Me pones enferma, estoy harta de ti», le decía al marcharse.

Ella sollozaba en cuanto se quedaba sola, con la adrenalina expandiendo la conciencia de cada segundo y el corazón golpeando muy deprisa. La palabra *demonio*, tantas veces escuchada, revoloteaba en su cerebro como una piedra llena de aristas. Y aunque trataba de dominar la angustia mordiéndose los labios para contener el miedo y no llorar, tenía todos los músculos en tensión para no rozar las esquinas llenas de moho del armario.

Luego, conforme iban pasando los minutos, la respiración se ralentizaba poco a poco, hasta que terminaba perdiendo la noción

del tiempo. Y cuando le dominaba el cansancio y sentía que no podía más, dejaba caer la cabeza sobre el pecho y en su jersey de lana se formaba una mancha húmeda y fría.

Hace años que apenas habla con su madre. Pero todos los castigos, críticas y reproches, la sensación de no merecer ser querida, siguen acompañándola a todas partes. Y, aunque nunca ha tenido miedo a la muerte, todavía le aterroriza la oscuridad.

Se deja caer en el suelo del pasillo y mira más de cerca la fotografía. Las manos nudosas sobre el vestido plisado. La tez muy pálida, casi transparente, y los ojos negros que parecen mirar por encima de algo. La punta del pañuelo asomando por la bocamanga de la chaqueta. El gesto áspero, entre el desvalimiento y la altivez.

«Las reglas son las reglas; si las rompes, serás castigada», parece volver a escuchar, como si no hubieran pasado los años.

Cierra los párpados, y las sombras y el dolor se entremezclan en el remolino de su memoria. Recuerda a su madre en la cocina, a oscuras, sirviéndose otra copa de vino. Y también persiguiéndola alrededor de la mesa, con un pie calzado y con el zapato del otro pie en el aire: «Verás cuando te atrape, demonio». La recuerda reventando contra el suelo una ensaladera de cristal llena de lechuga, tomates y zanahoria rallada. Y, sobre todo, gesticulando y gritando y perdiendo los nervios por cualquier insignificancia y, luego, de forma inexplicable, prorrumpiendo en llanto o cayendo abatida en cualquier rincón de una casa desordenada y venida a menos.

Pero al mismo tiempo, recuerda también el calor de la mano de su madre cuando tocaba su frente para comprobar si tenía fiebre. La forma en la que se reía cuando veían algo divertido en la televisión. O la primera vez que la dejó ponerse su perfume, que olía a jazmín y a cuando estaba sobria.

Y, sobre todo, tiene grabado el eco de su voz diciéndole que era lista y valiente, y aquel asentimiento de orgullo que le iluminaba los ojos cada vez que traía del colegio buenas notas o un dibujo para ella.

Siente una contracción en el estómago al darse cuenta de que, en casi todos los recuerdos que guarda de su infancia, siempre trata de pasar desapercibida y de no molestar. Aunque si hay algo que permanece en su memoria por encima de todo es el miedo. Un miedo grumoso y casi sólido que germinaba en pequeños tallos desde su ombligo y crecía muy deprisa, ramificándose en cientos de zarcillos y enredaderas llenas de espinas que trepaban por su pecho hasta casi cortarle la respiración.

A cada paso que daba, por pequeño que fuera, sentía miedo.

Miedo a la oscuridad, al ruido y al silencio.

Miedo a quedarse sola y a no poder dormir.

Miedo al futuro, a los desconocidos, a la sangre y a las tormentas.

Miedo a las voces altas y a las peleas de sus padres, que escuchaba pegada al otro lado de la pared.

Miedo a equivocarse, a parecer débil, a defraudar las expectativas de los otros.

Miedo a tener miedo.

Miedo a desear, algunas veces, que se muera su madre.

Miedo a volverse loca, como ella.

8

Camina en ligero zigzag hasta su despacho, al final del pasillo. Necesita desesperadamente estar sola. Vuelve la cabeza y mira hacia atrás. Desde el arco abierto del salón, tiembla la luz del televisor.

Gira el picaporte y, sin hacer ruido, cierra por dentro.

Una vuelta de la cerradura.

«A salvo», piensa.

Apoya la espalda de nuevo en la pared y se concede unos segundos para respirar. Se queda quieta hasta que un golpe de lluvia sacude la persiana y comienza a sentir miedo de la habitación desordenada y oscura, iluminada solo a medias por la claridad espectral de las farolas de la calle. Por momentos, la casa se le vuelve ajena, como si no fuera suya, llena de ruidos inquietantes. El zumbido de la caldera. Corrientes de aire. Puertas que se abren y se cierran. Un grifo que gotea.

Mire a donde mire hay torres de libros y discos recostados contra las paredes; muebles y piezas de diseño *vintage* y de anticuario; espejos antiguos, cuadernos, periódicos doblados y archivadores repletos de papeles que impiden el paso.

Se acerca al escritorio y las tablas de madera crujen bajo sus pies descalzos. No enciende la luz. Está convencida de que alguien está a punto de llamar con insistencia a la puerta. Abre con llave el cajón y esconde la fotografía de su madre. Luego sostiene el teléfono con manos temblorosas mientras busca la noticia que más teme leer.

Se imagina a la mujer a la que acaba de atropellar, tumbada en una sala con una luz cegadora y rodeada de batas verdes, cables y monitores. Pero enseguida piensa: «Seguro que ella está bien. Tiene que estarlo».

La madera del parqué cruje y, de pronto, escucha tres golpes secos de nudillos.

Lúa se estremece por debajo de la camisa, que se le pega al cuerpo como una piel a punto de mudar. El móvil cae al suelo y hace un ruido sordo sobre la alfombra.

—¿Quiere que le prepare una sopa caliente, señora? —dice Minerva en voz baja.

Ni siquiera se atreve a levantar la cabeza.

—No hace falta —responde tratando de controlar la respiración—. Buenas noches.

Después, un intervalo de silencio.

—Avíseme si se le ofrece algo, señora —responde al fin Minerva.

En cuanto los pasos se alejan por el pasillo, Lúa se gira y trastabilla entre los muebles. Coge el móvil del suelo, que sigue intacto a pesar de la caída, y revisa con avidez las últimas noticias en la prensa digital.

Pero no hay nada.

Ni siquiera una nota breve.

«No puede ser», se dice.

Vuelve a saltar de una página a otra. Al menos han pasado ya cuatro horas desde el accidente. Y si hubiera ocurrido algo de gravedad, la noticia ya habría sido publicada por algún medio.

«Gracias, gracias, gracias, Dios mío», dice en voz baja.

Deja el móvil sobre el escritorio y enseguida nota las aletas de la nariz dilatándose, hasta que estalla en una risa nerviosa que, poco a poco, termina confundiéndose con el llanto. Empieza a dar vueltas

sobre sí misma sin saber qué hacer. Se deforma la cara con las manos, hasta que la herida de la frente vuelve a escocerle.

Solo piensa en tomarse algún tranquilizante para dejar de temblar.

Enciende la luz, coge el Birkin y lo revuelve con las dos manos, como si buscara algo imposible de encontrar. Funda de gafas, cargador inalámbrico, el billetero y el cuaderno de tapas rojas, una tarjeta de embarque arrugada, el envoltorio pegajoso con una chocolatina a la mitad, la llave olvidada de un hotel.

Todo menos las pastillas.

«¿Dónde demonios están?», murmura fuera de sí.

Vuelca el bolso sobre la mesa. Algunas monedas sueltas tintinean en el suelo. Sigue revolviendo hasta que al fin encuentra un blíster lleno de benzodiacepinas y se mete debajo de la lengua un par de comprimidos. Enseguida vuelve a revisar las noticias. Por fortuna, sigue sin haber nada, y las circunstancias, al menos por ahora, parecen darle un respiro.

Pone a cargar el móvil y después se sienta en el sillón giratorio, con las rodillas flexionadas y los pies fríos sobre la superficie de cuero. Mira hacia la ventana con aire ausente mientras se lleva a los labios los restos de la chocolatina que empezó en el coche, y se recuerda a sí misma que debe estar preparada para cualquier posibilidad que pueda ocurrir a partir de ahora.

Por algún motivo, le viene a la mente una frase de Nabokov que tiene anotada en la tapa interior del cuaderno rojo y que, desde la primera vez que la leyó, cuando era apenas una niña, siempre le ha removido por dentro: «Todo es como debe ser, nada cambiará nunca, nadie morirá jamás».

Las gotas de lluvia rebotan en la barandilla de hierro del balcón con un sonido metálico, como si fueran trozos de vidrio. «Nadie morirá jamás», repite para sus adentros. Pierde la noción del tiempo

y, al cabo de un rato, parpadea varias veces y, cuando se quiere dar cuenta, se ha terminado la chocolatina y sostiene entre las manos un tarro casi vacío de nueces de macadamia.

Se le ocurre pensar que Claude podría entrar de un momento a otro y se levanta y recoge deprisa el envoltorio con restos de chocolate y los objetos del bolso desperdigados por la mesa. Un instante después la pantalla del teléfono se ilumina en el escritorio. Es un mensaje de Ryan Corbin: «Tenemos que hablar, no importa la hora». Vuelve a sentarse. Piensa en la agencia y en la historia de «la niña de la pila» y, de pronto, le sobreviene una ola de cansancio. No recuerda haber estado nunca tan exhausta.

Aunque se trata de la principal cuenta de la agencia, podría decirle: «Ya no hacemos comunicación de crisis». Pero, si lo hiciera, pondría en peligro todos los logros profesionales por los que ha luchado durante tantos años. Y en todo caso, él no tardaría en recordarle lo mucho que está en juego, sin dejar de repetir la palabra *desafío*, además de *oportunidad* y *crecimiento*, y lo discutirían una y otra vez, en un tono casi irritado y agresivo, hasta que ella terminase dando su brazo a torcer.

Detesta a Corbin desde el día en que lo conoció, en el Bulgari Hotel de Milán, cuando él le pidió si podía servirle un café «con dos terrones de azúcar» justo antes del comienzo de la reunión; ella era la única mujer en una sala llena de directivos y, tras advertirle de su error, él se disculpó y la llamó «encanto».

Se lo imagina enfundado en su traje negro de Armani, con la frente alta y el cutis de hueso de melocotón, y las excusas burbujean en su mente: «las fechas son complicadas», «demasiado trabajo», «tal vez podría recomendarte a alguien».

Enciende el portátil y, casi sin darse cuenta, empieza a rascar con la uña los bordes de la pegatina corporativa y la etiqueta con el

código de barras. El buzón de entrada está saturado de nuevos correos. Lee algunos por encima. Repara en un mensaje urgente, enviado hace apenas quince minutos, en el que una periodista, con la que coincidió hace años en la facultad, también la pone sobre aviso respecto a la historia de «la niña de la pila». Lee el correo en diagonal, saltándose líneas como si las palabras quemasen, y se queda con una de las últimas frases: «Hay varios indicios que apuntan a que la marca implicada es Mr. Velvet».

Antes de despedirse, le adelanta que a primera hora de la mañana la familia de la niña atenderá en la puerta del hospital a los principales medios y agencias de comunicación del país. Todos los datos coinciden con la versión del alumno del máster que trabaja como fotoperiodista en Europa Press, y cuyo nombre no consigue recordar.

Se pasa la mano por la barbilla mientras recuerda algunas de las consecuencias médicas de ingerir una pila de botón: asfixia, quemaduras de gravedad, necrosis, perforación de esófago.

La palabra *muerte* se le clava por dentro como cientos de agujas debajo de la piel.

«Ojalá no sea cierto», piensa.

La pantalla del móvil vuelve a iluminarse y, cada pocos minutos, entran nuevos correos en su bandeja de entrada. El caso de «la niña de la pila», intuye, está a punto de adquirir las dimensiones de una gran crisis de comunicación de resultado incierto.

Llama por teléfono a Greta, que descuelga al primer tono.

—¿Qué ha pasado? ¿No has visto mis mensajes?

Ella parece dudar un instante.

—He tenido un pequeño accidente —dice, pero no añade nada más.

Levanta la muñeca para comprobar la hora y, al ver la grieta torcida que parte en dos el reloj de su padre, lo esconde en el último cajón del escritorio, al fondo, para no tener que mirarlo.

Luego escucha:

—¿Has hablado ya con Corbin?

—Aún no —dice.

Y después, un silencio que, por algún motivo, no trata de llenar.

—¿Me he perdido algo? —insiste Greta.

Lúa se cubre la parte inferior de la cara con las palmas de las manos. Es consciente de que, a estas alturas, debería estar desarrollando el plan de comunicación de crisis de Mr. Velvet a un ritmo neurótico: el trabajo siempre ha sido para ella esa ballena blanca que perseguía Ahab. Pero ahora siente que le desaparecen las alas y se tambalea a ras del suelo, como si se hubiera deslizado de su propia vida. Apenas logra concentrarse y solo piensa en dejar pasar las horas y confiar en que la inercia del tiempo termine por resolverlo todo.

—No ha sido un buen día —dice abrazándose las rodillas—. Me estalla la cabeza y no estoy segura de poder con todo esto.

El alivio y los primeros efectos de las benzodiacepinas combinadas con el alcohol le provocan un ligero malestar en el estómago, que empeora según pasan los minutos. Se inclina hacia delante y traga saliva.

—Deja que yo me ocupe por ahora, ¿vale? —dice Greta—. Al menos hasta que te encuentres mejor.

Ella no dice nada.

—Sabes que puedes confiar en mí —continúa—. Antes éramos amigas, ¿recuerdas? Tú solo habla con Corbin y yo me encargo del resto.

Lúa mira con fijeza hacia el cajón. Aunque está cerrado y las agujas detenidas, es como si el tictac del reloj se le clavase en el cerebro horadándolo. Tic, tac, tic, tac. Siente el impulso de golpear la esfera contra la esquina de la mesa y después arrancar las manecillas para no volver a escucharlo nunca más. Tic, tac. Tic, tac.

Las palabras de Greta resuenan en su cabeza, acrecentando su malestar.

«Antes éramos amigas, ¿recuerdas?»

Por un momento la imagina enganchada al teléfono y rodeada de apuntes esparcidos a su alrededor, listados interminables de periodistas, mapas de riesgos y manuales de crisis llenos de pósits amarillos.

Pero no se siente con fuerzas para seguir adelante.

—Es demasiado riesgo —dice.

—¿Y desde cuándo te ha importado eso?

—Puede que todo quede en nada al final. Y, aunque no fuera así, siempre podríamos recomendarle a alguien.

—¿Alguien como quién? —Greta parece molesta—. Cualquiera puede tener ideas brillantes, pero ejecutarlas bien es otra historia. Corbin lo sabe mejor que nadie. Y nos acabaría salpicando igual.

—No estoy segura de que sea una buena idea.

—Solo hay dos caminos —la interrumpe Greta—: avanzar o inventar excusas. Y, por cierto, la frase es tuya.

De improviso, deja de hablar y parece esperar a que ella responda algo:

—Sí o no, Lúa.

Ella vuelve a mirar el cajón. No puede evitar seguir escuchando el tictac, como si fuera el del reloj de péndulo del salón de sus padres, que lo recorría, golpe a golpe, con su latido persistente.

En ese momento solo tiene una única certeza, sin otra alternativa posible: debe hacerlo.

—Esta vez no podemos fallar, Greta, ¿me oyes? —dice antes de colgar.

Y después, a sí misma, intentando convencerse:

—No podemos fallar.

Antes de decidirse a llamar a Corbin, espera unos segundos con el teléfono en la mano, mientras trata de valorar la magnitud de la crisis. Le preocupa que las primeras señales de alarma al ingerir una pila de botón sean similares a las de una gripe: podría cundir el pánico entre los padres con demasiada facilidad.

En pocos segundos, el teléfono suena. Tres, cuatro veces. El nombre de Corbin se ilumina en la pantalla.

—Disculpa la hora, Greta —dice—. Quiero decir, Lúa. Perdona el lapsus.

A ella le incomoda la confusión, tantas veces repetida, pero no dice nada. Intercambian un par de frases de cortesía. Parece tranquilo, quizás en exceso, y plantea la llamada más como una simple formalidad ante la *insistencia* de Greta, que como una forma real de pedir ayuda.

—Lleva toda la tarde sin dejar de darle vueltas a este asunto —dice Corbin—. Ve fantasmas por todas partes. Pero ¿en qué se basa? En especulaciones. Conjeturas. Así que dejemos este punto claro. Que yo sepa, todavía no hay ninguna denuncia. ¿Dónde están las pruebas?

Durante varios minutos, Lúa trata de explicarle la importancia de anticiparse y estar preparados, identificar de forma temprana los riesgos reputacionales que podrían tener un mayor impacto en el negocio, definir los escenarios, los mensajes, los portavoces.

—Las malas noticias viajan rápido —dice—. Y una vez que se desata una crisis, el daño es instantáneo y con efecto público inmediato.

Sin embargo, Corbin insiste en que «aún es pronto» y «no hay razones de peso para preocuparse demasiado»:

—Incluso en el hipotético caso de que la familia presentase una denuncia contra nosotros, sería improbable un fallo en el proceso de enlatado. Y, en cualquier caso —añade—, abriremos una investigación si las cosas se complican en las próximas horas.

Hablan después sobre el estado de salud de «la niña de la pila», del que apenas ha trascendido nada todavía, y también sobre la coordinación entre departamentos y los próximos pasos que seguir.

—¿Se ha puesto ya en contacto con vosotros algún periodista? —le pregunta Lúa.

Su respuesta, «todavía no», tiene el efecto de un narcótico sobre ella. Le da algunas recomendaciones generales sobre los medios de comunicación y le explica que, a primera hora, tendrá disponible un argumentario interno para que, en caso de necesidad, pueda estar preparado frente a las posibles preguntas de los periodistas. Y, cuando él defiende lo que considera una «estrategia basada en el silencio», ella le interrumpe: si la crisis acaba salpicando a Mr. Velvet y la empresa no dice nada, le advierte, los medios y la opinión pública no dejarán de especular y sacarán sus propias conclusiones.

—La única opción estratégica para cualquier compañía que se enfrenta a una crisis es «ir con la verdad por delante» —dice—. Créeme, Ryan. No hay otro camino posible.

Siente una contracción dolorosa en el estómago antes de añadir:

—Ten por seguro que, si la situación se tuerce y la compañía no actúa con transparencia, el daño será *irreversible*.

En cuanto cuelga el teléfono, los recuerdos vergonzosos comienzan a girar en un remolino en su interior, cada vez más aprisa. La habitación da vueltas. Se detiene y después empieza de nuevo. Piensa en el accidente y en su propia vida: perfecta, envidiable y estéril a partes iguales. Con la sensación de estar a punto de caer, se levanta y da unos pasos hasta la puerta, y luego apoya la cabeza en la pared y respira hondo cada vez que llegan las náuseas. Lo ve todo en imágenes duplicadas. Golpe de péndulo. Silencio. Se ve a sí misma entrando en el cuarto de baño y encendiendo la luz; allí todo está ordenado y limpio y huele a lavanda y los azulejos brillan como si estuvieran húmedos. Golpe de péndulo. Manos temblando. Madre rota. Sale corriendo. Ni siquiera le da tiempo a echar el pestillo. Y, más tarde, solo siente las manos firmes de Claude apartándole el pelo mientras vomita, arrodillada frente al inodoro.

9

El dinero había sido siempre un tema tabú entre Claude y ella, o al menos peligroso, sobre todo durante los primeros años de convivencia. Repetidos roces y susceptibilidades habían acotado un área minada, en la que ninguno de los dos podía entrar ni salir de forma impune. Apenas se paraba a pensarlo, pero lo cierto era que había sido un asunto *espinoso* casi desde el comienzo de su relación, a pesar de que los dos habían estudiado en el INSEAD.

Algunas semanas antes de casarse con Claude, una clienta le dijo: «No conviertas nunca el dinero en un tema prohibido. Si aguardas demasiado para hablar sobre cuestiones financieras, podrías llevarte una sorpresa desagradable».

Y, doce años más tarde, nunca habría imaginado hasta qué punto.

Sin embargo, durante mucho tiempo, continuaron aplazando las conversaciones y los acuerdos a los que deberían haber llegado para evitar malentendidos entre ellos, y el asunto acabó convirtiéndose en un terreno pantanoso que los dos trataban de evitar a toda costa. Claude provenía de una familia adinerada y no le importaba gastar sin miramientos en viajes, cenas, regalos y todo tipo de artículos de lujo. Por el contrario, Lúa estaba acostumbrada desde niña a valerse por sí misma y a pelear para encontrar su camino: antes de conocerle había compaginado los estudios con trabajos como *babysitter*, cajera de supermercado, friegaplatos, profesora de inglés y dependienta en un H&M por ocho euros la hora. Prefería prescindir

de los caprichos y ahorrar para el futuro. Y, por encima de todo, sentía una gran inquietud al recordar que tenía cualquier tipo de deuda, por pequeña que fuera, y ansiaba que llegara el momento en el que no le debiera nada a nadie.

Al principio de su noviazgo, a Claude le resultaba divertido que ella apagase las luces cada vez que salía de una habitación, mientras él las dejaba siempre encendidas sin el más leve remordimiento.

Y, aunque se habían casado en régimen de separación de bienes y casi desde que empezaron a vivir juntos mantenían una cuenta en común para gastos compartidos y otras cuentas personales por separado, en realidad era Claude quien controlaba las finanzas y tomaba las decisiones. Aun así, casi nunca se preocupaba por establecer metas financieras conjuntas, como si fueran un equipo, o incluso por llevar al día un presupuesto mensual con el control detallado de los gastos y las inversiones. Y mientras que Lúa sentía aversión al riesgo y anteponía siempre el verbo *ahorrar* en sus objetivos financieros, él solo tenía en la cabeza la palabra *invertir*.

Apenas un par de días después de que Lúa lograra su primer ascenso en ShackelCom —el primero de una larga lista de éxitos profesionales—, Claude le hizo un regalo del todo inesperado que, sin duda, marcó un antes y un después. Sin embargo, en aquel momento, ella no supo valorar la dimensión de lo que tenía entre manos. Abrió la caja de Hermès, con un gran lazo y un toque de perfume en su interior, y sacó despacio el Birkin de su funda guardapolvos: tenía el tamaño y el color perfectos —el tono *noir* que combinaba con todo su armario—, con herrajes en dorado y sus iniciales estampadas sobre la piel granulada. Le pareció un detalle con mucha clase, como todo lo que le regalaba él, y casi de inmediato, y sin pensarlo demasiado, decidió estrenarlo.

Unos días después, en cuanto Greta la vio llegar con el bolso a la oficina y la puso en antecedentes, Lúa no podía creer lo que estaba oyendo, y se pasó horas rumiando toda aquella información y saltando de una página a otra de internet, en un intento de asimilar el gasto tan fuera de toda lógica que acababa de realizar su marido.

—¿Te has gastado treinta mil euros en un bolso? —le preguntó a Claude en cuanto volvió a verle.

—No es un bolso, *chérie* —le dijo él con calma—. Es un Birkin.

—¿Estás loco?

Claude esbozó una sonrisa, que enseguida se convirtió en carcajada.

—¿Sabes lo difícil que es conseguir uno?

—Por el amor de Dios. ¡Casi treinta mil euros!

—Ni siquiera es posible entrar en la lista de espera para encargarlo.

Lúa sacudió la cabeza con expresión desconcertada.

Pero Claude seguía sonriendo.

—Es incluso mejor que invertir en oro —dijo—. Ni te imaginas lo que puede llegar a pagarse en la reventa.

—No estoy segura de que haya sido una buena idea.

—¿Qué quieres decir?

—¡Es un bolso! Y al menos podrías haberme consultado antes.

Claude se le acercó y trató de rodearla con el brazo.

—Le das demasiadas vueltas a todo —dijo—. No veo dónde está el problema.

Ella le apartó con la mano. Notaba la respiración cada vez más agitada y una enredadera negra que le crecía en el estómago.

—Es un regalo —continuó él—. ¿Por qué no puedes simplemente dejarlo estar?

—El problema es que está mal... en sí. No me parece ético.

—¿Adónde quieres llegar?

—¡No lo sé!

Estaba a punto de decirle: «Supongo que eso es lo que ocurre cuando te acostumbras a viajar en primera clase y con reserva de hotel desde que te salen los dientes». Pero se mordió la lengua a tiempo.

—Acabas de conseguir tu primer ascenso —añadió Claude—. Y trabajas a todas horas. ¿Por qué no ibas a tenerlo?

Lúa lo miró con fijeza.

—¿Siempre tienes que escoger el camino más difícil? —dijo.

Después de unos segundos sin decir nada, Claude se llevó las manos a la cadera con semblante serio.

—¿Por qué no hablas claro? —dijo—. ¿Qué se supone que quieres que haga?

—¿Qué quiero que hagas o qué creo que deberíamos hacer?

Él puso los ojos en blanco.

—Solo digo que es demasiado caro —continuó ella—. Y deberíamos devolverlo.

—No estás hablando en serio. ¡Es un regalo!

—Quizás no era el momento, Claude.

—¡Oh, *mon Dieu*! Si no fueras tan...

Él se deshizo el nudo de la corbata y permaneció en silencio. Un matiz de extrañeza le arrugaba la frente. Tenía los ojos inquietos, como si algo estuviera a punto de suceder.

—¿Y qué ibas a decir antes? —le preguntó ella con gesto irritado.

Durante unos segundos, Lúa contempló las mejillas de su marido, su piel bronceada, el pulso que le latía en la garganta por encima del cuello blanco de la camisa.

Se miraron en silencio hasta que Claude se frotó la frente y, con expresión de cansancio, añadió:

—No es solo un bolso, Lúa. Y deberías quedártelo.

Un par de días más tarde, él le envió al móvil un fragmento de la serie *Sexo en Nueva York* en el que aparecía la publicista Samantha Jones contemplando extasiada un Birkin rojo en el escaparate de Hermès de Broad Street y diciéndole después a su amiga Carrie: «Cuando me pasee por la ciudad con este bolso sabré que lo he conseguido».

Lúa no pudo reprimir una sonrisa al ver el vídeo y, unas semanas más tarde, descubrió por casualidad que otro de los bolsos fetiche de Hermès, el Kelly, también era el favorito de la única mujer que formaba parte del Comité de Dirección de ShackelCom en Chicago. Sin embargo, aunque las líneas de ambos eran parecidas, el Kelly le parecía más clásico y algo menos sofisticado. Desde ese momento comenzó a utilizar el Birkin de forma cada vez más habitual en su día a día. Seguía siendo caro de una forma insultante, era cierto; pero aprendió a verlo con otros ojos. A fin de cuentas, se repetía, no dejaba de ser una obra de arte, confeccionado por los mejores artesanos y con los materiales más exquisitos durante horas y horas de trabajo. Además, era una pieza versátil y atemporal, perfecta para lucir en cualquier ocasión, tanto con vaqueros y zapatillas de deporte como con un vestido de noche. Y, sobre todo, era muy difícil de conseguir, trascendía las tendencias y las modas y acaparaba siempre todas las miradas sin necesidad de logos ni monogramas llamativos.

Incluso Greta, unos días después de contemplar absorta el bolso por primera vez, colgó un pequeño cuadro con luces de neón en su despacho en el que se podía leer: NEED MONEY FOR BIRKIN.

Poco a poco, Lúa empezó a dejar de lado, al menos en parte, las diferencias con Claude en cuanto al dinero y el origen social de ambos, que ella había vivido siempre en clave de inferioridad a pesar

de que hacía tiempo que casi triplicaba el sueldo de su marido. Durante años había contribuido a desarrollar la imagen corporativa de algunas de las marcas más icónicas del mundo, y también había sido pionera en el uso de la analítica para comprender las motivaciones de los clientes, además de haber escrito una decena de libros y de ser la única mujer que figuraba en la lista del Top Talent del Big Won Creative Ranking. Aun así, no perdía de vista el hecho de que ni siquiera había sido capaz de experimentar su primer ascenso como una victoria, sino más bien como si fuera una especie de suerte anómala y no acabara de merecerse lo que le estaba pasando, o, de alguna manera, estuviera adentrándose en un mundo que no le pertenecía del todo.

Siempre había sido exigente consigo misma, y tenía miedo de que un paso en falso arruinara todo lo conseguido. Pero, al mismo tiempo, lo último que quería era hacer un mundo de todo eso y discutir con Claude sobre cuestiones financieras, o incluso que terminaran convirtiéndose en uno de esos matrimonios que llegan a odiarse.

Y aunque su marido fuera un desastre con el dinero, al mismo tiempo era inteligente, detallista, generoso, divertido. Un caballero de los pies a la cabeza, con ese ritmo pausado y ese aire de quien no da golpe que siempre le había atraído tanto. Además, siempre se reían juntos y compartían esa clase de comentarios y bromas privadas, sobre los ruidos de los vecinos o el nuevo bigote que acababa de dejarse algún amigo en común, que fortalecen la intimidad y las relaciones. Y se interesaba por ella; le hacía preguntas sobre su vida y la escuchaba con atención cuando respondía. A menudo la llamaba a la oficina solo para asegurarse de que había llegado bien y le enviaba flores y bombones, o conjuntos de ropa interior. También era ambicioso y, por encima de todo,

seguro de sí mismo, dos cualidades que Lúa siempre había admirado.

Una parte de ella deseaba llevar ese tipo de vida que, aunque nunca lo habría reconocido, le resultaba cada vez más agradable, porque los dos tenían una bonita casa con balcones y techos altos en el centro de Madrid, y por supuesto un gran trabajo y dinero en el banco, y una cocina con isla, electrodomésticos de alta gama y la despensa siempre bien surtida; y acababan de adoptar juntos a Hércules, el pequeño *bulldog* de ojos tristes que cada noche se tendía con las orejas gachas a sus pies; y ella lucía una alianza con ocho diamantes talla princesa que destellaban en su dedo anular, y en cuyo interior aparecía grabado el nudo infinito; y cada mañana ambos veían las copas de los árboles desde el dormitorio después de hacer el amor, cenaban en los mejores restaurantes y viajaban por todo el mundo; y habían comprado una biblioteca increíble con estanterías de caoba y rebosante de libros —Thomas Wolfe, Hemingway, Dostoievski, Willa Cather, Fitzgerald, Hamsun, Steinbeck —, además de un gran fondo de armario como nunca lo habría imaginado; y por si no fuera suficiente, Claude estaba siempre tan atractivo con esas camisas blancas y esos trajes a medida.

¿No era todo cuanto se podía desear?, se repetía.

En algún momento, y sin apenas darse cuenta, se convenció a sí misma de que debía querer todo eso y mucho más.

Y en el siguiente ascenso, apenas medio año más tarde, fue ella, y no Claude, quien se compró su segundo Birkin en la *boutique* de Hermès de París.

El modelo más grande.

Y de color rojo, como el de Samantha Jones.

10

En el taxi, la voz del locutor informa sobre la «tormenta histórica» que acaba de vivir Madrid en las últimas horas: lluvia y viento con rachas huracanadas, árboles caídos, aviones desviados. Pero lo más grave, dice, ha sido el derrumbe de tres torretas de luz y el incendio de varios transformadores, que provocó un corte eléctrico en muchas zonas de la ciudad.

—A las siete de la mañana, todavía estábamos sin luz en Vallecas —dice el taxista mirándola a través del retrovisor.

Ella vuelve la cabeza hacia la ventana. Lleva gafas de sol ahumadas y el cielo le parece pintado de un solo brochazo de color negro. Al otro lado del cristal, la lluvia arrastra hojas en descomposición, envoltorios y una botella de agua aplastada por la acera sin barrer. Y, mire a donde mire, solo encuentra multitudes de rostros inexpresivos con sombras azules debajo de los ojos, paraguas con las varillas rotas, tubos de escape oxidados.

Siente frío y después calor y se quita la gabardina y la dobla sobre su regazo. Luego abre el bolso para coger el móvil y se da cuenta de que no ha vuelto a pensar en la posibilidad de deshacerse de él en ningún momento. Aunque, quizás, ya no tenga demasiado sentido hacerlo a estas alturas. Y, además, «seguro que ella está bien», se repite de nuevo. Aprieta la mandíbula y trata de revisar el correo, pero tiene que releer dos o tres veces cada mensaje antes de ser

capaz de entenderlo. El pulso se le acelera y siente que algo le quema por dentro al imaginar la siguiente noticia.

—¿Podría apagar la radio, por favor? —le pide al taxista.

Se sujeta la cara con los índices a la altura de las sienes y se promete a sí misma que, de ahora en adelante, consultará una única vez las noticias. El hecho de hacer nuevas averiguaciones no ayuda en nada y solo puede perjudicarla en un momento en el que debe mantener la cabeza en su sitio.

El teléfono suena, pero no lo coge. Es Greta. Lee por encima varios de sus mensajes; es ella quien se está encargando de todas las gestiones de la crisis de Mr. Velvet. «Habla con Corbin, yo me encargo del resto», le recuerda en el último correo.

Hace además de mirar la hora en el reloj de su padre y, cuando se da cuenta de que no lo tiene, los sucesos de la noche anterior regresan a su mente en tromba. Silencia el teléfono. «Estoy tranquila. Tranquila», murmura mientras se presiona las cutículas de los pulgares con las uñas de los índices. Saca del bolso el cuaderno rojo y trata de repasar la lista de tareas pendientes y la agenda del día. La rueda de prensa. Corbin. Las reuniones. Los informes de ventas. Las nuevas contrataciones. Ni un solo momento libre, se dice, cada minuto planificado. Después de la rueda de prensa comerá con un cliente, revisará las últimas campañas y estará de vuelta para el *briefing* de primera hora de la tarde.

Mira la hora en el móvil, nueve menos cuarto, y llama a la agencia para avisar de que se retrasará media hora. Nunca antes había llegado tarde a ningún compromiso. Y mucho menos en un día tan complicado.

Según pasa el tiempo, le aterra cada vez más la idea de tener que enfrentarse con la realidad. En pocos minutos se reunirá con su equipo, y se pregunta si será capaz de sostenerles la mirada.

De algún modo, le consuela pensar en la forma en la que algunos actores a los que admira —Max von Sydow, Joaquin Phoenix o Daniel Day-Lewis— logran construir sus personajes y vivir la vida de otros, en ocasiones durante meses. Ese debería ser el objetivo, se dice. Actuar todo el tiempo: ir a una entrevista y ser un personaje, dar clase y ser un personaje, ir a cenar y ser un personaje. Hundirse en el vacío de las horas hasta casi desaparecer y convertirse en otra, aun a riesgo de perder la cordura.

En uno de los últimos correos que recibe, Greta le informa de que se han producido dos nuevas denuncias de consumidores después de que los padres de la niña hospitalizada comparecieran ante los medios de comunicación a primera hora de la mañana. Al parecer, muchos informativos se han hecho eco ya de la noticia.

«Maldita sea», murmura. Antes de atravesar la siguiente calle, el taxi se detiene en un semáforo. Algunas madres de aspecto abatido empiezan a cruzar el paso de peatones empujando carritos cubiertos por fundas de plástico para la lluvia. Las manos huesudas del taxista tamborilean sobre la palanca de cambios y, cuando el disco cambia a verde, el taxi arranca de nuevo. Junto a la acera, un niño con botas de agua de color rojo suelta la mano de su madre y corretea de un lado a otro, pisando los charcos a pocos metros del taxi. El pequeño se pierde entre el bosque de piernas que le rodean y se aleja cada vez más hacia la carretera mientras su madre no deja de mirar la pantalla del móvil.

Lúa siente la presión de la sangre bombeando contra las sienes.

Está a punto de golpear el cristal.

El pecho sube y baja, cada vez más deprisa.

Lo ve correr.

Y, de súbito, se inclina hacia delante y agarra el reposacabezas del asiento delantero.

—¡Cuidado con el niño! —le grita al taxista.

Luego, un frenazo en seco seguido del claxon interminable del coche de atrás.

El taxista se da la vuelta, mortalmente pálido, mientras el pequeño sigue saltando en los charcos con sus botas rojas.

—¿Se puede saber qué demonios le pasa?

Sus pasos resuenan sobre los baldosines cuando entra en el baño, que está vacío y huele a amoníaco como el de la casa de su infancia cada vez que lo limpiaba después de una noche de borrachera de sus padres. Cierra la puerta y echa el pestillo. El pulso le tiembla. Aunque llega tarde, necesita tranquilizarse durante unos minutos antes de incorporarse a la reunión. Entorna los ojos y se recuesta en la pared: no logra quitarse de la cabeza las tijeras de acero inoxidable que ha estado a punto de coger al pasar junto a la mesa de uno de los *planner* del equipo.

Casi llega a sentir la punta fría y afilada hundiéndose despacio en la piel del muslo, y de pronto se ve a sí misma cuando apenas tenía diez años y se hacía cortes con el punzón de las manualidades.

Por un instante, recuerda a los técnicos del servicio de emergencias desplegando las ruedas de la camilla junto a la acera. El cuerpo de su padre cubierto con una manta gris. La bufanda manchada de sangre. El golpe sordo de las puertas traseras de la ambulancia al cerrarse.

No hubo ningún funeral.

En su familia nunca se volvió a hablar sobre él.

Nadie le explicó jamás lo que le había ocurrido y tuvo que aprender a captar las señales en cada gesto, a interpretar los silencios, los susurros, las miradas.

Tampoco fue capaz de decirle a nadie que él se había *muerto*, porque cada vez que se acordaba le dolía tanto como si lo volviera a matar.

Y, si de algo está convencida, es de que falló en proteger a su padre.

Han pasado casi treinta años de aquel 12 de diciembre y, sin embargo, todavía recuerda que, antes de dormir, se miró en el espejo y, con los labios prietos, se prometió a sí misma que jamás volvería a pronunciar palabra. Luego cogió la jabonera y la lanzó con todas sus fuerzas contra el espejo. Esperó unos segundos en silencio, cogió el trozo de cristal más grande que pudo encontrar en las baldosas del suelo y empezó a hacerse un corte en la pierna. Al cabo de un rato se hizo otro, y después otro más. La piel le ardía y la sangre le empapaba el vestido blanco. Con las manos temblando, se lavó las heridas, limpió el baño y se deshizo de la ropa. Y cuando al día siguiente le preguntaron en el colegio qué le había ocurrido, contó sin titubear que había chocado contra una bicicleta.

Los dedos recorren de nuevo la cicatriz por encima del pantalón mientras imagina el filo de las tijeras rompiendo la piel. Igual que aquel día, se ve a sí misma limpiándose la sangre, que casi comienza a ver brotar. Sigue cortando y después se limpia, a intervalos regulares, hasta que la toalla invisible que sostiene en la otra mano se convierte en una gran mancha de color rojo oscuro.

La herida le escuece casi como si fuera real.

Por alguna razón, no podía evitar hacerse daño a sí misma. Sentía una tormenta dentro de ella, y unas veces la consumían la ansiedad y la tristeza y, otras veces, la frustración por ser incapaz de sentir nada, como si se hubieran apagado sus emociones. Los cortes en las piernas podían ocultarse con facilidad y era la única manera que había encontrado para soltar toda esa tensión.

Se concentra solo en respirar y espera unos segundos antes de salir. Luego apoya el bolso en el lavabo, se toma otro par de anfetaminas, abre el grifo y da unos sorbos de agua.

«Puedo hacerlo», se dice para sus adentros.

Un par de minutos más tarde, entra en la sala de reuniones con gesto decidido. Un cambio se ha operado en ella. Pide disculpas por el retraso, saluda al equipo y se sienta inclinada hacia delante, con las piernas cruzadas y los codos apoyados sobre la mesa.

—Bien —dice—. Tenemos mucho trabajo y vamos contrarreloj.

Diez pares de ojos la miran, y enseguida una de las secretarias del departamento entra y le deja un café sobre la mesa.

—La mayoría ya conocéis la situación —continúa—. Hay una niña de cinco años en el hospital con pronóstico grave. Su madre asegura que ayer por la tarde se tragó una pila de botón mientras bebía una lata de Mr. Velvet. Estáis viendo el escándalo en todos los medios. —Señala con un gesto de la mano los monitores de televisión colgados al fondo de la sala—. ¿Novedades, Greta?

La directora de Relaciones Públicas la mira como si la viera por primera vez.

Por un momento, Lúa recuerda sus palabras de hace unas horas, que la golpean como un puño en el cráneo: «Antes éramos amigas, ¿recuerdas?».

Greta carraspea:

—La pequeña se encuentra en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital 12 de Octubre —dice—. Al parecer, la familia y los médicos han actuado a tiempo y el ácido de la pila no ha quemado la pared del esófago. O al menos no del todo.

Varias cadenas de televisión muestran en bucle las imágenes de un bebé de menos de un año conectado a un respirador mecánico mientras Greta repite que, en cualquier caso, aún es pronto y las

quemaduras internas incluso podrían llegar a causarle la muerte más adelante.

La mitad del equipo tiene niños menores de cinco años y el aire se vuelve espeso.

Lúa apura el café y la interrumpe con brusquedad cuando empieza a dar detalles sobre el caso de otro niño de dos años que «nunca más podrá volver a caminar y tendrá que alimentarse a través de un tubo de por vida».

—Imagino que alguien se habrá ocupado ya de contactar con la familia de la niña para ayudar en todo lo posible —dice—. No hace falta que os recuerde que se trata de una de las principales cuentas de la agencia y no podemos permitirnos el más mínimo fallo.

Los ojos de Greta, juntos en exceso, le sostienen de nuevo la mirada hasta hacerla sentir vulnerable. Durante unos segundos piensa en el accidente. Nota de nuevo la piedra del estómago, y se revuelve en el asiento tratando de disimular su incomodidad. Pero enseguida se dice que todo está bien y vuelve a su actitud acostumbrada, cerebral y llena de efervescencia, haciendo pregunta tras pregunta y encadenando las respuestas con nuevas interpretaciones: ¿qué intereses podría haber detrás de las denuncias? ¿Quizás un sabotaje o algún cliente oportunista? ¿Qué hay de la investigación en la fábrica? ¿Existe alguna posibilidad de que se haya producido un fallo en el proceso de rellenado de las latas? ¿Y en cualquier otro punto de la cadena? ¿Tal vez una manipulación por parte de algún trabajador descontento? ¿Se ha ocupado alguien de contactar con el Ministerio de Sanidad? ¿Cuáles son los precedentes? ¿Tienen los padres de la niña alguna conexión con la compañía?

Al cabo de unos minutos da indicaciones, planifica los tiempos, organiza al equipo.

—Bien —dice—. Lanzamos la nota de prensa en una hora y media. Trabajaremos, codo a codo, con Corbin y el Departamento de Comunicación de Mr. Velvet. ¿Más cosas? —dice mirando a Adam, uno de los directores de Cuentas.

—En las últimas horas se han producido dos nuevas denuncias —dice mientras apoya el dedo índice a la altura de las sienes—. La situación se complica. Y lo hará más todavía si Corbin insiste en esperar.

—También los primeros síntomas tras ingerir una pila son bastante similares a los de una gripe —añade Greta—. Y es probable que muchos padres entren en pánico, sobre todo después de haber visto a la madre de la niña llorando a lágrima viva en todas las televisiones.

Lúa mira, uno por uno, a cada miembro del equipo.

—Vamos a necesitar una respuesta muy visual para contrarrestar la imagen de la lata junto a la pila de botón —dice mientras se sube las mangas de la americana—. ¿Ideas?

Se produce un silencio tenso de varios segundos, hasta que el nuevo becario, Gael, interviene con naturalidad. Decenas de pecas salpican sus mejillas, como en un huevo de codorniz.

—Estaba pensando en un vídeo en el que se vea la rapidez y la seguridad del proceso de rellenado de latas —dice—. Una grabación con subtítulos y declaraciones de Corbin que muestre lo difícil que resultaría introducir una pila, o incluso un objeto más pequeño, en cualquier punto de la cadena de producción.

—Coordínalo con el Departamento Creativo —dice Lúa—. Y encárgate también de documentar antiguos casos de sabotaje, ¿de acuerdo? —le dice mientras comienza a recoger sus papeles—. Nos vemos en una hora.

Envía un par de mensajes a Corbin para concretar los detalles de la rueda de prensa y los próximos pasos. Si el asunto se pone feo, va a necesitarlo dando la cara y paseándose por todos los programas de televisión.

Se levanta de la mesa y siente una especie de aleteo extraño, en el estómago y también un poco más arriba, debajo de las costillas. Y, sin embargo, sigue adelante tratando de no darle importancia. Cuanto más se comporte como si todo estuviera bajo control, se dice, más posibilidades habrá de que así sea.

El viento sopla cortante cuando sale de la agencia. Camina a paso vivo hacia la parada de taxis, con las solapas de la gabardina levantadas y seguida del repiqueteo incesante de los tacones de Greta. Alza la vista y se estremece al ver el cielo oscuro y brumoso.

El taxista fuma recostado sobre la puerta delantera del vehículo. Ella le saluda y se desliza con rapidez hacia el interior. Greta se sienta a su lado mientras él arroja el cigarrillo al suelo y sube al coche.

—Al hotel Urban, por favor —le indica Lúa.

En cuanto entra, el olor a tabaco negro le produce náuseas. De inmediato baja unos centímetros el cristal de la ventanilla y después mira de soslayo a Greta, que sujeta un batido de color verdoso entre las rodillas a la vez que intenta abrocharse el cinturón.

El taxi gira hacia el paseo de la Castellana, dejando atrás las diez letras destellantes de ShackelCom tras el vidrio del vestíbulo. Lúa aprieta la mandíbula y saca del bolso el cuaderno rojo y una carpeta de piel con el logo de la agencia. Hojea varios documentos y se detiene en una página con los nombres de los periodistas que han confirmado su asistencia a la rueda de prensa. Durante un par de

minutos trata de visualizar sus caras, sus filias y fobias, el medio para el que trabajaban, posibles preguntas, su empleo anterior.

Al otro lado del cristal, el ruido se hace insoportable por momentos. Varias grúas y excavadoras trabajan sobre un enorme boquete en la estación de metro de Cuzco. Los cláxones se funden con los motores de los martillos neumáticos en un compás ensordecedor. Greta hace una mueca de desagrado mientras intenta hablar por teléfono y se lleva la otra mano al oído.

—Entre las obras y la Navidad, lo tenemos claro este año en Madrid —dice el taxista, y a continuación emite un chasquido con la lengua.

Lúa cierra la ventanilla y enseguida atiende una llamada de la colaboradora que acaba de enviarle la nota de prensa. Después de corregirle varios errores y hacer algunos cambios, dice:

—La próxima vez, pregúntate: ¿el texto es bueno? Si no funciona, ¿qué puedes hacer? ¿Eliminar, reorganizar, añadir ideas? Siempre busca más allá de los límites.

Greta se gira y la mira con atención.

—Escribes, analizas y criticas —continúa Lúa—. Hemisferio derecho, hemisferio izquierdo. Impulso, lógica. Se vuelve a pensar y se redacta otra vez las veces que haga falta, ¿entiendes?

En cuanto cuelga, trata de concentrarse en el argumentario. Endereza la espalda en el asiento y repasa cada respuesta a las posibles preguntas de la prensa, pero al pasar la página, el sonido de Greta sorbiendo el batido le crispa los nervios. Pone los ojos en blanco y se frota la frente; vuelve a dolerle la cabeza. Coge una aspirina y se la toma con un poco de agua de la botella que lleva en el bolso.

—¿Podría subir el volumen de la radio? —le pide Greta al taxista.

De nuevo, Lúa nota el peso en el estómago. Pero los programas matinales solo parecen tener espacio para la noticia del día: una niña ha ingresado en el Hospital 12 de Octubre en estado grave, repiten sin tregua, después de tragarse de forma accidental una pila de botón que, según los primeros indicios, estaba dentro de una lata de Mr. Velvet. En apenas quince minutos de trayecto, escuchan varias veces las declaraciones de la madre de la niña. Con la voz rota, exige responsabilidades y, entre sollozos, ruega cautela a todos los padres.

—Pobre cría —murmura el taxista—. Es que no hay derecho.

Greta y ella intercambian una mirada de preocupación.

Y, sin embargo, después de sembrar el pánico, piensa Lúa, los periodistas empiezan a llenar los minutos hablando de «la cantidad de objetos extraños» que, hoy en día, es posible encontrar en cualquier alimento: tuercas en los envases de guisantes congelados, trozos de vidrio en latas de cerveza, ranas e insectos en bolsas de ensalada.

A la altura del hotel Villa Magna, el taxi tiene que reducir la marcha por las retenciones. Lúa vuelve a mirar la hora en el móvil y, de forma casi imperceptible, niega con la cabeza. Una oleada de caras aprisionadas entre auriculares desciende por la boca del metro, y, al otro lado de la calle, varios grupos de fumadores se concentran a la entrada de un edificio de oficinas.

El timbre del teléfono suena una y otra vez.

—Sí, lo sé... —dice ella—. En cuanto acabe la rueda de prensa revisaremos los materiales de la campaña, no te preocupes, estará todo listo antes del *deadline*.

Chequea el correo electrónico desde su teléfono móvil y lee con atención un mensaje del responsable de Seguridad Alimentaria de la fábrica de Vigo. Según le informa, además de todos los controles y

protocolos, Mr. Velvet utiliza un sofisticado detector de metales al final del proceso de enlatado; por ello, le explica, sería «casi imposible» que se hubiera pasado por alto una pila una vez que las latas están selladas y listas para su distribución. Cuando termina de leer el correo, vuelve a considerar la posibilidad de un sabotaje mientras se muerde la uña del pulgar con aire pensativo.

El taxi se desvía en diagonal para cambiar de carril, colocándose a pocos centímetros de otro automóvil. El otro conductor no deja de gesticular y tocar el claxon. La maniobra desencadena una ráfaga de pitidos. Mientras tanto, en la radio, los tertulianos siguen debatiendo sobre el goteo de nuevas reclamaciones de consumidores y hacen conjeturas sobre la investigación y el estado de salud de la niña.

Al cabo de unos minutos, cuando entra la sintonía del boletín informativo de las once, la voz del locutor informa de que algunas cadenas de supermercados han comenzado a retirar de los lineales los productos de Mr. Velvet. Según explica, lo han hecho «por iniciativa propia y hasta que se aclare la situación».

Lúa resopla y de nuevo mira el reloj del móvil. En pocas horas, abrirá la bolsa de Nueva York. Siente un pellizco en el estómago al pensar en el previsible desplome de las acciones de la compañía. Ha vivido otras crisis antes, pero ninguna de estas dimensiones.

Trata de concentrarse en la tertulia de la radio, pero enseguida su mente regresa al accidente mientras sus nudillos se vuelven blancos al girar la alianza, que le baila en el dedo anular de la mano derecha.

Cuando están a punto de atravesar el paseo de Recoletos, junto a la Biblioteca Nacional, el taxi frena en seco. Un motorista acaba de cruzarse zigzagueando y, al rebasarlos, ha golpeado la carcasa del espejo retrovisor. Apenas un segundo después de saltarse el semáforo y un montón de disposiciones legales más, se esfuma

entre los coches. El taxista lo increpa, fuera de sí, y Lúa siente de repente la camisa fría y pegada a la piel.

—¡Lo que faltaba! —dice al bajar la vista.

Una gran mancha de color verdoso se extiende sobre su blusa blanca.

Le pide al taxista que la espere un minuto y sale del coche sin mirar a Greta. Esquiva a un hombre que vende relojes en una manta extendida sobre la acera y, luego, entra en el Café Gijón, pide en la barra un café solo y camina deprisa hacia el baño.

«No me lo puedo creer», repite casi sin respirar.

Apoya el bolso sobre el lavabo y después abre el grifo, humedece varios trozos de papel y los pasa con fuerza por el pecho. Coge más papel y sigue frotando, pero la mancha no sale.

No deja de pensar en la imagen de mujer calculadora y ambiciosa que la persigue desde hace años, cuando en realidad se ve a sí misma como un ser que ha perdido los escrúpulos y el menor atisbo de integridad. Un monstruo, piensa, capaz de dejar desangrándose en la calle a la mujer a la que acaba de atropellar.

Se quita la camisa y enjabona la mancha y la restriega con toda su energía hasta que, al fin, logra disimularla, al menos en parte. Luego escurre el agua y enciende el secador y, con las manos todavía húmedas, se pasa la mano varias veces por el pelo. Un instante después se abotona la camisa y tira los papeles en la cesta que hay debajo del lavabo.

Cuando sale del baño, la idea del café le revuelve el estómago. Deja un billete de cinco euros sobre la barra de mármol y corre de nuevo hasta el taxi.

—Soy un desastre. ¡Lo siento muchísimo, Lúa! No debería haber subido con el batido —se disculpa Greta nada más verla.

Lúa asiente sin pronunciar palabra.

Empieza a llover y se escuchan truenos a lo lejos cuando cierra la puerta.

Al llegar al número 34 de la Carrera de San Jerónimo, el taxista activa las luces de emergencia y se detiene frente a la fachada de hormigón y acero del hotel Urban. Mientras Lúa espera para pasar la tarjeta de crédito por el datáfono, le pide disculpas por el viaje tan *accidentado* que han tenido. Él se gira, esbozando una sonrisa que marca las arrugas profundas de sus ojos y que a ella le parece estúpidamente feliz.

—¿Accidentado dice? Eso que se lo digan al cliente que ha subido al taxi justo antes que ustedes —dice resoplando por la nariz—. Verán, me dice que anoche conoció a una *spanish hot girl*, o como demonios se diga eso. El caso es que la chica le anotó la dirección de su casa para verse hoy, y el tipo me da un papel y me pide que le lleve hasta allí. A ver qué opinan ustedes, hombre.

Sin dejar de sonreír, pasea la mirada por las piernas de Greta y le tiende después un trozo de papel arrugado.

Ella lo desdobla, extrañada, y lee en voz baja:

—«Calle Que te jodan, doce».

De inmediato, estalla en carcajadas.

—Qué bueno, por favor —dice—. ¡Es buenísimo!

El sujetador de encaje le asoma entre los botones de la blusa.

Lúa se muerde los labios con impaciencia. Siente una soledad punzante y se pregunta cómo es posible que haya nadie en el mundo con ganas de reír.

—¿Podría darse prisa? —le pide al taxista con gesto contrariado.

Greta aparta la mirada y se entretiene pellizcándose el *panty* mientras el taxista vuelve a girarse para entregarle la nota y la mira con los ojos llorosos y el rostro abotargado por la risa:

—Tiene su gracia, mujer —dice.

Lúa cierra la puerta sin despedirse. En cuanto sale, una racha de aire viciado le revuelve el cabello. Levanta la vista y siente las nubes planeando sobre ella.

Pero sigue adelante, sin mirar atrás.

Atraviesa el pórtico acristalado de doble altura del hotel con el móvil en la mano. Enseguida reconoce el olor corporativo que, tan solo unos meses antes, desarrollaron en la agencia para el Urban: notas de bergamota, hojas de limón, sándalo y jazmín; un olor impersonal a hotel de lujo que ahora le parece vacío. Mira alrededor hasta que localiza, al fondo del vestíbulo, a la directora comercial del hotel. Lleva el pelo recogido en una coleta muy tirante y camina en círculos sin dejar de hablar por teléfono con una mano sobre la cadera. Al ver a Lúa, despide la llamada y guarda el móvil en el bolsillo interior de la americana. Las tres se estrechan la mano y cruzan algunas frases de cortesía, y enseguida se dirigen al salón Khemer, donde en menos de una hora está previsto que comience la rueda de prensa.

Un pensamiento negro irrumpe de pronto en su cabeza al pasar junto a la escalera revestida de pan de oro del vestíbulo. A su espalda escucha la vibración del *walkie* del guardia de seguridad. Luego, un pequeño bip que resuena en el aire, seguido de un «recibido» seco y cortante.

El corazón se le desboca.

«No te pares», se dice.

Está convencida de que, en cualquier momento, alguien le va a dar el alto.

Pero, por fortuna, nadie la detiene ni le dice nada. Las puertas del ascensor se abren y se cierran con suavidad, como si todo volviera a ser normal. Responde con monosílabos a las preguntas y comentarios de la directora comercial del hotel mientras piensa en los sucesos de la noche anterior y se pregunta cómo puede haber continuado con su vida.

«¿Soy un monstruo?», se dice para sus adentros.

Nota una contracción dolorosa en el estómago y se ciñe la americana a la cintura tratando de ocultar la mancha de la camisa, que todavía sigue húmeda, y después aprieta los puños hasta que logra hacer desaparecer las imágenes.

En el interior de la sala, más de doscientas sillas se alinean en una simetría perfecta. Varios técnicos supervisan el proyector y los equipos informáticos y de sonido junto al atril del fondo. Greta cruza la sala y se acerca a saludarlos. Sin dejar de atender una llamada tras otra, supervisa la cartelería y empieza a preparar las notas de prensa y las memorias USB con el material gráfico para los periodistas.

Enseguida, dos camareros vestidos con casacas oscuras entran en la sala para servir el desayuno: café, infusiones, zumos naturales y boles de yogur casero, brochetas de fruta fresca, surtidos de quesos y embutidos, pequeños cruasanes.

«Todo es perfecto y a la vez absurdo», piensa Lúa.

A ratos se acuerda de Claude y de la discusión de la noche anterior y se dice que no debería haber mentido. Pero ya es tarde. Le envía varios mensajes utilizando la función de dictado para ahorrar tiempo: «El día está siendo intenso, pero te llamo en cuanto

pueda». «No te preocupes, está todo bajo control.» Y también: «Siento el retraso de ayer».

Un velo de sudor le cubre la frente. Al cabo de un par de minutos, Ryan Corbin entra en la sala seguido de tres hombres de su equipo de comunicación. Todos visten trajes negros y camisas blancas sin corbata y tienen el pelo brillante. Mientras caminan hacia ella, no puede evitar pensar que parecen recién salidos de un anuncio de Armani, y se pregunta cómo reaccionarían si, en ese momento, alguien les arrojara un poco de barro sobre sus trajes impolutos.

Se acerca a ellos, les estrecha la mano uno por uno y los invita a sentarse en las sillas con pies de acero de la primera fila. Después hace un gesto a Greta para que se una al grupo y le pregunta a Corbin por los avances en la investigación. Sin preámbulos, él les informa de que la policía está analizando las imágenes de un supermercado en las que se distingue a un hombre que parece manipular una lata de Mr. Velvet. Discuten de nuevo sobre la estrategia a seguir. Al igual que ha hecho en varios correos y llamadas de teléfono, Lúa vuelve a defender que toda la ofensiva mediática debería sustentarse sobre la confianza plena en la calidad del producto y en el proceso de producción, además de estrechar lazos con el Ministerio de Sanidad.

—Es fundamental que veáis a los medios como aliados más que como enemigos —dice mirando con fijeza a Corbin—. Debemos mantener una actitud sosegada y no tener miedo a comunicar, porque en realidad no hay nada que ocultar.

Sin embargo, Corbin se mantiene cauto tras la decisión de algunos supermercados de retirar las latas de Mr. Velvet, y asegura que incluso están considerando la posibilidad de sacar el producto del mercado de forma preventiva.

—Desde luego, sería lo más prudente y sensato —añade uno de los consultores que le acompañan—. Al menos hasta que la situación se aclare.

Lúa niega con la cabeza.

—No tenemos elección —dice.

Corbin apoya los codos en las rodillas y parece meditar un instante. De improviso, se yergue y, mirando a Greta, le pregunta cuál es su opinión al respecto. Ella parece titubear.

—Siempre estoy de acuerdo con Lúa —dice al cabo de unos segundos con una sonrisa.

—¿Incluso cuando está equivocada? —dice él.

—Ella nunca se equivoca, Ryan —añade Greta—. Créeme.

Lúa cambia de tema con brusquedad y, sin dejar que Greta siga hablando, le pide que vaya a atender a los primeros periodistas que comienzan a llegar a la rueda de prensa; después invita a Corbin a continuar la discusión en un aparte junto a la mesa del café. Cuando se levantan, él apoya una mano sobre su espalda, y con la otra le hace un ademán para que salga primero.

Ryan huele a una mezcla de habanos y perfume de Loewe. Se limpia el sudor de la frente en un pañuelo con sus iniciales bordadas y después escudriña a Lúa con la mirada mientras le sirve un café:

—Me preocupa la decisión de no retirar el producto cuando todavía seguimos recibiendo reclamaciones —dice—. Es mucho lo que está en juego.

Ella lo mira imperturbable.

—Entiendo tu punto de vista —responde—. Pero lo contrario supondría reconocer como propio un error que *no* habéis cometido.

—En cualquier caso, es una decisión estratégica que tampoco te corresponde tomar —dice él mirándola con aspereza.

Una espiral de humo sube desde el café sin azúcar de Lúa.

—Confía en mí, Ryan.

Él sonríe con ironía.

—La vida me ha enseñado a no confiar demasiado en nadie —dice, y después coloca el dedo índice sobre los labios a modo de advertencia—. No estoy dispuesto a correr riesgos innecesarios.

Lúa lo mira con fijeza.

—No hay otra opción —dice—. Y sé de lo que hablo. El único camino pasa por ofrecer un mensaje único y sincero. Y eso incluye no retirar el producto de los supermercados.

—No suena del todo convincente —dice Corbin, y luego arquea las cejas a modo de interrogación—. Sabes que no me gustan las utopías ni tampoco las falsas esperanzas.

—La esperanza y la utopía me interesan más bien poco —dice ella —. Prefiero una mentalidad racional y pragmática. Lo que cuenta es el trabajo que hacemos día tras día.

Los dedos de Corbin se mueven despacio sobre la taza de café y después sonríe con malicia.

Lúa hace una pausa antes de continuar:

—Necesito que veas la crisis como una oportunidad para reforzar vuestra imagen y hacer que la gente vuelva a confiar en la marca.

—Creo que te equivocas, pero no hay tiempo para discutirlo ahora —dice él—. Y habrá consecuencias si va mal.

Ella le dirige una mirada gélida.

Ha captado el mensaje: ocurra lo que ocurra, el fracaso será responsabilidad de ella, mientras que el tanto de la gloria se lo apuntará siempre él.

—Supongo que nadie en este mundo está a salvo de meterse en líos —le dice, y de inmediato la piedra del estómago se vuelve más pesada.

Poco a poco, el salón va llenándose de cámaras y periodistas que hablan demasiado alto. El ambiente está cada vez más denso y cargado.

Estrecha la mano con firmeza a Corbin y lo ve alejarse hacia el atril. Siente una punzada en el vientre y su rostro esboza una mueca apenas perceptible, como si paladeara una cucharada de algo amargo. Sabe que no puede permitirse fallar. Pero, aunque trate siempre de tenerlo todo bien atado, se dice, siempre habrá variables que escapen a su control. ¿Y si al final no fuera un sabotaje? ¿Y si continúan apareciendo nuevos casos? ¿Qué ocurriría si falleciera la niña ingresada? Traga saliva. Los médicos han advertido que, al irse liberando el material tóxico y corrosivo de la pila, en los próximos días podría producirse una necrosis en el aparato digestivo de la pequeña. Nota de pronto un calor sofocante y, sin importarle el cerco que ha dejado la mancha en la camisa, se quita la americana.

Mira el reloj del móvil mientras Greta sigue atendiendo a la prensa. Avisa a Corbin con un ademán de la mano y un leve asentimiento de la cabeza:

—Dos minutos y comenzamos.

A las doce en punto, él se sitúa delante del atril y aguanta, impasible y con una sonrisa estoica, la lluvia de flashes. Al cabo de un minuto, carraspea y espera hasta que el silencio es absoluto en la sala. Con voz pausada, agradece su asistencia a todos los medios; expresa su preocupación por la niña hospitalizada e informa con transparencia sobre los últimos avances en la investigación. A su espalda se proyecta en bucle el vídeo con subtítulos en el que se muestra, paso a paso, el proceso de rellenado de latas que se realiza en la fábrica de Vigo. Después de transmitir su determinación por llegar al fondo del asunto, abre el turno de preguntas y, uno por uno, comienza a responder a los periodistas.

A pocos metros del atril, Lúa observa la escena de pie y con los brazos cruzados. Al escuchar a Corbin piensa que ha visto escritas tantas veces las mismas frases en las últimas horas que, a estas alturas, podría recitarlas de memoria. «La velocidad y la seguridad de nuestro proceso de producción hacen improbable que pueda aparecer ningún objeto extraño, por pequeño que sea, en ninguno de nuestros productos.» «Más de diez mil envases por hora sellados herméticamente antes de que la bebida pierda gas.» «Todas las latas son nuevas y no se rellenan en ningún caso.» «Seguiremos investigando y colaborando de forma estrecha con el Ministerio de Sanidad, tal y como hemos hecho hasta ahora.»

Mientras Corbin continúa hablando, Lúa repara en un periodista que se sienta al filo de la silla y mira inquieto de un lado a otro con ojos saltones. Si no recuerda mal, es el redactor jefe de una revista económica; se esfuerza en vano en recordar su nombre.

Sin identificarse, el periodista se levanta y aborda de súbito a Corbin:

—¿Cómo explicarán a la opinión pública su decisión de no retirar el producto de los supermercados en el caso de que siga aumentando el número de afectados o, Dios no lo quiera, fallezca la niña, que se encuentra en la UCI?

Lúa nota cómo Corbin aprieta la mandíbula. Él espera unos momentos antes de contestar. Insiste en la seguridad del proceso, en la colaboración con el Ministerio de Sanidad y en la inverosimilitud de las reclamaciones. Luego, con voz arenosa, recuerda que las denuncias falsas están penadas por la ley. Bebe unos sorbos de agua y, sin admitir más preguntas, agradece la asistencia a todos los medios informativos.

En tan solo unos segundos, la sala se convierte en un hervidero de voces, flashes, ruidos de sillas y cucharas que se entrechocan

contra las tazas de café.

Corbin todavía sigue en el atril cuando se gira hacia ella, envolviéndola con una mirada que a ella le parece de escrúpulo y de doblez. Lúa nota su respiración poco profunda y siente un leve mareo. No puede esperar que los demás aprueben sus decisiones, pero está segura de que cargará con toda la culpa ante cualquier contrariedad. Apoya con disimulo la mano sobre uno de los paneles de madera que recubren la pared y trata de recobrar el aliento. Un enjambre de periodistas la rodea de pronto. Hablan todos a la vez con voces retumbantes, abrumándola con preguntas y peticiones de entrevistas. Ella curva las comisuras de la boca y trata de mostrar interés a la vez que compone una especie de sonrisa.

Según pasan las horas, piensa, su trabajo se parece cada vez más a tratar de reír con una costilla rota.

11

Cuando los periodistas se marchan y se queda un momento a solas, se sirve otro café y se deja caer en una de las sillas del fondo de la sala. Supervisa en el móvil un vídeo que acaba de enviarle Gael sobre los protocolos de seguridad de la fábrica de Vigo y se acuerda de la discusión que tuvieron a finales de septiembre, unos días antes del aniversario de la agencia. Lo quería en ShackelCom, recuerda, después de observarlo durante una dinámica de grupo con Recursos Humanos en la que participaban varios becarios. Algo en él le había interesado desde el momento en que lo vio. Era muy alto, tenía la cara salpicada de pecas y llevaba una camiseta con un mensaje: «Mido 1,95 cm y no juego al básquet. Gracias». Era el único que se había mantenido algo aparte de los demás, con semblante enérgico pero absteniéndose de hacer tanto ruido como el resto.

En ese momento pensó que, salvo él, ninguno de los aspirantes sería capaz de distinguir una frase bien escrita de un cliché. Y después de escucharle hablar y defender sus ideas, tan frescas y diferentes, había insistido en contratarle a pesar de la oposición de Recursos Humanos. Argumentaban que era «demasiado mayor» para un puesto de becario: había hecho la prueba de acceso a la universidad para mayores de veinticinco años y se había licenciado en Periodismo a los treinta y dos después de haber trabajado como camarero, animador de cruceros, escritor de páginas de citas o

probador de camas, entre otros muchos empleos, y no tenía apenas certificados ni diplomas más allá de la licenciatura.

—Me da igual si no habla inglés o no tiene un MBA o veinte certificaciones más —le dijo al director de Recursos Humanos con determinación—. Lo único que quiero es hambre de aprender, creatividad y actitud de crecimiento.

Apura la taza de café mientras recuerda que, aquel día, casi todo el equipo estaba esperándola en la sala de reuniones: cuentas, *planning*, creatividad, producción, área digital. Aunque no era un procedimiento frecuente, y menos tratándose de un becario, Gael se había empeñado en preparar por su cuenta diferentes propuestas y materiales para el lanzamiento de un aceite de oliva de alta gama, y ella había querido darle la oportunidad: él mismo se había encargado de captar al cliente para la agencia y, de algún modo, quería recompensarle por su nivel de ambición.

Después de aplaudir en público su iniciativa, Lúa cogió un bolígrafo rojo y tomó asiento junto a la pantalla digital. Mientras él avanzaba en la presentación, ella inclinó la cabeza hacia el hombro izquierdo con gesto contrariado: el resultado estaba lejos de lo que esperaba y tuvo que contenerse para no darle un *feedback* demasiado negativo desde el primer minuto. Trató de reconducir la situación lanzándole una batería de preguntas: ¿cuál era el objetivo del diseño? ¿Qué elementos del diseño estaban relacionados con el objetivo? ¿Eran esos elementos efectivos para lograr el objetivo?

El ambiente era irónico y distendido al principio, aunque por momentos se volvía sombrío. De algún modo, todos parecían compartir la opinión de que, más tarde o más temprano, nadie escapaba al látigo hiriente de su juicio. Dejó intervenir a los responsables de cada área y, a medida que iban dándole la vuelta a

la propuesta, ella seguía formulando nuevas preguntas: ¿qué significaba *fresco*? ¿Y qué hacía que algo fuera *visceral*?

Al llegar a los textos sobre el producto, plagados de errores, se recordó a sí misma que, bajo ningún concepto, debía reprender a Gael en público.

Pero no pudo contenerse por más tiempo.

Una quemazón le subía hacia la garganta.

Con los dientes apretados, lo miró durante un largo instante.

—En esta presentación hay errores imperdonables —le dijo con aspereza—. Y no solo ortográficos, sino también de sintaxis y prosodia. No hay nada que odie más que una coma entre el sujeto y el predicado —añadió.

Los miembros del equipo intercambiaron algunas sonrisas y miradas de complicidad.

—En cualquier caso —añadió señalando hacia la pantalla—, estos textos transmiten una impresión de incompetencia y falta de credibilidad. Y, por encima de todo, son la prueba de que has sido negligente a la hora de trabajar, releer y corregir cada documento antes de presentar la propuesta.

Él guardó silencio y le dirigió una mirada sombría.

—¿Qué imagen dan de ti tus errores? —continuó ella en tono neutro—. ¿Te has parado a pensar en cómo una mala ortografía puede afectar a tu carrera como *copy*?

Sin quitarle los ojos de encima, se cruzó de brazos sopesando la situación. Pensó que quizás habría sido una prueba de tacto dejarlo pasar por aquella vez pero, por algún motivo, la actitud de Gael, rayando la indignación imperial con la barbilla levantada, la había molestado. Y más todavía lo que dijo a continuación:

—Entiendo tu punto de vista, Lúa, pero no me parece tan grave. Son solo faltas de ortografía.

Ella se levantó de la silla y pareció traspasarlo con la mirada.

—Podría explicártelo, pero no puedo entenderlo por ti —le dijo—. Y menos quince minutos antes de que llegue el cliente.

Gael bajó los ojos. La tensión del momento le caldeaba el rostro, salpicándolo de manchas rosadas.

Lúa dio unos pasos nerviosos por la sala y se quedó quieta junto a la ventana. Tenía la sensación de que su mente funcionaba con más rapidez que la de los demás. Trató de calmarse mientras se pasaba el pulgar por el mentón. Luego se giró de nuevo y miró uno por uno a los miembros del equipo. Con voz grave y profunda, se detuvo en cada palabra:

—La ortografía es una actitud —dijo—. Respeto al interlocutor. El sello de un pensamiento bien estructurado. Es un reflejo de la educación. Y la educación está siempre detrás de todos los problemas.

Después se dirigió de nuevo a Gael y le dijo que, en los próximos días, hablarían sobre su plan de mejora. Él arqueó las cejas y resopló por la nariz.

—¿Dónde crees que estás? —añadió ella—. Puede que tengas talento, pero, si quieres continuar en ShackelCom, debes aspirar a la perfección. Sin un sentido innato que valore lo bien escrito, odie la mala redacción y conozca la diferencia, aquí no tienes nada que hacer.

Unos minutos más tarde, entra en el baño y se moja las manos y la nuca con agua fría. Está exhausta, como si hubiera envejecido varios años de golpe. No piensa una y otra vez en el accidente y en la posibilidad de que la detenga la policía, pero la sensación de negrura la sobrevuela y la perturba casi a cada segundo.

Apoya el bolso sobre la encimera de mármol del lavabo y saca el cuaderno rojo para revisar la agenda de la tarde. Enseguida la invade un sentimiento contradictorio: quiere marcharse cuanto antes y a la vez quiere seguir allí trabajando, hablando con la prensa o ante cientos de personas en algún congreso, redactando informes, rellenando hojas de cálculo y presentaciones de PowerPoint, escribiendo correos electrónicos, asistiendo a reuniones y comidas con clientes como si todo pudiera volver a ser normal.

La pantalla del teléfono se ilumina con varios mensajes y una nueva llamada, pero no lo coge. Lleva vibrando toda la mañana y siente que la cabeza no da más de sí.

Pero enseguida abre el mensaje de texto que le acaba de enviar Claude:

«¿Qué tal el estómago?».

Se lo imagina con su traje oscuro, paseando de un lado a otro por el vestíbulo del hotel de alguna ciudad del mundo —¿dónde le dijo que iba?—, rodeado de otros ejecutivos y analistas financieros, antes de empezar con sus reuniones y llamadas a Asia.

Echa una ojeada rápida al reloj del móvil mientras teclea: «Todo bien», y enseguida siente un nudo que le cierra la garganta. «Seguro que fue una bajada de tensión», añade.

Se oyen voces en el pasillo y el móvil le tiembla entre las manos mientras entran nuevos mensajes de Claude:

«Acabo de ver a Corbin en las noticias, por aquí no se habla de otra cosa», escribe él.

Lúa se acuerda de las pastillas y nota las leves náuseas que a menudo le provoca la medicación.

«¿Qué va a pasar ahora?», insiste él.

Teclea: «No lo sé».

Pero luego piensa: «Se supone que debería saberlo».

Los seres como ella, se dice, no pierden los nervios ni tampoco dudan. Simplemente están seguros. Traga saliva al darse cuenta de los riesgos deliberados que ha comenzado a asumir al presionar a Corbin para que no retire el producto de los lineales. Tal vez, de manera inconsciente, haya comenzado a cavar su propia tumba.

«Oye, tengo que dejarte», escribe.

«¿Nos vemos para cenar?», contesta Claude.

«Te llamo luego», responde ella.

Guarda el móvil en el bolso y, cuando está a punto de cerrar el cuaderno, sobresale entre las páginas un recorte de prensa que debió de guardar hace algunas semanas. Lo desdobla con cuidado y lo observa unos segundos. Por un instante revive el salto en caída libre de Felix Baumgartner para Red Bull. Entonces le pareció fascinante y pensó que, por mucho tiempo que pasara, siempre recordaría ese momento, cuando el austríaco saltó desde el borde del espacio y logró romper la barrera del sonido. Cuatro minutos y veinte segundos de vértigo absoluto antes de abrir el paracaídas. Su hazaña batió todos los récords de audiencia en YouTube, con un pico de más de ocho millones de personas. Sin embargo, ahora se pregunta cómo puede alguien ser capaz de algo así, qué le impulsa a seguir adelante cuando en cualquier momento una vena en su cerebro podría haber reventado.

Se lleva las manos a la pequeña herida de la frente, casi sin darse cuenta, mientras mira con fijeza la fotografía de Baumgartner sentado en su cápsula con las piernas colgando a cuarenta kilómetros de altura. Luego repara en el pie de foto y la piedra del estómago se le remueve al leer las palabras que él pronunció poco antes de saltar al vacío: «A veces tienes que subir muy alto para darte cuenta de lo pequeño que eres».

—¿Lúa? ¿Estás ahí?

Se sobresalta cuando Greta abre la puerta del baño y la encuentra allí, de pie, inmóvil frente al espejo y con la noticia del periódico en la mano.

—¿Dónde estabas? —le pregunta con los ojos abiertos de par en par—. Te he buscado por todas partes.

Ella trata de ocultar el papel y lo guarda deprisa en el bolso.

—Llegamos tarde a la comida. ¿Nos vamos?

Lúa duda unos segundos. Es vagamente consciente de que Greta acaba de decir algo sobre las repercusiones de la rueda de prensa; gesticula con las manos y no deja de mover los labios, pero ella es incapaz de comprender el sentido de sus palabras.

—Perdona, ¿qué acabas de decir? —le pregunta en un tono de voz casi inaudible.

Las piernas le flaquean y siente ganas de salir huyendo y arrojar la toalla, y, al mismo tiempo, se pregunta qué se le permitiría hacer a otra mujer que no fuera todo lo fuerte que los demás suponen que es ella. Y entonces se imagina diciéndole a Greta, con lentitud deliberada: «Oye... No me encuentro demasiado bien. ¿Crees que podrías encargarte de manejar todo esto, aunque sea durante un par de horas?». Sin duda, Greta levantaría las cejas y no haría preguntas, al igual que no ha mencionado la herida de la frente. No le pondría la mano en el brazo para saber qué le ocurre ni tampoco le diría: «Tranquila, todo se arreglará». Una vez fueron amigas, casi hermanas, pero nunca más volverán a serlo, piensa. Y, sin embargo, llevan casi quince años trabajando juntas, desde que se conocieron en Reuters.

—¿Me estás escuchando, Lúa?

Siente que algo oscuro comienza a dar vueltas en su interior.

«No puedo más», está a punto de decir.

Y, sin embargo, por algún motivo que no alcanza a entender, levanta la vista y lo único que dice es:

—Solo dame un minuto, ¿de acuerdo?

En cuanto se queda sola en el baño, se toma otra pastilla y se acuerda de aquel correo electrónico entre Greta y otra de las directoras de cuentas de la agencia en el que la habían puesto en copia por error y se referían a ella como *resting bitch face*. Recuerda la sensación de rabia y de bochorno líquido que experimentó al leer esas palabras. Conocía la expresión, que podía traducirse como «cara de perra» o «cara de mujer odiosa», y se había puesto de moda para referirse al semblante seco de algunos famosos, entre indiferente, irascible, serio y asqueado.

«Resting bitch face», se repite para sus adentros.

Mira hacia el espejo con aire ausente y, de pronto, el baño le parece angustiosamente pequeño. Luego piensa en la injusticia de que a una mujer se la etiquete como ambiciosa y calculadora, y en el efecto dominó que tiene sobre otros aspectos de su vida. Tantos años de malquerencia y de ojeriza que siempre ha fingido no ver. «Habla como un hombre y se comporta como un hombre», decían sobre ella en el mensaje.

Por primera vez en mucho tiempo siente ganas de llorar, del mismo modo que hacía su madre cada noche cuando ella era una niña y su padre desaparecía durante varios días seguidos. Cierra los ojos y la ansiedad le hace tragar saliva. Noche, botellas vacías, llanto entrecortado. «Mamá, ¿por qué lloras?» Intenta abrazarla. «No me toques.» Los labios temblando. «Déjame sola.»

Se sobresalta de nuevo cuando el teléfono vuelve a vibrar.

Coge aire, sale del baño y después baja por las escaleras y cruza corriendo el vestíbulo del hotel. Junto al bordillo de la acera, un viejo Citroën suelta una nube negra de humo antes de ponerse en

marcha. Aguanta la respiración y entra deprisa en el taxi en el que la espera Greta, que está escribiendo un mensaje en el móvil. Con el corazón golpeando contra el pecho, siente el impulso de mirar hacia atrás y, al girarse, le parece reconocer a esa mujer que vio en el garaje justo después del accidente y que es igual que ella: la misma camisa blanca con los puños desabotonados y el mismo pantalón de pinzas negro; la gabardina y el Birkin, iguales a los suyos, colgados del brazo; delgada como el filo de una navaja; con el mismo pelo corto y esa mirada, vulnerable y a la vez oscura. No consigue apartar la vista de su doble, que se aleja presurosa entre rachas de lluvia, acelerando el paso a medida que avanza. Como si tuviera en mente un destino concreto.

A las seis menos cinco de la tarde, después de una comida con un cliente, otras dos reuniones internas y decenas de llamadas y correos, llama a un taxi y vuelve a casa. Siente que la cabeza está al límite. Se ha pasado la última hora dando vueltas por su despacho en un estado de inquietud febril, incapaz de aprovechar el tiempo y, a la vez, en permanente estado de tensión.

—Estoy tranquila. ¿Qué te hace pensar lo contrario? —le ha dicho a Greta unos segundos antes de salir, mientras sentía que, poco a poco, se ablandaba por dentro, como si las vértebras de la espalda se le estuvieran soltando.

Se ovilla en el asiento de atrás del taxi, con esa necesidad de abandonar el cuerpo y el bolso apretado entre los brazos. Se muerde los labios. Nunca antes se había marchado de la agencia en una situación tan crítica, cuando los periódicos preparan ediciones especiales y en la radio y la televisión no dejan de bombardear con la noticia del día y la *avalancha* de nuevas denuncias contra

Mr. Velvet. En cualquier otro momento, ella habría pasado la noche en la oficina sin dejar de dar indicaciones a todo el equipo y controlándolo todo. Pero está extenuada, no puede quitarse de la cabeza los pensamientos sobre el accidente y sabe que, de seguir así, comenzará a cometer errores.

Mira por la ventanilla el cielo turbio de la ciudad, desdibujado en una cúpula de bruma. A fin de cuentas, se dice, era previsible que la situación se complicara: los primeros síntomas tras ingerir una pila son demasiado similares a los de una gripe y ha empezado a cundir el pánico entre los padres.

Al pasar junto a los arcos amarillos de un McDonald's, el tráfico se vuelve denso. En su interior, Lúa se detiene en la idea de que el futuro es igual que correr: si pones el foco en lo mucho que te falta, el ejercicio se torna agotador y enseguida sientes el impulso de abandonar; pero si consigues ocupar la mente en algo distinto —la frase para el eslogan en el que estás trabajando, los informes de ventas o el discurso para el premio de Cannes Lions—, entonces los kilómetros pasan mucho más deprisa.

Cuando atraviesan la avenida, el taxi se detiene durante un par de minutos. Aguza la vista y siente que empieza a transpirar. Al otro lado de la calle, dos policías redirigen el tráfico en dirección norte. Detrás de las luces y de las barreras hay una moto tirada en el suelo y un todoterreno blanco aparcado en diagonal y con el lateral derecho abollado.

—Vaya por Dios —murmura el taxista.

El estómago se le encoge y las mejillas le arden cuando el taxi empieza a avanzar. Junto al bordillo de la acera, dos técnicos del servicio de emergencias despliegan las patas metálicas de una camilla. Lúa aparta la mirada. Su mente siempre funciona con rapidez y frialdad en situaciones de presión, pero la falta de sueño lo

vuelve todo irreal ahora, y, por primera vez, siente que no puede dominarla. Las imágenes se agolpan como flashes destellantes en su cerebro. El cuerpo inmóvil tirado en la carretera. La cabeza sobre un charco oscuro. La lluvia. La sangre. La bufanda que se tiñe de negro. Todo mezclándose en remolinos y corriendo hacia la alcantarilla.

Se inclina hacia delante con la mano en el pecho para tratar de parar la taquicardia mientras revive el momento del choque.

Hunde los dedos en la cicatriz del muslo, la única manera que se le ocurre para que la mente deje de ir a la deriva.

Piensa: «¿Por qué no? ¿Por qué no lo cuento?».

Siente el impulso de consultar las últimas noticias y saber qué ha ocurrido de una vez por todas. Pero, en el fondo, sabe que eso sería ir demasiado lejos. Piensa en Martín, en Claude, en Minerva y en su madre, a la que apenas ve. Jamás podría hacerles algo así. Trata de calmarse mientras se mira las uñas, comidas hasta las cutículas. «Nada malo ha podido ocurrir —se repite—. Lo mejor es no seguir dándole vueltas.» Y también: «Si me estuvieran buscando, ya habrían venido a por mí».

En pocas semanas, está segura, la culpa remitirá y podrá retomar su vida. Además, otras veces también tiene palpitaciones en plena noche sin ningún motivo, cuando la soledad y el miedo son tan fuertes que le provocan náuseas. Pero, hasta que las cosas se calmen, debe mantener la compostura; cumplir con su papel de mujer directiva en la cumbre de su carrera: esposa, madre, icono publicitario, siempre comprometida con la innovación, el talento y el liderazgo femenino.

Cuando el taxi cambia de carril, le viene de pronto a la cabeza la imagen que algún creativo de la agencia propuso para una campaña de concienciación sobre el abuso de las redes sociales, y que ella

misma rechazó hace un par de semanas. Era una manzana roja y brillante, recuerda, de pulpa dulce y jugosa.

En apariencia, perfecta.

Pero estaba podrida al darle la vuelta.

Aprieta de nuevo el Birkin entre los brazos. Luego saca el móvil. Reconoce el temblor en las manos, la falta de aire, los pensamientos en bucle eclipsándolo todo. Está a punto de consultar las noticias, rezando para que no haya nada relacionado con el atropello. «Si fuera tan grave, ya habría salido en la prensa», quiere creer. Pero se siente morir, y trata en vano de convencerse de que eso no significa que se vaya a morir.

—Pare aquí —le dice al taxista.

Él la mira por el espejo retrovisor.

—¿Aquí? Todavía estamos muy lejos de Conde de Orgaz.

—¡Pare! —repite ella.

Saca del bolso un billete de cincuenta euros y, sin esperar el cambio, abre la puerta y sale del taxi con el corazón acelerado. Camina con normalidad hasta la parada del 87 para no levantar sospechas, y después arranca a correr con todas sus fuerzas, tropezando y cayendo y volviendo a levantarse.

12

En cuanto abre la puerta, Hércules ladra y comienza a dar vueltas nerviosas a su alrededor. Lúa se agacha y lo besa en el hocico y los bigotes. No se ha separado de ella ni un segundo la noche anterior. Minerva aparece en el pasillo, con el delantal puesto y secándose las manos con un trapo de cocina. Al verla, hace una ligera mueca de disgusto, como si pensara: «Mire que besar así a los animales...».

Ella acaricia a Hércules detrás de las orejas y luego deja las llaves sobre la consola del recibidor.

—¿Qué tal se encuentra, señora?

—Mucho mejor.

—Pues no tiene buen aspecto —le responde Minerva con voz serena.

Lúa le sostiene la mirada sin resentimiento. Esa mujer de manos agrietadas por la lejía, piensa, ha sido lo más parecido a una madre para ella desde que se fue a vivir con Claude, hace casi doce años. Sin vida propia y siempre cuidando y asegurándose de que los demás estuvieran bien.

Toma aire varias veces y después se acerca al ventanal del salón. A pesar del frío, lo abre y aspira el aire húmedo de diciembre. Al fin ha dejado de llover y, lejos de estar nerviosa, se siente tranquila y dueña de sí misma. Ni siquiera le ha molestado el comentario de Minerva, y de hecho se da la vuelta y sonríe por primera vez en mucho tiempo, sin la piedra pesándole en el estómago. Incluso

contempla la posibilidad de ponerse las zapatillas y salir a correr. Y es que, unos minutos antes de entrar en casa —y aunque se había prometido no hacerlo—, ha revisado las últimas noticias en la prensa digital y sigue sin haber rastro alguno sobre el accidente.

Y está segura de que eso significa que todo va bien.

«No news, good news», se dice.

Por fortuna para ella, todo el foco de la actualidad recae ahora en la historia de «la niña de la pila»: análisis, antecedentes, repercusiones, testimonios de padres y expertos. No queda espacio en los medios para nada más. Es la *agenda setting*, y ella lo sabe mejor que nadie: a menudo, las noticias no son lo que pasa, sino lo que alguien decide que pase.

—¿Quiere que le prepare algo de comer, señora?

Inspira por última vez el aire helado y después cierra el ventanal, con la sonrisa aún en los labios, y le dice a Minerva que no hace falta, que picará algo más tarde, y enseguida vuelve a agacharse para hacerle carantoñas a Hércules, que se acurruca a sus pies y le lame las manos con su lengua áspera.

—Debería comer, aunque sea sin ganas —insiste Minerva—. Ya se le empiezan a marcar los huesos de la cara.

Lúa niega con la cabeza y, al levantar la vista, repara en las piernas hinchadas de Minerva, y piensa que tampoco ella tiene buen aspecto: las venas azules y nudosas se le marcan por debajo del dobladillo de la bata. Lleva días vaciando armarios, organizando el trastero, lavando cortinas, empaquetando cajas. Es una trabajadora infatigable y nunca se queja, pero se hace mayor y, desde hace varias semanas, coge un taxi para hacer un trayecto de apenas doscientos metros.

Tal vez por eso se incorpora, le pone la mano en el brazo a Minerva y le sugiere que se tome el resto de la tarde libre. Claude ha

podido adelantar el vuelo y llegará pronto, le dice, y ella solo tiene previsto hacer algunas llamadas y, después, se encargará de preparar algo para la cena con Martín.

Minerva la observa en silencio, como si no acabara de creerse lo que escucha, y luego asiente mientras aprieta el trapo de felpa entre los dedos.

Lúa vuelve a sonreír y, un segundo más tarde, cruza el pasillo, repleto de cajas y libros que se apilan contra la pared.

—*Mon titou* —susurra al abrir la puerta de la habitación de Martín.

Nadie contesta y vuelve a cerrar despacio. En realidad, sabe bien dónde encontrarle, aunque preferiría que estuviera en cualquier otro lugar. El cuarto de Minerva es, con diferencia, el más pequeño y oscuro de toda la casa y, sin embargo, es allí donde más tiempo pasa Martín. En las paredes de color crema hay una imagen del Sagrado Corazón de Jesús y otra de la Virgen de las Mercedes y, además de la cama, apenas queda espacio para una mecedora y la tabla de planchar. Cuando se asoma a la habitación, él está tumbado sobre la pequeña alfombra con los puños cerrados, uno encima del otro, y apoya la barbilla en el de arriba mientras lee uno de los cómics de Tintín que le ha regalado la abuela Claire por su cumpleaños.

Por un instante, imagina que, nada más verla, él grita: «¡Mami!», y después corre a abrazarla con los ojos brillantes. Pero está tan ensimismado en las viñetas que ni siquiera repara en su presencia.

Durante muchos años, piensa, también los libros de fantasía fueron un refugio para ella. Desde *El Hobbit* y *Las crónicas de Narnia* hasta *La historia interminable*, *Los libros de Oz* y la saga de Terramar o *Alicia en el país de las maravillas*. Y también las novelas de Verne y Salgari y muchos otros más: *La isla del tesoro*, *Huckleberry Finn*, *Los viajes del doctor Dolittle*, *Moby Dick*, *El viento*

en los sauces, *Tom Sawyer*. Las novelas que encontraba en el desván eran el único lugar del mundo donde lo imposible se volvía posible. Y cada vez que cerraba las páginas de un libro imaginaba una nueva vida en la que su madre sonreía desde la ventana y jamás se olvidaba de prepararle el desayuno, de comprar comida o de recoger la casa; y su padre la cogía en brazos y le contaba cuentos cada vez que no podía dormir.

Hércules entra en la habitación y se acerca a la cesta de mimbre en la que Minerva guarda los ovillos de lana. La olisquea y la empuja con el hocico hasta que consigue darle la vuelta. Una madeja de lana negra rueda por el suelo, y es entonces cuando Martín se gira y la descubre mirándolo en silencio y con la mano apoyada en el marco de la puerta. Pero las cosas nunca son como las esperas, piensa ella, y él no grita: «¡Mami!» ni tampoco corre a abrazarla; la recibe con indiferencia y sin moverse de la alfombra, aunque al menos quiere saber «qué le ha pasado en la frente», y también «por qué tiene los ojos rojos». Lúa inventa una excusa mientras se inclina junto a él y le acaricia los rizos. Le pregunta qué tal le ha ido el colegio y si ha hecho ya los deberes, y también si va a nadar el sábado con el equipo de natación del colegio, y él responde a todo con monosílabos.

«Tu me fais chier», me molestas, parece decirle con la mirada.

Al cabo de un rato, ella se incorpora con un suspiro y hace ademán de marcharse.

—Voy a cambiarme y hacer unas llamadas —le dice.

Y cuando está a punto de salir por la puerta, Martín le pregunta en voz baja:

—¿Tienes que irte luego?

El viento silba en los canalones del tejado y zarandea con fuerza la persiana.

—Claro que no, cariño —dice mirándolo a los ojos—. Te lo prometí ayer. Solo voy a ponerme cómoda, y enseguida preparamos una cena especial. Algo rico, ¿vale?

Deja a Martín jugando con Hércules, que acaba de soltar encima del cómic la madeja de lana negra, y ella sonríe de nuevo y enseguida sale del cuarto y camina deprisa hasta su dormitorio.

Mientras se cambia de ropa, llama por teléfono a Greta. Después de varios tonos, salta el buzón de voz. Pero enseguida le devuelve la llamada y la pone al corriente de las últimas novedades: la marea de nuevas reclamaciones, los comunicados internos a los empleados de Mr. Velvet, las entrevistas de Corbin en la radio y la televisión. Más tarde, y como de pasada, le informa de que, desde la agencia, acaban de poner en marcha un nuevo equipo de gestión de crisis en colaboración con el Ministerio de Sanidad.

Sin contar con ella, piensa, y aprieta la mandíbula.

Greta le dice que no se preocupe por nada y le asegura que todo está bajo control, pero parece inquieta, y, antes de colgar, verbaliza sus dudas acerca de la decisión de no retirar el producto de los puntos de venta.

—¿Estás segura de lo que estamos haciendo?

Lúa aprieta los puños y experimenta una punzada de angustia en la boca del estómago. Por su mente cruza de nuevo uno de los casos de comunicación de crisis más recordados de la historia: la retirada del Tylenol de Johnson & Johnson, a principios de los ochenta, cuando siete personas fallecieron después de haber consumido cápsulas del analgésico que contenían cianuro. En aquel momento, recuerda, el fármaco era líder de mercado y, tras las primeras informaciones sobre la intoxicación, las ventas se desplomaron, provocando millones de dólares en pérdidas. Sin embargo, la compañía reaccionó con rapidez y retiró de la venta todos los

productos susceptibles de ser tóxicos. Además, puso el foco en las personas, incluso por encima del enfoque legal y económico, y más tarde miles de empleados de Johnson & Johnson salieron a la calle y visitaron hospitales y farmacias de todo el país para intentar restaurar la confianza. Luego, cuando volvieron a reintroducir el Tylenol en el mercado, el producto se comercializó en un envase con triple sellado, a prueba de manipulaciones. Y, apenas tres meses más tarde, la compañía había recuperado casi la totalidad de su anterior cuota de mercado.

Justo lo contrario de lo que está haciendo ella, piensa.

Pero ¿qué le ha llevado a tomar una decisión que ahora le parece tan descabellada?, se pregunta. Hace apenas unas horas le ha dicho a Corbin que retirar el producto del mercado supondría reconocer como propio un error que no han cometido. ¿Por qué ha tenido que hacer algo así?, ¿qué pretende?, se repite a sí misma sin dejar de dar vueltas por la habitación y sin acabar de vestirse.

—¿Sigues ahí, Lúa?

Se detiene en seco y mira con fijeza el revoltijo de ropa tirado en el suelo, con la mancha verdosa aún visible en la camisa blanca.

—Sí —dice al cabo de unos segundos—. Perdóname. Solo estaba pensando.

Coge la camiseta que ha dejado sobre la cama, junto a los vaqueros azules con el bajo doblado hacia arriba. Martín entra en la habitación y ella le hace un gesto con el dedo índice sobre los labios para que permanezca en silencio.

—¿Qué es lo que estamos diciendo exactamente? —dice Greta—. Porque hemos repetido tantas veces que no hay peligro que lo que en realidad estamos diciendo es que sí lo hay, ¿no crees?

Lúa se aleja el teléfono del oído unos centímetros y se frota la frente.

—¿Te acuerdas del caso de Perrier? —continúa Greta—. El asunto del benceno en el agua, ya sabes.

Enseguida nota un ligero mareo y se sienta en la cama. La gestión de la crisis que hizo la compañía, recuerda, se sigue estudiando como ejemplo de lo que nunca se debe hacer. Pero ya tiene suficiente información, piensa, y no está dispuesta a seguir escuchando más conjeturas.

—Tengo que dejarte —dice—. Mantenme informada, ¿de acuerdo?

Cuando corta la llamada, termina deprisa de vestirse y luego escribe a Corbin y envía un par de mensajes más. Se promete a sí misma que, en cuanto prepare algo para la cena, lo pensará todo con más calma y tomará de nuevo las riendas de la situación.

Hércules ladra desde la puerta y, de inmediato, se escucha un entrechocar de cristales. Al girarse descubre a Martín, de puntillas, junto a la cómoda. Sostiene entre las manos dos de las mariposas azules de Baccarat que le regaló Claude en la última escapada que hicieron a Saint-Tropez.

—¡Cuidado con el cristal! —le dice.

Arroja el teléfono sobre la cama y corre hacia él.

—¿Es que no puedes estarte quieto ni un minuto? —dice quitándole las mariposas.

Él baja la mirada y ella le coge de la mano, caliente y menuda, y se lo lleva sin pronunciar palabra a la cocina.

Mientras avanzan por el pasillo, ya en penumbra a pesar de que las persianas siguen abiertas, se imagina de nuevo a su doble, esa mujer que en todo es igual a ella, preparando la cena para su familia después del trabajo. «Esto huele de maravilla», la escucha decir, y también: «Enseguida cenamos, cariño». La sartén chisporrotea en el fuego y, sobre la mesa, hay una fuente de horno y también una tabla de cortar y un cuchillo con restos de ajo y perejil.

Enciende la luz, disipando todas las imágenes de su cabeza. Sube a Martín a la encimera y le da un beso en el pelo, y, en ese momento, mira la despensa y se da cuenta de que tiene hambre y piensa que le va a sentar bien la cena. Echa un vistazo a su alrededor. Los estantes están llenos de especias y diferentes clases de mostaza, legumbres y verduras en conserva, paquetes de arroz basmati, salsa de tomate casera, mermeladas, setas deshidratadas y pasta italiana, semillas de sésamo, miel, frutos secos y, sobre todo, latas de Coca-Cola, café en grano y botellas de vino.

Coge aire antes de preguntarle:

—Bien, ¿y qué preparamos hoy para cenar, *petit* chef?

Él golpea la puerta del armario con los talones y responde sin titubear:

—Tortilla de patatas.

Lúa enarca las cejas en una mueca a modo de interrogación.

—Bueno, eso es alta cocina, cariño... ¿Qué te parece si preparamos mejor unos huevos revueltos o un sándwich?

—Tortilla de patatas —repite Martín sin apartar la mirada.

Ella permanece en silencio. Empieza a contar del uno al diez mientras inspira y espira despacio. Siente removerse la piedra del estómago al recordar la tarta y la fiesta de cumpleaños del día anterior.

«Bien, tú ganas», piensa.

Abre y cierra varios armarios hasta encontrar una sartén. «Uno, dos, tres..., inspiro y espiro.» Coge la botella de aceite de oliva y un par de patatas, las pela y comienza a cortarlas. «Cuatro, cinco...»

—No se hace así —dice de pronto Martín—. Minerva las corta redondas.

Aprieta el cuchillo y sigue cortando las patatas en gajos.

—Las estoy cortando así porque vamos a hacer una tortilla especial —dice pronunciado despacio la última palabra—, ¿de acuerdo?

Después abre el frigorífico y saca cuatro huevos. Golpea el primero contra el borde de un bol de cristal. La yema se le escurre entre los dedos y el recipiente enseguida le parece demasiado pequeño.

—Hay cáscara dentro —dice Martín.

Ella cierra los ojos y vuelve a abrirlos sin decir nada. Termina de cascar los huevos en un bol más grande y le pide que la ayude a batirlos mientras pone el aceite a calentar.

—Tengo sed —dice Martín golpeando de nuevo el armario con los talones—. ¿Puedo tomar un batido de chocolate?

Un par de segundos más tarde, añade:

—Por favor.

Lúa vuelve a tomar aire, lo más profundo que puede, y luego abre el frigorífico.

—Vale —dice—. Pero no se te ocurra decírselo a tu padre.

Abre la botella y se lo sirve en un vaso, que se le derrama en parte al alzarlo con manos temblorosas.

Hércules sale de debajo de la mesa y enseguida comienza a lamer el charco a sus pies. Además de en el suelo, hay restos de batido en la encimera y en el pantalón de Martín. Con el pulso martilleando en las sienes, Lúa coge el bol y se concentra en los huevos. Batiendo, batiendo cada vez más rápido, piensa. Como si en la mezcla viscosa pudiera diluirse el pasado.

«¡Mami!», escucha.

El aceite comienza a humear.

Añade deprisa los huevos a las patatas y vierte la mezcla en la sartén. Justo un segundo antes se ha dado cuenta de que se ha

olvidado de freír las patatas, pero ya es demasiado tarde, y el aceite hirviendo le salpica en el brazo y la cocina se llena de humo en pocos segundos.

Martín empieza a llorar y a hablar de forma entrecortada. Ella aparta a toda prisa la sartén de la vitrocerámica, la deja en el fregadero y, casi sin respirar, se gira hacia él y le acerca la frente a la suya y lo rodea con los brazos por la cintura.

—Vamos, vamos, cariño..., no ha sido nada. Todo saldrá bien. —Le levanta la barbilla y le acaricia la frente con la mano fría—. Confías en mí, ¿verdad?

Poco a poco consigue calmarlo y, cuando está algo más tranquilo, le pide que mire hacia el fregadero, atascado con la mezcla pringosa de las patatas y el huevo a medio batir, y después esboza una media sonrisa y le dice:

—Por suerte para nosotros, no tenemos que comérnoslo.

Martín sonríe al fin, con los ojos brillantes y tan negros como los suyos.

—Sí, *la crème de la crème* —dice entre risas, y luego se cuelga de su cuello y le da un beso mojado en la mejilla.

Ella le promete que, en cuanto recoja todo ese desastre, saldrán juntos a comer una hamburguesa. Vuelve a besarle en el pelo y, sin pronunciar palabra, le baja de la encimera y le pide que corra a jugar un rato con Hércules.

Pero cuando Martín está a punto de salir por la puerta le dice:

—Cariño, ¿por qué querías tortilla de patatas?

Él se da la vuelta, la mira y se encoge de hombros.

—¿Por qué insistías tanto? —continúa—. Si nunca la pides.

—Es que fue la última cena que tomamos los tres juntos —murmura.

Pero eso ocurrió hace mucho tiempo, piensa ella. ¿Más de un mes, quizás?, y siente de pronto un nudo que le cierra la garganta y le impide expresar las palabras que le gustaría decir.

Martín la mira, expectante, y ella se toma unos segundos antes de seguir hablando:

—¿Puedes ir a buscar a Minerva, por favor?

Es consciente de que acaba de decirle que se tomase la tarde libre, pero la necesita aunque sea solo durante media hora.

Martín sale corriendo mientras ella retira la sartén del fregadero y abre el cubo de la basura.

Unos segundos después Minerva entra reprendiéndolos por el caos que han organizado en poco tiempo. «¿Pero qué *vaina* es esto?», dice, y al cabo de un rato murmura: «Cantó como un gallo y luego cacareó como una gallina». Enseguida se pone los guantes, abre la ventana, les da instrucciones precisas a los dos. Como si fuera lo más normal del mundo, Martín empieza a limpiar el suelo con una fregona que mide un palmo más que él, y Lúa se sienta en la mesa con el pelador y un par de patatas.

A pesar de sus años y de las sienes plateadas, Minerva va y viene de un lado a otro sin dejar de canturrear y en una danza casi perfecta. Limpia, seca, organiza y enjuaga y escurre la bayeta en el fregadero hasta que la cocina entera brilla y huele a limón.

Su presencia, piensa Lúa, lo llena todo.

—Y usted cambie esa cara, que al mejor cocinero se le ahúma la olla —le dice a Martín mientras le frota la mancha del pantalón con una gota del detergente con el que lavan los platos.

Lúa corta las patatas, esta vez en rodajas, y observa la forma en la que Minerva casca los huevos con una mano y deja que la yema se deslice sin romperse; luego se limpia con un trapo de cocina y sube a Martín en un taburete y le ayuda a batirlos.

—Calma, calma —repite.

Cuando están listos, pone a calentar un poco de aceite de oliva en una sartén y añade la cebolla, picada muy fina.

—Huele de maravilla —dice Martín asomándose al fuego, y empieza a dar vueltas al sofrito con una cuchara de madera.

—¿Ve como no era tan difícil? —le dice Minerva—. El secreto está en no tener uno prisa y en prestar atención, ¿se da cuenta? Como si fuera lo más importante de su vida.

Cuando se cansa, Martín se baja del taburete, coge una monda de patata y se ríe cuando se la acerca a Hércules al hocico y tarda apenas una décima de segundo en salir huyendo de debajo de la mesa.

Minerva incorpora las patatas a la cebolla y le ofrece a Lúa la cuchara de madera para que vaya cocinándolas a fuego lento; y es Martín quien las pincha después con un palillo cuando están doradas y en su punto y las vuelca sobre el bol de cristal para que se mezclen con el huevo batido. Luego Minerva añade una pizca de sal y un chorrito de leche, porque así era como lo hacía su madre, dice, y la tortilla sale siempre mucho más jugosa.

—¡Qué hambre! —dice Martín, y sus manos dibujan pequeños círculos sobre la tripa.

Empiezan a poner la mesa, esta vez en la cocina, porque en el salón sigue todo revuelto y lleno de cajas, piensa Lúa, y es Martín quien elige el mantel, el de cuadros blancos y azules que le gusta tanto, mientras Minerva da la vuelta a la tortilla y la moldea con la espumadera. Después cortan unas rebanadas de pan de semillas, y también una cuña de queso mimolette en láminas, que Martín decora con uvas y nueces, y es entonces cuando Lúa piensa de nuevo que le va a sentar bien la cena, porque apenas ha comido

nada en las últimas veinticuatro horas y siente que necesita reponer fuerzas para no desfallecer.

Minerva vuelca la tortilla en un plato grande y Martín la contempla absorto: redondita y con los bordes dorados, jugosa, perfecta. Y en ese momento entra Claude en la cocina, que les sonríe con un gesto de extrañeza en los ojos y luego se quita la americana y besa a Lúa en los labios y le revuelve el pelo a Martín.

Abren una botella de vino y se sientan los tres a cenar, y, aunque Lúa está a punto de decirle a Minerva que se siente con ellos, ella canturrea para sí con el delantal ya en la mano y, cuando quiere darse cuenta, ha desaparecido de la cocina. Y Martín sirve los platos, y empiezan a comer sin decir una palabra, y Lúa piensa que es increíble que una comida tan sencilla pueda estar así de buena, porque a fin de cuentas no son más que huevos y patatas, y, sin embargo, está todo tan rico que incluso la comida le ha hecho escaparse de la realidad y trascender aunque solo sea por unos minutos. Deja que cada bocado se funda entre la lengua y el paladar con esa sensación deliciosa que le inunda la boca. Y cuando mira a Martín, sonríe todo el tiempo, y Claude dice que la tortilla hoy sabe mejor que de costumbre, con ese sabor suave que le da la cebolla, y además tan tierna y cremosa.

Lúa mira a Martín, que entorna los ojos mientras paladea su último bocado.

—*C'est trop bon!* —dice sin dejar de sonreír —. ¡Quiero más!

13

«No estoy segura de querer ser madre», le dijo a Claude la primera vez que él mencionó la posibilidad de tener niños. Llevaban siete años juntos y su hermana Brianda acababa de dar a luz al tercero.

La noticia les había llegado en Praga, durante una cena a la luz de las velas en la terraza de un restaurante con vistas al río Moldava.

—No funcionaría —dijo ella, y después esperó un momento antes de apurar la copa de vino blanco mientras su mano se entretenía acariciando el pie de cristal.

En realidad, habría querido decirle: «Me da miedo no poder estar a la altura», pero ella jamás habría pronunciado esas palabras, y, en la pausa que siguió, no pudo evitar arrepentirse de no haber sabido expresar mejor sus sentimientos.

—Viajo demasiado y el bebé me echaría de menos —añadió al mismo tiempo que entrelazaba sus manos con las de Claude.

Él guardó silencio y pidió otra botella de vino. De vez en cuando posaba su mirada en la joven pareja de la mesa de al lado, que mecía por turnos un carrito de bebé con la capota echada.

Durante unos instantes, Lúa se sintió incómoda. Aunque jamás lo habría reconocido, la maternidad no era algo que hubiera descartado del todo, pero con los años se dio cuenta de que nunca sería el momento. Estaba en lo más alto de su carrera, no quería renunciar a su libertad y, sobre todo, sentía que el hecho de convertirse en madre era una responsabilidad abrumadora.

Al principio trató de bromear al respecto; se sirvió otra copa de vino y, sonriendo, le dijo a Claude que la vida no estaba hecha para que todas las mujeres fueran madres, y que incluso tenía sus ventajas el hecho de renunciar a la maternidad: de ahí en adelante, le aseguró, disfrutaría de una vida anónima, puesto que dejaría de existir en la publicidad, en las películas, en las políticas públicas y corporativas, en los productos que ofrecía el mercado. A lo máximo a lo que podría aspirar como «mujer no madre», dijo, era a ser representada como una de las «brujas solitarias de Disney», uno de los papeles en los que, por otra parte, mejor se había visto siempre.

—De modo que no quieres niños, ¿es eso? —le dijo Claude con una ceja más alta que la otra—. O quizás crees que no los quieres.

Él le soltó la mano cuando el camarero les sirvió el postre, una tarta de crema de limón coronada por un merengue tostado que ella apartó en el borde del plato y prefirió no probar.

«No tengo instinto maternal y nunca lo he tenido.» «Necesito tiempo para mí misma.» «No quiero convertirme en mi madre», le dijo ella sin perder los nervios. Y también: «Quizás mi propósito en este planeta no sea tener hijos. ¿Te has planteado que a lo mejor hay otras prioridades en las que quiero enfocarme?».

—¿Y si te arrepientes cuando sea tarde? —le preguntó Claude tras unos segundos de silencio.

—Prefiero arrepentirme de no tener niños antes que de tenerlos y lamentarlo después —zanjó Lúa, y acto seguido dejó los cubiertos sobre el plato y se limpió los labios con la servilleta de hilo. Durante un par de semanas, Claude no volvió a insistir. Pero, en el fondo, ella sabía que nunca aceptaba un no por respuesta. Y, a menudo, buscaba el diálogo entre los dos y, mientras le colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja, deslizaba frases como: «Imagínate cómo

sería. Tus ojos, mi nariz». O: «Solo imagínatelo. Nosotros, una familia, algo nuestro. ¿No te ilusiona?».

Un par de meses después, cuando regresaban de su fugaz viaje a Lyon para conocer a su nuevo sobrino, volvieron a hablar sobre la posibilidad de ser padres.

—Me quito el sombrero con tu hermana —le dijo ella mientras se dirigían al control de seguridad del aeropuerto.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Claude.

—Es un caos absoluto. No puede hacer nada sola, ni siquiera darse una ducha.

—Supongo que es duro al principio —dijo él.

Ella le miró con perplejidad.

—¿Duro? Son pequeños dictadores desde la cuna.

Claude se detuvo un instante y los dos se quedaron inmóviles en mitad de la terminal de pasajeros. A su alrededor, la gente corría de un lado a otro con portatrajes y mochilas y las azafatas apuraban el paso arrastrando pequeñas maletas con ruedas.

—Pero los hijos son también un motor y una fuente de inspiración —le dijo Claude mirándola a los ojos—. Hay que buscar un equilibrio en la vida, ¿no crees?

Lúa parpadeó varias veces y enseguida negó con la cabeza.

—Acabas de vivirlo en primera línea. Por Dios, Claude, ¡es una esclavitud!

Evitó a propósito su mirada y siguió caminando deprisa hacia el *fast track*.

Esa misma noche, sin deshacer las maletas, que seguían aún en el suelo, sacó del bolso el cuaderno rojo y, tumbada en la cama, escribió una lista con sus diez razones para no ser madre:

- Me asusta la idea de alguien deambulando dentro de mí.

- No soporto a los niños que lloran en un avión o en un restaurante, y rezo cada segundo para que alguien se los lleve fuera y los haga callar.
- Las madres se perciben como menos competentes y comprometidas con el trabajo que las «no madres» y que los hombres con o sin hijos. Quiero libertad y mantener mi lugar en el mundo.
- Criar a un niño es la guerra, cada día es una lucha, y las madres se pasan la vida dando órdenes. No quiero más estrés al llegar a casa ni sentirme culpable por no llegar a todo.
- Nunca se habla de ello, pero, en los países desarrollados, la primera causa de muerte de las mujeres durante el periodo perinatal (es decir, desde el embarazo hasta un año después del parto) es el suicidio.
- No me gustan los piojos ni los grupos de WhatsApp de madres.
- No puedo con Bob Esponja.
- Con el embarazo llega un largo invierno sexual.
- El planeta está sobrepoblado y no necesita más gente.
- Igual que Bartleby, simplemente preferiría no hacerlo.

A lo largo de los meses, hubo algunos momentos que la hicieron dudar de su decisión, como cuando vio una película en un vuelo transoceánico —sobre padres e hijos, aciertos y errores, todo previsible— y estuvo sin dejar de llorar al menos veinte minutos seguidos. Y, casi a la vez, empezó a tener cierta urgencia, como si un reloj invisible marcara cada segundo en su interior. Tic, tac, tic, tac. En su mente veía flashes de Claude con su sobrino en brazos, mirándolo como si fuera frágil y perfecto. La forma en la que sonreía cuando veía a los niños en el parque. Tic, tac, tic, tac. Recordó también que, a veces, él llenaba la casa de flores sin que hubiera ninguna razón especial. O conseguía entradas para un concierto que

ella había mencionado de pasada, aunque fueran imposibles de conseguir. Pensó en la manera en la que le sujetaba la puerta cuando entraban en cualquier lugar. Siempre atento. Siempre entregado.

Durante días sintió un peso silencioso, casi físico, que le apretaba el pecho.

Tic, tac, tic, tac.

Y, sin pensarlo demasiado, cuando regresó a casa se detuvo frente al cuarto de invitados y, en voz baja, le dijo a Claude: «Tendríamos sitio». Él se quedó mirándola, tratando de entender y sin acabar de creérselo, y después apoyó la frente contra la suya y cerró los ojos, como si fuera un regalo que había esperado toda la vida.

Ella se acomodó en su hombro y observó su propia calma. Una serenidad, pensó, que desde fuera parecía amor, pero que, desde dentro, era más bien una especie de rendición, una pausa, un modo de quedarse quieta para no romper nada.

Dejó de tomar la píldora y, durante algunos días, todo pareció más fácil, más ligero, más posible. Sin embargo, en cuanto descubrió que estaba embarazada tuvo la certeza de que sería una madre horrible. Tardó varias semanas en ir al médico y en contárselo a nadie, ni siquiera a él, porque deseaba en secreto que solo fuera una falsa alarma. Y, según iban pasando los meses, albergaba en su interior el oscuro deseo de que el parto no llegase nunca. La sensación de cuenta atrás le retorcía el estómago cada vez que pensaba en lo que vendría después. Quería disfrutar de sus últimos momentos como «mujer no madre» antes de los biberones, la hipervigilancia, los llantos y la pérdida definitiva de la tranquilidad.

Trató de mantener la compostura volcándose en el trabajo. Allí podía hablar durante horas de su vida pasada y en absoluto de lo que estaba por venir.

Sin embargo, unas semanas después, otra agencia de publicidad lanzó una campaña para celebrar a las madres. Lúa visionó el vídeo cientos de veces con su equipo, analizando cada fotograma y cada mensaje hasta la extenuación. «Sabes cuándo un trabajo es realmente bueno cuando lo odias», le confesó a Greta en aquellos días. Pero si el eslogan —«The hardest job in the world is the best job in the world»— la había sacudido por dentro no era tanto por su creatividad o por la repercusión y los innumerables premios que acumularía en poco tiempo, sino por el hecho de que pensaba que ella nunca llegaría a ser una madre como las del anuncio: paciente, comprensiva, abnegada, cariñosa.

Cada noche, Claude le acariciaba el vientre y susurraba palabras al bebé con los ojos brillantes. Y, en pocos meses, nació Martín y entendió de golpe que la vida que conocía se acababa. Lo llevaron a casa y ella miraba el pecho del bebé a cada segundo, angustiada y queriendo percibir una señal de vida. El tiempo parecía transcurrir en círculos y, durante semanas, todo se llenó de opacidad y silencio. Sentía un terror absoluto y solo pensaba: «Dios mío, soy responsable de esta vida».

Martín era un bebé de apariencia frágil, tenía cólicos y lloraba sin cesar cada vez que ella se alejaba. A menudo rechazaba el pecho, y también los biberones que le preparaba su padre, mientras Lúa sufría un abatimiento inexplicable que la hacía vagar de cuarto en cuarto retorciéndose las manos. Y, a pesar de que lo quería con toda el alma, muchas veces no soportaba estar en la misma habitación que él.

—Vamos, ¿qué ocurre, cariño? —le preguntaba Claude con una arruga de confusión en la frente.

—¡No lo sé! —repetía ella antes de echarse a llorar.

En ocasiones recordaba cuando su madre la perseguía alrededor de la mesa para encerrarla en el armario del sótano. Y después de pensar en ello iba encogiéndose por dentro y se sorprendía a sí misma mirándose los muslos, llenos de las cicatrices que se hacía de niña con el punzón de las manualidades, como si los castigos siguieran vivos en su interior.

Sin apenas darse cuenta, lloraba cada vez que lloraba el bebé, sentía pánico de la oscuridad y le atormentaba la idea de que Martín era demasiado pequeño para perder a su madre.

Claude se acercaba a ella, le hablaba con voz suave y la besaba en el pelo.

—Tienes todo lo que una mujer puede desear —le decía—. No hay ni una sola que no estuviera feliz de cambiarse por ti.

Pero, para Lúa, no existía ninguna otra mujer en el mundo por la que no se cambiara con los ojos cerrados.

Y se consolaba pensando que, muchas veces, el secreto de los finales felices era tan simple como saber cortar en el momento justo.

14

Después de cenar, entra en el despacho y cierra la puerta con llave, mientras fuera cae la lluvia y resbala el agua por los cristales de las ventanas. Tiene la intención de hablar con Greta y enviar varios correos, pero antes decide consultar las últimas noticias.

Necesita aplacar la incertidumbre de una vez por todas.

«Solo una vez más», piensa.

Cruza los dedos mientras se dice a sí misma que, en esta tirada, la moneda tiene que salir cara y en ningún caso cruz. Y, aunque las manos aún le tiemblan, está convencida de que todo irá bien, porque han pasado más de veinticuatro horas desde el accidente y, sin duda, eso significa que nada malo ha podido ocurrir. A lo mejor esa mujer tiene una fractura y unos cuantos hematomas, algo así le parece lo más probable, o quizás solo se haya desmayado y tenga algún traumatismo leve.

«Pero seguro que está bien», piensa.

«Tiene que estarlo.»

Y, sin embargo, una frialdad sobrecogedora se extiende por el centro de su pecho en cuanto coge el móvil y comienza a leer:

> #Atropello en avenida del Papa Negro. @SAMUR_PC atiende a una joven de 36 años con varios traumatismos. Estaba en parada cardiorrespiratoria. Un portero de una finca cercana inicia maniobras de reanimación que continúan los sanitarios. No obtienen resultado y confirman su fallecimiento. @policiademadrid realiza el atestado para averiguar las circunstancias del atropello.

Deja caer el teléfono sobre la alfombra y siente que el rostro se le deshace. Un terror atávico a perderse, como si el suelo se hundiera bajo sus pies y comenzara a caer en lo más hondo del abismo.

«No puede ser, no puede ser», murmura.

Las piernas amenazan con doblarse. Se arrodilla y cierra los ojos. Piensa en la familia de la mujer a la que ha atropellado. La llamada por teléfono de la policía. La angustia, las palpitaciones, la conmoción, el embotamiento, las náuseas. Y se la imagina después a ella tirada en la carretera, boca abajo, con las pupilas dilatadas y el cerebro lleno de sangre.

Necesita creer que la joven estaba muerta desde el principio.

Porque, de lo contrario, la única conclusión posible es que habría podido salvarla.

«¿Qué has hecho, Lúa? ¿Qué has hecho», dice en voz baja.

Abre de nuevo los ojos y la fotografía de Martín sonriendo a la cámara en la playa de Biarritz se convierte en el peor reproche imaginable. Se levanta y se asoma a la ventana. Las luces borrosas tras la cortina de agua. Todo el peso de la ciudad sobre sus hombros. Aplasta la cara contra el cristal mientras se pregunta qué va a hacer ahora y, sobre todo, cómo podrá evitar que las cosas exploten y los días se sucedan unos a otros, envenenados.

Por su mente cruza la imagen nítida de dos agentes con uniforme azul llamando al timbre de madrugada. Y de pronto vuelve a tener diez años. A tener miedo de la noche. De las gotas del fregadero. De los crujidos de la madera y el aullido de los perros. Poco a poco, la casa se llena de sonidos extraños que resuenan como si estuvieran encerrados en los huecos de las paredes. Y ella solo quiere esconderse y desaparecer.

Mira su reflejo en la ventana y se golpea la frente contra el cristal.

«¡Vamos! ¡Piensa, piensa!», murmura entre dientes.

Se vuelve con brusquedad, tira una silla a su paso y da vueltas en círculos mientras trata de recordar si había alguna cámara de vigilancia en el lugar del atropello. Pero era una calle pequeña y residencial, y además estaba oscuro y llovía. Todo pasó tan rápido. Y en cualquier caso, se dice, aunque no hubiese cámaras, también seguiría existiendo la posibilidad de que el portero de la finca hubiera podido memorizar la matrícula o el modelo del coche.

Se acerca a la puerta y gira despacio la llave en la cerradura. Aguza el oído. Solo se escucha el murmullo de un partido de fútbol en la televisión. Mira hacia un lado y hacia otro, y, cuando se asegura de que no hay nadie, cruza deprisa el pasillo.

Entra en el vestidor y alza los brazos hasta el estante más alto para coger la maleta gris, la más pequeña y ligera de todas, y la coloca encima de la cama. Cuatro camisas blancas. Un par de pantalones negros. El neceser de viaje, varios conjuntos de ropa interior, calcetines, el cargador del móvil. Solo lo imprescindible.

Después coge la llave que tiene escondida en el doble fondo del joyero y trata de abrir la caja fuerte, oculta tras uno de los cuadros de Calder que hay encima del rincón de lectura. Apoya una rodilla en la butaca. Con los nervios, no consigue recordar la clave. Se muerde el labio inferior y, al tercer intento, saca un sobre con seis mil euros y lo esconde en el bolsillo interno de la maleta, junto al pasaporte. Guarda todo deprisa en el armario, sin poder evitar sorprenderse de la frialdad y el desapego con los que está actuando.

«Estoy tranquila. Tranquila», se repite una y otra vez.

Y, sin embargo, en menos de una fracción de segundo, algo se desborda en su cabeza. Se siente mareada, vacía. Empieza a asociar imágenes: el chirrido de los neumáticos, el cuerpo sobre el asfalto, los faros iluminando la lluvia. La angustia le asciende desde el vientre como una tromba.

Solo quiere meterse en la cama y taparse con las sábanas. Volverse invisible y dejar de existir. Aparta la americana que ha dejado Claude sobre la cama y, de pronto, repara en la tarjeta de crédito, que ha debido de deslizarse desde el bolsillo interior de la chaqueta. La recoge del suelo y la observa durante unos segundos. Es una Visa Infinite de Credit Suisse. De color negro. Arruga la frente. Sabe que es una tarjeta de alta gama, con una cuota anual que incluso supera los tres mil euros. Y, además, él nunca ha mencionado que tuvieran vinculación alguna con Credit Suisse. Pero no quiere tener que pensar en eso ahora. Ya tiene suficientes problemas de los que ocuparse. Vuelve a dejar la tarjeta en su sitio y trata de calmarse.

Al cabo de media hora, tal vez más, apaga la luz y después se quita el pantalón y la camisa. Una mancha de ropa negruzca le rodea los pies. La piel fría y llena de noche, demasiado fatigada para moverse. Se pone una camiseta blanca de tirantes y se acuesta con las piernas encogidas hasta casi la barbilla, encerrada en su propia campana de cristal.

Unos segundos más tarde, siente a Hércules entrar en el dormitorio. Le toca el codo con el hocico húmedo y después se echa en el suelo, a su lado, con la cabeza sobre las patas delanteras, mientras ella repasa, uno por uno, los errores cometidos. «Debería haber salido antes.» «No debería haber ido a buscar la tarta.» «Si la calle no hubiera estado cortada.» «No tendría que haber cogido el teléfono.» «Si no hubiera sido tan cobarde.»

Porque las circunstancias, piensa, podrían haber sido diferentes.

Experimenta una sensación de derrota y, por primera vez, se plantea confesar, y lo recrea con detalle en su mente: Claude la escudriña con la mirada mientras ella le cuenta lo que ha ocurrido; solo frases cortas y directas, sin necesidad de justificar ni explicar

nada. En su imaginación, él la tranquiliza y le dice que «ha sido un accidente y todo se arreglará»; pero en cuanto sale de la habitación, telefonea a un abogado. Y en pocos días se lleva lejos a Martín. Un dolor agudo le presiona la boca del estómago. Piensa en la policía. El despido. Las miradas reprobatorias y las murmuraciones a propósito de su falta de escrúpulos. El calvario en los tribunales. Y de nuevo en Martín. Marcado para siempre, como ella. Porque desde hace apenas unas horas, se dice, lleva consigo una letra escarlata cosida en el pecho, un secreto hediondo que la va a rondar y acechar siempre y que, de ser revelado, la convertirá en un monstruo para los demás.

Se ovilla en la cama y todo adquiere un ritmo onírico, como si estuviera viva y muerta a la vez. Recuerda a Perry Smith, uno de los asesinos de los Clutter en la novela que leía en el coche, cuando él contempla desde el calabozo a una multitud que grita y reclama su muerte, y en ese momento se ve a sí mismo descuartizado; y días después, en el juicio, entre cientos de personas que le acechan con el más absoluto desprecio, pronuncia unas palabras que no logra quitarse de la cabeza: «Mírales a los ojos. Que me aspen si soy el único asesino en la sala».

Necesita arrancarse el miedo y el dolor que lleva dentro. Pero qué sentido tiene decir la verdad y pedir perdón a estas alturas, se pregunta, cuando el daño ya es irreversible. Y si intentara hablar con Claude, lo más probable es que solo se quedase ahí, de pie, a su lado, con esa necesidad de decirle tantas cosas y sin poder articular palabra. Para que todo marche bien y los días no se deshilachen sin remedio.

Siente un escalofrío cuando escucha crujir las tablas de madera del pasillo. Luego, un ligero carraspeo. El cuerpo de Claude difuminado en las sombras de la puerta entreabierta. El sonido de la

cisterna. Grifos encendidos. Una sombra avanzando por el suelo. Él tira de las sábanas hacia atrás, se mete en la cama y la rodea con los brazos. Le dice que cómo es posible que tenga siempre los pies tan fríos, y después: «Al menos hoy has llegado a la cena, eso está bien». Después la besa en el cuello y le susurra que tienen que repetirlo, que llevaban mucho tiempo sin hacer algo juntos, en familia, y que son un equipo y de verdad lo necesitaban.

—Buenas noches, *chérie* —le dice al oído—. *Je t'aime tellement*.

Las palabras se le enredan en el pecho, dejando a su paso un rastro de dolor.

«Te quiero tanto.»

Con los pensamientos disparándose en todas las direcciones, ella asiente en silencio y se queda muy quieta, mirando hacia la ventana, escuchando el siseo de las ruedas de los coches sobre el pavimento mojado y haciendo lo posible por controlar el pánico.

«Tienes que calmarte, Lúa. Tienes que pensar en otra cosa», se repite a sí misma casi a cada segundo.

Las sombras en movimiento de la pared se desintegran en millares de puntos oscuros. Mientras espera a que Claude se duerma, siente que cruza la frontera hacia una nebulosa en la que nada tiene sentido. En cualquier momento, piensa, se despertará en su escritorio, con la cabeza sobre un montón de informes, a solas, como si todo hubiera sido un mal sueño.

Más tarde, exhausta, se queda dormida. Pero en pocos minutos se despierta aterrorizada. Su mente se enturbia al recordar dónde está. Tiene la sensación de que las paredes se le vienen encima. Una ráfaga de imágenes en cascada por debajo de los párpados. Claustrofobia. El infierno por dentro, piensa. Le asusta la idea de perder el control. La oscuridad que crece dentro de ella se hace más grande que la de fuera.

Se incorpora aspirando bocanadas de aire, como si saliera del agua después de una larga inmersión.

Hércules gime a los pies de la cama y Claude se revuelve entre las sábanas y se da la vuelta para cambiar de lado. Ella se sienta en el borde del colchón y enseguida se pone en pie. Las piernas parecen tener vida propia, como si flotaran. Le consume la certeza de que cada hora será peor que la anterior. Según avanza por el pasillo, el suelo parece inclinarse; tropieza con la pata de algún mueble y tiene miedo de caer. Tantea con la mano en busca del interruptor de la pared y, cuando al fin lo encuentra, lo presiona varias veces. Nada. Lo intenta luego con otro interruptor y con la lámpara del cuarto de invitados. Pero no hay luz.

Sumida en el mutismo de la madrugada, entra a oscuras en la cocina en busca de una linterna y, enseguida, camina hasta el baño y abre el armario del botiquín. Con el pequeño haz de luz amarilla temblando en las manos, alumbra las cajas y los frascos de plástico de medicamentos. Hurga con desesperación entre los estantes. Pastillas para la tensión. Inhaladores. Vitaminas. Relajantes musculares. Un termómetro. Protector de estómago. Ibuprofeno. Nolotil. Lo revuelve todo. Necesita comprimidos azules de diez miligramos de diazepam o cápsulas rojas y blancas de Lexatin o cualquier otra cosa que pueda hacerla desaparecer.

Durante varios segundos, se detiene en seco mientras mira con fijeza las cuchillas de afeitar de Claude, en la repisa superior del mueble. Retrocede un paso mientras imagina con nitidez las arterias de las muñecas cortadas en vertical. Una herida profunda, hasta el codo. Acaricia la hoja fría y afilada con la yema de los dedos.

«Solo para calmar los nervios», piensa.

El frío de las baldosas le quema los pies descalzos. Toma aire y continúa desordenándolo todo hasta que al fin encuentra una caja

de Valium; coge varias píldoras del blíster, abre el grifo y, desde el hueco de la mano, bebe unos sorbos de agua para poder tragarlas. Sabe que las pastillas no empezarán a hacer efecto hasta pasados unos minutos pero, de alguna forma, es como si ya se atenuaran los síntomas.

Sale del baño, abre despacio la puerta del despacho y luego se sienta en el borde de la silla y levanta la tapa del portátil. Se recuerda que está entrenada para resolver cualquier interrogante cada vez que surgen problemas: razonar, leer, aprender, acudir a las fuentes especializadas.

«La información es control», piensa.

Los dedos no aciertan a escribir «atropello con fuga» en las teclas negras y tiene que borrar las letras y volver a pulsarlas varias veces. Por fortuna, se dice, no recuerda haber visto ningún coche en la calle. Y tampoco a nadie que pudiera denunciarla.

Observa la luz parpadeante de la pantalla, pero el cerebro no consigue procesar la información y tiene que leerlo todo una y otra vez. Homicidio imprudente. Omisión del deber de socorro. Simulación de delito. Se deforma la piel de la cara mientras salta de unas noticias a otras sobre condenas, atestados, investigaciones, seguimientos, teléfonos móviles. Averigua que la policía estudia las huellas de los neumáticos en el asfalto, al igual que la longitud de la frenada, y, a partir de ahí, puede deducir el modelo, tamaño y marca del automóvil.

Piensa de pronto en el coche, lleno de barro y con una grieta en el parabrisas.

La angustia le pesa en las manos y tiene la certeza de que no hay nada en el mundo que pueda salvarla. El futuro desaparece por completo, ni siquiera es capaz de predecir si a la mañana siguiente

estará en la agencia, trabajando y tomando las riendas de la situación antes de que todo descarrile por completo.

Según transcurren los minutos, se convence a sí misma de que una patrulla está a punto de detenerla. La sensación de vacío y náusea le asciende por dentro. Necesita decidir qué hacer con el coche cuanto antes, porque la policía vigilará los talleres y desguaces, incluso los garajes de la zona.

El dolor de cabeza, punzante, regresa y le ciega por segundos.

Se pasa la mano por el pelo varias veces mientras sopesa cuál sería el mejor modo de ocultar el accidente. Piensa de nuevo en la posibilidad de salir de viaje y estrellar el Range Rover contra un árbol. Y después en poner tierra de por medio y coger un vuelo internacional a primera hora, pero algún tipo de hilo invisible parece impedirle ni siquiera pensar en ello. Se agarra la cabeza con las dos manos mientras las ideas se agolpan sin sentido en su cerebro: implicar a una tercera persona, sembrarlo todo de pistas falsas o incluso simular el robo del coche y prenderle fuego en un descampado.

El corazón le da un vuelco cuando escucha el leve chirrido de las bisagras de la puerta. Claude aparece de pronto en el umbral. Tiene una mano apoyada en el marco y, con la otra, sujeta su teléfono móvil, con la linterna encendida y enfocando hacia la alfombra.

—¿Piensas ir a dormir esta noche? —le pregunta.

—Enseguida termino —acierta a decir ella mientras baja la tapa del portátil—. No me había dado cuenta de lo tarde que era.

Él la mira con desconfianza, como si los buenos momentos que acaban de vivir durante la cena se desvanecieran casi por completo. Con la mitad de la cara en sombra, menciona que no hay luz en toda la calle, y también que debe de haber una avería eléctrica por las tormentas. Retrocede un par de pasos sin llegar a marcharse.

—¿Estás bien? —dice.

Ella asiente en silencio. Nota los latidos apresurados en el pecho, en las sienes, en el pulso.

—Se te ve muy tensa desde ayer. ¿Ha pasado algo?

—Solo estoy cansada —dice—. Demasiado trabajo.

Al cabo de unos segundos de un silencio incómodo, él suspira.

—Sal de todo esto, Lúa —dice—. En algún momento tienes que parar.

Ella piensa en las noches en vela, las pastillas, la hiperexigencia, la luz azul del ordenador, que nunca se apaga.

Y, sin embargo, pregunta:

—¿Que salga de dónde?

Un silencio.

Y al cabo de un rato, Claude añade:

—Te estás matando. Eso lo sabes.

Lúa aprieta la mandíbula. Las palabras revolotean en su cabeza.

—Tú no lo entiendes...

—¿Y qué es lo que no entiendo? —dice él en tono comedido—. Lo único que sé es que hay cosas que son inevitables, y luego hay algo que se llama «no-poder-desconectar-en-ningún-momento».

—Son casi las cuatro de la mañana.

—¿Cuánto hace que no duermes más de tres horas seguidas?

Lúa se frota la frente con la mano.

—No empieces otra vez con eso.

—Te envié el número del doctor Nadal que dijiste que no encontrabas. ¿Le has llamado para pedir cita?

—¡Para ya!

Claude exhala el aire con fuerza por la nariz. Su sombra, larga y desdoblada, se despedaza entre las vigas de madera del techo.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice él rectificando el tono.

Lúa mueve ligeramente la cabeza en señal de negación.

«Odio cuando me miras así», está a punto de decirle.

—¿Qué pasó ayer? —continúa Claude—. Cuando se suponía que venías de camino y luego te diste la vuelta.

Ella siente que las mejillas le arden, pero no desvía la mirada.

—Por Dios, Claude —murmura—. Ya te hablé ayer de «la niña de la pila» y toda esa historia. ¿Qué estás diciendo?

—¿Y por eso te perdiste el cumpleaños? —insiste él—. Me cuesta entender que no sacaras al menos un rato.

—¿Y qué importa ahora?

—¿Tampoco vas a contestar a eso?

Lúa se inclina hacia delante y golpea la superficie de la mesa con la palma de la mano. Le viene a la cabeza una frase de Jules Renard que tiene subrayada en el cuaderno rojo y que, en ocasiones, menciona en alguna de sus conferencias: «Di de vez en cuando la verdad para que te crean cuando mientes».

Los dos guardan silencio durante unos segundos y se miran de forma retadora.

—¿Hasta dónde piensas llevar esto? —dice ella con un temblor en la voz.

Él suaviza el tono:

—Está bien. Cálmate, cálmate.

Lúa nota un calor súbito en las mejillas.

—No puedo tranquilizarme —dice en un tono más alto de lo necesario—. ¡Me pones histérica! ¿Por qué no confías en mí? ¡Estoy harta de tus sospechas paranoicas!

Claude levanta las manos con las palmas hacia ella.

—Vamos, vamos. Solo intentaba entender qué pasó ayer, pero quizás no he elegido bien las palabras —añade con voz cansada.

Y un segundo después:

—Es que muchas veces ya no sé ni cómo dirigirme a ti.

Lúa siente que está a punto de derrumbarse.

Piensa de nuevo en la posibilidad de confesarlo todo, pero de inmediato su mente rechaza la idea: no quiere ni puede entenderla.

Enseguida recupera la compostura. Sabe que lo único que necesita ahora es poner distancia y saciarse de soledad. Se yergue sobre la silla y abre de nuevo la tapa del portátil.

—Tengo mucho lío mañana —dice con frialdad—. ¿Puedes cerrar la puerta al salir?

Claude mueve despacio los dedos de la mano que tiene libre, separándolos y luego volviéndolos a juntar, como si se estuviera convenciendo a sí mismo de que no debería abofetearla.

—Ya veo cómo piensas que son las cosas —dice un segundo antes de cerrar la puerta de golpe.

El aire vibra y ella siente un escalofrío que le recorre la espalda al escuchar el estruendo.

Una bola de angustia le impide respirar.

Por más que lo intenta, no consigue sosegarse.

Borra deprisa el historial de navegación y luego empuja el portátil como si quisiera alejarlo de ella. Derriba sin querer la escultura de Jano que tiene sobre el escritorio: el dios bifronte de los inicios y los finales, dos rostros que miran al mismo tiempo al pasado y al futuro, y se sorprende rogándole con todas sus fuerzas que una vena le reviente en el cerebro.

En ocasiones, piensa, el hombre al que ama —y a veces odia con la misma intensidad— se vuelve un completo desconocido para ella. Por un momento le reconforta la idea de poder arruinarlo todo: meterse en la bañera y desangrarse, o llenarse el estómago de pastillas y que él la encuentre inconsciente por la mañana, o incluso

volver al salón y beberse la botella de armañac entera. Agujerear la memoria, aunque solo sea por unas cuantas horas.

Cierra los ojos y se presiona las sienes con las palmas de las manos.

«¡Para de estar loca de una vez!», dice entre dientes con la voz rota.

A su espalda, la lluvia y el viento parecen traspasar la ventana. Se levanta y empieza a dar vueltas por el despacho. Se da cuenta de que no está preparada para aceptar que lo que ha ocurrido sea definitivo. La negrura la invade por dentro, enterrándola en una grieta insondable en la que no queda espacio para nadie más.

Da pasos nerviosos entre las cajas, los muebles, las montañas de libros en desorden. Se detiene de nuevo frente a la ventana, empañada por la condensación. La oscuridad lo borra todo y apenas ve más allá de las gotas que se arraciman, en largos hilos plateados, al otro lado del vidrio.

Se lleva la mano al estómago y una náusea de sabor acre la hace tambalearse.

Tiene treinta y siete años, la misma edad que tenía su padre cuando lo vio morir.

No deja de pensar en eso.

Todo su ser se derrama en su interior como una masa blanda.

Se apoya en el cristal y mastica con desesperación ese dolor que ahora la posee por completo.

«Tienes que dejar de pensar», se dice.

Extiende la mano y abre la ventana. Aspira el aire que le falta con las cortinas ondeando a su alrededor. Una ráfaga de viento hace aletear unos cuantos papeles tras ella. Mira hacia abajo. Le consuela pensar que podría tomar la decisión de morir en cualquier momento, igual que su padre. Se inclina hacia delante y se pregunta qué

sentiría si se abriera la cabeza contra el cemento. El crujido del cuerpo sin alma, los sesos humeantes extendidos por el suelo, el charco de sangre diluyéndose bajo la lluvia.

La súbita inconsciencia.

Solo ingravidez y olvido.

Traga saliva al recordar lo que, por alguna razón, todos convinieron en llamar el *accidente*. Aquella tarde, su madre la sorprendió leyendo de nuevo en el desván. Cuando estaba sobria, jamás estaba ociosa, y tampoco toleraba la holgazanería ajena. La agarró por las muñecas y, mirándola con dureza, le dijo que había nacido el mismo día que Aileen Wuornos, la asesina en serie que llegaría a ser conocida como la Mujer Loba en Estados Unidos. Se lo decía a menudo porque, según ella, tenía los mismos ojos de «niña oscura». Se miraron durante unos instantes y ninguna de las dos presintió en ese momento la brutalidad de lo que estaba a punto de ocurrir pocos minutos después.

Aprieta los ojos para espantar el pensamiento y, en cuanto cierra la ventana, un silencio abrasador parece crecer y crecer en la habitación. Las sombras. El pelo apelmazado y húmedo de sudor. La lluvia sucia, agua negra, en el jardín. El tiempo sin horas. El frío. Todo tan extraño. Cruza la casa a oscuras y regresa al hueco húmedo de la cama. La luz verde de los dígitos del despertador espesando los segundos. Una maraña de terror y culpa en la cabeza, atada a una mentira para el resto de sus días.

Daría lo que fuera por escapar del tiempo, poder dormir y caer en la inconsciencia del olvido. Pero la negrura aflora cada vez que baja los párpados, y se obliga a mantenerlos abiertos.

Hércules se acerca y se tumba otra vez a su lado. Los ojos húmedos y oscuros como el carbón. Sin ladrar, sin moverse. A ratos,

ella cae en un duermevela. Solo tiene que aguantar hasta que amanezca, y el peligro habrá pasado.

Antes de las seis, oye a Claude levantarse y salir del dormitorio. Se abre el grifo de la ducha. Luego, el zumbido de la maquinilla de afeitar, la respiración de la cafetera y la taza tintineando en la cocina.

Cuando él entra en el vestidor, ella entierra la cabeza en la almohada y se queda en la cama lo más quieta que puede. Enseguida, un leve halo de loción para después del afeitado. Respiraciones muy cortas, todos los músculos contraídos.

Él sale sin despedirse. Y ella lo mira y le deja ir sin más.

En cuestión de minutos, piensa, la ciudad comenzará a agitarse de nuevo: los autobuses y las furgonetas de reparto, los cierres metálicos de las panaderías, los paraguas sacudiéndose junto a las bocas de metro.

Al cabo de un rato escucha vibrar su móvil en el despacho. Por primera vez en muchas horas piensa en Corbin y en «la niña de la pila». En las entregas, la mudanza, los viajes, las reuniones, y, apenas por un segundo, en la Visa Infinite de Claude. Sabe que tiene demasiados asuntos que arreglar. Pero no se mueve. Prefiere creer que, si se queda muy quieta el tiempo suficiente y espera, todo volverá a ser como antes.

15

Es viernes o parece viernes. Debería estar ya de camino a la agencia y, sin embargo, deja que el agua corra y permanece inmóvil bajo la ducha. Las gotas se deslizan sobre sus hombros, forman canales en el pecho, se precipitan por sus piernas.

«Solo cinco minutos más», piensa.

Al otro lado de la puerta todo parece normal: el olor a café recién hecho, el ruido del tráfico, la lluvia, el teléfono, las reuniones. Pero ya nada es normal, porque desde hace apenas treinta y seis horas cada segundo es una condena y su mente vuelve, en una espiral obsesiva, al instante del atropello, que se alza como un muro inexorable entre ella y todo lo demás.

Los músculos se tensan al escuchar los gemidos de Hércules desde el pasillo. Nota las manos heladas y las aletas de la nariz dilatándose al verse allí, reflejada en el cristal, como si fuera un día cualquiera y nada trágico hubiera sucedido aún. Se presiona los nudillos contra los labios para mitigar las ganas de gritar: ha franqueado el límite de lo prohibido y es ya un ser extraño, alejada para siempre del resto del mundo. Igual que cuando era una niña, tiene la sensación desquiciante de hallarse a las cuatro de la madrugada de manera continua. El mismo vértigo, la misma certeza de que el error es insalvable y de que, por más que lo intente, todo está decidido y no es posible volver atrás.

El golpe seco contra el capó vapulea su mente y una arcada de hiel le sube por la garganta. Las paredes del estómago se contraen. El aire se agota. Imágenes convulsas de sirenas de policía, huellas de neumáticos, vómito seco, cristales rotos. Recuerda de pronto cómo su padre podía quedarse dormido en la silla, con el vaso en la mano, sin derramar ni una gota. «Sé que, algunas veces, no soy el padre que mereces.» Si pudiera, se arrancaría del cuerpo la memoria. Escupe bilis durante un rato mientras observa el agua arrastrarse en círculos hacia el desagüe. Luego se tambalea y sacude el vidrio con la espalda.

Desde fuera, Hércules araña la puerta y comienza a ladrar.

«Por lo que más quieras, márchate», le suplica en voz baja.

Los azulejos parecen desmoronarse sobre ella y todo a su alrededor empieza a difuminarse como si fuera papel pintado. Trata de cortar el agua pero, cuando está a punto de alcanzar la llave, se deja caer de rodillas y, doblada sobre sí misma, se refugia en algún lugar recóndito y seguro de sus adentros, lejos de la piel.

Después, opacidad y silencio.

Y más tarde, manotazos de lluvia contra la ventana y golpes amortiguados en la puerta que se funden con el sonido del agua. Algunos ladridos. La voz lejana de Minerva: «¿Se encuentra bien, señora?».

Cae en una especie de estupor hasta que la mampara se abre y una ráfaga de aire frío le eriza la piel. El agua deja de correr.

—¡Ay, por Dios bendito! ¿Pero qué le ocurre, señora? ¿Qué es lo que tiene?

Una toalla le cubre el cuerpo desnudo. Reconoce los ojos bondadosos y sin pintura de Minerva, que le aparta el mechón de pelo que se le pega a la frente. Sin decir una palabra, una mano se le clava en las costillas y ella se incorpora y hace intento de caminar.

A cada paso la espalda se le comba hacia delante. Los brazos inertes. Las voces mudas que no paran en su interior.

Se detiene al cruzar la puerta del dormitorio y observa el rostro de Minerva a través de una nebulosa, la nariz casi rozando la suya.

«Tengo que contarte algo», está a punto de decir.

Trata de articular las palabras, aprieta la lengua contra el paladar, pero algo falla en su garganta y, en el último segundo, el orgullo y el miedo a decir algo de lo que pueda arrepentirse después la obligan a tragárselas de nuevo. Un golpe de ansiedad le atraviesa por dentro. Le reconcome su mudez ante lo imposible, aquello que nunca habría imaginado que pudiera suceder, ni siquiera en sus peores pesadillas.

Los ladridos de Hércules se entremezclan con la lluvia y algunas frases sueltas: «Trabaja usted demasiado». «Siempre tan pálida.» «Debería descansar y alimentarse mejor.» «¿No quiere que le prepare algo?»

Ella se tumba encima de las sábanas con su cuerpo de treinta y siete años para ovillarse en el interior del que tenía a los diez y se queda quieta, envuelta en la toalla y con las manos enlazando las rodillas. Tiene la certeza de que todo esto ya lo ha vivido antes, a pesar de los esfuerzos por enterrar el pasado y no sentir nada.

Cuando pasan unos minutos, se agarra a los bordes de la cama para intentar detener la sensación de estar cayendo, de precipitarse sin remedio en un pozo negro.

—Háble me, señora, por lo que usted más quiera. ¿Qué es lo que tiene?

Poco a poco, el pulso se ralentiza y pierde la noción del tiempo. Se recuesta sobre la almohada y se abandona en un sueño de plomo.

Cuando despierta, mira a su alrededor. Una tos nerviosa. Los labios secos por la sed. Las imágenes del accidente se arremolinan

de nuevo en su cabeza y los nervios vuelven a crisparse. Siente una náusea continua al pensar en su propia cobardía.

La idea de que todo podría haber tomado otro rumbo.

El convencimiento de que ya nada volverá a ser igual.

La vergüenza de estar viva.

Minerva la observa junto a la cómoda como quien mira a una muñeca de trapo tirada en la carretera. Después se inclina junto a ella y le alisa el pelo, todavía húmedo.

—Cálmese, señora. Está muy nerviosa.

Lúa se incorpora y vuelve la cara hacia Minerva; le pregunta en voz baja qué hora es y si Martín se ha marchado ya al colegio, y ella le dice que esté tranquila, que aún es pronto y él sigue dormido.

—¿Quiere que le despierte?

Mueve la cabeza en señal de negación.

—Él quería esperar la otra noche —dice Minerva en voz baja—. Estuvo mucho tiempo en la ventana. Pero se cansó de tanto esperar.

En un movimiento reflejo, Lúa se lleva la mano a la cicatriz del muslo. Piensa en cómo eran los días antes de que todo se volviera oscuro. El sol, las risas, los besos. Sus ojos apenas se mueven mientras su mente salta de un recuerdo a otro, que enseguida se emborronan con los sucesos de dos noches atrás.

«¿Por qué ella está muerta y yo sigo viva?», piensa.

Minerva sale del dormitorio y vuelve con una bandeja y el pequeño botiquín que guarda en la cocina. Coloca una servilleta de papel y una taza sobre los libros que hay en la mesita de noche y, después, se inclina de nuevo junto a ella:

—Tómese esto, señora —dice—. Le hará bien. Es hierbaluisa con unas gotas de agua de azahar.

Lúa observa cómo las manos surcadas de venas de Minerva abren la cremallera del botiquín y después humedecen una gasa en

alcohol. Con gesto esquivo, aparta la cara cuando ella intenta retirarle el pelo de la frente.

«No me toques», está a punto de decir.

Los oídos le zumban y la sangre se le agolpa en la cara.

No puede pensar con claridad.

Se incorpora hacia delante mientras improvisa una excusa para levantarse.

—Por Dios bendito, señora —le ruega Minerva—. Quédese en la cama y descanse. Tiene los nervios rotos.

Da unos pasos por el dormitorio, en equilibrio inestable.

—Estoy bien, no te preocupes —dice al cruzar la puerta—. Estoy bien.

Se coloca la toalla sobre los hombros, a modo de capa, y recorre la casa, tan grande y oscura, con el nerviosismo de un lobo al final del día. Deambula sin rumbo, dejándose vencer por el miedo a la locura y tocándolo todo: los estantes de las librerías vacías, el armario de la ropa blanca, los trofeos de Claude amontonados en bolsas de rafia, los muebles antiguos, las lámparas desenchufadas, las montañas de cajas y libros que ocupan cada rincón.

Se detiene unos segundos en la puerta entreabierta del dormitorio de Martín y camina hasta su cama. Se besa sus propios dedos y, en silencio, roza con ellos la cara de su hijo y se despide de él, y a la vez se hace añicos por dentro y le parece que nunca más podrá volver a unir sus pedazos. Porque hace solo unas horas, piensa, todo estaba en orden. Quizás no fuera perfecto, porque nada lo es, pero el engranaje funcionaba e incluso había días felices. Claude y ella bailando en la cocina, despacio, al son de una *bossa nova*, y entrechocando las copas de vino tinto para brindar por el premio que está a punto de recibir en Cannes. Los tres juntos, un domingo soleado, paseando por el Retiro. Martín con su gorra de los Bucks al

revés dando saltos de alegría entre sus compañeros después de anotar doce puntos en el último partido.

Y, en cambio, ahora solo hay nubes de tormenta, y la casa parece derrumbarse como un árbol carcomido.

«Tengo que marcharme», murmura con una línea de gotas de sudor sobre los labios.

Después cierra la puerta y sigue deambulando con la mente perdida. Cuando quiere darse cuenta, se descubre a sí misma en la cocina, con la mano sobre el exprimidor de aluminio diseñado por Philippe Starck y a punto de colocarlo sobre la vitrocerámica, como si fuera la cafetera. Se queda mirándolo y se le viene a la cabeza el día que se lo regaló Claude después de verlo en la colección del MoMA de Nueva York. En aquel momento ella bromeó acerca de su escaso sentido práctico, con sus casi treinta centímetros de altura y ese cuerpo frío y anguloso que, más que al de un calamar, siempre le había recordado al de una araña.

—Puede que sea bonito —le dijo a Claude—, pero deja caer todas las pepitas en el vaso, mientras que el de toda la vida las retiene junto con la pulpa.

—En realidad no está pensado para exprimir limones, sino para iniciar una conversación —le respondió él.

Un par de días después, hojeando una revista de arquitectura en el aeropuerto, descubrió que todo el *storytelling* y la chispa de la frase era mérito del propio Philippe Starck y no de Claude.

Guarda el exprimidor en un armario, se prepara un café y después abre el grifo y llena un vaso de agua, y luego lo vacía y lo vuelve a llenar. Solo por hacer algo.

«Tengo que marcharme», se repite de nuevo.

Pero le sobreviene una ola de cansancio y se queda quieta, como si no fuera a moverse nunca de allí. Se pasa la mano por el pelo, y

cuenta las horas que faltan hasta la noche. No ha sentido nada igual más que dos o tres veces en su vida: cuando murió su padre, después del aborto, el día que Martín estuvo varias horas perdido.

Trata de pensar en cada pequeño ritual que repite cada día para ganar confianza y concentración. Solo eso puede salvarla en estos momentos. Levantarse antes de las cinco de la mañana y sentir esa especie de urgencia que siempre la ha impulsado a trabajar y a entregarse hasta la extenuación en cada proyecto. Revisar el correo electrónico. Leer los periódicos. Desayunar una Coca-Cola y un puñado de nueces para engañar al estómago. Repasar las presentaciones. Pedir un taxi. «Primero esto y después lo otro», se dice a sí misma. El móvil. Las pastillas. El cuaderno rojo.

—¿Se encuentra mejor, señora?

La voz de Minerva, a su espalda, le hace sobresaltarse.

Se anuda la toalla al pecho y aprieta los puños sobre la encimera. Su voz suena firme cuando le dice que «todo está bien» y «ha debido de ser una bajada de tensión». Minerva la mira en silencio. Lleva en los brazos una cesta con ropa recién planchada y asiente con la cabeza cuando Lúa le pide que se encargue «sin falta» de llevar a lavar el coche antes de que ella vuelva de la agencia. «Por dentro y por fuera», murmura.

Y unos segundos más tarde:

—Mejor no hagas nada —dice—. Olvida lo que he dicho.

Minerva vuelve a asentir con expresión de desconcierto.

—Yo me encargo de todo —repite cuando sale por la puerta.

Esa misma tarde, piensa, en cuanto arregle los asuntos más urgentes en la oficina, se ocupará ella misma de llevar el Range Rover a un taller especializado para eliminar cualquier rastro del accidente, por leve que sea.

Luego, con la respiración agitada, entra en el vestidor, en el que bailan decenas de trajes oscuros. Deja la toalla en el suelo, descorre la puerta acristalada y escoge al azar una camisa blanca y un pantalón negro. Los mira con extrañeza: de pronto le parece absurdo el motivo por el que, desde hace cinco o seis años, cuando comenzó a dirigir la agencia, viste siempre con la misma ropa.

Mientras se abotona la camisa, recuerda el momento en el que tomó la decisión, después de sentirse fuera de lugar en una de las reuniones más importantes de su carrera: estaba en un hotel de Lexington Avenue y llevaba un vestido de seda rojo en una sala cuajada de hombres con trajes oscuros. Esa misma tarde salió de compras y eligió diez pantalones y diez americanas, todos de color negro, además de una docena de camisas blancas. «No quiero decidir sobre la ropa que visto porque ya tengo demasiadas decisiones que tomar», se ve obligada a repetir cada vez que alguien le pregunta.

La hebilla metálica del cinturón golpea en el cristal. Toma aire, lo bloquea unos segundos antes de soltarlo y después se mira en el espejo. El rostro pálido y frío, como muerto. La mirada oscura y llameante. No volverá a la cama, se dice a sí misma, a seguir lamentándose, sin solucionar nada y haciendo más grande el agujero negro que se le abre en el pecho cada minuto que pasa. Se irá a trabajar como si fuera un viernes cualquiera y seguirá adelante cueste lo que cueste. Aunque los días estén sembrados de minas, se levantará por la mañana aparentando tenerlo todo bajo control: seguirá asistiendo a reuniones y congresos, respondiendo al hilo inacabable de correos y terminando presentaciones en PowerPoint, planeando el menú de Navidad, el discurso del premio y el *team building* de cada semestre. Pasará más tiempo con Martín y se

acordará de renovarse el DNI, de los informes y los planes de cuentas, de motivar a sus colaboradores y de obtener resultados.

Todavía descalza, cruza el pasillo con los zapatos en la mano.

Hará todo cuanto sea necesario, se promete. Y aún más.

16

Lleva veinte minutos hablando desde un taxi con Corbin, que está a punto de ser entrevistado en uno de los programas de radio de mayor difusión. No le tiembla la voz cuando le dice que, ante todo, hay que «ser sincero y no esconderse», y que lo más importante ahora es comunicar lo que está ocurriendo «con absoluta transparencia y honestidad».

Siente una extraña sensación en el pecho, que, poco a poco, desciende y se hace más intensa y dolorosa en el estómago. Y, sin embargo, no titubea al explicarle que «jamás se debe mentir ni ocultar información», puesto que, tarde o temprano, asegura, «la verdad saldrá a la luz y las consecuencias serán aún peores».

Mientras habla y gira una pelota antiestrés entre las manos, no puede evitar asombrarse ante la calma de su comportamiento, y, de nuevo, se ve a sí misma desde fuera, muy erguida, con su traje oscuro, la camisa de un blanco inmaculado y el Birkin sobre el regazo. La respetabilidad personificada, piensa. Y por un instante siente el placer atroz de una doble vida.

—Nunca lo habría hecho así, pero creo que vale la pena intentarlo —dice Corbin después de una respiración profunda. Luego suelta el aire despacio y añade—: veremos qué pasa a partir de ahora.

Al escucharle doblegarse al fin, ella va aún más lejos y, con voz serena, sentencia:

—Reconocer un error siempre cuesta, pero en comunicación de crisis no es suficiente con quedarse en el gesto y tan solo decirlo y admitirlo, sino que en ocasiones es necesario ir un paso por delante o, lo que es lo mismo —le explica—, anunciar acciones específicas para afrontar el problema y, por encima de todo, priorizar siempre a las víctimas y a su entorno familiar.

El taxista se detiene en un semáforo en rojo, la observa por el retrovisor y después cambia el dial de la emisora. Lúa repara en sus brazos y en la camisa arremangada hasta el codo, entre cuyos pliegues sobresale el tatuaje de una tela de araña. Aparta la vista y sigue diciéndole a Corbin:

—Cuando se comete un error, alguien tiene que asumir responsabilidades. Siempre —dice—. Y cuanto antes se haga menor será el impacto, porque, aunque pase el tiempo, si no se toman medidas la crisis estará sin cerrar y volverá a abrirse en el momento más inesperado.

En la radio suena una canción de Eminem a cuya letra nunca le había prestado atención. Las palabras le pesan en el pecho de un modo que no sabe explicar: algo sobre el ser humano decente que aún queda dentro de ella, aunque esté enterrado muy profundo.

Antes de seguir hablando se seca la frente con el dorso de la mano.

Le falta el aliento.

Tiene que dejar de hablar.

Entra en el Starbucks de Padre Damián, pide un café expreso y un bagel de salmón y aguacate y, aunque apenas hay cuatro o cinco clientes en el local, se sienta al fondo, en una mesa algo apartada de las demás. Enciende el portátil y busca la página de la emisora de

radio para escuchar a Corbin en directo. Mientras espera, toma unos sorbos de café y consulta el correo electrónico. Tiene cuarenta y siete mensajes nuevos. Uno es de la empresa de mudanzas. En el último mes han pospuesto tantas veces el día fijado que ya ni siquiera recuerda la fecha original. Pero el trabajo en la agencia no da un respiro y las obras en la casa nueva siguen alargándose por las ocurrencias de Claude. Se quita con los dientes un trozo de piel seca de los labios y borra el mensaje sin abrir.

Cuando levanta la vista, un camarero con delantal oscuro está recogiendo las migas de la mesa de al lado. Sin prestarle apenas atención, Lúa saca del Birkin los auriculares, que deja junto al portátil, y después abre el cuaderno rojo y empieza a tomar algunas notas.

Casi medio minuto más tarde, el camarero sigue limpiando la misma mesa.

Está de espaldas a ella, pulverizando la superficie de madera con algún producto que desprende un intenso olor a menta. Lo observa mientras pasa despacio la bayeta por cada centímetro de la mesa, una y otra vez; luego acerca la vista para detenerse de nuevo en cada recoveco, que frota con la insistencia y la precisión de quien no quiere dejar rastro.

«Es desesperante», piensa.

Espera sin quitarle los ojos de encima hasta que, al fin, él se da la vuelta.

Durante varios segundos, se queda inmóvil y la mira sin pestañear.

No deja de sonreír.

«Que no venga, que no venga, por favor», piensa.

Pero el camarero ya camina hacia ella y, antes de que pueda reaccionar, le da la mano para después llevársela al pecho y, sonriendo, le guiña un ojo y le dice que es muy guapa y que parece

una *movie star*, todo casi a la vez, y antes de darse la vuelta le desea que tenga un buen día.

Se llama Rafael —o así al menos lo indica la tarjeta que lleva prendida en el delantal— y tiene síndrome de Down. Sonríe todo el tiempo, como si estuviera seguro de que lo mejor está siempre por llegar. Lúa le devuelve la sonrisa con un dolor que le cierra la garganta y, mientras le ve alejarse hacia la siguiente mesa, se pregunta si alguna vez él habrá tenido la sensación de que el universo se derrumba a veces sin motivo.

Al otro lado del cristal, una lluvia intermitente cae sobre un puñado de peatones con impermeables y paraguas de colores que, igual que Rafael, dan la sensación de tener una vida estable y sin sorpresas.

Lúa apura la taza de café y, en cuanto escucha la sintonía del programa, se dice: «Vamos, céntrate».

Se pone los auriculares, envía un mensaje rápido desde el móvil y abre de nuevo el cuaderno rojo, garabateando notas a intervalos.

—Y, cuando pasan doce minutos de las diez de la mañana —dice la locutora—, les hablamos de la noticia que abre todos los informativos. Como les venimos contando, en las últimas horas han aparecido varias pilas de botón, de procedencia inexplicable, en el interior de algunas latas de la conocida marca Mr. Velvet. Hay ya cientos de denuncias y reclamaciones y son varias las cadenas de supermercados que han comenzado a retirar la bebida de sus lineales. Como saben, hay una niña ingresada en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital 12 de Octubre de Madrid. Para hablar sobre todo ello tenemos al otro lado de la línea al director general de la compañía en España, Ryan Corbin. Buenos días, señor Corbin, la pregunta es obligada: ¿cómo está abordando la multinacional que dirige esta crisis sin precedentes? Nos consta que

han decidido no retirar el producto, a pesar de que, como comentábamos, hay una niña en estado grave.

—Así es, buenas tardes —dice Corbin con voz cavernosa—. Seguimos muy de cerca cómo evoluciona la pequeña y, por supuesto, estamos colaborando con el Ministerio de Sanidad para aclarar la situación. De hecho, acabamos de hacer público un vídeo en el que se muestra la seguridad de...

Lúa abre el bagel por la mitad y remueve distraída los trozos de aguacate con el tenedor, sin probar bocado y con la mirada fija en el logo de Starbucks impreso en la servilleta, la icónica sirena de dos colas sobre fondo verde.

—Por supuesto, todos los productos son sometidos a controles exhaustivos en nuestra fábrica de Vigo; cada lote se comprueba con meticulosidad en el laboratorio y, como se muestra en el vídeo...

Observa con detenimiento a la sirena durante unos segundos. Entorna los ojos al acordarse de que, cuando la agencia Lippincott recibió el encargo de rediseñar el logo de Starbucks, sus creativos se dieron cuenta de que algo no encajaba del todo. Según ellos, la sirena era «demasiado perfecta». Y, a partir de esa idea, recuerda, empezaron a trabajar con la premisa de devolverle un poco de humanidad a su rostro.

—Sería entonces imposible, señor Corbin, que alguien pudiera introducir cualquier tipo de objeto durante el proceso de envasado automático, ¿es correcto?

—Tenga en cuenta que la inyección del líquido dentro de cada lata se hace en un período de un microsegundo —asegura Corbin—. Y una vez llena, la tapa de aluminio se sella de forma hermética en el mismo margen de tiempo para...

Lúa alarga la mano hasta la servilleta y estudia con la mirada la pequeña asimetría en la nariz de la sirena, una mácula oscura y

apenas perceptible que podría pasar por un fallo de diseño y que, sin embargo, es intencionado. Pasa los dedos con suavidad sobre ella y, cuando levanta la vista de la pantalla, su mirada se cruza por un instante con los ojos salpicados de oro de Rafael.

—Como le decía, la velocidad a la que se realiza el proceso de envasado hace casi imposible que cualquier objeto, por pequeño que sea, caiga o sea depositado en el interior de una lata.

Apenas es capaz de concentrarse y se siente algo mareada. Remueve el salmón en el plato y se las arregla para tragar dos bocados del bagel con el último sorbo de café. En las últimas semanas, piensa, se había propuesto cumplir propósitos tan sencillos como dormir de noche y comer al menos un par de veces al día.

—¿Insinúa usted que podría tratarse de un sabotaje?

Revisa de nuevo el teléfono móvil. Más correos electrónicos. Más recados en el contestador. Se mete diez miligramos de diazepam bajo la lengua y, unos minutos después, todo a su alrededor se vuelve irreal y se tiñe de náusea. Mira los trozos de aguacate y el olor le revuelve algo de lo que no quiere acordarse. La cocina vacía. Su madre dormida en el sofá con una botella al lado. La televisión parpadeando. Y, hora tras hora, ella esperando un plato que nunca llega.

Aparta el pensamiento de su cabeza y se levanta a por otro café. Cuando está pasando la tarjeta por el datáfono, alguien le pone la mano en el hombro.

—¿Lúa?

Cuando se da la vuelta descubre a un joven con varios *piercings* en la ceja y una cresta de punk en el pelo. El nerviosismo del encuentro le hace palpitar las sienes, pero sus ademanes cuando le estrecha la mano tienen la misma naturalidad de siempre. Nadie lo diría, piensa, pero ese muchacho que tiene frente a ella es doctor en

Comunicación Audiovisual y comienza a despuntar como uno de los mayores expertos en publicidad digital del mundo. Hablaron por teléfono hace apenas un par de semanas, cuando ella lo invitó a participar como ponente en el Ad World Conference.

—Qué sorpresa, Leo —le dice forzando una sonrisa—. ¿Cómo va todo?

Él le cuenta por encima, con su monólogo de frases rápidas, algunos de sus proyectos, y le habla sobre las dificultades del día a día: creativos sobrepasados de trabajo, tarifas que bajan, plazos de entrega cada vez más cortos; y ella asiente, aunque apenas lo escucha.

—Justo ahora estamos desarrollando una campaña muy potente contra los bloqueadores de anuncios desde el lado del servidor y...

Lúa se fija en la camiseta algo desaliñada que lleva Leo, con la imagen en blanco y negro de Vivienne Westwood y el mensaje: «Too fast to live». Por suerte para él, piensa, aunque ya no es tan joven como aparenta, todavía conserva ese aire de dignidad de quien está demasiado ocupado como para inquietarse lo más mínimo por su propio aspecto.

—¿Puedes creer que acabamos de ganar el *pitch* de la cuenta global de medios de Volkswagen que gestionaba Omnicom desde hace años?

Siente una vaga sensación de desasosiego cuando él le pone la mano en el brazo y la felicita por el premio que está a punto de recibir en Cannes.

—Además de genio creativo, tienes una gran visión de negocio —le dice—. Y siempre sueñas a lo grande.

Ella le mira sin que se le mueva ningún músculo de la cara. Le habría gustado confesarle que la publicidad no necesita genios, sino solo profesionales con un poco de sentido común y, sobre todo,

dispuestos a dejarse la piel para multiplicar los beneficios de sus clientes.

—Perdona, Leo, tengo que dejarte.

Aún lleva las gafas de sol cuando llega a la agencia. Camina despacio, como si la dirigiera otra persona desde dentro de su cuerpo. Atraviesa los tornos metálicos de la entrada y da unos pasos con la mirada perdida hacia el ascensor.

Acaba de abrir la puerta del despacho cuando escucha a Greta a su espalda:

—¿Por qué no me llamaste anoche? —Tiene ojeras pronunciadas y lleva una blusa de color rojo con los botones de arriba desabrochados.

—Se hizo tarde —se disculpa ella mientras deja el bolso encima del escritorio—. Di por hecho que te encargarías.

Por la mirada insolente que le dirige Greta, siente vergüenza de su pelo revuelto y cae en la cuenta de que lleva un traje de verano en el que, tal vez, sea uno de los días más fríos del año.

Intenta fingir normalidad y se quita la americana, y después la dobla y la deja sobre el respaldo del sillón de cuero.

—¿Eres consciente de lo que está pasando ahí fuera? —dice Greta con voz tensa.

Casi a la vez, uno de los directores de cuentas se asoma por la puerta.

«Más tarde», le dice sin mirarlo.

El aire se vuelve espeso, pero enseguida el teléfono suena y ella lo coge y se sienta frente al escritorio y empieza a hablar en francés mientras Greta se cruza de brazos y espera. La mira de soslayo: parece inquieta y no se esfuerza por disimularlo. Tiene un bolígrafo

en las manos, con el que golpea la superficie de piel de una carpeta con un ritmo irritante y obstinado.

Lúa le da la espalda y alarga la conversación con la esperanza de que se marche pronto. Para aplacar los nervios, cambia de sitio algunos de los documentos y contratos que tiene sobre el escritorio y hojea el último número de *El publicista*.

En cuanto cuelga, nota la respiración agitada de Greta, que comienza a dar vueltas por el despacho; los ojos le chisporrotean y habla sin parar, como si de pronto le saliera todo lo que ha retenido en las últimas horas. Dice frases como: «¿Puedes explicarme qué está pasando?». «No entiendo nada.» «Es demasiada presión.» O: «No sé cómo vamos a salir de esta».

Lúa mantiene la compostura y guarda silencio. Aunque siempre ha considerado una virtud la discreción y no hablar más de la cuenta, por una vez decide escuchar y ponerse en el lugar de Greta. Además, puede entender que esté molesta: ambas comparten la obsesión por trabajar hasta el agotamiento y ninguna de las dos está jamás ociosa.

—¿Me estás escuchando?

Los ojos de Greta escrutan los suyos hasta que es incapaz de aguantarle la mirada. Siempre está tensa, en alerta, piensa, del mismo modo que lo estaba ella cuando todo era normal, hace apenas un par de días.

—¿Pasó algo ayer? —insiste.

Lúa parpadea varias veces.

Una oleada de sangre le nubla la cabeza.

—Nada en particular —responde tratando de apartar la mirada.

Greta aprieta el bolígrafo hasta que se le marcan los huesos de la mano.

—¿Y por eso tienes tan mala cara?

En el fondo, piensa Lúa, sería mejor si pudiese gritar y desahogarse con alguien.

Pero no puede, no podría ni aunque quisiera.

Está seca por dentro y tiene una bola negra de alquitrán en el estómago. Y, de manera inesperada, un golpe de memoria la estremece por dentro. El balcón abierto del tercer piso. El salto. El ruido. La sangre. El miedo. Espanta el recuerdo como si fuera un trapo sucio: fuera de la vista y del pensamiento.

Aprieta los dientes y trata de calmarse.

Piensa: «Esto también pasará».

Y después: «Solo sigue adelante y acepta las cosas tal como vengan».

Greta la mira con asombro, como si no la reconociera.

—Algo te ha ocurrido —insiste con obstinación—. Estos días estás distinta.

—Solo estoy cansada y de mal humor.

Alguien vuelve a llamar a la puerta.

—Ahora no —dice Lúa con tono autoritario.

—Tenemos a todo el mundo ahí afuera esperando a que demos un mal paso para crucificarnos.

Lúa se pasa la mano por la frente con expresión de cansancio.

—No voy a dejar que te libres de mí, ¿me oyes? —añade Greta con la voz vibrante de rabia—. Ni que hundas todo lo que tanto esfuerzo nos ha costado levantar.

Se aparta hacia atrás la melena pelirroja, de ese color que los ingleses llaman *ginger*, y sale airada del despacho. Un par de minutos después regresa con un café, un sándwich de la máquina expendedora y un ibuprofeno.

—La última vez —dice— el diagnóstico oficial fue tensión arterial baja por comer menos de la cuenta. Y quiero pensar que por eso

has llegado tan tarde esta mañana.

Sin esperar respuesta, busca un lugar despejado en el escritorio para dejarlo todo y después añade:

—Por cierto, ¿has averiguado algo sobre el accidente?

Lúa siente que se queda sin aire al escuchar la palabra *accidente*, que reverbera en su cabeza durante más tiempo del necesario.

—¿Qué quieres decir? —acierta a balbucear. Y, en un movimiento reflejo, se lleva la mano al mapa de cicatrices que tiene en el muslo.

Casi de inmediato, el teléfono vuelve a sonar, pero esta vez no lo coge.

—¿Qué acabas de decir? —le repite a Greta.

—Se suponía que ibas a hablar con la dircom del Hospital 12 de Octubre.

Lúa permanece en silencio. Nota un vacío violento en su interior, baja la cabeza y se sujeta la mano que más tiembla con la otra mano. Escucha los tacones de los zapatos de Greta, que vuelven a repiquetear por el despacho.

—Ni siquiera te has interesado por la niña —dice en voz baja.

Luego se detiene en seco y la desafía con la mirada.

—¿Puedes explicarme qué demonios está pasando?

Lúa traga saliva mientras reúne fuerzas para contestar.

—No sabes nada de mí —murmura.

—¿Estás segura de eso? —le responde Greta con voz áspera—. Porque pasamos juntas una media de catorce horas diarias. Y, además de mi gata, eres lo más parecido que tengo a una familia.

Se arremanga la blusa hasta el codo y la mira con fijeza.

—¿Por dónde quieres que empiece? —dice—. Eres justo una semana mayor que yo. Estás casada, pero a veces sueltas la bomba de que te has divorciado para dar la impresión de libertad, de que vives sin ningún tipo de cadenas. No te gustan el golf, ni los cócteles

ni cualquier otra actividad en la que tengas la sensación de no hacer algo de provecho.

Lúa siente que el agotamiento y la presión en las mandíbulas vuelven a lastrarla.

Piensa: «Tienes que aprender a dejar de contarle a la gente más de lo que necesita saber». Pero Greta sigue hablando sin pausa:

—Te levantas a las cuatro y media de la madrugada y, para ponerte en marcha y aguantar el ritmo, tomas siempre dos tazas de café seguidas, además de somníferos por la noche y Adderall y no sé cuántas pastillas más por la mañana. Yo misma te lo traigo a veces de la farmacia junto con la crema de manos y las píldoras anticonceptivas. ¿Quieres que siga?

—¿Puedes parar de una vez? —dice Lúa subiendo el tono.

Pero Greta la ignora y se enfurece cada vez más mientras abre y cierra los cajones y los armarios del despacho.

—Te comes las uñas hasta la cutícula y te lavas los dientes con la misma energía temeraria que pones en todo lo que haces, incluido recomendarle a Corbin que no reaccione cuando hay una niña muriéndose en el hospital.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Se puede saber por qué no me has cogido el teléfono ni has respondido a ninguno de mis mensajes cuando estamos en medio de la peor crisis que podríamos haber imaginado nunca?

Lúa está a punto de decirle: «Por una vez en la vida, no esperes a que te den instrucciones y te digan lo que tienes que hacer».

Pero Greta continúa con su monólogo imparable y añade casi sin respirar:

—Supongo que cuando eras más joven tenías una gran visión de ti misma y soñabas con dejar huella. Pero últimamente estás descubriendo tus limitaciones. Y si sigues así...

—¡Cállate!

Lúa siente una punzada de dolor en el estómago. Nunca antes había escuchado a Greta hablarle con tanto resentimiento. Deja caer la cabeza con un suspiro mientras siente una imperiosa necesidad de dormir, de acostarse en una habitación vacía, apagar la luz y desaparecer del mundo. La perspectiva de aguantar horas de obligaciones sociales y conversaciones vacías le parece insoportable.

Greta coge aire y mira a su alrededor como si buscara algo, y enseguida vuelve a crecerse ante el silencio de ella.

—Esto no puede seguir así.

Encuentra junto al mueble de la ventana la bolsa de muestras que parecía estar buscando y la deja encima de la montaña de papeles esparcidos por el escritorio. Luego echa un vistazo rápido al reloj.

—En menos de un cuarto de hora tenemos que salir zumbando para el ministerio y tienes una pinta horrible —añade. Y, acto seguido, vuelca el contenido de la bolsa sobre la mesa.

Lúa cierra los ojos y empieza a contar hacia atrás a partir del diez.

—¿Qué demonios es todo esto?

—Un poco de corrector en las ojeras y un toque de *blush* en las mejillas y parecerás otra.

Ella siente de pronto que no puede más y se levanta del sillón y golpea el escritorio con la palma de la mano. La taza de café rueda por la mesa y se derrama sobre un archivador y algunos artes finales.

—A diferencia de ti —dice fulminándola con la mirada—, no necesito maquillarme cada vez que salgo por la puerta de casa.

Greta pone los brazos en jarra y le sostiene la mirada, lo que la irrita todavía más.

Le asusta lo que está a punto de decir.

—Tú también tienes mucho que callar —dice tratando de no ir más lejos—. Y lo peor que puedes hacer ahora es atizar la colmena con un palo.

17

Después de estar sentada en el baño un cuarto de hora con la cabeza entre las manos, se acuerda de pronto del Range Rover, aparcado en el garaje y lleno de barro desde hace casi tres días, y siente la urgencia de hacer una búsqueda rápida en el móvil. Necesita localizar cuanto antes un taller mecánico a las afueras de Madrid. Durante cuatro o cinco minutos salta de una web a otra, hasta que se detiene en una noticia de hace varios meses: «La Guardia Civil desmantela dos talleres clandestinos en Coslada». Al parecer, operaban sin licencia en un polígono industrial, en las instalaciones de una empresa de transportes, y ya habían sido sancionados con una multa de seis mil euros.

Le escribe un mensaje a Greta para que se encargue de la reunión en el ministerio, coge el bolso y sale apresurada de la agencia.

Evita pasar por casa, donde sin duda habría tenido que enfrentarse de nuevo a la mirada interrogante de Minerva. Entra en el garaje sin dejar de volver la cabeza hacia los lados, sube al coche, cierra la puerta y se obliga a respirar. Dos inhalaciones profundas y una exhalación larga. Varias veces. Todo el mundo debería saber, piensa, que es la forma más rápida de regular el sistema nervioso cuando los pulmones están a punto de colapsar por el estrés o la respiración superficial.

Gira la llave de contacto despacio y, luchando por no perder los nervios, introduce la dirección del polígono en el navegador.

Después coge el volante y se queda mirando la luna delantera. Hace casi dos días, piensa. Cuarenta y dos horas y doce minutos. No paró. Y ahora va camino del taller. A las afueras. Donde no hagan preguntas.

Un temblor nervioso le recorre la pierna cuando pisa el acelerador.

«¿Y si vuelve a ocurrir?», piensa.

Enciende la radio para distraerse, y también estar al tanto de las últimas novedades de Mr. Velvet y «la niña de la pila», pero cada vez le cuesta más respirar, como si alguien le hubiera metido la cabeza en una bolsa de plástico. Se obliga a no pensar en el bulto en la carretera. Ni tampoco en la sangre, ni en el frenazo ni en el golpe sordo contra el capó.

Lo único que importa ahora, se dice, es encontrar el taller.

No puede permitirse más errores.

Y, aunque en apariencia el coche está perfecto —a excepción del barro y del pequeño ojo de buey de la luna delantera—, necesita asegurarse de borrar cualquier rastro del accidente y el más mínimo daño, abolladura o imperfección.

Conduce detrás de un autobús, sujetando el volante con una sola mano mientras se muerde las uñas de la otra mano hasta dejarlas en carne viva. Luego apaga la radio. No soporta el ruido ni tampoco el silencio.

Afuera sigue lloviendo y el asfalto rebosa de charcos de agua turbia. Aunque son más de las doce del mediodía, el cielo está cubierto por un muro de nubes negras y los coches llevan las luces encendidas. Al llegar a una intersección entre dos calles, la furgoneta de reparto que tiene a su derecha toca el claxon varias veces. El conductor aminora la marcha, mueve los labios y le hace gestos que no entiende, y cuando unos metros más adelante los dos

vehículos se detienen en un semáforo, él baja la ventanilla y le dice a gritos que lleva la tapa de la gasolina abierta.

Casi al mismo tiempo, el teléfono suena.

Atiende un par de llamadas de trabajo mientras se esfuerza por controlar la ansiedad. Responde a todo con evasivas y monosílabos. «Habla con Greta», repite con voz crispada. Al cabo de un rato se da cuenta de que se ha pasado la salida de la autopista y trata de concentrarse en el tráfico, ignorando los mensajes y correos que siguen entrando en el móvil cada pocos segundos.

Por momentos, siente el aura de una migraña. La rigidez en el cuello, los puntos brillantes en la vista, los zumbidos y el dolor pulsante en el lado izquierdo de la cabeza percutiéndole por dentro. Tantea en el bolso y se mete un par de aspirinas bajo la lengua y luego traga saliva y aprieta los dientes para contener las náuseas.

Alrededor de media hora más tarde hace un cambio de sentido, y después atraviesa un área industrial por una carretera llena de parches de alquitrán. Una caja de cartón vacía revolotea en el aire y da vueltas sobre el asfalto. Conduce un par de kilómetros más hasta que localiza el letrero casi borrado de la empresa de transportes. Y, enseguida, se descubre a sí misma en la profundidad húmeda del taller, con su olor a tubos de escape, gasolina y goma de neumático.

Se pone las gafas de sol y apaga el motor.

La radio está a todo volumen y, al fondo de la nave, un par de mecánicos se hablan a voces entre ellos. Con las manos temblando, Lúa se aferra a las correas del Birkin, ese trozo de cuero negro cosido a mano y convertido en icono del éxito que parece gritarle a todos los demás que es una mujer segura de sí misma, que nunca se esconde del mundo ni sabe lo que es tener los nervios deshechos.

Sin atreverse a bajar del coche, busca con la mirada al encargado, un tipo corpulento de cabellos grises recogidos en una coleta que la

observa desde lejos con una media sonrisa. Por un instante se imagina acercándose a él con la respiración agitada y explicándole que, hace apenas un par de días, tuvo un despiste con el coche: llovía mucho, apenas había luz y, cuando quiso darse cuenta, había arrastrado varios metros un contenedor de basura. En su mente está nerviosa y no puede parar de hablar, aunque sin dejar de temer a cada segundo que está diciendo demasiado.

Sin embargo, cuando baja del todoterreno, con las gafas de sol aún puestas, es él quien se adelanta y dice:

—Bonito coche. —Se limpia las manos con un trapo viejo y, tras varios segundos en silencio, añade—: ¿Es nuevo?

Lúa traga saliva.

—Tres semanas —dice.

Él le lanza una mirada rápida, afilada.

—¿Es tuyo? —pregunta.

Ella titubea de inicio; está a punto de decirle algo como «Por supuesto que sí», pero en cambio se cruza de brazos y se escucha decir:

—¿Importa eso?

El encargado da unos pasos, rodea el coche. Roza la carrocería con los dedos, se agacha y saca restos de ramas y hojas secas que sobresalen de los bajos y, después, le da una patada suave a una de las ruedas delanteras, de la que se desprenden varias capas de un barro seco y espeso.

Luego la mira con una sonrisa ladeada, como si pensara: «No es el tipo de coche que suele aparecer por aquí».

Lúa guarda silencio y, al cabo de unos segundos, cambia de estrategia y le explica que, en realidad, preferiría no dar parte al seguro «porque solo lleva con el coche un par de semanas y no le gustaría tener problemas con su marido».

—¿Podría revisarlo y limpiarlo? —le pregunta con el bolso apretado en la cadera.

Él observa los faros, echa un vistazo rápido al maletero, lleno de cajas plegables, y también al barro del pedal y las alfombrillas, y a continuación se detiene junto al parabrisas delantero y pasa el dedo por el ojo de buey, muy despacio y sin decir nada.

Lúa abre la cartera y deja entrever varios billetes de cien euros doblados por la mitad.

Él vuelve a escudriñarla con la mirada.

—Entiendo que no quiera empañar su imagen —dice con un amago de sonrisa.

Y, en cuestión de pocos segundos, sugiere lavado de carrocería y llantas, encerado y abrillantado, pulido de cristales y faros, limpieza de tapicerías, techos, paneles, guarnecidos, maletero.

Ella dice que sí a todo.

Y él le asegura que quedará igual que recién salido de fábrica.

«Como si no hubiera pasado nada», dice.

Sus manos de uñas ennegrecidas le rozan la piel cuando, antes de irse, ella le ofrece un «pequeño adelanto» de cuatrocientos euros.

—Necesito que el trabajo esté listo antes de cuarenta y ocho horas —dice.

Retiene durante un par de segundos los billetes en la mano mientras acuerdan de palabra que el resto del pago será en metálico y que, en caso de que fuera necesario sustituir alguna pieza, la guardarán y se la entregarán después a ella.

«Siempre me han gustado las mujeres complicadas», parece decirle el encargado con la mirada mientras enciende un cigarrillo.

Ella guarda un largo silencio.

Luego, con el estómago revuelto, le entrega las llaves del Range Rover.

No vuelve la vista atrás cuando él le pide un número de teléfono de contacto.

«Hazte a la idea de que no existo», murmura.

Una hora más tarde, de camino en taxi al Hospital 12 de Octubre, no deja de pensar en la mujer a la que atropelló y en el día que no ha amanecido para ella. La rabia le asfixia y le aplasta desde dentro. No logra entender cómo ha podido ocurrir algo así. Tiene la misma sensación de hermetismo lúgubre que experimentó cuando Martín acababa de cumplir nueve meses y, por un descuido —apenas fueron dos segundos—, resbaló de la encimera del baño y se golpeó la cabeza contra el suelo de mármol. Durante veinticuatro horas estuvo en observación en el hospital. Ni Claude ni ella se encontraban en absoluto preparados para hacer frente a ninguna muerte, y mucho menos a la de su propio hijo. Durante varios días compartieron un silencio siniestro y lleno de opacidad. Y aunque al final todo quedó en un susto, ninguno de los dos volvió a hablar sobre el accidente en lo sucesivo, como si nunca hubiera ocurrido.

—¿Quiere que la deje en la entrada principal? —le pregunta de pronto el taxista.

Siente de nuevo el peso en el estómago y después mira la hora en el móvil: las dos menos cuarto.

—Pare en el edificio de consultas, por favor.

Nunca antes se ha presentado tarde a una cita fuera de la agencia, piensa. Y aunque llega con más de media hora de retraso, cuando baja del taxi, camina despacio y con la espalda algo inclinada hacia delante mientras contempla la posibilidad de marcharse y deambular sin rumbo por cualquier otro lugar.

A pocos metros de ella, una niña juega con su perro, un cachorro de labrador con un collar de cuero rojo que ladra y da vueltas en círculos frenéticos con la correa arrastrando tras de sí. Lúa cruza la mirada con la madre de la niña sin poder encontrar las fuerzas necesarias para sonreír cuando pasa a su lado.

De alguna manera, siente que ha dejado de formar parte del resto del mundo. Se ha convertido en un espectro de sí misma, piensa, un fantasma errante entre toda esa gente que no deja de moverse en todas las direcciones, consumiéndose sin saberlo en la rutina de tener que respirar y abrir y cerrar los párpados cada día.

El teléfono vibra en el bolso y se detiene en medio de la acera a revisar por encima los mensajes. El último es de Greta: «Estamos en la cafetería». La cabeza le da vueltas; se apoya en el respaldo del banco de madera más cercano y se toma un par de pastillas. A pocos centímetros de ella hay un periódico, mojado por la lluvia y con la página de las esquelas aleteando, que alguien ha debido de olvidar allí. Sin saber muy bien por qué, se acerca y compara su edad con la de una de las fallecidas.

«Treinta y siete años —murmura—. Me queda poco tiempo.»

No logra despegar los ojos del papel arrugado.

Una lluvia fina empieza a caer sobre ella y, sin embargo, permanece inmóvil, tratando de vaciar su mente de todo cuanto la paraliza. Al cabo de un rato, en cuanto nota los primeros efectos de las anfetaminas, se acuerda de la reunión y enseguida camina a paso vivo hacia el hospital.

Greta la está esperando en la puerta de la cafetería, con su *rouge* de labios de Dior y una falda lápiz de color negro que se recoloca cada pocos pasos. Evitan mirarse a los ojos y apenas se dirigen la palabra, como si tuvieran miedo la una de la otra.

«¿Estás tratando de evitarme? —parece estar a punto de decirle Greta cada vez que la mira de soslayo con la mandíbula tensa—. Porque llevo horas enviándote correos y mensajes al teléfono.» Pero, en cambio, todo es civilizado entre ellas y lo único que dice es: «¿Todo bien?». Sin esperar respuesta, da media vuelta y se abre paso entre la multitud mientras la conduce hasta una de las mesas del fondo apartando de forma impetuosa a todo el mundo con la mano.

A mitad de camino vuelve la cabeza un instante para advertirle de que, además de la dircom del hospital, a última hora se han unido a la reunión dos de las pediatras que están tratando a «la niña de la pila»; según le explica, quieren asegurarse de que toda la información médica que se transmita a los medios sea «la más adecuada y veraz».

Al llegar a la mesa, Greta hace las presentaciones, pero ella apenas presta atención. Desde hace días, le cuesta retener los nombres.

—Disculpad el retraso —dice Lúa estrechándoles la mano—. El aparcamiento estaba imposible.

Se sienta con el bolso sobre el regazo y, cuando Greta le pregunta si quiere algo, le pide una botella de agua y un café solo, y después deja que vaya a buscarlo y se acuerda demasiado tarde de darle las gracias.

—Todavía sigo conmocionada —dice arremangándose la americana—. Nunca habría imaginado que una simple pila pudiera hacer tanto daño.

Las dos pediatras asienten con la cabeza casi a la vez.

—En efecto —dice una de ellas mientras se ajusta las gafas con montura de carey—. La mayoría de las ingestas de cuerpos extraños

en la infancia son inocuas, pero en estos casos las secuelas pueden ser fatales.

La dircom del Hospital 12 de Octubre apura su té y, después de limpiarse los labios con la servilleta de papel que tiene en la mano, dice:

—El daño se produce tan deprisa que cada minuto es crucial.

Lúa se remueve en su asiento tratando de mantenerse erguida. Tiene la lengua reseca y se le pega al paladar.

—¿Y cómo está la niña? —pregunta con un hilo de voz.

—Sigue en la UCI —dice la pediatra más joven—. Todavía hay que esperar para ver cómo evoluciona. Ayer le colocamos una sonda de alimentación para evitar riesgo de perforaciones.

—Pero no va a pasar nada, ¿verdad? —dice ella, y de inmediato se arrepiente de lo que acaba de decir.

La pediatra arquea las cejas y cruza las manos bajo la barbilla.

—El daño en las mucosas parece significativo —dice—. Y, en muchos casos, la gravedad de la quemadura puede seguir empeorando incluso después de que se haya retirado la pila.

—¿Durante cuánto tiempo? —insiste ella.

—Varios días, quizás semanas. Al haber lesión, es posible que sea necesario realizar una segunda endoscopia para valorar de nuevo el pronóstico.

Greta deja sobre la mesa el café solo y la botella de agua con un vaso de cristal mientras la dircom les explica que no es un caso aislado y que otros niños, la mayoría de ellos bebés, han estado hospitalizados en los últimos meses por el mismo motivo.

—Además de «la niña de la pila», como se empeñan en llamarla los periodistas —dice en tono áspero—, ahora mismo tenemos ingresada a otra pequeña que todavía no ha cumplido los dos años.

Lúa parpadea varias veces sin poder dar crédito a lo que escucha.

—¿Y cómo ocurrió? —pregunta—. En este caso, quiero decir.

—El padre de la niña estaba a punto de cambiar la pila del mando a distancia del garaje —le explica la pediatra—. Al parecer, recibió una llamada y la dejó encima de la mesa, junto al ordenador. Unos minutos más tarde, la niña empezó a llorar. Hacía intentos de vomitar y él se asustó, aunque en ese momento no sospechaba que fuera porque se había tragado la pila. Trató de calmarla, pero la niña no dejaba de llorar y su voz era cada vez más débil.

La otra pediatra se quita las gafas y se frota los párpados. Tiene bolsas bajo los ojos y el rostro fatigado.

—Cuando la trajeron a Urgencias y le hicimos una radiografía de tórax —añade—, al principio pensamos que se había tragado una moneda de diez céntimos. Pero las imágenes tienen un halo muy característico. Y después la niña comenzó a vomitar un líquido negro, ácido. Enseguida le practicamos una endoscopia de urgencia: tenía una pila de litio de veinte milímetros alojada en el esófago.

Según avanza el relato de los hechos, Lúa clava la mirada en el interior de su taza de café humeante y su cerebro se convierte en un carrusel de imágenes macabras. «Tejido necrosado.» «Estenosis.» «Toxicidad.» «Quemadura química.» Con las dos manos asiendo la porcelana, que casi arde, empieza a morderse el interior de las mejillas hasta producirse pequeñas llagas que enseguida comienzan a escocer. Apenas es capaz de seguir el hilo de la conversación ni de intercalar algún que otro comentario de vez en cuando.

Una mano de uñas nacaradas y dedos finos le pone delante de los ojos varias fotografías de mucosas y tejidos ennegrecidos.

—El tamaño de las pilas de litio más grandes hace que muchas veces se queden alojadas en el esófago, donde provocan graves quemaduras en menos de dos horas —dice la dircom del hospital.

—Pero todo depende de varios factores —explica la pediatra más joven—. La situación más grave es cuando se cumple la regla de los tres doses: niño menor de dos años, pila mayor de dos centímetros de diámetro y tiempo de ingesta de más de dos horas.

Greta coloca las manos sobre la mesa y se inclina hacia delante.

—Durante estos días hemos leído en la prensa que ha habido un aumento exponencial de los niños que las ingieren —dice.

—Exacto —dice la pediatra—. Apenas se habla sobre ello y, sin embargo, se escriben páginas y páginas sobre lactancia, percentiles, alergias o sillas de paseo.

—Cada vez hay más aparatos en los hogares que llevan este tipo de pilas: termómetros, audífonos, lámparas de lectura, incluso tarjetas de felicitación y cuentos y peluches con efectos de sonido —continúa la otra pediatra—. Y muchos compartimentos son fáciles de abrir para los niños.

Lúa da unos sorbos al café y después abre la botella de agua. Tiene el cuerpo empapado en sudor. Se pregunta quién o qué decide que una niña de cinco años se encuentre en la UCI debatiéndose entre la vida y la muerte mientras otra de la misma edad salta en los charcos de lluvia con su perro.

—¿Seguís recibiendo muchas consultas de padres? —continúa Greta.

—El problema es que los síntomas iniciales son inespecíficos: hipersalivación, vómitos o dolor de pecho o de abdomen —dice la pediatra más joven— y pueden confundirse con una gripe. Como casi nunca se presencia la ingestión de la pila, ante cualquier sospecha hay que acudir a Urgencias.

Al cabo de unos minutos, la conversación vuelve a derivar hacia las consecuencias más graves de ingerir una pila de botón. «Paresia y parálisis de cuerdas vocales.» «Ulceraciones necrótricas.»

«Mediastinitis.» «Fístulas arterioesofágicas y traqueoesofágicas.» Es entonces cuando Lúa, que lleva un rato sin hablar, se ahueca la camisa y, casi a la vez, dice algo en un tono de voz tan bajo que obliga a las demás a prestarle atención:

—Pero jamás podría sucederle algo así a la niña, ¿verdad?

Cuatro pares de ojos que no pestañean se posan sobre ella.

—Por desgracia, sucede a menudo —responde con calma la pediatra de las gafas de montura de carey—. Y muchos de los que sobreviven pueden sufrir discapacidad de por vida.

Lúa comienza a impacientarse y a lanzar breves vistazos hacia la puerta. Trata de pensar en algo apropiado que decir, pero solo asiente con la cabeza. Y aunque se obliga a permanecer quieta y tratar de pensar, después de un rato se levanta y, excusándose de forma atropellada, pide la cuenta. Ya tiene una agonía propia en la que concentrarse, y no está dispuesta a seguir escuchando ni un segundo más. Les agradece su tiempo a las dos pediatras y a la dircom del hospital y, con el móvil en la mano, se disculpa de nuevo y les dice que llega tarde a una reunión.

Greta la acompaña hasta la salida.

En cuanto cruzan la puerta, le pone la mano en el hombro y la mira con una acritud apenas disimulada.

—¿Puedes explicarme lo que acaba de pasar ahí dentro? —dice.

Lúa está a punto de pedir un taxi y tiene el móvil pegado al oído.

—¿Qué quieres decir? —le pregunta sin cortar la llamada.

—No te reconozco.

—Estoy aquí. ¿No es suficiente? —dice evitando establecer contacto visual.

Al otro lado del teléfono, una voz de mujer dice: «Bienvenido a Radio Teléfono Taxi. Su llamada puede ser grabada».

—Mira..., sé que es duro —dice Greta—, pero tal vez deberíamos estar preparadas por si pasa algo.

Lúa siente el calor que le sube por el pecho en oleadas.

—No va a pasar nada —murmura.

—Tú sabes que no va a pasar nada y yo sé que no va a pasar nada —dice Greta pronunciando despacio cada palabra—. Pero, quizás, deberíamos contemplar al menos esa pequeña posibilidad. Aunque solo sea para estar preparadas. Acabas de escuchar a las pediatras ahí dentro.

Un segundo después, una operadora atiende la llamada al otro lado de la línea.

—¿Podría enviarme un taxi, por favor?

Greta niega con la cabeza, estruja la botella de agua de plástico que tiene en la mano y la tira a la papelera.

—¿Acabas de pedir un taxi? —le pregunta con tono irritado.

—¿Ocurre algo? —responde Lúa.

—Pensaba que habías traído el coche.

—¿Qué estás diciendo?

—Antes has dicho que el aparcamiento *estaba imposible*, ¿recuerdas?

Sin pronunciar palabra, Lúa le sostiene la mirada y deja que el silencio se afiance entre ellas.

Si hay que decepcionar a alguien, piensa, cuanto antes mejor.

Mientras regresa a la agencia, a primera hora de la tarde, el teléfono suena en el bolso.

Alguien llama de la pastelería.

—Tenemos su encargo —dice una voz cortante—. Nadie vino a recogerlo.

Lúa cuelga sin decir nada.
Después, apaga el móvil.
Por primera vez en muchos años.

Casi nunca se pone enferma y jamás está en casa a las tres de la tarde de un viernes, pero lleva demasiado tiempo caminando hacia ninguna parte, con el pelo húmedo por la lluvia y las manos en los bolsillos, y ya no sabe qué hacer para llenar las horas.

Su intención es clara: darse una ducha rápida y, luego, intentar trabajar. Todavía es pronto, se dice. Además, Claude no volverá a casa hasta alrededor de las siete y media, después de recoger a Martín del entrenamiento, y Minerva ha salido para hacer algunas visitas y recados y volverá tarde.

Entra en el portal con las gafas de sol aún puestas y rezando para no encontrarse con ningún vecino. Pasa de largo y sin saludar al conserje, que está clasificando la correspondencia junto a los buzones, y cruza deprisa en dirección a la escalera para evitar que se adelante a llamar al ascensor por ella.

Sube los peldaños de dos en dos y, en el rellano de la segunda planta, se detiene a coger aire. En alguna parte, alguien pone la mesa. Murmullo de voces. La radio encendida. Un olor especiado a guiso de carne. La vida sigue, piensa, con su ligereza de siempre y todos sus olores, ruidos y trajines cotidianos.

Continúa hasta la tercera planta, ensimismada en sus pensamientos y cargada con una bolsa llena de periódicos. Los tiene todos, incluso los gratuitos, y los ha revisado varias veces, página a página. Y no hay nada. Ni siquiera en el diario que publicó el día anterior la noticia sobre el accidente. «¿Cómo es posible?», se pregunta. Pero todo lo absorbe la crisis de Mr. Velvet y las pilas de

botón, como en su día lo hicieron la gripe aviar o la enfermedad de las vacas locas.

Debería sentir alivio por la falta de noticias y, sin embargo, el miedo no desaparece y a menudo le impide respirar.

La bolsa se le resbala de las manos y cae al suelo cuando, al tratar de encajar la llave en la cerradura, suena el teléfono. Es Claude. En ese momento se da cuenta de que, hace al menos un par de horas, él le ha enviado un mensaje al que todavía no ha respondido: «Anoche no fue nuestra mejor versión. No dejemos que arruine la semana. Esta noche toca el cuarteto de jazz que te gusta. Nueve y media en el Café Central. Mesa reservada. Solo nosotros».

Pero no quiere hablar con él; solo puede pensar en las discusiones, y también en todo el trabajo que lleva casi dos días sin hacer. Es posible que él quiera limar asperezas, pero no es el mejor momento.

Sin embargo, en cuanto recoge los periódicos del suelo y entra en casa, el teléfono vuelve a sonar. Es Claude de nuevo. Insiste en el concierto y la cena con ese tono nasal que siempre le parece tan seguro y seductor y que, en cambio, ahora le resulta irritante. Le contesta con monosílabos y frases cada vez más secas, como: «Tengo mucho lío». «Mejor en otra ocasión.» O: «Acabo de decírtelo, estoy hasta arriba de trabajo».

—Está bien, no quiero presionarte —dice Claude con voz neutra—. Podemos ir a cenar cuando vuelvas.

—¿Volver de dónde? —responde ella con desconcierto.

—Mañana es sábado, ¿recuerdas?

—¿Y qué se supone que tengo que recordar?

—¿No ibas este fin de semana a Cannes?

Lúa siente de pronto una nube negra que se cierne sobre su cabeza.

El premio, piensa. Cómo ha podido olvidarlo.

—¿Ocurre algo? —dice Claude.

Y, después de un silencio más largo del habitual, añade:

—Te vendría bien desconectar un poco, ¿no crees?

Lúa frunce los labios y, por un momento, está a punto de decirle algo como: «Casi acabo de terminar una propuesta para un contrato de más de dos millones de euros que me ha dejado exhausta». Y también: «Tengo una crisis monumental en la agencia y varias campañas aún sin entregar, además de un montón de presentaciones y entrevistas pendientes, por no hablar de toda la logística del viaje y el discurso del maldito premio, del que ni siquiera me acordaba».

Pero no tiene fuerzas para discutir. Y, para que él no siga insistiendo, lo único que se le ocurre decir es:

—En realidad, voy a ver al doctor Nadal. Esta tarde.

—¿En serio? —dice Claude.

—Le llamé ayer y hemos quedado a las cinco.

—Pero eso es... fantástico —responde él.

—Sí —dice ella tratando de contener el temblor de sus labios.

Cruza los dedos y se promete a sí misma que será la última vez que le mienta.

No tiene ninguna cita médica. Y la última vez que habló con el doctor Nadal para tratar su insomnio fue hace algo más de un año.

—Muy pronto el viento se nos pondrá de cara —añade Claude—. Es solo una mala racha, ya verás.

—Estoy segura.

—Oye, ¿y qué hay de...?

—Hablamos luego, ¿de acuerdo? Tengo una llamada importante en espera.

En cuanto cuelga se deja caer sobre el sofá de piel y, durante un rato, lo único que escucha es el sonido de su propia saliva al ser tragada por la garganta.

Piensa en su hijo y en qué hacer a continuación.

Trata de ordenar en su cabeza los asuntos de la agencia más importantes y urgentes. Pero, aunque se esfuerza, siente un bloqueo mental y no es capaz de priorizar tareas. Se levanta, camina hasta el mueble bar y, aunque jamás bebe sola, se sirve un whisky sin hielo y se lo toma casi de un solo trago. El líquido le abrasa la garganta y, de golpe, le llena la cabeza de imágenes que creía enterradas. Su padre en el salón con ojos vidriosos y una botella en la mano. Está tan cerca que incluso parece real. Se tambalea y se ríe solo. Luego tira una silla sin querer y el cristal estalla contra el suelo mientras ella lo observa, en silencio, desde un rincón de la cocina. Siente el frío y el olor a alcohol impregnándolo todo, la vergüenza y el miedo intactos.

Se levanta y camina en círculos por el salón, no puede quedarse quieta.

Piensa: «¿Me volveré igual que ellos?».

Y también: «Si me permito beber, ¿acabaré siendo esa persona rota, atrapada, incapaz de detenerse?».

Cuando logra calmarse, da unos pasos por el salón y empieza a ordenar las revistas, periódicos y cartas que están sobre la mesa. Los mueve, los hojea, los apila. Apenas los mira. Solo pasa las hojas en un intento de alejar los pensamientos que se le enredan en la cabeza. Coge uno de los sobres, con el membrete del INSEAD, y después lo abre, aunque tarda en darse cuenta de que la carta es, en realidad, para Claude. Mira el expediente y siente un ligero vértigo: hay varias asignaturas suspendidas. Durante todo ese tiempo, él nunca se lo había mencionado. Se pregunta por qué llega

la carta ahora, pero no quiere tener que pensar en ello. Ya tiene suficientes problemas, y lo más seguro es que se trate de algún error administrativo.

Guarda la carta al fondo de un cajón y se sienta de nuevo.

Aplaza un par de videollamadas y escribe varios correos electrónicos con el portátil sobre las rodillas. Se los envía a los directores de cuentas de la agencia, incluida Greta, y también a determinados clientes estratégicos, entre ellos Ryan Corbin.

El mensaje es el mismo para todos: se disculpa por no haber estado disponible y les explica que estuvo con fuertes dolores lumbares por un cólico nefrítico. Pero está medicada y retomará sus compromisos en las próximas horas.

Sin releer el mensaje, hace clic en ENVIAR.

Luego abre un documento de Word para apuntar algunas ideas sobre el premio, pero cinco minutos más tarde sigue con la vista fija en el cursor, incapaz de hilar dos pensamientos seguidos.

Poco a poco, la bandeja de entrada comienza a llenarse de mensajes con deseos de pronta recuperación.

Ninguno de ellos es de Greta.

Cierra el documento sin haber escrito una sola línea, deja el portátil sobre la mesa y se acurruca en una esquina del sofá con las manos como almohada. Durante un rato se queda mirando el televisor sin sonido. Tiene la sensación de tener una carga pesada detrás de los ojos por la falta de sueño y, poco a poco, se va quedando dormida. Alrededor de treinta minutos más tarde, abre los ojos de golpe y siente una punzada de angustia en el vientre al recordar todo lo que ha pasado y todo lo que podría pasarle.

Se incorpora deprisa y empieza a desabotonarse la camisa de camino al baño. Solo quiere darse una ducha rápida para despejarse y seguir trabajando. Y, cuando se mete debajo del agua caliente,

deja de notar la tensión en cada músculo de su cuerpo mientras el baño se llena de vapor.

Cierra los ojos y, durante varios minutos, se olvida incluso de dónde está.

Pero, enseguida, escucha el rumor de la corriente que se arremolina en el desagüe.

Un chorro de agua en la cara y la imaginación se le desboca.

Limpiaparabrisas, ráfagas de lluvia, neumáticos que chirrían.

Con las yemas de los dedos arrugadas, sale de la ducha y se pone los vaqueros y el primer sujetador que encuentra en el cajón de la cómoda. Una imagen oscura le cruza de nuevo por la mente. Necesita hacer algo para mantener la cabeza fría, piensa, y no tener que recordar cada segundo lo que ha ocurrido.

Coge una camiseta, que luego deja olvidada encima de la cama.

Entra descalza en la habitación de Martín y recoge del suelo la bufanda del Paris Saint-Germain, un rotulador rojo, algunos cuentos y juguetes, el jersey del uniforme escolar, con una manga del revés. Coloca la ropa en el armario, los juguetes en el baúl de madera y los libros en el estante inferior, junto a la larga hilera de cómics de Tintín. Lo pone todo en su lugar, como si fuera algo habitual en ella, mientras siente cómo crece la agitación en su interior.

Da vueltas sobre sí misma y se pasa la mano por el pelo con impaciencia.

Necesita salir de allí cuanto antes, dejar esa casa que ya no es la suya: un piso antiguo de seis habitaciones y techos altos que Claude y ella compraron hace casi doce años, y que están a punto de venderle a un fondo de inversión para que lo divida en media docena de apartamentos turísticos.

Apoya la espalda en la pared y piensa en la infinidad de secretos que esconde la casa y que nadie imaginaría nunca: interruptores que

no funcionan, persianas torcidas, cables que no llevan a ninguna parte, el techo desconchado en una esquina, humedades y huecos ocultos en las paredes. Sin embargo, en poco más de dos semanas, vivirá en una casa nueva y llena de luz. Con verjas altas y sin historia.

Las tablas del suelo crujen de repente y, cuando levanta la vista, Claude aparece al otro lado de la puerta. La mira sonriendo y da unos pasos hacia ella, los zapatos tan relucientes como si acabara de sacarles brillo. Le dice que ha avisado a Minerva para que recogiera a Martín después del entrenamiento y, luego, se acerca despacio y la abraza, introduciendo las manos bajo la cintura holgada de sus vaqueros. De forma inconsciente, Lúa trata de apartarle, se lleva las manos al pecho y se da cuenta de que no lleva camiseta.

Claude le pregunta cómo va todo en el trabajo y ella responde con evasivas. Le dice que está orgulloso de que haya vuelto a ver al doctor Nadal. Enseguida le agarra la cara con las dos manos, inclinándose sobre ella, y la besa con suavidad en la frente, y luego en el pelo, los ojos, la nariz, la boca y otra vez en los ojos.

«Mon chaton», le susurra al oído.

Y también: «Ma déesse».

Hacía tanto tiempo que no se lo decía.

La atrae hacia sí y sigue besándola y acariciándole el pelo.

Ella siente su erección presionándole los pantalones. Quiere decirle: «Déjame. Estate quieto». Pero de sus labios no sale una sola palabra. Cierra los ojos muy fuerte, hasta que todo se vuelve negro. Permite que la lleve al dormitorio y se deja hacer, sin fuerzas para rechazarlo.

Piensa en su hijo, en los mocasines de Gucci que olvidó en el último hotel y en la inminencia de lo que podría estar a punto de ocurrirle.

Y después todo desaparece y ya no piensa nada.

18

Nada más escuchar el golpe, se asoma a la puerta del salón y se queda mirando las ruedas del coche rojo que Martín acaba de estrellar contra la mesa de caoba: dan vueltas y vueltas, suspendidas en el aire, como si nunca fueran a dejar de girar.

Debería decirle algo como: «¿Es que no puedes tener más cuidado?». O incluso: «¡Si es que no paras!». Pero le cuesta despegar los ojos de las ruedas y permanece en silencio.

Tampoco ella puede dejar de correr, piensa.

Tiene la prisa inoculada en cada célula de su cuerpo. Siempre acelerada, siempre ansiosa, siempre nerviosa por algo. Salta de un libro a otro con ritmo frenético, como si no pudiera permitirse no estar al día de las últimas novedades. Apenas duerme, escribe mensajes resumidos, aprieta varias veces el botón del ascensor, no soporta las salas de espera y acaba de cambiar el portátil por otro modelo que se enciende más rápido.

Nunca ha llegado a tiempo para el baño de Martín, piensa.

Ni una sola vez.

Desayuna de pie en la cocina con una taza entre las manos que dice: POCO LOCAS ESTAMOS y se pasa la vida luchando contra las horas, que siempre parecen a punto de desbordarse. Se desespera y toca el claxon si el coche de delante se retrasa en un semáforo; cambia de cola en el supermercado, enciende el móvil en cuanto el avión

aterriza y se levanta del asiento mucho antes de que el tren se detenga en la estación.

—¿Cuándo vamos a poner el árbol, mami?

Pero ella no responde, absorta en sus pensamientos, mientras las ruedas del coche siguen girando a toda prisa, viajando hacia ninguna parte, corriendo y corriendo como si nunca nunca se fueran a parar.

Cada mañana se repite que tiene que correr el doble de rápido para no quedarse atrás. Lleva años levantándose a las cuatro y media de la madrugada con la sensación crónica de que le falta tiempo. Escribe listas de tareas y descarga aplicaciones para gestionarlas; come un sándwich de pepino, galletas saladas o algún vaso de sopa instantánea delante del ordenador; conoce de memoria los atajos del teclado, y, a menudo, pierde la paciencia y termina la frase de la persona con la que está hablando porque no soporta que tarde ni un segundo más de lo necesario en expresarse.

—Mami...

Su mente nunca descansa, aunque esté agotada. Recordatorios, citas, objetivos y KPI, llamadas perdidas, propuestas, informes, nuevos proyectos. Tiene grabado a fuego ser la mejor versión de sí misma a cada paso, seguir siempre adelante, subir más arriba, llegar más alto. Cena un día en una punta de la ciudad y, al día siguiente, en la otra. Después de una reunión con clientes en un hotel de cinco estrellas del centro de Madrid toma un vuelo a Berlín, Abu Dabi, Buenos Aires o Johannesburgo para asistir a algún congreso o dar una charla en cualquier escuela de negocios del mundo. Hoteles, aeropuertos, taxis, estaciones, cientos de horas estériles y vacías. Estrechando la mano a más de cien personas en una sola mañana; haciendo y deshaciendo maletas; repitiendo y escuchando las

mismas historias sin un instante para ella misma, ni tiempo para estar tranquila, ni para pensar ni para poder dormir.

Parpadea varias veces y al cabo de un instante dice:

—Perdona, ¿qué decías, cariño?

Mira a su hijo, que está de espaldas a ella y no le contesta. Tiene el pijama de dinosaurios puesto y mueve los labios haciendo «brum, brum» mientras arrastra de nuevo el coche rojo sobre la alfombra.

Un aguijonazo de vergüenza le sacude el vientre al recordar de pronto la frase que él le dijo, unos días atrás, cuando iban juntos, de camino a la farmacia:

—¡Mamá, espera!

Sin darse cuenta, llevaba un rato caminando tan rápido que él iba casi corriendo para seguir a su lado.

—¿Dónde tienes la cabeza, Lúa? No me estás escuchando.

Claude gira la pantalla del portátil hacia ella para mostrarle los planos en tres dimensiones que acaba de enviarle Bastian, el arquitecto.

—Si eliminamos la pared de la entrada, el salón quedaría mucho más abierto y luminoso. ¿Cómo no lo hemos pensado antes?

Asiéndola por el codo, la invita a sentarse en una de las sillas tapizadas en terciopelo del comedor. Él se queda de pie, inclinado tras ella, y murmura: «C'est fantastique» mientras abre varios archivos de su correo electrónico llenos de infografías a todo color.

—Aún estamos a tiempo —añade con una sonrisa en los labios—. La obra es sencilla. Y, desde luego, cuando vivamos allí será todo mucho más complicado.

Ella apenas le presta atención, demasiado ocupada con sus propios asuntos como para sentir la más mínima curiosidad por

nada. Tan solo mira por encima los archivos de Excel con los presupuestos que Claude ni siquiera se molestará en revisar. Le gustaría decirle: «Hay una regla de oro en las reformas, y es que deberías haber cerrado el precio y el proyecto de ejecución antes de empezar la obra». Desde que contrató a Bastian, piensa, todo han sido cambios de última hora, precios contradictorios y partidas modificadas. Al principio les dijo que la reforma estaría lista en un mes, pero un mes se convirtió rápidamente en tres. Después en seis. «En noviembre sin falta», les aseguró hace apenas unas semanas, y ahora están pensando en hacer la mudanza en cuanto pase la Navidad, justo después de las fiestas.

Sin embargo, no quiere discutir, y por eso finge que no le desagrada en absoluto la idea de tirar abajo la pared del recibidor, aunque suponga sacrificar la única separación posible entre la parte privada y la pública de la casa.

Mira hacia el reloj de bronce que está encima de la chimenea: son más de las nueve, todavía no han cenado y empieza a hacerse tarde para trabajar. Aun así, deja que Claude le hable sobre domótica, permisos de obra, sistemas de riego automático, luminarias, papeles pintados. Todo enredándose en un torbellino de imágenes y ruido de fondo que le enturbian la cabeza y el estómago.

—¿Qué opinas, *chérie*? ¿Te gusta la idea? —le pregunta él con ojos chispeantes.

Y ella contesta sin dudar:

—Sí, claro que sí.

Claude la besa en la sien, complacido por apuntarse una victoria después de todas las discusiones previas que tuvieron respecto a la posibilidad de abrir la cocina por completo al salón, como quería él, o mantener ambas estancias independientes, como sugería ella. Tras semanas de desavenencias, fue Bastian quien propuso la solución

intermedia de separar ambos espacios con cerramientos de cristal y acero, que los dos terminaron aceptando.

—¿Y qué te parecen las paredes de la entrada paneladas en roble? ¿O prefieres papel pintado?

Lúa deja caer la cabeza con un suspiro.

«Me voy a acostar», le gustaría decirle después de quince minutos dando vueltas sobre lo mismo.

Pero los labios de él no dejan de moverse y enlazar unas frases con otras. Plazos, medidas, materiales, colores, texturas. Lo menciona todo muy deprisa, una y otra vez. Todo menos las tablas de Excel y los gastos imprevistos.

Martín se levanta de la alfombra, con la rampa y varias piezas del circuito en la mano, y tira del brazo de su padre.

—¿Me ayudas a montarlo? —le pregunta—. Es que no encaja.

—Espera un momento, cariño —le responde Claude sin mirarle.

—¿Y por qué no ahora? —insiste Martín con voz lastimera.

Claude se vuelve de nuevo hacia Lúa y le dice:

—¿Seguimos adelante entonces?

Ella asiente con la cabeza y repite:

—Sí, claro que sí.

Luego piensa en el accidente y hace amago de levantarse mientras una ola negra la recorre por dentro.

—¿Me ayudas ya? —insiste Martín alargando la última sílaba.

Claude extiende el brazo hacia Lúa, impidiéndole el paso, y vuelve a preguntarle sobre la fecha definitiva para cerrar la venta del piso, que ya han aplazado en dos ocasiones. Ella evita cruzar la mirada con él y después responde, aunque de forma poco audible:

—Estoy muy liada.

Claude la observa con gesto contrariado.

—¿Qué has dicho? —le pregunta.

—Ya veremos —zanja ella.

Las ruedas del coche rojo de Martín zumban por la tarima. Luego se levanta y lo mueve por encima de las cajas apiladas en la pared, y desde allí lo arrastra por el borde del piano y del equipo de alta fidelidad.

—Brum, brum —repite en voz alta.

Claude se gira hacia él y arruga la frente.

—¿Es que no puedes jugar sin hacer tanto ruido? —le dice.

Después fija en ella la mirada de esa forma que tanto la irrita.

—Fue idea tuya —dice Claude—. Fuiste tú la que querías mudarte a toda prisa antes de las vacaciones.

Lúa niega con la cabeza sin levantarla. Trata de contar hasta diez antes de responder. Si muerde el anzuelo ahora, él seguirá provocándola hasta que acaben enzarzados en otra discusión interminable.

Martín se sienta en el brazo del sofá. Repite varias veces «Papou» con voz monótona, y, ante la falta de respuesta, enciende el televisor. Tiene el mando a distancia en una mano y los pies le cuelgan por encima de la alfombra. El volumen está demasiado alto.

Una voz dice: «Solo hay dos clases de personas. Las que van a alguna parte y las que no van a ninguna».

Claude se gira y reprende a Martín por segunda vez:

—¿Cuántas veces tengo que decirte que...?

Antes de que pueda terminar la frase, Martín arroja el mando a distancia sobre el sofá. Después mira a Claude y se cruza de brazos con expresión furiosa.

—¡Nunca me dejas hacer nada! —grita.

Se tira al suelo de rodillas y vuelve a arrastrar el coche, haciendo chirriar las ruedas por las tablas de la tarima.

—¿Puedes parar de una vez? —le dice Claude.

Martín le mira de reojo y arroja el coche con estrépito contra la pata del piano.

Claude guarda un silencio cauteloso y, luego, camina con paso firme hacia él.

—Se acabó —dice entre dientes—. Todo tiene un límite.

Le agarra de la camiseta, zarandeándole, y después le empuja por la espalda y le obliga a sentarse en el sofá.

Lúa se pone en pie y se pasa la mano varias veces por el pelo.

Mira a Martín, con sus enormes ojos negros a punto de romper a llorar, y descubre en ellos su propia cara.

Claude resopla por la nariz.

—Es así como arañaste el piano, ¿verdad? —dice.

Martín baja la mirada con los ojos húmedos.

—¿Has estado jugando con el coche encima del piano? —insiste Claude.

—¡Yo-no-lo-hice!

—¿Lo hiciste o no lo hiciste?

Martín niega con la cabeza sin levantar la vista de la alfombra.

—¿Sí o no?

—Pero no lo hice aposta —responde Martín en voz baja al cabo de unos segundos.

—Eso no es excusa.

—¡Fue sin querer!

Lúa siente la sangre subiéndole a la cara y trata de mediar entre ellos. Piensa en el tipo de frases que se supone que debería decir, pero todos los tópicos que se le ocurren se le deshacen en la lengua como papel mojado.

—Eso no se parece en nada a lo que me contaste anoche, *petit menteur* —continúa Claude.

Martín permanece callado y con la barbilla temblorosa.

—¿No tienes nada más que decir?

Él sigue sin responder.

—¡Sabes que no me gusta que me mientas! —grita Claude.

Lúa da unos pasos hacia el sofá y, con dedos temblorosos, le pone la mano en el hombro a su marido.

—Cálmate, ¿quieres? —dice—. No puedes estar siempre encima de él. Solo estaba jugando.

Sin apenas mirarla, él vuelve a la carga. Dice: «Una mentira va pisándole siempre los talones a otra». Y también: «Si hubieras dicho la verdad desde el principio, ahora no haría falta que recordases nada».

Martín se sorbe los mocos, los ojos llenos de desesperación.

—Déjalo estar, por favor —insiste Lúa con un nudo que le atora la garganta—. No ha sido más que un arañazo.

Al cabo de un rato, Martín se tumba en la alfombra boca abajo. Y, en la otra punta del salón, Claude revisa palmo a palmo la superficie del piano. Lúa siente la enredadera negra del estómago al recordar que, cuando eran más jóvenes, él le hablaba a menudo de cómo se levantaba al amanecer y se sentaba al piano durante horas, componiendo y practicando escalas y piezas que aún no entendía del todo como si el tiempo no existiera. Pero, según iba cumpliendo años, su padre acabó convenciéndolo de que era una pérdida de tiempo. La música no daba de comer, decía. Y también que ya no era un niño, tenía responsabilidades, y el apellido y la empresa familiar necesitaban continuidad. No quería un hijo bohemio ni que la música lo distrajera de lo único que importaba: dinero, poder, reputación.

Lúa parpadea varias veces, volviendo en sí cuando escucha la voz de Minerva desde el umbral de la puerta avisándolos de que la cena está lista. En cuanto se marcha, Hércules entra en el salón; se

acurruca en el regazo de Martín y le lame las lágrimas que se precipitan por sus mejillas. Poco a poco, todo adquiere un matiz de irrealidad y los tres permanecen en silencio, aislados en sus propios universos y sin nada que decirse.

Cuando al fin se mete en la cama, está demasiado cansada para dormirse. Da vueltas y vueltas entre las sábanas, con los pies fríos y la sensación de estar lejos de todo, hasta que siente que no puede más y se levanta y camina descalza hasta el baño.

Enciende la luz y se mira en el espejo.

Se ve tan pálida como si acabara de salir de una pesadilla, y parece mucho más vulnerable y más niña.

Se acuerda de nuevo de sus padres y, casi a la vez, apoya una mano en el lavabo y siente cómo se desgaja por dentro. Cuando cerró la fábrica y lo despidieron, él dijo que no importaba, que ya encontraría algo mejor. La primera copa fue para celebrarlo, recuerda. Pero luego vinieron muchas más. A menudo, su madre lo acompañaba. Y se reían demasiado fuerte y las luces de toda la casa permanecían encendidas hasta casi el amanecer.

Lúa cierra los ojos y, poco a poco, se hunde en ese dolor que le desasosiega por dentro mientras vuelven a su memoria los silencios incómodos y los gritos, los estallidos repentinos de llanto, el aliento a vino y a tabaco negro, los platos sucios en la cocina, el frío, los malos presagios. Se acuerda de todas las veces que se levantaba en mitad de la noche para buscar en el diccionario todas esas palabras que se gritaban sus padres y que para ella eran aún desconocidas.

Recuerda los golpes del reloj de péndulo marcando cada segundo.

Los vasos brillando sobre la mesa.

El olor dulce y espeso, como a fruta podrida, metido en la ropa.

Y, sin embargo, por primera vez, siente que sus padres querían lo mejor para ella, incluso aunque nunca supieran cómo hacerlo de la manera correcta.

Se moja la cara con agua fría y, al cabo de unos minutos, se toma un vodka con un puñado de somníferos y regresa al dormitorio.

19

El timbre del teléfono no para de sonar. Tres, cuatro veces. Despierta y se incorpora de golpe en la cama. Las sábanas húmedas, el cerebro acorchado. Claude no está. Tantea con los dedos sobre la mesita de noche en busca de la pantalla, que vibra y se ilumina en la oscuridad, a pocos centímetros de ella.

—¿Piensas dormir todo el día? —dice Greta al otro lado de la línea.

Su tono de voz es demasiado alto, piensa, y además suena irritante.

Parpadea varias veces y se separa unos centímetros el móvil del oído.

—¿Qué hora es? —pregunta en voz baja.

—Casi las siete. Te espero dentro de cuarenta y cinco minutos en la T4. El vuelo sale a las nueve y media.

—¿Qué?

—¿No has visto mis mensajes?

Lúa intenta tragar saliva y se frota la frente. Nota la boca seca y pastosa por el vodka y las pastillas de la noche anterior. No quiere levantarse ni tener que pensar. Y, sin previo aviso, le viene a la cabeza el accidente, como una espada de Damocles pendiendo sobre ella. Y luego, como en tromba, llegan a su mente flashes del premio y de «la niña de la pila»; y también de Martín y de Claude, y de la mudanza y la casa revuelta, y de todo lo que le espera en Cannes en apenas unas horas.

Cierra los ojos y siente la piedra que le pesa en el estómago.

—Nos jugamos mucho, y esta vez no pienso quedarme de brazos cruzados —dice Greta con determinación—. No puedo seguir cargando con todo esto sola, así que métete debajo de la ducha. Y coge un paraguas. Está lloviendo a mares.

Lúa carraspea y deja pasar varios segundos antes de decir algo de lo que pueda arrepentirse.

—Mira..., es un mal día —responde al fin con un hilo de voz—. Y todavía sigo sin encontrarme bien.

Después de un silencio más largo de lo habitual, escucha a Greta coger aire, que resuena al exhalarlo por la nariz.

—¿Sabes cuál es el problema con las excusas? —dice—. El problema es que se vuelven difíciles de creer después de haberlas usado varias veces seguidas. ¿Te suena la frase? ¿Cuántas veces me la habrás repetido, incluso después de morir mi padre? ¿Y qué te parece esta otra?: «Todo es mucho más fácil cuando dejas de lloriquear y de quejarte por tus problemas y comienzas a encontrar soluciones». ¿O tal vez prefieres...?

—¿Puedes parar?

—También tengo otra muy elocuente: «Haz lo que sabes, pero más rápido». Y mi favorita...

—¡Ya basta! —dice Lúa marcando cada sílaba con voz severa.

Se sienta en el borde de la cama con los puños apretados. Puede entender el resentimiento de Greta, sobrecargada de responsabilidades y sin ninguna ayuda en el que, quizás, sea el momento más complicado que han vivido juntas en la agencia. También es evidente que su amistad, que parecía indestructible, se ha resquebrajado hasta casi romperse por completo en los últimos años. Pero eso no justifica, en ningún caso, su causticidad y su mala

sangre. Lleva días excediéndose en sus comentarios, y esta vez no debería tolerarlo.

Sin embargo, lo único que quiere en realidad es no hacer nada, ver pasar el tiempo y no ir a ningún sitio. Solo eso. Se queda callada y tan solo acierta a preguntarse qué ocurriría si, a pesar de todo, le confesara a Greta que, hace apenas unas horas —cincuenta y nueve horas y doce minutos, para ser exactos—, atropelló a una mujer y después se dio a la fuga como una maldita cobarde.

Está segura de que, si le contara la verdad, ella encontraría la forma de no oírla o, tal vez, de simular que no había dicho nada. Y, a pesar de ello, se incorpora hacia delante y, casi sin darse cuenta, se sorprende al oírse decir:

—Tengo que contarte algo.

Después, una pausa tratando de controlarse la voz.

—Aterrizaremos en el aeropuerto de Niza justo antes del mediodía. El vuelo dura alrededor de dos horas y veinte minutos, y enseguida...

—Debería habértelo dicho hace un par de días, cuando sucedió lo de la niña.

—... un *transfer* nos recogerá en el aeropuerto y, en poco más de media hora, estaremos en Cannes. Te he enviado una presentación sobre Ernest Shackleton; solo tienes que revisarla y, si lo ves oportuno, preparar unas palabras de agradecimiento para...

—¿Puedo hablar un minuto?

—No creo que sea el momento, Lúa.

Ella nota un nudo en el pecho.

—¿Qué pensarías si te dijera que...? —empieza a decir.

—¡Espera, espera...! Mejor vamos a dejarlo a estar, ¿de acuerdo? —dice Greta alzando la voz—. Sea lo que sea, no me interesa. No es el momento de buscar excusas, ¿me oyes? Tienes que cambiar el

foco, o de lo contrario te paralizará por completo. Haz problemas matemáticos, sal a correr, consigue un terapeuta o colorea mandalas, cualquier cosa.

Lúa suspira y se frota la frente.

—La regla de oro es «no pensar», ¿recuerdas? No hay tiempo para dramas. Solo deja que todo funcione en modo automático y, como te encargas de recordarme casi a cada segundo, «jamás cometas el error de volver la vista atrás». Para que no te conviertas en una estatua de sal como le ocurrió a la mujer de Lot.

—Siento no haber estado a la altura estos días, pero...

—Ah, estupendo. ¡Lo que me faltaba por oír! Ahora dices que lo sientes. Y una mierda. ¿De verdad lo sientes? ¿Y ni siquiera te has dignado a...?

—¿Puedes callarte de una maldita vez?

—En un cuarto de hora tienes un taxi esperándote en la puerta —responde Greta un segundo antes de colgar.

Lúa deja caer el teléfono entre las sábanas y una sensación opresiva se apodera de ella. Deja pasar unos segundos y, luego, llena de aire los pulmones y cuenta despacio hacia atrás a partir del diez.

Con cada número imagina que sale de su cuerpo y se aleja un paso más.

No sabe qué hacer.

En realidad, sigue sin poder digerir lo que ha pasado. No puede creer que ya esté hecho y que no pueda volver atrás. No deja de pensar en cómo es posible que le haya sucedido algo así a ella, que lo tiene todo siempre bajo control y jamás deja nada al azar; que realiza inversiones de bajo riesgo y tiene varios planes de pensiones y un seguro médico con todas las coberturas; que retrasó la

maternidad y firmó un acuerdo prematrimonial después de seis años de convivencia con Claude.

Pero la cuestión ahora, piensa, no consiste en preguntarse «¿por qué seguir?» ni «¿por qué no seguir?», sino «¿cómo demonios seguir adelante?».

Abre el cajón, coge un blíster lleno de pastillas azules y se traga un Valium con un sorbo de agua. De forma consciente, y con esfuerzo, se obliga a moverse.

Nada de «Dios mío, ¿por qué a mí?». Ni mucho menos: «Estoy acabada», se dice.

Daría lo que fuera porque nada hubiera sucedido, por tener una vida normal en la que lo peor que pudiera pasar fuera que Martín derramara un vaso de leche durante la cena o tener que batallar con las pequeñas confusiones de un día cualquiera: el teléfono que suena demasiado, un traje perdido en la tintorería, una cuenta que se cae o incluso el despido de algún creativo que ha tomado una decisión errónea sin consultarle antes.

Cierra los ojos y pone todas sus energías en adoptar la perspectiva del helicóptero, una técnica habitual que emplea a menudo cuando está sentada frente a adversarios durante alguna negociación. Por un momento se evade de todo y se sube a un helicóptero imaginario con visión panorámica. Observa la escena a distancia y se pregunta cómo puede resolver el problema sin desgastarse en asuntos secundarios.

Enseguida se levanta de la cama y da unos pasos en círculo por la alfombra. Está convencida de que puede vivir la situación como un drama, o también puede vivirla como un desafío que hay que superar, aunque ya no sepa ni qué hacer con la montaña de mentiras que se acumulan en su interior.

Dejará que pase el día, se repite, y seguro que mañana por la mañana tendrá las ideas más claras. A fin de cuentas, todo se puede eludir siempre de algún modo. Y la mentira, como decía Cioran en una de las frases que tiene anotada en el cuaderno rojo, no es más que una forma de talento. Tan solo necesita recurrir al viejo truco de la amnesia selectiva para amortiguar el dolor, con drogas y alcohol que la mantengan viva para ciertas cosas y muerta para otras; y también con cafeína y algo de comida, casi siempre muy poca, para engañar al estómago y aturdir los sentidos.

De camino al baño, piensa en Claude y en Martín y decide hacer todo lo posible por simular las emociones que se supone que debería sentir por la Navidad y las reformas y los mil y un detalles pendientes de la casa nueva. También en el trabajo, les hará creer a todos su gratitud por el premio que están a punto de entregarle en pocas horas; el mayor reconocimiento, les dirá, con el que jamás podría haber soñado.

Aprieta la mandíbula y se promete no dejar entrever a nadie, ni en lo más mínimo, cómo se siente, y ocultárselo a sí misma si fuera necesario, hasta que todo se solucione. Ya ha habido demasiada tristeza en su vida, piensa, incluso más si cabe de lo que nunca habría podido imaginar. Hará cuanto esté en su mano por no añadir ni un ápice más de amargura y para que Martín la recuerde con una sonrisa el día en que ella no esté.

Se desnuda en el baño para darse una ducha rápida con la sensación de haberse convertido en figurante de una película sin pies ni cabeza. Un par de minutos más tarde, se viste con la ropa del día anterior y enseguida revuelve entre los papeles de la cómoda. Hércules se recuesta a su lado y le deja un viejo ratón de peluche, su posesión más preciada, junto a los mocasines de piel. Sin prestarle apenas atención, ella mete deprisa algunas prendas en una

maleta mientras termina de escuchar los últimos mensajes del móvil y lee un par de correos cuyo inglés se le hace difícil de entender.

Guarda en el bolso el cuaderno rojo, lleno de citas canceladas, y después aparta a Hércules de su camino y cierra la puerta tras de sí.

«No hay tiempo que perder», piensa.

20

Entra deprisa, enfundada en un abrigo de cuero negro reluciente de lluvia. Sus pasos son amplios y firmes. Decididos. Pero, cuando trata de registrarse en el hotel, no se acuerda ni siquiera de su nombre. Vuelve la cabeza un instante hacia las cristaleras de la entrada: no sabría decir si la lluvia acaba de empezar o si llueve desde que aterrizaron en Niza, hace algo más de una hora.

—Bienvenida al Carlton Cannes, señora Cruz —le dice el recepcionista desde el otro lado del mostrador.

Lúa observa la sonrisa.

Deslumbrante, sin mácula.

«La más falsa de las sonrisas», piensa.

Aparta los ojos y, mientras él teclea en el ordenador, se gira hacia el *lobby*. Numerosos grupos de anunciantes y publicistas organizan pequeñas charlas, inmersos aún en el bullicio del viaje. Un corrillo comenta la edición extraordinaria —«de leyenda», dicen algunos—, que, por primera vez en la historia del festival, se celebra en diciembre para conmemorar el sexagésimo aniversario de Cannes Lions. Hablan de un desfile de grandes nombres, de campañas icónicas y premios honoríficos reservados a figuras que, según el comité, han logrado redefinir la creatividad global en las últimas décadas.

Enseguida alguien le pone la mano en el codo y le dice: «Necesitamos hablar sobre la campaña, pero han pospuesto la fecha

de entrega, así que, al menos por el momento, no te preocupes». Y después otra voz: «Es urgente que llames a...». Y a continuación, un torrente de palabras de las que apenas logra retener nada: «Controles y protocolos». «Un panel de expertos en seguridad alimentaria.» «Algunos obstáculos.» «Comunicados de prensa.» «Una ronda de reuniones con el Ministerio de Sanidad.»

Mantiene la espalda erguida mientras trata de articular unas cuantas frases coherentes, aunque por dentro solo piensa en el puñado de anfetaminas que, antes de subir al avión, se ha guardado con disimulo en el bolsillo derecho del abrigo.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted, señora Cruz?

El recepcionista extiende la mano y le entrega la llave de la habitación con la sonrisa aún congelada en el rostro. Ella se aleja unos pasos y se despide del ejecutivo de cuentas con el que estaba hablando; después coge la maleta de ruedas y, mientras camina hacia el ascensor, le llegan retazos de un diálogo que, por algún motivo, le genera cierta inquietud:

—Por favor, no menciones el caso de Martínez Bravo —dice la mujer de la gabardina anudada a la cintura—. No vamos a sacar ese tema ahora.

Lúa finge revolver en el bolso y, de vez en cuando, la mira de soslayo.

—¿Quién era, de todas formas, el director de arte? —pregunta otra voz femenina del mismo círculo a quien no logra ver la cara.

—No se puede hacer nada tan espantoso —dice alguien.

—Imagínatelo. En fin, de lo que se entera uno —añade otro de los ejecutivos del grupo.

El hombre del pelo gris asiente con la cabeza y después añade:

—Siempre que leo alguna noticia de este tipo me sorprende la obstinación con la que algunos sinvergüenzas niegan su culpabilidad.

Incluso tienen la cara dura de seguir actuando como si nada, con esa especie de falsa decencia.

—Al menos pasará por un calvario en los tribunales —dice la mujer de la gabardina.

Lúa agacha la nuca.

—¿Cómo pudo hacer algo así? —escucha.

La falta de aire dentro del pecho le duele de pronto de la misma forma que cuando siente un desgarro o alguna rotura en un músculo durante una carrera, aunque casi nunca salga ya a correr. El *lobby* del hotel está repleto de plantas y ella tiene la súbita convicción de que están consumiendo todo el oxígeno que necesita para respirar. Apoya la mano en la pared y, cuando levanta la vista, se encuentra con la mirada vigilante de Gael, que se acerca a ella y le recoge la tarjeta de crédito que, sin darse cuenta, acaba de dejar caer al suelo.

—No tienes muy buen aspecto, Lúa. ¿Estás bien?

Ella asiente con la cabeza y, sin embargo, deja que la ayude a quitarse el abrigo.

—Solo estoy algo mareada —dice tratando de esconder el temblor de sus manos.

Evita establecer contacto visual y aprieta el botón del ascensor varias veces. Desde hace unos días, piensa, se le cae todo lo que tiene en las manos.

—Imagino cómo debes de sentirte —continúa Gael—. Después del cólico, quiero decir.

Lúa se gira y le mira con desconcierto.

—¿Cómo dices? —le pregunta.

—Mi padre también tuvo uno después del verano. Estuvo con morfina y tardó semanas en recuperarse.

Ella permanece en silencio.

Por momentos, siente la sangre subiéndole a la cara.

Había olvidado por completo la excusa que inventó en uno de sus últimos correos, el cólico nefrítico, para justificar tanto tiempo sin responder a las llamadas de teléfono ni a los mensajes.

Lanza una mirada lateral a Gael, la cara espolvoreada de pecas y el elástico del bóxer asomándole por encima de los vaqueros. Por alguna razón que se le escapa, continúa de pie a su lado, como si esperase algún tipo de respuesta o quisiera iniciar una conversación. Pero ella no contesta. Apenas le mira. Tan solo retuerce el forro del abrigo entre los dedos, palpando el bolsillo lleno de pastillas, mientras suplica por dentro: «Aléjate de mí ahora, por favor».

Cuando la puerta del ascensor se abre al fin, aparece Greta, con sus tacones de diez centímetros y su *rouge* de labios habitual, un relámpago rojo en una cara de nieve y hielo, piensa. Sonríe al salir, ignorando a Gael de forma deliberada, y la mira con fijeza: «Si lo echas todo a perder, luego no me vengas con excusas», parece decirle sin necesidad de palabras.

—Tengo que hacer un par de llamadas —dice ella mientras entra en el ascensor—. Os veo luego en el restaurante.

Unos segundos más tarde abre la puerta de la habitación con tres pastillas debajo de la lengua. Deja la maleta fuera del armario y se aparta un mechón sudoroso de la frente.

Sobre la mesa de cristal, frente a la terraza, hay un gran ramo de rosas.

«Excesivas, barrocas, insultantemente rojas», piensa.

Se acerca y sostiene la tarjeta entre los dedos.

Es de Claude: «Siempre juntos. Pase lo que pase», dice el mensaje.

Por un momento tiene la impresión de que las rosas cortadas son el presagio de algo más, como una pareja que se acaba o las flores

que se envían a los muertos. Tal vez por eso saca el ramo a la terraza mojada por la lluvia y luego hace trizas la nota y esparce los pedazos por la habitación, igual que hacía su madre con las páginas de un libro cuando la descubría leyendo en el desván.

Intenta mantener la cabeza en blanco, pensar solo en el trabajo del día. Ahora más que nunca necesita calma, se dice. Enciende la televisión, la deja en un canal musical y, poco después, la apaga. Da vueltas por el cuarto con los brazos cruzados y, enseguida, abre el minibar y bebe unos sorbos de Coca-Cola para quitarse el amargor de las pastillas.

Un atisbo de miedo le ronda por dentro al acordarse del Range Rover con la luna rota, que todavía tiene que recoger en el taller.

Pero la droga se encarga de diluir el temor en pocos minutos.

Se sienta en el borde de la cama con el portátil en las rodillas y abre la presentación que acaba de enviarle Greta, y que deberá defender en pocas horas ante un auditorio de más de mil personas. Una imagen del Polo Sur, kilómetros y kilómetros de hielo y nieve, aparece en la pantalla, seguida de un pequeño recorte de prensa bajo la cabecera del *Times*. Lleva años contando en cursos y seminarios la aventura de Ernest Shackleton y el «anuncio más sincero de la historia». Empieza a leerlo en voz baja:

«Se necesitan hombres para viaje peligroso. Salarios bajos, frío extremo, meses de completa oscuridad, peligro constante, retorno ileso dudoso. Honores y reconocimiento en caso de éxito».

Cierra los ojos y se visualiza a sí misma sobre el escenario, después de recoger el premio, reviviendo con entusiasmo las expediciones de Shackleton por la Antártida a bordo del Endurance. En cada una de sus charlas y conferencias habla de liderazgo, resiliencia, ambición, lealtad, compromiso. Un discurso tantas veces repetido que casi podría recitar de memoria.

—¿Cómo pudieron responder más de cinco mil personas a este reclamo? —pregunta siempre al público—. Sin duda, era un anuncio de impacto. Inspirador y arriesgado. No engañaba con las expectativas. Al contrario, prometía honor, reconocimiento y aventuras increíbles en el extremo sur del mundo, el continente más frío y ventoso, donde el hielo llega a cubrir el noventa y ocho por ciento del territorio.

Vuelve a abrir los ojos y se queda mirando la imagen blanca del océano Glacial Antártico, con decenas de icebergs, glaciares y picos nevados que se hunden en un mar de color turquesa. Se pregunta qué tipo de demonio interior llevaría a los veintisiete hombres que reclutó Shackleton a navegar a la deriva durante diez meses, y a miles de kilómetros de sus familias.

En aquella travesía, recuerda, el barco quedó atrapado en el hielo del mar de Weddell. Y, desde ese momento, Shackleton tuvo que renunciar a su sueño de ser el primer hombre en cruzar la Antártida y concentrar su energía en un nuevo objetivo: conseguir que sus hombres volvieran sanos y salvos. Al límite de sus fuerzas, toda la tripulación logró sobrevivir y, tal como prometía el anuncio, fueron recibidos con honores en Gran Bretaña.

En la pantalla continúan sucediéndose imágenes de la nieve gélida, opaca e iridiscente del continente Antártico. Deja el portátil encendido en el otro lado de la cama y, por primera vez, piensa en el fracaso de Shackleton y en el suyo propio.

«Nunca puedes confiarte», se dice.

«Con un solo parpadeo todo cambia.»

«Ni siquiera te das cuenta y, en menos de una fracción de segundo, te has convertido en un ser extraño en un mundo al que ya no perteneces.»

Al cabo de un rato, en cuanto nota la euforia de las pastillas, el miedo se repliega y sus reflexiones dan un giro de ciento ochenta grados. «La vida puede ser horrible en ocasiones —se dice a sí misma—, pero siempre tienes posibilidad de elegir.»

Se levanta de la cama y se alisa con la mano las arrugas de la chaqueta. Envía un mensaje a Claude para darle las gracias por las rosas y luego se arregla deprisa el pelo con los dedos y baja al restaurante, donde la esperan algunos clientes y varios miembros del equipo en una gran mesa alargada. Por tercera vez en menos de una semana llega tarde, y, después de excusarse por el retraso, uno de los clientes más importantes de la agencia, Albert Riquelme, le recuerda que el tráfico estaba imposible desde el aeropuerto, a lo que ella responde que, en realidad, esa no es la razón por la que ha llegado tarde. Se ha retrasado más bien, dice, porque no le gusta llegar antes a los sitios y mantener conversaciones «de trámite» con gente muchas veces desconocida, y también por haber calculado mal la distancia hasta el comedor.

Albert la mira sonriendo y, dirigiéndose a todos los demás, dice:

—Una de las cualidades que más me impresionan de Lúa, además de ser una de las mejores publicitarias del mundo, es que siempre ha sido honesta conmigo. Tanto en los asuntos importantes como en los pequeños detalles —asegura—. Siempre hemos trabajado sin secretos y en un clima de confianza absoluta.

Lúa le pone la mano en el hombro y se sienta junto a él, en la única silla que queda libre. Fuerza una sonrisa y, casi sin darse cuenta, empieza a mover la pierna derecha con un ritmo enérgico, arriba y abajo.

Apenas un instante después, cuando otro de sus clientes, sonriendo, se refiere a ella como «la niña prodigio de la publicidad»,

no puede evitar pensar que la palabra *prodigio* viene del latín y significa 'monstruo'.

Pide una copa de vino y da un gran trago.

—Lo necesitaba —dice tratando de devolver la sonrisa—. Uno puede defenderse de las críticas, pero frente a los elogios siempre se está indefenso.

Todos aprueban el comentario y, enseguida, la conversación empieza a girar en torno a otros temas intrascendentes como el parto sin dolor, la mala calidad de los espermatozoides o las rutinas de gimnasia facial —«imprescindibles», según Greta, para prevenir las arrugas—. Mientras la escucha, por momentos sucumbe a la tentación de pensar que el mundo está organizado por seres que no son ni la décima parte de listos que ella, pero casi de inmediato espanta el pensamiento de su cabeza. Si bien es cierto que a lo largo de su trayectoria ha conocido a personas con coeficientes de inteligencia excepcionales —la mayoría en universidades de la Ivy League—, en realidad, tampoco ninguna de esas mentes le parecieron nunca intimidantes.

Corta con el cuchillo un trozo de entrecot que no prueba y, después, le pide al camarero otra copa de vino.

—¿Quieres escucharme un momento? —dice alguien al fondo de la mesa, entre el ruido de las copas y los cubiertos entrechocándose—. Hoy en día se venden en el mundo más pañales para adultos que para bebés. Es un hecho.

Apura la copa de vino y, con el estómago casi vacío, empieza a sentir el mareo gustoso del alcohol, que enseguida le hace ascender hasta ese estado de ánimo en el que todo vuelve a estar bien y el miedo y el dolor quedan anestesiados, como en las novelas de fantasía de su infancia.

—¿Por qué no te puedes despertar siendo otra persona, así, sin más? —dice una voz de mujer desde algún lugar de la mesa que se le desdibuja en siluetas.

Alguien rellena de nuevo su copa y ella misma se ríe del vino que se derrama sin querer sobre el mantel blanco. En cualquier otro momento se habría avergonzado. Y, sin embargo, ahora les explica a todos que, en muchos bares y restaurantes japoneses, el sake se sirve en un vaso pequeño colocado dentro de una pequeña caja de madera, y que el camarero sigue sirviendo hasta que el sake se desborda y acaba por rebosar también el recipiente inferior. El gesto es una muestra de generosidad y fortuna, como si te dijeran: «Te sirvo más de lo que pediste».

Alza su copa y, sonriendo, dice en voz alta: «¡Que nunca os falte de nada!».

Todos ríen y, por primera vez en mucho tiempo, no quiere hablar sobre el futuro y los retos de la industria, las mejores campañas del año o las últimas innovaciones tecnológicas. Y, en cambio, prefiere captar la atención de la mesa contando que fue en el Carlton Cannes donde Grace Kelly y Cary Grant se persiguieron durante el rodaje de *Atrapa a un ladrón*; o que entre los clientes habituales del hotel se encuentran Sophia Loren y los hermanos Coen; y también que cuando los fascistas italianos bombardearon la ciudad, en 1944, alguien tuvo la «magnífica idea» de improvisar una habitación subterránea para esconder el vino. A continuación levanta su copa de nuevo y todos brindan otra vez y ríen a carcajadas.

Los camareros van y vienen, retirando platos que apenas ha probado y sirviendo más botellas de vino mientras ella continúa desgranando otras anécdotas que hacen que los demás la miren con embeleso. Les cuenta que san Fermín no es el patrón de Pamplona, como tampoco es Frankenstein el nombre del monstruo, sino el del

científico que lo crea. Sigue el juego a los clientes, se ríe de sus chistes, incluso coquetea con ellos. Su mirada se encuentra varias veces con los ojos turbios de Greta, que le sonríe por encima de su copa de Burdeos con los labios marcados en el borde, y después se mira las puntas del pelo para ver si están abiertas, rodeada de un montón de cretinos que se felicitan unos a otros, ebrios de vanidad, a pesar de la intrascendencia de su trabajo.

Después de comer toma un par de tazas de café solo y sigue desplegando su actividad frenética, sin un solo segundo de descanso. Habla con muchas palabras y de forma desordenada. Siente la confusión y el calor en las mejillas, y gesticula y bebe y ríe hasta las lágrimas, porque ya no hay razón alguna para sentir pánico, se dice.

Y, tal vez por eso, cuando más tarde Greta le deja caer que el traje negro que lleva puesto desde hace días no le parece el más adecuado para asistir a una entrega de premios, ella le sigue el juego y deja que la acompañe a su habitación y que incluso le preste un vestido de seda blanca, casi luminiscente, que aún tiene la etiqueta colgando.

Se lo prueba en el baño sin mirarse al espejo.

El vestido se le ajusta al cuerpo como una segunda piel y produce un leve susurro al caminar.

Nada más verla, Greta se levanta de la butaca en la que está sentada, deja el móvil y la mira de arriba abajo.

—Pareces sorprendida —le dice Lúa sin saber qué hacer con las manos.

—Lo estoy —responde Greta—. En poco tiempo te has vuelto una persona distinta.

—¿Y bien?

—Necesitas algo de maquillaje.

Lúa pone los ojos en blanco.

—¿Sabes qué ocurre? La naturaleza te da la cara que tienes a los veinte. Pero a punto de cumplir los cuarenta, ya depende de ti.

El teléfono de Greta suena. Atiende la llamada de un periodista sobre el caso de «la niña de la pila» mientras abre el pequeño neceser que lleva en el bolso, repleto de cosméticos y muestras de perfume, y vuelca su contenido sobre la cama.

—Tienes unas ojeras horribles —dice nada más colgar.

—Es lo más generoso que me has dicho en años.

Greta sonríe, inexpresiva, con el corrector en la mano.

—Supongo que llevamos demasiado tiempo trabajando juntas y sin dejar de irritarnos la una a la otra.

Después de varios segundos de silencio, Lúa coge aire y se pasa la mano varias veces por el pelo.

—Antes te gustaba trabajar conmigo —dice con voz pausada.

—Yo no diría *gustar* —responde Greta.

—Lo pasábamos bien.

—Cierto.

—¿Qué ha cambiado?

Greta enarca una ceja y parece reflexionar. Luego la mira de pronto a los ojos, con su mirada perspicaz y esa vieja expresión que regresa de nuevo. Lúa se da cuenta de que siente lo mismo que la primera vez, esa especie de hilo invisible que, durante tantos años, las mantuvo conectadas. Ve a la amiga que la llamaba Miss Quack porque le encantaba conversar a cualquier hora del día y de la noche entre risas y pensamientos profundos; bebiendo, fumando, leyendo a Hesse, a Camus, a Beauvoir, a Byron; discutiendo noches enteras sobre el significado de la vida y los porqués de la muerte. Ve a la amiga que le decía: «Vamos a comernos el mundo», y también a la única capaz de contener su temperamento borrascoso y de

susurrarle: «Hablas muy deprisa, Lúa. Tranquila. Me estás aturdiendo. Respira. Vamos, tranquila». Y las veces que no llegaba a decirlo, lo veía en sus ojos: «Por amor de Dios, Lúa, para ya».

«¿Qué ha cambiado?», se repite en su mente.

—En realidad, hace mucho que dejó de ser divertido —dice Greta en voz baja.

Está a punto de rebatírselo con cualquier obviedad: las presiones, los tiempos, la competencia, los cambios en el sector. Pero en el fondo, piensa, tal vez tenga razón. Desde que comenzó a dirigir la agencia, arrastrando a Greta con ella en su aventura, cada tarea no ha sido más que un estorbo para la que venía después. Y, además, es evidente que, en los últimos años, le ha perseguido la sensación de que, una vez tras otra, todo volvía a empezar en una rueda sin fin, como si cada día tuviera que empujar la gran roca de Sísifo hasta la cima de una montaña.

Afuera, el cielo se oscurece y empieza a llover. Se sienta en la butaca de terciopelo, frente a la terraza, mientras Greta empieza a maquillarla y le da cientos de consejos de moda vacíos que se deshacen como copos de nieve en la piel.

Vuelve a recordar retazos de su amistad con Greta y siente un nudo que se anuda y se anuda en el estómago. Las esperas en los aeropuertos, los nervios, las confidencias, los planes, las risas. Ser las mejores amigas, casi hermanas, y ya no serlo.

Una vacuidad inquietante comienza a rondarle por la cabeza, como un mal presagio del que quiere zafarse. En cualquier otra ocasión habría sentido demasiado pudor para confesarle la verdad, ni a ella ni a nadie, pero ha bebido demasiado y está tan cansada de mentir que, por una vez, siente la necesidad de ser sincera. Y se imagina a sí misma, con la cabeza sobre las palmas de las manos, y diciendo en voz alta: «Ayúdame. Por favor, Greta. Estoy acabada».

Sin embargo, en cuestión de segundos sus ojos se enfocan en la barra de labios y, poco a poco, recobra la compostura.

—¿Puedo decirte algo sin que te ofendas? —le pregunta de pronto Greta mientras rebusca en el neceser.

Ella parpadea varias veces, mareada por el alcohol.

—¿Me prometes que no te ofenderás?

—Nunca me ha importado demasiado lo que piensen de mí.

Greta ignora el comentario y después la observa un instante, con el perfilador de ojos en la mano.

—Cada día me recuerdas más a Coco Chanel —dice, y después no añade nada más.

Lúa levanta la vista hacia ella.

—¿Lo dices por el pelo corto? —pregunta.

—Era profundamente arrogante, ¿sabes? En todo lo que hacía.

—Déjalo estar, ¿quieres?

—Era altiva y soberbia hasta decir basta —continúa Greta—. Como si se creyera que descendía de la pata del Cid. Y se notaba en cada gesto. En la forma de caminar y en la dureza de su voz. En el brillo *atormentado* de sus ojos.

Lúa permanece en silencio, solo aprieta con la mano el capuchón del bolígrafo del hotel y, por algún motivo que no alcanza a comprender, deja que Greta siga hablando.

—Alguien muy cercano a ella dijo una vez que solo un domingo podía matarla. ¿Lo sabías?

El teléfono de Greta vuelve a sonar y, mientras atiende la llamada de otro periodista, Lúa piensa en «la niña de la pila». Se la imagina en una pequeña cama de la UCI del hospital, entubada y rodeada de cables, pitidos de máquinas, luces blancas. Está a punto de preguntar por ella, pero no lo hace. Después de todo, ya tiene suficientes problemas en los que pensar.

En cuanto Greta termina la llamada, camina hacia el minibar y descorcha un par de benjamines de champán.

—Por los nuevos comienzos —dice ofreciéndole una botella.

Lúa se levanta de la butaca y la mira con extrañeza.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes una oportunidad de oro a tu alcance y ni siquiera te das cuenta.

—¿De qué estás hablando?

—Deberías saberlo, se supone que eres tú la que está al mando.

—¿Puedes hablar claro de una vez?

Greta inspira y, después de una pausa, añade:

—Hay una vacante en el Comité de Dirección desde el miércoles. En Chicago. Pero supongo que has debido de perderte los últimos chismorreos entre tantos correos sin leer.

—Te lo estás inventando.

Lúa se gira y da vueltas descalza por la habitación, recogiéndose el bajo del vestido para no pisarlo.

—¿Y tenía que ser justo ahora? —murmura.

Lograr ese puesto, piensa, hace años que se convirtió para ella en ese símbolo de estabilidad y de reconocimiento que siempre había anhelado por encima de cualquier otra cosa; y, en el fondo, significaría que había conseguido sobrevivir en un mundo tan competitivo y, sin duda, excitante, vertiginoso, brutal, masculino.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunta Greta tras varios segundos callada.

—No lo sé.

—De modo que ahora no lo sabes.

La frase se eleva como un muro entre ella y Greta, que sigue mirándola interrogante.

Lúa se frota la frente y se pregunta cómo es posible que, después de tanto tiempo persiguiendo un sueño, pueda estar a punto de perderlo todo.

Greta inspira y se cruza de brazos a pocos centímetros de ella.

—¿De verdad tienes algo que pensar? —dice.

—Puede que sí.

—No te creo.

Lúa baja la cabeza y, después de un silencio largo, dice:

—En realidad, no sé qué estoy haciendo aquí.

Greta da unos pasos hacia ella y le coge la mano, pálida y delgada.

—No discutamos por nimiedades, ¿de acuerdo? —dice—. Las dos estamos en el mismo barco.

Apenas un instante después, mira el reloj.

—¿Nos vamos?

Lúa aprieta la tela del vestido entre los dedos, arrugándola.

—Es demasiado atrevido —dice.

—No empieces otra vez —responde Greta.

Ella coge aire y cierra los ojos.

—Solo dame un minuto —murmura.

En cuanto Greta cierra la puerta, coge el móvil con aprensión y revisa las últimas noticias. Está convencida de que tampoco esta vez encontrará novedad alguna sobre el accidente y la investigación policial. La atención de los medios continúa focalizada en «la niña de la pila». Y, si todo sale bien, muy pronto podría comenzar una nueva vida junto a su familia en Chicago. Por pequeña que sea, hay una posibilidad de que, poco a poco, se recupere la normalidad.

Sin embargo, en una de las alertas que ha activado en el buscador descubre una noticia breve, esta vez publicada por un diario gratuito, que recoge unas declaraciones del marido y los padres de

la víctima. El corazón le late deprisa cuando lee que no pierden la esperanza de que alguien aporte nuevos datos o que aparezca por voluntad propia el autor del atropello; y también que han pegado carteles y piensan acudir a emisoras de radio para reclamar la colaboración ciudadana.

Quieren cerrar su duelo, aseguran.

Y, sobre todo, dejar de preguntarse por qué el coche no paró.

Lúa aprieta la mandíbula.

«No pienses en eso ahora», se repite.

Se toma otra pastilla con el último trago de champán, y, durante un par de minutos, no despega los ojos de la botella mientras trata de espantar de su mente cualquier sombra de inquietud y de miedo.

«Estoy tranquila. Tranquila», murmura.

Sale de la habitación con el abrigo en la mano y temblando de adrenalina. Los tacones resuenan con firmeza en el mármol del vestíbulo. No se detiene ni un segundo. Camina con la barbilla alta. Respetable, radiante, orgullosa, herida.

21

Debería sentirse en la cima del mundo, rodeada de focos y aplausos y con el León de Cannes entre las manos por tercer año consecutivo. Pero en lugar de eso, se siente más cerca del abismo que nunca, con esa sensación de caída libre que a duras penas logra controlar. Tiene la piel erizada y tiembla todo el tiempo. Lleva un vestido de seda con la espalda al aire. Blanco. En diciembre, piensa.

La luz le hace daño en los ojos y casi deja caer la estatuilla sobre la tarima del escenario cuando, uno tras otro, se suceden los elogios, que le golpean por dentro como esquirlas de metal: «Corpus de trabajo único». «Una verdadera fuerza para la creatividad.» «Algunas de las campañas más impactantes y atractivas del mundo.» «Pionera de la industria y fuente de inspiración.» «Un modelo de mujer a seguir.»

Como le sucede en ocasiones, en apenas cinco minutos ha pasado de creerse una de las mentes más brillantes de su generación a convencerse a sí misma de que es un fraude.

Recorre con los dedos los bordes de la escultura, fríos y angulosos, y trata de sonreír. Un temblor helado le recorre la espalda cuando le viene a la cabeza la historia del escritor Harry Martinson, que se abrió el estómago con un cuchillo apenas unos años después de recibir el Premio Nobel.

Entiende por qué lo hizo, se dice.

Nunca ganas algo sin perder algo.

Sigue mareada por el exceso de vino y champán, y a la vez siente la urgencia de tomar otra pastilla y se da cuenta de que ya no va a poder pensar en otra cosa. Respirando cada vez más deprisa, aprieta las esquinas puntiagudas del León contra la palma de la mano, más y más fuerte cada vez, hasta que la piel se desgarra en un punto y una gota de sangre corre entre sus dedos.

Escucha de nuevo aplausos. Alguien le pone la mano sobre la espalda, invitándola a que se dirija hacia el atril. La imagen casi blanca de la Antártida se proyecta en la pantalla y un silencio hermético, similar al crujido constante del hielo en el Polo Sur, se extiende por el auditorio. Trata de no olvidarse de respirar, confiando en la inercia y el paso del tiempo.

Solo tiene que seguir adelante sin pensar en nada, se dice.

Da unos pasos por el escenario en ligero zigzag, casi a ciegas, como si los pies caminaran desprendidos del resto del cuerpo.

Coge aire y, con una frialdad casi instintiva, empieza a hablar:

—Aunque suene extraño —dice con una voz que apenas reconoce como suya—, todo comienza en el fin del mundo.

Permanece unos segundos callada y con los ojos entornados, como si tratase de enfocar un objeto lejano.

—Esta noche debería hablarles sobre Shackleton y «el anuncio más sincero de la historia». Y también sobre el crecimiento de nuestra facturación, del número de oficinas que abriremos durante el próximo año, de los premios que hemos recibido y del éxito sin precedentes de nuestras últimas campañas. —Una pausa—. Pero, si me lo permiten, preferiría no hacerlo.

Pasea la vista por el auditorio, lleno de anunciantes, directores creativos, redactores, directores de cuentas, directores de arte, de investigación, de medios.

No deja de pensar en que, hasta ese momento, siempre había preparado con pulcritud cada presentación. Sus colaboradores más estrechos saben que deambula siempre casi una hora antes por la sala para analizar cada detalle: lo cerca que estará del público, la distancia entre la primera y la última fila, la posición de las luces, los micrófonos, las conexiones, todo.

Apoya las dos manos sobre el atril y, después de otra pausa, las palabras salen de sus labios en torrente, como en un dique roto:

—Nunca me han gustado los cabos sueltos, ¿saben? Tengo un seguro de vida y también varios planes de salud y pensiones con las máximas coberturas. Contrato seguros para las tarjetas de crédito, los viajes, la defensa jurídica, los envíos postales. De alguna forma, necesito que todas las piezas del puzle encajen. Pero siempre hay detalles que no puedes controlar. Y aunque todo invite a pensar lo contrario, no existe la seguridad absoluta. Puedes minimizar los riesgos, pero nunca eliminarlos por completo.

A medida que habla, tiene la sensación de que el público está expectante y, en algunos fragmentos, incluso se divierte.

—Puede que la vida sea así, pero no me gusta —dice con firmeza —. Todo puede venirse abajo con tanta facilidad... Casi nunca lo reconocemos, pero compartimos un miedo, atroz y profundo: a nosotros mismos, y a perder a quienes más amamos en cualquier instante. Y, a pesar de ello, cada día nos las arreglamos para funcionar: vamos al trabajo, al banco y al supermercado; escribimos una reseña, hablamos por teléfono, tomamos un café. A veces, incluso parecemos felices y de buen talante, aunque el corazón sangre por mil heridas.

Piensa en el cuaderno rojo y, después, baja la mirada y añade:

—Supongo que, quizás por eso, he pasado tantos años *engañando* a todo el mundo y tratando de llenar de sueños nuestros cerebros

cansados. Los científicos hablan del principio de coherencia. Yo creo que necesitamos vías de escape. Y, cuando no las tenemos, surgen los monstruos.

Durante varios minutos continúa hablando sin tregua. Piensa en la muerte y tiene la impresión de que se expresa de forma embarullada y sin sentido, y también de que algunas frases ni siquiera llega a terminarlas.

Un silencio incómodo se extiende por el auditorio, seguido de algunos cuchicheos.

—Si me lo permiten, les contaré una historia —dice, y cambia de registro para relajar el ambiente—. Aunque no lo parezca, todo está relacionado de algún modo: la publicidad, los sueños, el engaño.

Se detiene y fija la mirada en algunas caras conocidas del auditorio: el equipo de Hermès al completo, alineado en la tercera fila junto a algunos creativos de la agencia. Les dedica una sonrisa mínima y después añade:

—¿Les gustaría saber las razones por las que colecciono Birkin desde hace años? —Y, tras una pausa—: Pero un pequeño inciso antes de continuar: ¿saben los caballeros de la sala lo que es un Birkin, ese oscuro objeto de deseo?

Entre el público se produce un murmullo de aprobación.

—El bolso más icónico de la historia, diseñado por Hermès, ni siquiera está al alcance de todos aquellos que se lo pueden permitir. Tiene un precio de salida de alrededor de veinte mil euros, sus unidades son limitadas y la lista de espera es casi interminable. Su valor no deja de subir año tras año; incluso en la reventa puede superar el medio millón de dólares. Hermès ha conseguido lo que todas las marcas desean: convertir el Birkin en un *producto Veblen*, es decir, un bien cuya demanda aumenta al mismo tiempo que se incrementa su precio.

Alguien de la organización con un pinganillo en la oreja le hace un gesto con la mano y después señala el reloj, pero ella lo ignora de forma deliberada.

—De niña jamás habría imaginado que alguna vez llegaría a tener un Birkin. Mis padres lucharon durante toda su vida contra las adicciones y, a menudo, me quedaba sola mucho tiempo. Para una niña, los padres alcohólicos pueden ser desconcertantes, ¿saben? Son tus padres, y por eso los quieres, pero la bebida los cambia y, otras veces, también los odias. Las estadísticas dicen que las chicas como yo tienen un futuro lúgubre. De hecho, estuve a punto de dejar el instituto. Pero tuve la suerte de que un puñado de personas me rescataron. —Hace una pausa y se pasa la mano varias veces por el pelo—. Aunque, en el fondo, no importa el éxito que tengas: los viejos demonios siempre van a estar ahí.

Deja de hablar y, sin poder evitarlo, vuelven las frases descarriladas, aunque es consciente de que, una y otra vez, pronuncia la palabra *muerte*.

Cierra los ojos y parece sumirse en sus pensamientos, pero enseguida vuelve a abrirlos y añade:

—Lo cierto es que, cuando consigues un Birkin, la vida vuelve a estar al fin de tu lado. Nada de cabos sueltos. El cielo se abre otra vez diáfano y, al menos durante un tiempo, vives otra vida en la que todo encaja y cada pieza del puzle vuelve a estar en su lugar. Como si huyeras del barro para alcanzar las estrellas.

El hombre del pinganillo vuelve a hacerle gestos con las manos en señal de que termine y ella se disculpa en voz alta:

—Espero que sepan perdonarme que esta noche me haya salido del guion y, quizás, haya dicho alguna que otra tontería —dice—. Aunque ya saben lo que decía De Quincey: «Si uno empieza por permitirse un asesinato, pronto no le da importancia a robar, del

robo pasa a la bebida y a la inobservancia del día del Señor, y se acaba por faltar a la buena educación y por dejar las cosas para el día siguiente».

Se escuchan algunas risas en el auditorio.

—Aunque tal vez —añade—, lo único que ocurre en el fondo es que me he cansado de engañar. Pero no me hagan demasiado caso. Después de todo, uno de los peligros más grandes de esta profesión no es engañar a la gente, sino aburrirlos mortalmente. Muchas gracias y buenas noches.

Su exposición es recibida con un silencio que, cuando el público repara en que ha terminado, deviene en una lluvia de aplausos, desacompasados al principio y, poco a poco, cada vez más intensos. Baja del escenario con gesto abstraído y sin cruzar la mirada con nadie, ni siquiera con Greta. Camina deprisa, sujetándose el vestido con la mano para no pisarlo mientras trata de encontrar el camino hasta el vestíbulo. Atraviesa el salón en el que está a punto de servirse el cóctel entre bandejas de canapés, copas de champán y consumiciones mezcladas con pedazos de hielo y limón partido. La detiene para saludarla un estudiante de algún posgrado de Publicidad, pero ella se excusa y le dice que tiene prisa sin apenas mirarlo. Avanza a paso vivo por las escaleras, y después por la moqueta roja. Y, cuando está a punto de salir del Palacio de Congresos, se acuerda de repente de que se ha dejado el León de Cannes sobre el atril, pero le da igual, porque lo único que quiere es marcharse de allí.

Saluda con un ademán a un par de empleados de la organización y sale a la calle. Se dirige hasta la farmacia más cercana y pide aspirinas y una caja de pastillas para dormir. Cuando va a pagar, se da cuenta de que también se ha dejado el bolso.

Ha debido de olvidarlo sobre el asiento del auditorio, piensa.

Siente una punzada de desesperación en la boca del estómago.

Cierra los ojos un instante y, en medio de la negrura, ve montones de puntos luminosos.

«S'il vous plaît», suplica en voz baja.

La farmacéutica la mira con recelo por encima de sus gafas de montura metálica. Durante varios minutos discuten en francés, pero ella no da su brazo a torcer y la invita a marcharse si no puede pagar las pastillas, que ya están sobre el mostrador.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta de pronto una voz familiar a su espalda.

Cuando se da la vuelta descubre a Greta junto al escalón de la entrada. Sus ojos tienen un brillo inusual y lleva en las manos el Birkin y el abrigo negro, que enseguida le pone sobre los hombros.

—¿Estás loca? Te vas a morir congelada, hay tres grados fuera.

La farmacéutica les apremia en francés a decidirse, a pesar de que no hay ningún cliente esperando. Resopla varias veces, se queja de que le están haciendo perder el tiempo y pregunta de nuevo si piensan comprar las pastillas.

—Sí —dice Greta.

—No —responde ella.

—¿En qué quedamos? ¿Sí o no? —replica la farmacéutica con gesto airado. Luego se lleva el dedo a la sien y musita para sí—: «Andouille!»

Lúa se da la vuelta, irritada por el desdén del comentario.

—*Avec tout mon respect, ferme ta gueule!* —exclama. Y después —: *Je t'emmerde!*

La farmacéutica abre los ojos de par en par, le dirige una mirada de odio y comienza a soltar improperios alzando la voz.

Greta da unos pasos hacia ella con los brazos en jarra y, aunque apenas habla francés, sale en defensa de Lúa y grita:

—*Merde, merde, merde!*

Durante apenas una fracción de segundo, Lúa y Greta se miran la una a la otra con un amago de sonrisa en los labios, recuperando la vieja complicidad.

Salen de la farmacia sin las pastillas, cogidas del brazo y sin parar de reír.

—¡Sinvergüenza! —dice Greta desde la puerta—. ¡Ya podías tener un poco de respeto!

Dejan detrás del mostrador a la farmacéutica, que hace aspavientos con las manos y vocifera exclamaciones malsonantes en francés, como «vache espagnole».

Greta le hace un corte de mangas cuando la ve descolgar el teléfono y las amenaza con llamar a la policía.

—¿Se puede saber qué le has dicho a esa cretina? —le pregunta a Lúa muerta de risa—. ¿Y qué significa eso que ha dicho de «vache espagnole»?

Comentan con lágrimas en los ojos lo hilarante de la situación, el cruce de insultos, la actitud altiva de la farmacéutica.

Al cabo de unos minutos, cuando Lúa menciona las pastillas, Greta la atrae hacia sí y, entre susurros, dice: «Todo irá bien».

Una lluvia fina con olor a salitre y a tierra mojada cae sobre la acera. Se sonríen de nuevo mientras deambulan bajo la luz brumosa de las farolas, que les marcan el paso de forma confusa. Los automóviles pasan junto a ellas, uno tras otro, arrastrando una estela gris que se deshace en pocos segundos.

—¿Me invitas a una copa? —pregunta Lúa al cruzar la avenida en dirección a La Croisette.

—Acabo de gastarme hasta el último céntimo de la tarjeta en el vestido de Givenchy tan ideal que llevas puesto —responde Greta con sus pupilas inmensas—. Pero ya encontraremos a alguien que

nos invite. Y si no, siempre nos queda la opción de arrebañar los gin-tonics que encontremos abandonados en la barra.

Lúa se detiene en medio de la acera y la mira con expresión divertida.

—¿En serio has dicho *arrebañar*?

Se miran un par de segundos.

Otro ataque de risa floja.

Caminan agarradas, con las cabezas muy juntas y tambaleándose a ratos, como si fueran dos adolescentes. De improviso, se paran de nuevo en un paso de peatones, ignorando al resto de la gente que viene y va con sus paraguas, y se quedan mirando su propio reflejo en un charco. Luego, con una alegría súbita, se doblan sobre sí mismas y gritan a dúo: «Je t'emmerde!».

Estallan en carcajadas otra vez. Y, aunque ninguna de las dos fuma, agitan un paquete de tabaco que no saben de dónde ha salido para comprobar si quedan cigarrillos.

—Joder, llevo un melocotón encima... —dice Greta con la mano en la frente—. Te juro que no vuelvo a beber nunca más.

Cruzan la avenida y, al cabo de un rato, entran en una pequeña vinoteca de la rue Marceau, con taburetes altos y algunas mesas hechas de barriles viejos. Las botellas de vino se alinean en las paredes, sobre estanterías de madera que huelen a fruta y regaliz. Lúa le hace un gesto al camarero y pide un par de copas de languedoc, que beben con avidez.

—¿Y cómo es que has cambiado de opinión? —le pregunta Greta haciendo girar el vino.

—¿Qué quieres decir?

—Pensaba que no vendrías.

—Tengo mis motivos.

—¿Chicago? —Se echa a reír—. Lo suponía.

Lúa esconde la mirada. Le extraña que Greta no haya dicho aún ni una sola palabra sobre lo que acaba de suceder en el Palacio de Congresos al recoger el León de Cannes. Tal vez, piensa, no quiera preocuparla o necesite algo más de tiempo para procesarlo. En cualquier caso, la conversación le empieza a producir cierto efecto de irrealidad. Sin embargo, después de un silencio, mira a Greta a los ojos y dice:

—Siento haberlo estropeado todo a última hora.

Greta tensa los labios y amaga con algo que se parece a una sonrisa.

—Nunca pensé que diría algo así —dice arqueando las cejas—, pero creo que es lo más sincero que te he escuchado decir en los últimos años.

—Últimamente nada se ajusta al plan que habíamos previsto.

—Tendrá consecuencias —añade Greta—. ¿Eres consciente?

Lúa se aprieta los nudillos hasta que le duelen. La incomodidad y el desagrado por sí misma la atraviesan.

—Ya he inventado lo suficiente, ¿no crees? —dice—. Y estoy cansada de engañar.

Sin apenas darse cuenta, se han terminado las copas y piden otra ronda.

En la mesa de al lado, un grupo de hombres con trajes oscuros de corte elegante discuten con vehemencia sobre variedades de uva, clases de cepas y maridajes.

Greta sonríe con los ojos vidriosos. Tiene varios mechones del recogido sueltos y la flor de loto que se tatuaron juntas en el hombro, después de un congreso en algún lugar, se le transparenta a través del tul del vestido.

—Tienes los dientes manchados con el lápiz de labios —le dice Lúa haciendo un gesto con la lengua.

Greta arruga la frente y desvía la mirada hacia el espejo de detrás de la barra, entre hileras de botellas centelleantes.

—Y tú tienes el perfilador negro de los ojos corrido —añade.

Vuelven a sonreír y, después, se quedan calladas.

—Nunca nos hemos ocultado nada —dice Lúa bajando la voz—. ¿Qué opinión tienes de mí?

Greta la mira con expresión de asombro.

—No esperarás que te responda a eso —dice.

—Venga, suéltalo —añade Lúa—. Hace tiempo que quieres hacerlo. Y, además, sabes que no me lo tomaré muy a pecho.

Greta baja la mirada, juega con el posavasos de cartón dibujando pequeños círculos y permanece unos segundos sin decir nada.

—Me lo veía venir —dice al fin con una mueca de incomodidad—. Pero ¿qué esperas que te diga? ¿Quieres que te despelleje como todos esos imbéciles a los que consideras tus amigos y, en cuanto te das la vuelta, no paran de criticar? —Niega con la cabeza y la mira a los ojos—. Siempre te he dicho lo que pensaba a la cara. Y es evidente que puedes llegar a ser una persona difícil, ¿sabes? Tu velocidad mental es demasiado rápida y abrumadora para los demás, con esas oscilaciones entre arrogancia e inseguridad. A veces no te soporto, sobre todo cuando se te cruzan los cables y estallas. Nunca te disculpas de nada ante nadie. Eres impaciente y egoísta, y también inflexible, acaparadora, caótica. Y, por encima de todo, *tormentosa*. Una jodida tormentosa que solo piensa en ella misma. ¿De verdad quieres que siga?

Lúa abre la boca para protestar, pero se limita a bajar los ojos, sin fuerzas para devolver el golpe. Tan solo acierta a preguntarse cómo pueden haberse entendido tan mal en los últimos años, sobre todo desde que comenzó a dirigir la agencia.

—Pero, al mismo tiempo —continúa Greta—, eres creativa y enérgica de un modo salvaje. Contratas a las personas con el sueño de que sean más grandes que tú, y después dejas que continúen su camino. Siempre vas en busca de lo extraordinario y jamás te conformas con la rutina. Las ideas van y vienen como estrellas fugaces en tu cabeza y tú las persigues sin descanso hasta que encuentras la más increíble de todas. Puede que te parezca absurdo, pero todos en la agencia sabemos si estás en tu despacho por el nivel de energía que flota en el aire.

Lúa levanta la mano y trata de detenerla, pero Greta continúa hablando, cada vez más deprisa:

—Haces que lo complicado parezca simple, asombrosamente simple. Y eso es creatividad —añade—. Y, aunque no creo que te importe lo más mínimo, y ni siquiera seas consciente de ello, tienes unos ojos negros preciosos y una belleza singular. No necesitas maquillaje, ni joyas, ni zapatos de tacón, ni mucho menos ácido hialurónico ni nada de eso. Tú siempre tienes otras cosas en la cabeza. Y me encanta tu porte. Pareces poca cosa, pero te mueves por todas partes como si fueras la más alta del lugar. Eres una jefaza, tal vez un poco masculina, pero siempre has sido una fuente de inspiración para mí. —Se queda en silencio unos instantes con la copa a medio beber y sus ojos brillan cuando añade—: Además de la mejor amiga que he tenido nunca.

Lúa cierra los ojos.

No puede hablar, ni siquiera respirar.

Los pensamientos se disparan en su cabeza. Piensa en cómo era hace años, cuando las dos querían que el mundo fuera como ellas lo soñaban y todo parecía conectar. Le vienen a la cabeza imágenes de Greta y ella saltando en los conciertos; bebiendo cerveza hasta casi caer al suelo, compartiendo un cigarrillo y cantando a gritos *Girls*

Just Want to Have Fun con la ventanilla del coche bajada. Sin pátina de miedo, como si la vida les hubiera concedido a las dos una exención especial y libre de complicaciones.

Greta sigue hablando imparable, locuaz. Le dice que no soporta ver esa expresión de tristeza en su cara y que le gusta más cuando es arrogante, inflexible y egoísta hasta la médula. Después se acerca a ella, posa una mano sobre su rodilla, la rodea con un brazo y pide otra copa de vino. Y aunque habla y habla sin parar, en ningún momento llega a reprocharle que ha sido ella quien se ha encargado de cada detalle en los últimos días: las reuniones, los clientes, las notas de prensa y los comunicados internos, todas las tediosas gestiones con el ministerio, las llamadas de periodistas, Corbin.

Y en cambio ella no ha movido un solo dedo para ayudarla.

Siente de nuevo el impulso de vaciarse por dentro y confesarle a Greta lo que ha pasado en los últimos cuatro días. Si algo tiene que pasar, se dice, debe ser en ese preciso instante. Más tarde no le quedarán ya fuerzas. Pero las palabras no le salen; nota la lengua como un trozo de plomo, dormida al fondo de la boca.

—¿Por qué mentimos siempre las mujeres fingiendo estar bien? —susurra Greta un segundo antes de terminar su tercera copa de vino. Y luego añade—: ¿Sabes lo que hacía Audrey Hepburn para superar los días rojos? En *Desayuno con diamantes*, ya sabes. Mientras te escuchaba antes, al recoger el premio, no podía dejar de pensar en la película.

—¿Te refieres a esos días deprimentes? —pregunta Lúa.

—Te deprimes cuando engordas o llueve mucho —le explica Greta negando con la cabeza—. Estás triste y ya está. En cambio, los días rojos son terribles. —Una pausa—. Porque, de repente, tienes miedo y no sabes por qué.

Lúa baja los ojos y siente la piedra que le oprime el estómago.

Pero Greta le coge la mano y continúa hablando con una sonrisa traviesa.

—¿Sabes cómo superaba ella los días rojos? Decía que lo único que la ayudaba era subirse a un taxi para que la llevara a Tiffany's. ¿Te suena? Solo eso le calmaba los nervios. Porque allí nada malo le podía ocurrir.

Lúa curva los labios y trata de devolverle la sonrisa.

Al cabo de unos segundos, intenta iniciar otra conversación, pero hay demasiado ruido alrededor y la música suena cada vez más alta.

Piden un par de copas más de languedoc y, cuando las terminan, Greta está tan borracha que tiene que llevarla casi a rastras hasta el hotel.

—¿Qué hora es? —le pregunta mirándola con los ojos enrojecidos.

—Y qué más da —responde ella en voz baja—. Ya no existen las horas.

Entran de madrugada dando tumbos en el hotel. Lúa busca la llave de la habitación a tientas, deja la puerta abierta y, a trompicones, lleva a Greta hasta la cama. Le quita los zapatos de tacón, que caen en la moqueta con un ruido sordo, y, por un instante, se queda mirando la suela roja de los Louboutin, como si concentrarse en ese detalle pudiera volver a recomponer el mundo.

Luego Greta se queda dormida; respira de forma ruidosa y con la boca abierta. La arropa con las sábanas y la funda nórdica. Ya ha apagado la luz y se dispone a salir cuando la escucha quejarse:

—Me encuentro mal —dice—. ¡Ay, Dios, me encuentro muy mal!

Se tapa la cara con las dos manos, sollozando, dice que la habitación da vueltas y, a la vez, le suplica entre lágrimas que se marche y la deje sola.

—No puedo dejarte así —murmura Lúa.

Una oleada de fatiga la obliga a sentarse en la cama junto a ella. Se queda mirando al vacío, con la melena cobriza de Greta desparramada en el regazo.

Piensa en cómo era todo hace apenas un puñado de horas y siente auténtica desesperación.

—Necesito contarte algo —dice de pronto mientras le acaricia el pelo—. Si no te necesitara, no te diría nada. En otros tiempos fuiste como una hermana para mí. Más que una hermana. Hicimos el pacto de que jamás nos abandonaríamos la una a la otra.

Greta balbucea unas palabras ininteligibles. Tiene un brazo fuera de la sábana y la aprieta con la mano.

—Puede que no sea el mejor momento —añade Lúa con la respiración entrecortada—, pero no puedo seguir viviendo con esta mentira.

Cuando se quiere dar cuenta, Greta hace una mueca con los labios, se remueve en la cama, parece que va a toser, pero en vez de eso le vomita una pasta rojiza y hedionda sobre el vestido blanco. Luego se pone a llorar de manera inconsolable mientras Lúa trata de limpiar el desastre con varios rollos de papel higiénico y murmura para sí misma: «Bravo, universo, muchas gracias».

Jamás ha llorado delante de nadie y tampoco soporta ver llorar a otros.

Ya tiene suficiente con su propio dolor, piensa.

Solo tiene ganas de salir corriendo, de gritar y de que la dejen en paz.

Y, sin embargo, deja que llore y la consuela hasta que se queda sin lágrimas y, después, permanece allí, sentada en silencio, seca.

Al cabo de unos minutos, Greta abre los ojos y, abrazándose las rodillas, la mira con fijeza. Su voz se estrangula en la garganta cuando dice:

—Creo que estoy embarazada, pero todavía no lo sabe nadie.

22

Ha dejado a Greta dormida en la habitación del hotel y se ha marchado sola, tan deprisa como si la persiguiera alguien, hacia el aeropuerto. En algún lugar ha leído que el estrés extremo puede causar abortos, sobre todo durante los primeros meses de embarazo, y, antes de salir, ha puesto el cartel de DO NOT DISTURB y ha deslizado una nota bajo la almohada: «Siento que no pudiéramos hablar anoche. Tómate el día libre y descansa».

Dos horas y media después, en el asiento 4A del vuelo de vuelta a Madrid, se abrocha el cinturón de seguridad y se toma tres anfetaminas seguidas para poder concentrarse, aunque sea a ratos. Mientras el resto de los pasajeros se acomoda, despliega la bandeja del asiento delantero y revisa en el portátil los mensajes y la nueva nota de prensa que enviarán a los medios de comunicación antes del mediodía.

De vez en cuando piensa en la noche anterior y la cabeza se le llena de recuerdos vergonzosos que le hacen bajar la nuca. Se pregunta por qué tampoco esta vez ha sido capaz de vaciarse por dentro con Greta; o, al menos, de dar rienda suelta a la rabia que siente, gritar hasta desgarrarse la garganta, maldecir, destrozar cualquier cosa; por qué prefiere siempre que todo parezca estar en orden aunque nunca lo esté.

Siente un vacío violento en su interior y cierra los ojos intentando no pensar demasiado en el abismo invisible que se abre bajo sus

pies. Habría sido mejor que la hubieran detenido y estar ya en la cárcel, se dice, o incluso muerta como Perry Smith, el asesino de los Clutter.

Con la mirada fija en la pantalla del portátil, se pasa la mano por el pelo mientras se repite muchas veces que, si logra mantener la mente ocupada en el trabajo, no pensará tanto en sí misma ni en la perspectiva de que, en cualquier momento, la detenga la policía.

Inclinándose hacia delante, lee por encima el torrente de mensajes entre Corbin y Greta, que evidencian el ritmo frenético de los últimos días. Según se adentra en la lectura nota cómo le tiemblan las manos. Lleva demasiado tiempo desconectada de la agencia y, sin embargo, no puede quitarse de la cabeza el caso Perrier, que mencionó Greta cuando estaba a punto de estallar la crisis de las pilas, y cuyo análisis le ha detallado en un correo. Al parecer, en el año 89, poco antes de que saltase la noticia de que una partida de agua con gas estaba contaminada con benceno, la compañía decidió retirar de inmediato todas las botellas del mercado, a pesar de las pérdidas millonarias que ello supondría. El presidente de Perrier, Gustave Leven, llegó a declarar en una rueda de prensa: «Nuestra imagen y el respeto y la confianza de los consumidores no tienen precio para mí». Según Greta, no fue una simple declaración de intenciones: la compañía solo se permitió volver al mercado una vez que el problema estuvo resuelto.

Es justo lo contrario de lo que está haciendo ella, piensa.

Pero también sabe que no hay margen de maniobra y ya es demasiado tarde para dar marcha atrás.

En la fila de al lado, un pasajero hojea un ejemplar de *Les Echos*, concentrado en las noticias antes del despegue del avión. Lúa busca en la agenda el número de Corbin y, tras titubear unos segundos, pulsa la tecla de llamada y reza para que no conteste. Un segundo

después, en cuanto escucha su voz arenosa, improvisa una disculpa por no haber estado localizable en los últimos días.

—Te hemos echado de menos, Greta —dice él. Y un instante después—: Perdona, quería decir Lúa.

Por primera vez en mucho tiempo no le incomoda la confusión.

Sin apenas guardar las formas ni tampoco interesarse por cómo se encuentra, Corbin da muestras de inquietud y, como era previsible, insiste de nuevo en el «tremendo riesgo» que implica la decisión de no retirar el producto de los puntos de venta. Pero ya es demasiado tarde y Lúa se mantiene firme y le repite, por enésima vez, que lo contrario supondría reconocer como propio un error que, en ningún caso, han cometido.

—Ahora, más que nunca —le asegura—, debemos confiar en la seguridad del proceso de producción. Y, desde luego, en la falta de fundamento de las reclamaciones.

Lo dice con los dedos índice y corazón cruzados, igual que cuando era niña y la sorprendían en falta, pero sin dejar de preguntarse qué demonios la está llevando a adoptar una actitud tan suicida.

Está a punto de darle a Corbin alguna sugerencia como: «El silencio es siempre perjudicial», pero solo logra desearle «buena suerte», y se despide hasta la próxima rueda de prensa, que tendrá lugar en el Ministerio de Sanidad.

—Puede que no lo estés entendiendo —le advierte él antes de colgar—, pero sería una lástima si algo malo pasara.

Lúa siente una punzada de rabia mientras observa desde la ventanilla el metal helado de los aviones. Casi no ha dejado de llover desde que aterrizaron en Niza y la luz de mediados de diciembre le parece cada vez más opresiva.

Guarda el teléfono en el bolso con un gesto de contrariedad en la frente y diciendo para sí: «Que te jodan, Corbin, que te jodan, que

te jodan».

Por extraño que parezca, piensa, ninguno de los dos ha hecho la más mínima mención al estado de salud de «la niña de la pila».

Pero ahora prefiere no tener que pensar en ello.

Se revuelve incómoda en el asiento y, al cabo de un rato, apoya la cabeza en el cristal, ajena al ruido de los pasajeros que hablan en voz alta mientras colocan sus maletas en los compartimentos del avión. A ratos siente un cansancio extremo. Cierra los ojos, aunque lo último que quiere es dormir. Las cuatro noches anteriores ha tenido *flashbacks* y, al poco tiempo de quedarse dormida, abría los ojos y se incorporaba de golpe en la cama, aterrorizada y con taquicardia, después de revivir el momento del choque y ese sonido que, cuando se ha escuchado, ya no se olvida jamás: el impacto y el ruido sordo del cuerpo contra el capó.

Luego, casi por inercia, coge de nuevo el móvil y escucha el mensaje de Claude: «Espero que todo fuera bien anoche. Quería llamarte, pero las cosas se complicaron. La reunión con Bastian es hoy. No te retrases, *d'accord?*».

La cita con el arquitecto, piensa.

Lo había olvidado por completo.

Los músculos se le tensan mientras, en su interior, se consolida un único deseo: poner tierra de por medio y despertarse a la mañana siguiente muy lejos de allí, por ejemplo a siete mil trescientos kilómetros, la distancia exacta entre Niza y Chicago, acostada en la habitación de algún hotel de acero y cristal del *downtown* mientras oye el rumor del tráfico y se olvida al fin de toda esa pesadilla.

Alguien se detiene de pronto en el pasillo y, cuando levanta la vista, descubre a Gael guardando su maleta en el compartimento de equipajes. La mira sin dejar de sonreír y le explica que, a última hora, ha conseguido un *upgrade* a primera clase. Le pide permiso

para sentarse y, de forma desconcertante, se acomoda junto a ella. Lúa le dedica una mirada de reproche ante la perspectiva de afrontar algo más de dos horas junto a un acompañante que, con toda probabilidad, se empeñará en darle conversación. Mira el reloj en el móvil. Intenta seguir trabajando con la vista fija en el portátil, pero está incómoda; tiene que releer cada frase al menos dos o tres veces antes de ser capaz de entenderla y, al final, no ve más allá de los reposacabezas ajustados con velcro y las bolsas para el mareo.

Sin embargo, apenas unos minutos después, empieza a notar en el vientre el efecto de las pastillas. Vuelve a revisar las últimas llamadas y el correo. Entre los mensajes hay uno de Theo Blackwell, el CEO global de ShackelCom, felicitándola por el premio. El martes viajará a Madrid, le adelanta, y espera que puedan «charlar y tomar una cerveza de forma distendida».

Al leerlo, Lúa no puede evitar sonreír, y, por primera vez, se aferra a la posibilidad de empezar una nueva vida como a una tabla de salvación.

A pocos centímetros de ella, Gael se quita el jersey de lana gruesa y, de improviso, se establece entre ellos una especie de conexión electrizante: lleva la misma camiseta negra de los Sex Pistols que fue la favorita de ella durante años, con la bandera británica de fondo y el título de la canción, *No One is Innocent*, impreso en letras blancas.

De forma súbita, Lúa comprende que, en realidad, los sentimientos solo van y vienen y que cualquier situación es pasajera: «¿Por qué inquietarse tanto?», se dice.

En cuanto el avión despega, nota cómo los músculos se relajan poco a poco y se amoldan a la forma del asiento. Se desabrocha el cinturón y, en menos de cinco minutos, pasa de pensar «¿Qué estoy haciendo aquí?» a debatir de forma apasionada con Gael sobre el

pasado criminal de Ronnie Biggs y el significado de la canción *No One is Innocent*:

—Desde luego, la letra fue muy polémica en su día —dice Gael—. Mucha gente pensó que era de mal gusto.

—Y, en cambio, el mensaje es muy simple —responde Lúa—: Si Dios va a salvar a la reina, también debería salvar a Myra Hindley, la asesina en serie, o a Martin Bormann, el jefe del partido nazi. Porque nadie es inocente.

Él le lanza una mirada llena de curiosidad.

—Pero Ronnie Biggs era un delincuente convicto —dice.

—Era solo una persona normal —le replica ella— que, en un momento dado, cometió un error.

Un auxiliar de vuelo empuja el carrito por el estrecho pasillo del avión.

—¿Café o té? —pregunta—. ¿O prefieren un refresco?

—Coca-Cola, por favor —responden los dos casi a la vez. Se miran sonriendo y, casi al instante, apartan la mirada.

Gael abre la lata y, despacio, se sirve la mitad en un vaso de plástico.

—Los microbios y el bisfenol A, ya sabes —bromea—. Creo que, después de esta crisis, nunca volveré a beber de una lata ni nada que se le parezca.

Durante varios minutos conversan sobre Corbin y las reuniones con el Ministerio de Sanidad, y después Lúa le felicita con entusiasmo por el vídeo sobre el proceso de producción de la fábrica de Vigo, que todavía siguen emitiendo las televisiones.

—Un trabajo excelente —dice asintiendo con la cabeza.

Luego, también ella vierte la Coca-Cola en un vaso de plástico y contempla absorta el líquido oscuro y chispeante. A ratos experimenta la levedad de su cuerpo mientras imagina cómo las

burbujas de nitrógeno se fusionan entre ellas y giran, dan vueltas y se elevan, generando fenómenos cósmicos.

Enseguida vuelve en sí y mira a Gael con expresión aturdida.

—Perdona, ¿qué estabas diciendo?

—Me refería al discurso de ayer —le explica—. No sé cómo lo hiciste, pero lograste conectar con el público a un nivel muy profundo.

Ella parpadea sin comprender. Tiene lagunas en su cabeza, y también la sensación de haber hablado más de la cuenta.

—¿Qué parte en concreto? —le pregunta después de una pausa más larga de lo habitual.

—Cuando dijiste que no existe la muerte en la publicidad.

Lúa lo mira con fijeza mientras trata de hacer memoria. Pero, aunque se esfuerza, no es capaz de recordarlo.

—Hablabas de la tristeza que a veces sentimos en el estómago, ya sabes —añade Gael—, ese malestar interior que fingimos que no existe y tratamos de apaciguar viajando y comprando miles de cosas que no necesitamos, aunque en el fondo sepamos que no funciona, porque es algo que arde como una cerilla y no deja más que cenizas. Y, también, del engaño de la publicidad y de esa obsesiva obligación de ser felices. Dijiste que el hombre es un ser para la muerte y que, sin embargo, todo invita a que vivamos de espaldas a ella.

Lúa aparta la mirada, cada vez más incómoda por el giro de ciento ochenta grados en la conversación.

—Supongo que nos dejaste en shock cuando te escuchamos decir eso de que nunca imaginamos la muerte al final de la historia. Y, en cambio, no es posible hacer nada por evitarla. Da igual lo que tengas, lo bueno que seas o lo mucho que trabajes: la muerte está en todas partes.

Luego, durante varios minutos, deja que Gael continúe hablando.

—¿Sabes? —añade—. El mayor engaño de la publicidad consiste en todo ese optimismo fingido. La idea absurda de que todo mejora siempre y en todo hay progreso *ad nauseam*.

Lúa asiente en silencio. Un alud de dudas le recorre por dentro mientras se pregunta por las consecuencias que podría tener un discurso tan fuera de lugar en las próximas horas.

El auxiliar de vuelo regresa con las botellas tintineando en el carro de la comida, y Lúa pide un café solo y una bolsa de frutos secos. Después, aunque casi nunca lo toma, abre un sobre de azúcar, que flota apenas una fracción de segundo sobre la espuma antes de precipitarse al fondo.

—A propósito —añade Gael abriendo la bolsa de frutos secos—. Antes de marcharte mencionaste también algo sobre la esencia de la publicidad y la idea de imperfección que no acabé de entender. ¿Qué querías decir?

Lúa vuelve a mirar la taza; le da vueltas despacio con la cuchara y parece reflexionar.

—Supongo que, después de todo, los errores hacen más cercanas y humanizan a las marcas. Puede parecer irónico, pero siempre les digo a mis clientes: «Me enamoro de las marcas con las que trabajo porque conozco sus defectos».

—Es el efecto Pratfall, ¿verdad?

—Exacto —dice ella. Sostiene la taza con las dos manos y después se la lleva a los labios—. Los consumidores buscan cada vez más autenticidad. Estar siempre con el traje de los domingos ya no funciona. Y está demostrado que las marcas tienden a gustar más cuando muestran sus debilidades e imperfecciones.

—Lo que me recuerda una frase de Leo Burnett que me parece muy acertada —añade Gael—: «El consumidor no es idiota, el

consumidor es tu mujer».

Los dos vuelven a reír.

Después de unos segundos en silencio, él la mira a los ojos y, con una expresión divertida, dice:

—Es curioso, pero casi todas las personas que conozco coinciden en que eres una persona bastante...

Se queda en silencio unos instantes, como si no encontrase la palabra.

—*¿*Malvada*?* —añade ella.

Él vuelve a sonreír.

—En realidad quería decir algo como, tal vez, poco empática —continúa—. Y de hecho, yo mismo lo pensaba hasta hace apenas unas horas.

Lúa le mira con gesto serio.

—Es horrible —dice— que la gente vaya diciendo por ahí, a tus espaldas, cosas que son absolutamente ciertas.

Gael suelta una carcajada.

Luego siguen hablando sobre el viaje a Cannes y él le cuenta de pasada que, la tarde anterior, entró por casualidad en una librería de viejo del casco antiguo y se quedó prendado de una edición especial de los *Ensayos* de Montaigne. Por desgracia para él, dice, no podía permitírsela, y tuvo que devolver los tres tomos a su estante después de haberlos tenido tan solo unos minutos entre las manos.

«¿Montaigne?», piensa ella.

Luego mueve la cabeza en señal de aprobación y, enseguida, Gael cambia de tema y le pregunta por qué siempre lleva un cuaderno rojo a todas partes.

Lúa baja los ojos y siente el peso de la piedra en el estómago. Jamás le ha contado a nadie que, cuando era niña, su padre se lo regaló «para que guardase los secretos que no se podían contar en

voz alta». Apenas una semana antes de morir, recuerda, le dijo que podía dibujar o inventar historias cada vez que el mundo a su alrededor se volviera insoportable. A veces, él escribía frases como: «Si hoy has tenido un día gris, invéntate uno bonito y escríbelo aquí». Y, de ese modo, aquel primer cuaderno rojo acabó convirtiéndose para ella en una especie de taller de publicidad: en él creaba pequeños anuncios sobre casas limpias que olían a bizcocho recién hecho y familias con padres que no bebían y que sabían cocinar y nunca olvidaban los cumpleaños de sus hijos.

Gael la observa, a la espera de una respuesta que no llega.

—Cada día anoto películas, canciones, libros, pinturas, fotógrafos, calles o citas de autores que me interesan —dice Lúa tratando de que no se le quiebre la voz—. Lo mejor que puede hacer un creativo es interesarse por todo lo que ve, ¿no crees?

Él la observa con atención.

—La creatividad se entrena —continúa ella—. Y de alguna forma, quizás sea también un acto de rebeldía. Siempre tengo una libreta a mano: nunca dejo de estudiar, de viajar, de pensar y de potenciar ese impulso que para mí es una especie de fuego interior. Tengo más de quinientos cuadernos llenos de ideas. La imaginación lo es todo, Gael. Y cuanto más la usas...

—¿Y por qué siempre es rojo? —la interrumpe Gael.

Pero ella permanece en silencio hasta que, de repente, una fuerte turbulencia hace que el avión se eleve en el aire como si un puño invisible lo golpeara. Un instante después el aparato desciende con brusquedad y, al igual que en el accidente, todo parece ocurrir a cámara lenta. Ordenadores y teléfonos móviles, maletines, bolsas de papel, bolígrafos, revistas y libros se desplazan por la cabina y chocan contra los asientos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —grita desde algún lugar una voz de mujer.

El café se derrama sobre la bandeja y las latas de refrescos ruedan por el suelo. Los niños lloran. Gael sujeta con firmeza a Lúa por el brazo, que no lleva puesto el cinturón de seguridad.

Ella se queda sin respiración y, sin previo aviso, las imágenes del atropello se amontonan en su mente.

Unos momentos después todo ha terminado y el comandante asegura por megafonía que el avión vuelve a estar bajo control.

—¿Estás bien? —pregunta Gael.

Lúa cierra los ojos, incapaz de pronunciar palabra, mientras se masajea las sienes como si quisiera borrar cualquier pensamiento de su mente.

Cuando abre los ojos, la cabina parece un campo de batalla y los auxiliares de vuelo van de un lado a otro tratando de calmar a todo el mundo y recoger el desastre.

El hombre del asiento delantero, un anciano con bigote casi blanco, se da la vuelta y los mira con ojos aterrados por encima del respaldo. No deja de hablar. Se atropella con las palabras y, con un asomo de espanto en el tono, les asegura que los incidentes debidos a fuertes turbulencias son mucho más frecuentes de lo que piensan.

—Más de ochocientos pasajeros heridos según las últimas estadísticas —asegura con la tez pálida y el labio inferior temblando —. Muchos de gravedad. Dos de muerte. Las compañías aéreas prefieren no hablar de los peligros ocultos. ¿Para qué demonios iban a querer asustar a los clientes?

Gael se inclina hacia delante y le dice: «Vamos, no se apure, caballero, que no conduce a nada». Después le sugiere que se abroche el cinturón de seguridad y avisa al auxiliar de vuelo.

—Casi cuatrocientas toneladas —añade el anciano con voz quebrada y llevándose la mano a la garganta—, ese es el peso de un Boeing cargado. ¿Lo sabían? Por amor de Dios, cada despegue va contra las leyes de la naturaleza.

Apenas unos minutos más tarde, le traen una botella helada de coñac y él se sirve una buena dosis sin dejar de temblar.

Lúa cierra los ojos y se lleva la mano al pecho. No puede quitarse de la cabeza el accidente. Piensa en la familia de la mujer atropellada y en cómo debió de ser el momento en el que recibieron la llamada de la policía. La inquietud y la angustia. Las palpitaciones. Las náuseas. Nota calambres en las manos y cada vez le cuesta más respirar.

Gael le habla con voz suave, pero ella apenas le escucha. Siente como si algo punzante le hubiera atravesado por dentro. La sensación es real, casi física, como si tuviera un agujero negro en el pecho y todos los demás pudiesen ver a través de ella.

23

Mientras se dirige en un coche de alquiler hacia la casa nueva, ese cubo blanco y sin historia al que Claude idolatra desde hace meses, imagina cómo sería empezar otra vez de cero. En las últimas horas no ha recibido ninguna alerta sobre el accidente y, quizás por eso, está segura de que todo va a mejorar.

Observa el horizonte recortado por las montañas bajo un cielo lleno de nubes de tormenta. Pero al menos no llueve, piensa, y, durante unos instantes, vuelve a experimentar la antigua sensación de despreocupada libertad y el mundo, de alguna forma, parece estabilizarse a su alrededor.

Cambia de marcha, mira los espejos laterales y coge el desvío hacia la autopista. Trata de no prestar demasiada atención al paso del tiempo, pero sus ojos vuelven, casi a cada minuto, hacia el reloj del salpicadero mientras el teléfono vibra y se llena de correos electrónicos y mensajes en el buzón de voz a pesar de ser domingo. Enciende la radio y cambia varias veces de emisora. En el boletín de noticias de las diez rescatan un par de fragmentos con declaraciones de Corbin que no aportan ninguna novedad.

«Todo va a salir bien», se promete a sí misma.

A mitad del trayecto llama a Claude para avisarle de que está de camino. La línea comunica. Cinco minutos después, él le devuelve la llamada. Le pregunta qué tal el viaje y, casi sin dejarla terminar —«bien, estupendo, todo tranquilo»—, se interesa por el coche:

quiere saber cuándo piensa recogerlo del taller. Ella aprieta las uñas contra la palma de la mano y le dice que no se preocupe, que irá a buscarlo al día siguiente, y, enseguida, él le pide que no se retrase, puesto que el arquitecto y Sandrine, la diseñadora de interiores, hace rato que han llegado.

Reconoce sus voces de fondo, reverberando en las paredes vacías.

Antes de colgar, Claude menciona algo, tal vez una cena o algún compromiso, que ella no acaba de entender por no prestar la suficiente atención.

—Creo que esta noche me quedaré en casa —le dice—. Estoy muerta.

—Bianca inaugura la exposición de pintura y le prometí que iríamos.

—¿Y por qué has hecho eso?

—¿Hacer qué?

—Cerrar planes sin consultarme. Acabo de llegar de viaje y ni siquiera he visto todavía a Martín. Y, además, tengo demasiado trabajo como para pasarme la tarde dando conversación a personas a las que ni siquiera conozco.

De inmediato se arrepiente de lo que acaba de decir y se hace un silencio que se endurece por momentos.

—De hecho, lo decidimos el miércoles —responde él en tono áspero—. Tú misma hablaste con Bianca por la mañana, cuando llamó para felicitar a Martín.

Lúa se pasa la mano por la nuca y no dice nada.

¿Cómo puede olvidarse de todo?

Por un momento imagina a Claude al otro lado de la línea, con las comisuras de los labios curvadas hacia abajo y haciendo girar el dedo índice sobre sus sienes.

Se queda callada unos segundos más, pensando en las lagunas de su cabeza, mientras trata de improvisar una disculpa.

—Siento lo que he dicho —murmura—. Es solo que estoy un poco cansada.

Después, un silencio largo al otro lado de la línea, seguido de una respiración profunda. En cuestión de segundos se incorpora al carril derecho y aguza la mirada tratando de encontrar el desvío en la autopista.

—¡Maldita sea! —grita de pronto—. Acabo de pasarme la salida.

Golpea el volante con furia y vuelve a maldecir.

—Tranquila, vamos. Tranquila —dice Claude—. Solo coge el siguiente desvío. Y conduce despacio, *d'accord*?

En cuanto cuelga el teléfono aprieta los dientes mientras piensa en sus cada vez más frecuentes cambios de ánimo, y en lo mucho que afectan a su relación con Claude. Por un instante se pregunta quién es ella en realidad: ¿la mujer autoritaria, caótica y desquiciada o la mujer introvertida, cobarde y rota?

Siente el impulso de darse la vuelta, aunque en realidad no sepa adónde ir. Pero está segura de que, si vuelve a casa, se vendrá abajo y no podrá evitar derrumbarse. Se pasa la mano con impaciencia por el pelo. Se encuentra al límite de sus fuerzas y tiene miedo de dejarse vencer por el cansancio. Rebusca en el bolsillo del pantalón y se mete un par de anfetaminas debajo de la lengua. Inclinándose un poco hacia delante, inspira varias veces seguidas para contener la sensación de náusea.

Al cabo de un minuto enciende el intermitente y coge el primer desvío. Aunque ya está cerca de la casa nueva, calcula que a unos cuatro o tal vez cinco kilómetros, conecta el navegador del coche para no perderse ni terminar dando vueltas en círculos por el laberinto de carreteras como la última vez.

Sin embargo, al salir de la autopista, le invade un atisbo de temor.

A lo lejos, distingue unas luces que parpadean.

Según se aproxima comienza a transpirar.

El estómago se le endurece y las mejillas le arden.

No puede creerlo.

A la vuelta de la curva, dos policías con chalecos amarillos le hacen señales para que se orille en la cuneta.

«No te pares», piensa.

Imagina todas las formas para huir que se le ocurren: hacer un giro brusco, acelerar, pasar de largo, fingir un desmayo; pero ya es demasiado tarde para hacerlo sin levantar sospechas, se dice, y en ese momento lo da todo por perdido. Detiene el coche con el corazón golpeando contra el pecho, como si quisiera salirse del enrejado de las costillas. La saliva se vuelve espesa. Pero la única salida ahora, piensa, es fingir cierta cordura y no complicar más las cosas.

Uno de los agentes se inclina sobre la ventanilla, le pide la documentación y le informa de que están realizando un control de alcoholemia. Ella abre el bolso y, tratando de ocultar el temblor de las manos, le entrega el carnet de conducir.

A su espalda se escucha de fondo el sonido de la emisora y a los dos agentes hablando en voz baja.

Casi sin respirar, ella esconde la mirada.

El policía le entrega la boquilla con el precinto para que la coloque en el aparato medidor mientras su compañero revisa la documentación.

—Sople, por favor —dice.

Ella respira hondo, acerca los labios y, durante varios segundos que se le hacen eternos, trata de mantener el soplido hasta que el

alcoholímetro emite la señal sonora que indica que la prueba ha finalizado.

Amaga una especie de sonrisa cuando el agente le devuelve el carnet de conducir y le indica que el resultado del test es negativo.

—Puede seguir —dice.

Por momentos, la piedra del estómago se vuelve algo menos pesada.

Cierra la ventanilla, enciende el motor y respira con alivio cuando piensa en todo lo que podría haber ocurrido. Pero, por fortuna, se dice, esta vez la suerte estaba de su lado y, a pesar de los nervios, del alcohol de la noche anterior, del cansancio y de los ojos enrojecidos, el policía no ha visto nada tan extraño en su comportamiento como para someterla a un control de drogas.

Deja atrás la carretera, gira a la derecha y, unos metros más adelante, se detiene en un semáforo en rojo. Por primera vez se permite unos segundos de inconsciencia mientras contempla la posibilidad de retomar su vida en el mismo punto en que la dejó hace tan solo cuatro días, cuando llevaba el traje sin una sola arruga y no se pasaba las horas preguntándose si acabaría en la cárcel.

Tan solo un año antes, piensa, estaba en San Francisco con un grupo de clientes de la agencia, paseando por Fisherman's Wharf y comiendo ostras y cangrejos y una auténtica *clam chowder* en un restaurante con vistas a la bahía. Le viene a la memoria la imagen de los leones marinos, perezosos y juguetones, que tomaban el sol en los muelles del Pier 39. Recuerda que Greta llevaba un jersey marinero a rayas y estaba preocupada porque tenía que inventarse un eslogan sobre compresas para el día siguiente. Entorna los ojos y se muerde el labio inferior. Lo que daría por arrancarse el agujero negro que tiene en el pecho, respirar hondo, volver a aquellos tiempos. Sin embargo, por esos giros incomprensibles que en

ocasiones tiene el destino, tanto Greta como ella tienen ahora otras preocupaciones más acuciantes en las que pensar.

Agarra el volante con las dos manos mientras su cabeza se llena de imágenes bochornosas de hace solo unas horas: el vestido blanco arruinado, su discurso irreflexivo y carente de toda lógica al recibir el León de Cannes, el exceso de alcohol y, tal vez, de confianza con Greta.

Cuando el semáforo cambia a verde, acelera y conduce durante otro par de kilómetros hasta la zona residencial. A simple vista no se ve ninguna casa, solo verjas altas y números grabados en piedra. Gira a la izquierda después de la rotonda, y luego dos veces seguidas a la derecha, hasta que divisa el chalet, de líneas vanguardistas y rodeado de arizónicas y cámaras de vigilancia.

Se da cuenta de que no tiene las llaves y aparca a pocos metros del contenedor de escombros, sorteando los bolardos que protegen la zona residencial.

El jardinero, un hombre robusto, con el cabello gris y barba de varios días, la saluda desde el otro lado de la verja metálica.

—Ah, señora Cruz, ¿qué tal está? —dice llevándose la mano a la gorra—. Hace siglos que no la veo.

Está a punto de decirle algo como: «No me puedo quejar. ¿Y cómo le va a usted?» cuando el teléfono suena en el bolso. Es Corbin de nuevo.

Se disculpa con un ademán y se aleja unos pasos hacia otra verja oscura con el logo de una compañía de seguridad.

—¿Qué ocurre, Ryan? —le pregunta.

Un dóberman ladra y sacude con fuerza la alambrada a pocos metros de ella.

Se tapa el oído con una mano y sigue caminando mientras, al otro lado de la línea, Corbin menciona las últimas novedades de la

investigación, además de los nombres de un par de técnicos del ministerio que ella olvida en el acto. Según le explica, la policía ha analizado las imágenes de la cámara de seguridad de un supermercado, y en ellas se observa a una mujer manipulando una lata de Mr. Velvet con un pequeño objeto metálico en las manos. Ryan le explica que, según los investigadores, la mujer podría haber realizado una apertura controlada del sello, tal vez usando algún tipo de herramienta como una aguja o un alfiler. Podría haber creado un pequeño hueco en el que insertar la pila, continúa, y, después, haberlo vuelto a sellar para que el consumidor no notase de inmediato que algo había sido alterado.

—Han ampliado varios fotogramas en el laboratorio —dice—. Y en las próximas horas visionarán las cámaras de otras grandes superficies.

Al escucharle, Lúa sonríe y casi siente la efervescencia de las ideas que bullen en su interior. Le dice que es una noticia «fantástica» y, de inmediato, su mente se llena de preguntas, cuyas respuestas encadena con nuevas ideas. Habla de otros casos de sabotaje, de falsos testimonios, de consecuencias legales.

—Estoy convencida —le asegura— de que muy pronto se producirán las primeras detenciones.

Dice la palabra sin rubor y sin tropezar en ninguna letra: «De-ten-cio-nes».

Corbin le pide prudencia mientras ella no deja de concretar los próximos pasos —reuniones con expertos, entrevistas, columnas de opinión, notas de prensa—, y le sugiere preparar un segundo vídeo, narrado por él mismo, para dar la máxima difusión a las imágenes del supermercado.

Quince minutos después se despiden y ella habla por teléfono con Greta para que, en caso de confirmarse que se trata de un sabotaje,

tenga todo listo para convocar una rueda de prensa con Corbin. A ser posible, le explica, de forma conjunta con el Ministerio de Sanidad.

Al cabo de un rato de conversación, Lúa le pregunta cómo está, y Greta suspira y le dice que ha dormido hasta casi las doce y que, nada más levantarse, ha pedido al servicio de habitaciones un dónut de chocolate y una tarrina de Ben & Jerry's que se ha terminado de una sentada.

—Supongo que ya era hora de que me soltara un poco —dice como si tratara de que su voz sonase algo menos triste—. Llevo desde los once años metiendo tripa y comiendo ensaladas.

Charlan durante un rato sin entrar en terrenos pantanosos para ninguna de las dos, y enseguida Lúa se despide y camina a paso vivo hacia la verja. Saluda al jardinero con un par de frases de cortesía y, cuando levanta la vista, descubre a Claude esperándola junto a la puerta de entrada, con gesto serio y la espalda recta como un general. Lleva un jersey negro de cuello alto y, cogiéndola por el brazo, la guía hacia el interior de la casa.

—¿Se puede saber por qué no cogías el teléfono? —le pregunta con voz tensa.

—Tenía una llamada importante que hacer.

—Creía que habíamos dicho a las diez y media —responde él—. Son más de las doce. Bastian y Sandrine ya estaban a punto de marcharse. ¿En qué estabas pensando?

Se desafían con la mirada y entran sin decirse nada más.

El arquitecto y la diseñadora de interiores están en medio del salón vacío midiendo el techo y las paredes con un metro digital. Al escuchar el eco de los pasos, los dos se giran y le estrechan la mano a Lúa. Conversan durante un par de minutos y enseguida le muestran planos, revistas, colores, tejidos, catálogos. Recorren las

habitaciones, con suelos de madera maciza sin un solo rasguño, mientras ella se da vueltas a la alianza con la uña del pulgar. Se detienen en la cocina, delante de las pantallas que han instalado para vigilar los puntos de acceso a la casa, y Claude bromea sobre el sistema domótico, con el que ella —asegura— «se niega por completo a hablar».

Por un momento Lúa piensa en seguirle el juego y responder algo como: «Ya solo me faltaba tener que hablarles a las persianas». Pero durante la conversación se mantiene distante, viendo cómo los demás conversan con entusiasmo sobre hornos y campanas profesionales, vinotecas, cafeteras integradas y molinillos automáticos de sal y pimienta.

Trata de sonreír a Claude, pero en realidad no deja de pensar en la casa de su niñez, tan sobria y tan distinta, con las cuerdas para colgar la ropa bajo la ventana de la cocina, que daba al patio. Recuerda que, en los días de tormenta, las sábanas se inflaban al viento y las prendas de colores tiraban de las pinzas de madera como si tuviesen vida.

—Desde luego, hoy día una vitrocerámica de seis fuegos se considera un mínimo —dice Bastian mientras despliega sobre la encimera un catálogo de tapas negras.

Claude asiente con la cabeza y Sandrine le dedica su sonrisa recién financiada justo antes de decir:

—El cielo es el límite.

Continúan hablando sin respiro sobre muebles de diseño, luces led integradas y soluciones de almacenamiento. Lúa apoya la mano sobre la fría encimera de mármol y se abstrae un momento, con la mirada fija en algún punto más allá del gran ventanal que ocupa casi toda la pared. Se imagina por la noche, en su cama, durmiendo sola en esa casa de cuatrocientos metros cuadrados, y el espacio de

pronto le da miedo, como si fuera una trampa. Un frío punzante le sube por la espalda vértebra a vértebra. Tiene el rostro ensimismado y solo escucha el ruido dentro de su cabeza. Por un instante tiene la sensación de que los muros de la casa se le vienen encima, y se imagina a sí misma corriendo hacia la calle con el estómago vacío y los oídos zumbándole.

La voz de Sandrine la aparta de sus pensamientos.

—¿Subimos al vestidor? —le pregunta—. Ha quedado ideal.

Sin esperar respuesta, le pasa la mano por la espalda con sus uñas largas y afiladas, del mismo tono de rojo que sus labios. Suben al piso de arriba y, durante unos minutos, le muestra los estantes iluminados para zapatos, los soportes para bolsos, la isla para guardar y exponer joyas.

Lúa imagina por un momento el vestidor rebosante de trajes, blusas, jerséis, abrigos, vestidos, camisetas, zapatos..., muchos de ellos aún sin estrenar. Puede ver con nitidez su colección de Birkin en los estantes. Son los premios que ha ganado durante tantos años de trabajo duro, piensa. Los colecciona como Claude colecciona medallas y trofeos de golf. Pero enseguida empieza a inquietarse y tiene la sensación de que algo negro acecha detrás de todas esas prendas y bolsos de colores.

—Donde hay orden hay paz —dice Sandrine.

Lúa permanece en silencio mientras la interiorista se mueve de un lado a otro de forma casi eléctrica: abre y cierra cajones, se levanta y se agacha, enciende luces y pasa la mano por la *chaise longue* de terciopelo hecha a medida.

«Parece más una *boutique* de lujo que un armario», piensa.

Pero no abre la boca.

Tiene la sensación de ser la única persona en el mundo que jamás habrá sentido el deseo de abandonar una casa de revista para ir a

esconderse en un sótano oscuro en el que poder pensar y que la dejen tranquila.

Un par de horas más tarde, cuando regresan a la casa antigua, la realidad le golpea de nuevo. Mientras Martín le tira de la manga para que vaya a ver cuánto ha crecido el garbanzo que ha plantado en un bote de yogur, recibe una alerta en el móvil. Se aleja hacia la puerta y, de nuevo, lee con avidez una breve entrevista con la familia de la víctima: aseguran que unas imágenes de baja calidad captadas por unas cámaras de vigilancia son su única esperanza. Según publica la prensa digital, las cámaras se encuentran a unas pocas decenas de metros del lugar del atropello, en la esquina de un edificio propiedad del ayuntamiento.

—Mami...

Al parecer, las cámaras captaron el paso de dos coches de color oscuro en los segundos posteriores al accidente y la policía estudia las imágenes para aumentar la resolución y tratar de distinguir las matrículas y modelos.

Lúa siente la presión en la mandíbula, el agotamiento de los últimos días.

Una náusea le sube desde el estómago.

Martín vuelve a tirarle de la manga.

Ella trata de tomar distancia, de mirar desde fuera, para que el dolor madure poco a poco y sin atormentarla.

—¿Puedes dejarme en paz de una vez? —le dice con rabia contenida y sin poder despegar los ojos de la pantalla.

Un par de horas más tarde, en la cena, mientras Minerva les sirve el segundo plato, se lleva la mano al bolsillo con disimulo y se toma tres pastillas para dormir con la copa de vino a medio beber.

—¿Y cómo fue en Cannes? —le pregunta Claude con un trozo de atún rojo en el tenedor.

—Bien —responde ella—. Normal.

—¿Solo normal? ¿Nada interesante?

—Ya sabes cómo son estas cosas.

Claude mastica el pescado despacio.

—Estás más callada que de costumbre.

Ella evita mirarle. Remueve la crema de guisantes en el plato y le dice que solo es cansancio.

—Tampoco me has contado nada sobre la rueda de prensa.

—No hubo nada importante.

—Ya, claro.

Lúa se reacomoda en la silla, y un impulso interno le hace cruzar las piernas.

—No hay por qué preocuparse —añade—. Solo ha sido una rueda de prensa más.

Martín empieza a jugar con un trozo de pan y lo desmiga sobre el atún sin probar bocado.

—¿Y el coche? —le pregunta Claude al cabo de unos segundos.

Lúa se atraganta con su propia saliva y empieza a toser.

—¿Estás bien? —le dice Martín, y se levanta a darle pequeñas palmadas en la espalda.

Ella bebe un poco de vino y le besa en el pelo mientras piensa en Corbin, en la rueda de prensa y en todas las entregas pendientes, y también en que debería encontrar un hueco para ir a buscar el Range Rover al taller en algún momento.

A ratos, Claude la mira en silencio, con el cuchillo y el tenedor planeando sobre el plato; luego Martín le pide otro *petit suisse* a Minerva y empieza a hablarles de su profesora nueva de inglés, Naomi, que tiene el pelo de color rosa chicle y además es de Kilkenny, donde estuvieron un verano.

Unos minutos después, cuando todo parece volver a estar en calma, Claude le pregunta:

—¿Te has acordado de dar parte al seguro?

Lo dice sin apenas mirarla. Y ella responde sin titubear:

—Sí, por supuesto. Esta mañana.

Minerva recoge los platos y ella siente la enredadera negra en el estómago. Se levanta de la mesa y se excusa diciendo que tiene que preparar la rueda de prensa del día siguiente. Luego se encierra en el despacho y se sienta en el suelo durante mucho tiempo, con las manos tapándole la cabeza.

Y cuando llega la noche y se mete en la cama, Claude le acaricia la espalda y, de nuevo, le pregunta si está segura de que «no ha pasado algo que no le esté contando». Fingiendo una calma que no siente, Lúa le contesta que lo único que ocurre es que tiene demasiada presión en el trabajo. «Solo eso», dice.

Por primera vez piensa en la posibilidad de que Claude haya empezado a intuir el trasfondo de lo que ella oculta, pero enseguida descarta la idea cuando él le habla de lo increíble que está quedando la casa y lo mucho que se revalorizará en los próximos años. El concepto abierto y la luz natural, la piscina desbordante, el dormitorio con *jacuzzi* y chimenea, la terraza con vistas al *skyline* de Madrid.

—Un lienzo en blanco —dice.

Cuando al fin se duerme, ella se levanta y se mete en la bañera con la vieja Gillette, que lleva años escondida en el fondo de un cajón.

«No hagas tonterías», se dice a sí misma.

Pero siente una tormenta dentro de ella y no puede evitar empezar a hacerse cortes en el muslo, que repasa despacio, una y

otra vez, por encima de las antiguas cicatrices, zigzagueantes y distribuidas al azar.

Recuerda que de niña también se hacía pequeños arañazos en las manos con la punta del compás. Y, cuando alguien quería saber qué le había ocurrido, decía siempre que eran de la gata, aunque nunca tuvieron una.

También Martín le pregunta a menudo qué son las cicatrices que tiene en las piernas, y ella responde con evasivas: «Nada importante, cariño, son solo marcas de cuando te caes jugando». En cambio, Claude prefiere no verlo. Cree que solo importa el presente, con ese convencimiento absurdo de que todo saldrá bien. Pero, a veces, le sorprende mirando las cicatrices, como si buscara una historia que no quiere escuchar.

Continúa marcándose la piel y, al cabo de un rato, en cuanto empieza a desaparecer la tensión y se hace más ligero el peso del estómago, suelta la cuchilla en el agua y deja que todo a su alrededor se convierta, poco a poco, en un mar de espuma rojiza.

24

Sale deprisa del dormitorio, con la americana a medio poner y el portátil bajo el brazo, cuando vuelve a escuchar a Martín, que la llama por tercera o quizás cuarta vez. Entra en la cocina, siempre oscura por la pared del edificio de enfrente.

—¿Qué ocurre, cariño? —le pregunta—. ¿Por qué gritas?

—Es que no quiero más —responde Martín alargando la última sílaba. La taza de leche y la tostada siguen intactas delante de él desde hace más de quince minutos.

Sobre la mesa hay una botella de zumo recién exprimido, fruta fresca, panes y mantequilla, y también una fila de muñecos de Playmobil alineados de forma casi milimétrica.

Lúa enciende el portátil y se sirve su primera taza de café. Como siempre, se toma dos seguidas, muy cargadas y sin azúcar. Después abre varios cajones y alacenas en busca de una caja de ibuprofeno, y, para cuando se sienta a la mesa, la taza ya va por la mitad.

—Tienes que desayunar —le dice a Martín. Luego mira el reloj del móvil—. Y te quedan ocho minutos.

Él baja la cabeza y apoya los codos sobre el mantel.

—Me duele la tripa —murmura.

—No empecemos otra vez con eso, ¿vale? —dice ella con voz enérgica y un tono más alto de lo habitual.

Se lleva una mano a la frente y trata de concentrarse en la nota de prensa que acaba de enviarle Greta, en la que se informa a los

medios sobre los resultados de la investigación conjunta de Mr. Velvet y el Ministerio de Sanidad. Tal y como esperaba, dos personas acaban de ser detenidas por presentar denuncias falsas asegurando haber encontrado pilas de botón en el interior de las latas. Las cámaras de varios supermercados y grandes superficies, así como diversas pruebas realizadas en el laboratorio, confirman que los envases habían sido manipulados. Desde ShackelCom han difundido las imágenes en un nuevo vídeo con declaraciones de Corbin, que las principales televisiones no paran de emitir en bucle desde primera hora de la mañana.

Por un momento le viene a la cabeza la conversación que tuvo con Greta hace cuatro o quizás cinco días, justo al comienzo de la crisis de Mr. Velvet, cuando ella le advirtió:

—¿Y si todo fuera una especie de broma?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

—Ya sabes, algún gracioso sin nada mejor que hacer.

En aquel momento, lo único que acertó a contestar fue:

—¿De verdad te parece que se puede inventar una historia así?

Greta tenía razón desde el principio, piensa. Tuvo un buen pálpito y, al final, la crisis de Mr. Velvet no ha sido más que una broma de mal gusto, la invención de un loco que después ha seguido extendiéndose por puro afán de notoriedad. Por el contrario, su único acierto, empeñándose de una forma suicida en no retirar el producto de los lineales, como si quisiera castigarse a sí misma, tan solo ha sido una simple cuestión de suerte.

Pero ahora prefiere no pensar demasiado en ello y, de nuevo, intenta visualizar la rueda de prensa y las posibles preguntas de los periodistas. Sin apartar los ojos de la pantalla, coge la taza con las dos manos y apura el café, que está demasiado caliente.

—No quiero la tostada —murmura Martín.

Lleva todo el desayuno sin dejar de mover los pies: los balancea hacia delante y atrás, golpeándolos sin descanso contra las patas de la silla.

Lúa respira hondo y se levanta a por la segunda taza de café. Vuelve a sentarse y enseguida le envía un correo a Corbin con todos los datos e informes que acaba de adjuntarle Greta: «Al final no ha sido más que una broma de mal gusto —escribe—. Estoy segura de que este hecho disparará la confianza de Mr. Velvet a ojos del consumidor».

—¿Puedo tomar Choco Krispies, mami?

Ella no contesta. Sigue revisando y respondiendo los correos más urgentes para tenerlo todo listo antes de la rueda de prensa de las diez. De vez en cuando mira de soslayo a Martín, que sigue sin probar la leche ni la tostada.

—¿Puedo? —dice con voz cansina—. Por favor.

Lúa niega con la cabeza y le repite: «Termina de una vez» mientras mira un par de vídeos con las últimas declaraciones de Corbin en televisión, en las que recuerda la seguridad del proceso de envasado automático, además del hecho de que «todavía no se ha encontrado ninguna lata cerrada que contenga cualquier tipo de objeto extraño en su interior».

—¿Puedo? —insiste Martín—. Ayer me dijiste que...

—Te he dicho que no.

Saca del bolso el cuaderno rojo y comienza a tomar algunas notas que considera relevantes de cara a la rueda de prensa. Cuando termina, cancela una videollamada con parte del equipo de cuentas para hablar sobre la campaña de un nuevo labial.

Unos instantes después se sobresalta cuando Martín tira la cuchara al suelo sin querer.

—¿Es que no puedes estarte quieto ni un minuto?

Casi a la vez, Minerva entra canturreando en la cocina con el delantal de flores y los guantes puestos. Escurre una bayeta en el fregadero y, a continuación, abre el frigorífico y saca una bandeja de fruta en la que casi todo, piensa, parece «demasiado rojo»: racimos de uvas, manzanas, fresas, ciruelas, grosellas, arándanos.

Martín se levanta y le enseña un todoterreno de juguete que no había visto antes. Se lo ha regalado «Víctor», dice, aunque tiene un faro roto. Lúa levanta la vista del correo electrónico que estaba a punto de enviar. Por un instante recuerda al antiguo conserje y las palabras a medias que escuchó decir a una vecina: «Parece buena persona, pero...». Algo en su tono dejó una duda que nunca desapareció del todo. Le pregunta a Martín quién es Víctor, pero él no responde y sigue jugando.

Minerva abre el grifo y empieza a cortar en pequeños dados la fruta, que le prepara a Martín para el almuerzo del colegio.

Lúa se esfuerza por concentrarse en el último correo de uno de los directores de cuentas que contiene frases como: «El cliente está perdiendo la paciencia, necesitamos una solución inmediata», y también: «Tenemos que revisar el presupuesto hoy o perderemos el contrato». Se frota los ojos y golpea ligeramente el teclado con los dedos, sin conseguir avanzar en el mensaje.

—¿Y cuándo vamos a poner el árbol, mami?

Lúa cierra los ojos un instante cuando escucha el silbido del hervidor de agua, que borbotea en la placa de la cocina y deja escapar ráfagas cortas de vapor que empañan los cristales de la ventana. Poco a poco, una especie de nube húmeda y viscosa ocupa todo el espacio.

—¿Podemos ponerlo luego? ¿Después del cole?

En los últimos días, piensa, tiene siempre una ansiedad difusa en el pecho y se encuentra incómoda casi en cualquier lugar, incluso en

su propia casa, donde ni siquiera soporta la presencia de Minerva, que lo escucha y lo vigila todo tras los cristales de sus gafas de concha de color miel.

—¿Puedo abrir los Choco Krispies? —pregunta de nuevo Martín—. Por favor.

Ella siente toda la tensión que se va acumulando en algún lugar cercano a las mandíbulas mientras intenta releer, por enésima vez, otro correo que le ha enviado Corbin con un millón de dudas y preguntas respecto al contenido y la logística de la rueda de prensa. Mira de nuevo el reloj.

—Mami...

Lúa golpea la mesa con la palma de la mano y se levanta de golpe.

—Escúchame bien —le dice a Martín con voz irritada, mirándole a los ojos y sin importarle lo más mínimo que se encuentre Minerva delante—. Cuando digo que no, quiero decir no. ¿Lo has entendido?

Él baja la mirada y no contesta.

Lúa le levanta la barbilla y le repite con gesto tenso:

—¿Lo has entendido?

Martín asiente con un ligero movimiento de cabeza.

Ella se queda unos instantes observándolo, tan poco acostumbrado, se dice, a la más mínima crueldad. Nunca un tirón de pelo, nunca un cachete o algún azote de vez en cuando, nunca un plato contra la pared. Piensa de pronto en su madre: el café derramado, los gritos, el llanto, el olor a vómito. Y, casi a la vez, recuerda una frase que escribió en el cuaderno rojo: «No voy a ser como ellos». Según transcurren los segundos y ve a Martín al borde de las lágrimas, empieza a asustarse de sí misma. Desde que era una niña, piensa, las voces altas y las disputas siempre le han generado ansiedad y un miedo atroz.

Se pasa varias veces la mano por el pelo y luego mira a Minerva, que sigue cortando la fruta y hace como que no se da cuenta de nada de lo que ocurre.

Sin quererlo, la asalta el recuerdo de la voz interrogante de la profesora de su hijo, hace apenas unos días, al otro lado del teléfono: «Ayer volvió a quedarse dormido en la mesa. Está distraído, a veces ni siquiera responde cuando le hablo, se queda mirando un punto fijo en la pizarra, como si no me oyera. ¿Va todo bien en casa?».

Cierra los ojos un instante y, sin pararse apenas a pensarlo, se gira y saca del armario la caja de Choco Krispies.

—Venga, desayuna —dice colocando el paquete de cereales sobre la mesa—. No hagas esperar a papá, ¿vale?

Pero no hay respuesta.

Deja que pasen un par de segundos y luego respira exhausta.

Por un momento no hay ruido alguno en la cocina aparte del murmullo del vapor del agua y del reloj de la pared.

Vuelve a sentarse y trata de desviar sus pensamientos hacia cualquier otro sitio mientras Minerva coloca la fruta en un táper y la mezcla con yogur natural. Todavía está mirándola cuando ella se seca las manos con un trapo de cocina y luego se da la vuelta y, de forma casi imperceptible, le hace un gesto cómplice a Martín para que empiece a desayunar y se beba la leche. En apenas un instante, él se levanta a por una cuchara limpia y enseguida abre la caja de cereales. Un puñado de ellos se desperdigan sobre el mantel y se le pegan a las mangas del jersey de lana del uniforme.

Lúa aprieta la taza con fuerza y comienza a darle vueltas despacio, como si fuera una pelota antiestrés. Siente un malestar difuso en la boca del estómago, que se extiende y duele sin forma alguna de apaciguarlo.

Al cabo de un rato, Minerva se acuclilla para guardar el táper y una pequeña botella de agua en la mochila de Martín. Tiene las piernas hinchadas y, cuando se incorpora, se lleva las manos a la espalda. Aun así, sonríe y le dice a Martín:

—No se haga el remolón que, si no desayuna, luego le va a dar hambre en la escuela.

Añade que también ella «come muy bien en la mañana para tener fuerzas y poder trabajar todo el día», y después le da una palmada en el hombro, coge la cesta de la colada y camina en dirección a la puerta.

Martín la agarra del brazo y le dice:

—Si tú no trabajas en nada, Minerva.

Ella abre los ojos con expresión de incredulidad.

—¿Y desde cuándo se supone que yo no trabajo en nada, vamos a ver? —dice—. ¿Pero qué vaina es esa?

Lúa está a punto de reprender a Martín; sin embargo, le escruta con la mirada y, sin saber muy bien por qué, deja que siga hablando y finge abstraerse en la pantalla del ordenador.

—El tuyo no es un trabajo de verdad.

—¡Cónchale! —responde Minerva—. Ya le digo yo que es un trabajo, aunque parezca invisible. Porque nunca aparece en los periódicos, ni en los libros ni en ninguna parte. Pero alguien tiene que ocuparse de cocinar y limpiar, y hacer las camas, ir al colmado y recoger la mesa; y también de lavar y planchar la ropa y de tirar la basura y de todas esas vainas insignificantes, incluido cuidar de usted cada vez que tiene fiebre o le da un *yeyo* y no puede ir a la escuela.

—Pero tú no tienes ningún premio —añade Martín—. Mamá tiene un montón y acaban de darle otro.

Al escucharlo en voz alta, Lúa se repliega sobre sí misma mientras Minerva se encoge de hombros y le dice a Martín que se hace tarde y que se tome de una vez la tostada y «un *chin* de leche», que su padre esta vez no va a tener tanta paciencia y algún día no lo va a esperar. Luego se apoya en la cadera la cesta de la ropa y, antes de salir, le revuelve los rizos negros con la mano y añade:

—Y dígame, ¿qué sería de usted en la vida si nadie le hubiera enseñado a hacer sus necesidades en el retrete?

Martín se ríe y enseguida se inclina hacia delante para coger la caja de Choco Krispies. Está sentado de rodillas y, al extender la mano, tira sin querer uno de los Playmobil, que arrastra en su caída a todos los demás, como si fueran las fichas de un dominó. Deja la caja de cereales a un lado y vuelve a colocarlo todo con la misma paciencia y minuciosidad que pone siempre en el juego, igual que hacía ella, se dice Lúa, cuando ordenaba los lápices por tamaños y colores, con precisión milimétrica, mientras su madre dormía en el sillón.

Lúa levanta la vista y nota el pulso acelerado al pensar en que nunca ha tenido que preocuparse por pasar la aspiradora, llevar la ropa a la tintorería o cortarle las uñas a Martín. Tampoco por cuidar de él cuando estaba enfermo. A diferencia de Claude, ella casi nunca ha ido a buscarle al colegio, tan solo a algún entrenamiento, y siempre a última hora de la tarde los escasos días que se queda en Madrid. Pero, entre viajes y compromisos, se ha perdido la mayor parte de sus funciones escolares y partidos de fútbol. En realidad, ha sido su padre quien siempre ha estado ahí para él y le ha enseñado a nadar y a montar en bicicleta, a silbar y a atarse los cordones, a escribir su nombre.

Le viene de pronto a la cabeza el recuerdo de una mañana de domingo, hace apenas unos meses, en la que los tres salieron a

comer al restaurante italiano de Ortega y Gasset. Martín llevaba días soñando con ese momento porque, como suele decir Claude: «La pizza nos hace felices». Caminaban de la mano y Martín le pedía a su padre que le contara, una vez más, la historia de la pizza margarita:

—Pues resulta que un maestro pizzero la inventó para la reina Margarita de Saboya —decía Claude—. Y es un homenaje a la bandera de Italia porque...

Luego, le dejaba terminar la historia: «Verde, albahaca; blanco, mozzarella, y rojo, tomate».

Sin embargo, unos metros antes de llegar al restaurante, un antiguo amigo saludó a Claude con efusividad. Los dos parecían emocionados de volver a verse. Aquel tipo le habló de su productora audiovisual, de los galardones que acababan de recibir en los últimos festivales y de los proyectos que tenía en curso. Repetía que tenían mucho que contarse, quería que comiesen juntos, proponerle una colaboración que no podría rechazar. Esa misma noche, le dijo, se marchaba de la ciudad.

Por un instante, Lúa se imaginó pasando el día a solas con Martín.

Sin embargo, la respuesta de Claude la sorprendió:

—Suena fantástico, pero no va a poder ser —le dijo—. Mi familia y yo tenemos planeado un día especial.

Martín abrazó a su padre y sonrió de alivio y de felicidad.

Lúa cierra los ojos cuando nota la enredadera negra, que se le extiende desde el vientre hasta el pecho. A diferencia de Claude, durante todos estos años su vida ha estado siempre al borde del caos, piensa, y nunca ha sido capaz de sentir el valor de lo cotidiano porque lo único a lo que aspiraba en todo momento era a estar en otra parte, haciendo otra cosa, siendo alguien diferente.

Le tiemblan las manos cuando levanta la taza de café y Claude entra en la cocina ajustándose el nudo de la corbata.

—¿Pero todavía estás así? —dice dirigiéndose a Martín, que en cuanto le escucha se lleva la primera cucharada de cereales a la boca—. ¿Qué quieres? ¿Que lleguemos tarde otra vez?

Claude merodea por la cocina buscando algo que no encuentra. Solo con mirarle, Lúa sabe que sigue molesto por la inercia de las últimas discusiones: incluso cuando se han levantado, los dos se han echado en cara que era el turno del otro a la hora de fijar una tutoría con la profesora de Martín. Ella le observa mientras estruja una servilleta de lino entre los dedos, como si la tela tuviera culpa de algo. Intenta concentrarse en los materiales para la prensa que acaba de enviarle Greta, pero no tiene fuerzas para seguir revisando el correo. No puede leer. Y cuando levanta los ojos, lo único en lo que repara es en el nudo de la corbata, demasiado pequeño y con algunas arrugas, que Claude vuelve a ajustarse una y otra vez, sin conseguir que le quede en su sitio. Cuando le conoció, recuerda, jamás deshacía el nudo: se metía la corbata por la cabeza y, por la noche, la dejaba colgando en el pomo de la puerta, como si fuera la soga de un ahorcado.

Algo en la manera en la que Claude mueve las manos le hace recordar que, hace apenas un par de días, al quitarse la chaqueta, se le cayó un encendedor al suelo. No dijo nada, y ella tampoco lo hizo, no quería dar pie a empezar otra discusión. Sin embargo, enseguida percibió aquel hálito extraño, mezcla de menta fuerte con el fondo característico del humo, cuando él se inclinó a darle un beso rápido.

Claude se sirve un zumo de naranja y, sin sentarse ni apenas dirigirle la palabra, coge una tostada y extiende una fina capa de mantequilla sobre el pan.

—¿Y se puede saber por qué has abierto la caja de cereales? —le pregunta a Martín.

—Mamá me ha dejado.

Lúa se pasa la mano por el pelo y no dice nada. En las últimas semanas, Claude tiene una cruzada particular contra el azúcar que hace que a veces choquen sin remedio.

—Es que, si cada uno decís una cosa, así no tenéis autoridad —dice Martín.

—¿Dónde has oído eso? —le pregunta él.

—Lo dice la abuela Claire.

Claude enarca las cejas.

—Pues dile a la abuela Claire que, cuando mamá hace un disparate, papá puede pararle los pies. Y viceversa —añade mirando a Lúa—. Así siempre sabes que, si uno de los dos hace alguna tontería o pierde los nervios, el otro siempre te va a proteger, *d'accord?*

Luego, sin quitarle los ojos de encima, da un mordisco al pan con mantequilla.

El hervidor de agua vuelve a silbar.

Lúa baja la tapa del portátil y le desafía con la mirada.

«Pero ¿qué te pasa?», le gustaría decirle.

Sin embargo, antes de que pueda responder cualquier otra cosa, él vuelve a preguntar:

—¿Recoges hoy el coche del taller?

La frase la deja sin aliento y, por un instante, nota un sabor amargo como la bilis en la boca.

Cierra el cuaderno y coge el bolígrafo, que se le resbala de las manos.

—Lo recojo esta tarde —dice escogiendo con cautela cada palabra.

Luego le pide a Martín que se ponga las zapatillas y, antes de salir, coge el plato con la tostada, todavía sin tocar, y abre el cubo de la basura.

En cuanto termina la rueda de prensa, el móvil no deja de sonar y la bandeja de entrada y el buzón de voz se llenan de felicitaciones y mensajes llenos de alabanzas y emoticonos absurdos. Todos se desviven por conocerla y llegar a ella, por hacerle una entrevista, por invitarla como asesora o como ponente a alguna universidad privada; su nombre se pronuncia en todas partes con respeto y veneración.

«Pero ningún éxito, por importante que sea —le ha dicho a Corbin mientras tomaban un café—, garantiza el siguiente.»

De cualquier forma, se dice, él ha estado irreprochable durante su comparecencia, acompañado del ministro de Sanidad. Los dos se han mantenido alineados en los mensajes y han hecho hincapié en los hallazgos de la investigación y en la mala fe de las reclamaciones; y, de nuevo, han reiterado que el falso testimonio está penado por la ley.

Después de las últimas detenciones —cinco en total, aunque no se descartan otras en las próximas horas—, el incidente de la pila parece cada vez más un montaje que un hecho real.

Y, de algún modo, también ella empieza a considerar lo ocurrido una crisis.

Una crisis grande y profunda, pero ya casi pasada.

Apenas se ha mencionado ya a «la niña de la pila» durante la rueda de prensa.

Y es que, a fin de cuentas, se dice, la vida sigue y nada en absoluto es lo suficientemente devastador con el paso de los días.

Deja la taza de café sobre una mesa alta y luego se aleja unos pasos hacia el vestíbulo del hotel, improvisando una excusa y sin apartar los ojos de la pantalla del móvil. Relee varias veces el mensaje de Theo Blackwell, el CEO global de ShackelCom, felicitándola por la investigación con el Ministerio de Sanidad y el «éxito rotundo» de la rueda de prensa. En apenas unas horas, le recuerda, estará en Madrid y tendrán tiempo para charlar y «chequear nuevas oportunidades». Unos minutos antes ha recibido una convocatoria de la secretaria de Blackwell citándola el martes a las doce del mediodía en el Eurobuilding de Padre Damián.

Es lo que había querido siempre, piensa.

Una carrera llena de éxitos, y también de ese narcótico de la atención pública y el reconocimiento de los demás.

Pero ya no está segura de si lo quiere.

Todo lo que ha conseguido a lo largo de tantos años de trabajo y sacrificio le parece ahora insignificante, y nadie se hace una idea del precio que ha pagado por el éxito. Frustraciones, miedos, sacrificios, rencores y ojerizas, callejones sin salida, infinidad de noches sin dormir. Se pregunta qué es lo que queda después de una vida de viajes y aeropuertos. Cuando duermes en la cama de un hotel más de ciento cincuenta noches al año, piensa, incluso la mejor de las habitaciones puede sacarte de tus casillas.

Las imágenes se suceden, una tras otra, centrifugadas en su cerebro: reuniones, cenas, escalas, taxis, seminarios, gráficos, alarmas, clientes, últimos preparativos. Terminar a las cinco o a las seis. Y después coger el vuelo de las nueve de vuelta a Madrid.

Es posible que se haya convertido en una persona que despierta respeto y admiración a su paso. Pero lo único que de verdad quiere en estos momentos es hacerse líquida y desaparecer: que la gente la ignore y la deje en paz.

A pocos metros de distancia, parte del equipo, algunos periodistas y técnicos del ministerio, junto con Corbin y otros miembros del Departamento de Comunicación de Mr. Velvet, se dan palmadas en la espalda y charlan mientras apuran sus cafés; y ella los observa con el teléfono en la mano, inmóvil y en silencio, como si los viera desde el otro lado de un cristal.

Mira un instante a Ryan, rodeado de acólitos, con su traje negro de corte elegante y esa expresión de vanidad y suficiencia en su cara que parece decir: «Me encanta cuando funciona».

Alguien le pone la mano en el hombro y enseguida la rodea una nube de personas que de pronto crece más y más; y, de nuevo, se suceden los elogios y las preguntas y todas esas miradas llenas de curiosidad hostil.

Lúa aprieta los dientes y trata de devolverles la sonrisa.

Pero no puede evitar pensar que, en realidad, no está celebrando ningún éxito, sino más bien el comienzo de sus fracasos.

25

Llega más de veinte minutos tarde al pequeño restaurante italiano de don Alessio, donde han quedado para comer con una clienta potencial a la que llevan meses cortejando desde la agencia. Greta está sentada en la única mesa que hay junto a la ventana, sola y ensimismada, y hojea un par de folletos —seguramente, piensa Lúa, de la clínica abortiva en la que tenía cita a primera hora de la mañana—. Se levanta de la silla nada más verla y el ramillete de aros que lleva en la muñeca tintinea cuando le estrecha la mano, flácida y fría como un pescado muerto, en un gesto medido, aunque algo más prolongado de lo habitual.

Lúa le pregunta cómo está y Greta se encoge de hombros y hace un amago de sonrisa. Pero enseguida cambia de tema y empieza a hablarle sobre la rueda de prensa y las últimas novedades: tal y como esperaban, acaban de producirse otras tres detenciones más, de nuevo por presentar denuncias falsas contra Mr. Velvet, y la noticia vuelve a abrir los principales informativos de la radio y la televisión.

El restaurante, con vigas de madera y horno de leña, está lleno y el bullicio parece derramarse por todas partes: el rumor de las conversaciones y la música italiana de fondo, el trasiego de sillas, algunas carcajadas y toses, el ruido incesante de los platos y de los cubiertos, un aparador que se abre y se cierra.

Lúa cuelga el bolso y la gabardina en el respaldo de la silla y luego deja su teléfono sobre el mantel, boca abajo. Tiene la blusa pegada al cuerpo por la humedad. Afuera aún sigue lloviendo, pero dentro hace un calor opresivo; el tipo de calor que enrojece las mejillas de los niños en los días de invierno.

—¿Qué tal ha ido en la clínica? —le pregunta.

—Tengo que volver el jueves —responde Greta bajando la voz—. Cuando pasen los tres días de reflexión.

—¿Y qué piensas hacer?

Greta aparta la mirada y, con voz cortante, le responde:

—¿No podemos cambiar de tema?

«Estás casi de doce semanas», está a punto de decirle Lúa.

Por experiencia propia sabe que, si decide abortar, tendrá que hacerlo mediante una intervención quirúrgica, con esa especie de aspiradora manual. A estas alturas las pastillas ya no le sirven. Siente el impulso de zarandearla y gritarle que no hay tiempo que perder, pero, por algún motivo, guarda silencio y decide que es mejor no ahondar en la herida. Le pide al camarero una copa de vino tinto mientras observa a Greta en silencio. Tiene los párpados hinchados y su pelo cobrizo, que resplandece siempre como en los anuncios de champú, parece ahora apagado y sin brillo.

Una especie de ternura la invade y, por primera vez en mucho tiempo, se da cuenta de que Greta siempre ha sido para ella como ese par de zapatillas viejas o un jersey algo dado de sí y lleno de bolitas donde puedes sentirte segura y como en casa.

Al mirarla reconoce a la antigua amiga, esa forma de llevarse el dedo a los labios cada vez que se muestra pensativa; y también el brazalete que tiene en la muñeca izquierda, que eligieron juntas en su último viaje a Rabat. Dos pulseras gemelas de oro blanco con una media luna y sus iniciales grabadas. Aquel día, recuerda, Greta le

hizo prometer que, si algún día las cosas terminaban por torcerse para las dos, alquilarían un coche y saltarían juntas desde algún acantilado, como Thelma y Louise.

Un nudo de congoja la encoge por dentro al recordar la costumbre que tiene Greta de morder los sándwiches en círculo, reservando el centro siempre para el final; y también el modo en el que se lava los dientes, haciendo equilibrio sobre un solo pie frente al espejo, como si fuera una cigüeña. Los recuerdos van y vienen y se mezclan en su mente, imposibles de ordenar.

Saben tantas cosas la una de la otra, piensa.

Se acuerda de que, cada vez que dormían juntas en un hotel —cuando aún eran amigas y no hablaban solo de futuros negocios, mucho antes de que empezaran a tomar caminos diferentes—, Greta colocaba siempre una silla cruzada delante de la puerta antes de irse a dormir: «Ya sabes, por si alguien intenta entrar», decía a modo de disculpa.

Se acuerda también de que Greta es alérgica a las arizónicas y a la piel del melocotón; y de que, por encima de cualquier plato con estrella Michelin, adora las *jelly belly* de sabores imposibles y los regalices rojos rellenos de esa pasta blanca y viscosa que se pega a los dientes. Al igual que ella, es una trabajadora compulsiva que reza porque el domingo se termine de una vez y siempre tiene la sensación de perder el tiempo en casa, aunque, en ocasiones, pueda pasarse media tarde buscando en internet dónde está el *outlet* que vende los Lady Dior por una miseria.

Sin embargo, mientras la observa de soslayo y finge revisar los mensajes en el móvil, tiene la impresión de que las dos acaban de encontrarse y apenas empiezan a conocerse. Greta parpadea varias veces y luego se limpia una lágrima con el dorso de la mano. Al otro lado de la ventana, a pocos centímetros de ellas, una mujer que

lleva un niño de pecho en brazos se resguarda de la lluvia y, después, se da la vuelta, implorando a otro de unos tres o cuatro años para que vaya más deprisa. Durante unos segundos, Greta se queda absorta, con la mirada fija en el bebé y los nudillos apretándole los labios.

—Después de un aborto tardío —dice sin dirigirse a ella—, no siempre es posible volver a quedarte embarazada, ¿lo sabías?

Lúa se inclina hacia delante.

—Pensaba que no querías tenerlo —dice.

Por un momento, se pregunta cómo podría encajar Greta un bebé en su caótica vida, sin pareja estable desde hace años —¿el último fue su entrenador personal o aquel camarero diez años más joven? — y con su madre viviendo a más de quinientos kilómetros de Madrid. Piensa en los continuos mensajes en el móvil, las cenas, los viajes de trabajo al extranjero, los breves saltos a otra ciudad; y, sobre todo, en la locura que supone ser mujer y madre en estos tiempos: mantener tu carrera profesional pero sin perderte nada de la infancia de tus hijos en un mundo de planificación obsesiva en el que los padres solicitan plaza en los colegios más demandados para unos bebés que ni siquiera han nacido.

Mira a Greta, inmóvil frente a la ventana mientras la lluvia resbala en los cristales, una presencia silenciosa y oscura, piensa. Y, por más que lo intenta, no es capaz de imaginarla arrastrando el peso de su cuerpo con el vientre hinchado, como si fuera una venus de Willendorf. Por muchos años que pasen, está segura, ella siempre será una de esas mujeres etéreas, de labios rojos y gesto displicente, que aparecen en los cuadros de Tamara de Lempicka, con su estética elegante y futurista y las telas de sus vestidos, tan llenos de color y de vida, flotando en el aire.

El camarero se acerca a la mesa y le sirve a Lúa una copa de vino y, por un instante, los ojos se le humedecen al recordar que, de niña, el estómago se le encogía cada vez que escuchaba el sonido del corcho saliendo de la botella.

Luego se acuerda del Range Rover y mira el reloj del móvil. Nota el pulso que le late en las sienes. Se hace tarde, piensa, y todavía tiene que llegar hasta Coslada para recoger el coche; además, en algún momento debería revisar los presupuestos y los concursos más urgentes, aprobar las vacaciones y las notas de gastos, supervisar las cuentas y el *briefing* de la campaña de Navidad.

Una camarera sale de la cocina y cruza la sala como una exhalación. Lleva cinco platos al mismo tiempo sin usar bandeja, dos en cada mano y uno en equilibrio sobre el brazo.

La voz de Greta, que de pronto suena extrañamente inexpresiva, interrumpe el curso huracanado de sus pensamientos.

—Siempre he querido ser una mujer independiente, con dinero, y hacer lo que me diera la gana —dice—. Pero, al mismo tiempo, supongo que también soñaba con alguien a quien amar y con quien, algún día, formar una familia.

Se calla unos segundos, arrugando la frente, y, luego, comienza de nuevo:

—¿Es que ya no quedan hombres decentes en ninguna parte?

Lúa se recuesta en la silla y sonríe mientras piensa en que es algo que también escucha a menudo entre las clientas y colaboradoras de la agencia con las que tiene una relación más cercana. Por algún motivo, todas coinciden en el hecho de que hay muchas mujeres de más de treinta y tantos años «cultas y preparadas», pero casi ningún hombre que esté a la altura. Muchas veces, Greta le ha hablado de la llamada «teoría del ABCD»: si se clasifica a hombres y mujeres en edad de casarse en cuatro niveles educativos, de la A a

la D, las mujeres con nivel A y los hombres con nivel D son los que más terminan solos. La explicación es sencilla: muchos hombres evitan a mujeres más competentes, lo que reduce las opciones de pareja para ellas a medida que ascienden en educación y carrera.

Sin apenas darse cuenta, Lúa mueve la copa adelante y atrás, y después desliza los dedos por el tallo mientras se pregunta si, en algún momento, Claude habrá sentido que no está a su altura.

Greta sigue hablando sin responder a la pregunta sobre si piensa seguir adelante o, por el contrario, está decidida a interrumpir el embarazo.

—Cuando era más joven —continúa—, siempre decía que algo así jamás me iba a pasar a mí. Tantos métodos, tanta información... Un embarazo no deseado es de estúpidas. Y más aún camino de los treinta y ocho, ¿no crees?

Lúa aprieta la mandíbula mientras piensa en que nunca ha hablado con Greta sobre su aborto, que ocurrió un año y medio después de nacer Martín y que estuvo a punto de acabar con su matrimonio, ya que Claude no podía entender que aquel embarazo, que ninguno de los dos había previsto, no fuera deseado. Durante mucho tiempo rezó para perder al bebé de forma espontánea, pero su cuerpo parecía decidido a llevar la gestación a término.

Han pasado casi cinco años desde aquel día y, sin embargo, todavía hoy le cuesta recordarlo. A fin de cuentas, se dice, es una de las peculiaridades de los fracasos: nunca se vuelve a hablar de ellos porque duelen demasiado.

De improviso, Greta empieza a llorar.

En silencio, sin ruido, sin histeria, con la cabeza vuelta hacia la ventana.

Su cuerpo tiembla, pero su voz suena calmada mientras le explica que, en realidad, la ley permite el aborto libre hasta la semana

catorce de gestación; y que, a partir de esa fecha, solo se puede hacer en determinados supuestos: si hay malformaciones importantes en el bebé o riesgo grave para la madre.

Y aunque sabe que el tiempo corre en su contra y debería haber tomado ya una decisión, aún sigue dándole vueltas y debatiéndose entre seguir adelante o interrumpir el embarazo.

Por un lado, dice, quiere tenerlo. Porque no quiere «matar a su bebé» y porque, al menos, le gustaría regalarle unos días más de vida. Además, tiene miedo a las complicaciones. Porque el aborto puede ir mal, dice, y porque también corre el riesgo de perder mucha sangre, la salud, el útero, la capacidad de tener hijos.

Pero al cabo de unos segundos vacila y añade que, al mismo tiempo, necesita acabar cuanto antes con esta situación para no volverse loca y poner en orden su vida. Porque jamás ha tenido ningún tipo de estabilidad, dice, y porque no se siente preparada para ser madre, y menos aún de alguien a quien apenas conoce.

—Ni siquiera puedo imaginarme cuidando de un bebé llorón un día tras otro —dice mientras revuelve en el bolso y saca un pañuelo de papel.

Lúa mueve su silla para sentarse al lado de Greta. Después la rodea con el brazo por la espalda y le susurra al oído: «Todo va a ir bien, tranquila». Y también: «Estoy contigo en esto».

Siente vértigo al pensar en todo lo que ha pasado en los últimos días.

—Tengo tanto miedo de acabar mis días sola —dice Greta entre sollozos.

Unos minutos después, se enjuga las lágrimas con la punta de la servilleta y bebe unos sorbos de agua.

Las dos se miran, se sonríen.

—¿Por qué no podemos las mujeres tenerlo todo, hacerlo todo? —dice Greta.

Lúa vuelve los ojos de nuevo hacia la ventana y, por un momento, piensa en su propia maternidad. La depresión posparto, los puntos de la cesárea y la diástasis abdominal. La soledad, el miedo, la fatiga extrema y la montaña rusa de emociones. La culpa. Piensa en cuánto le dolió perder a la mujer que era y en lo mucho que le costó volver a reencontrarse a sí misma en un cuerpo que apenas reconocía como suyo; y también en cómo cambió su deseo sexual y en lo difícil que, cada mañana, le resultaba mirar la cicatriz de la cesárea.

Recuerda que, en una ocasión, una de las clientas de la agencia le aseguró que incluso una de las mayores feministas de la historia, además de una de las primeras mujeres que teorizó sobre el hecho de no ser madre, Simone de Beauvoir, también dudaba al final de sus días y se preguntaba a sí misma si, después de todo, no habría sido «atroz» el hecho de haberse obligado a sacrificar la vida familiar por la creación literaria.

—Por cierto —añade Greta al cabo de un par de minutos—, ¿qué era lo que querías decirme el otro día?

Lúa hace un gesto con las manos en el aire para intentar quitarle importancia a la pregunta y, sin darse cuenta, tira la copa y el vino se derrama sobre el mantel blanco. Un camarero se apresura a recogerlo mientras Greta se endereza en la silla y hace una mueca de desagrado. Dice que el olor a fruta madura y el de los pimientos asados le revuelve el estómago, y luego deja la servilleta sobre la mesa y se levanta deprisa para ir al baño.

Lúa se disculpa con el camarero y, después, se lleva la mano a la frente, que nota con más calor del habitual. Trata de espantar la ola

negra que se cierne de nuevo sobre su cabeza y revisa los últimos mensajes.

Levanta la vista cuando una mujer de cincuenta y pocos años entra en el restaurante. Lleva una gabardina de colores salpicada de gotas de lluvia y sonríe sin cesar, como si estuviera posando para una fotografía que nadie le está haciendo.

—Otra vez vuelve a ser Navidad, ¿podéis creerlo? —les dice a modo de saludo a las dos mujeres de la mesa de al lado—. ¿Adónde se supone que va el tiempo, queridas?

Las tres se saludan con una efusividad estudiada, haciendo el amago pero sin llegar a besarse y asegurando, sin que les tiemble la voz, que el tiempo no pasa por ninguna de ellas. La mujer de la gabardina aprovecha para retocarse el pelo húmedo y veteado de gris mientras se mira en la superficie reflectante del cristal, y luego enlaza una frase con otra en un parloteo ininterrumpido.

Lúa aparta la mirada.

Después de haberse tomado deprisa la copa de vino con el estómago vacío, se siente algo aturdida y, por momentos, oye retazos de las conversaciones y las carcajadas de la mesa de al lado: «¿Podéis decirme en qué momento la manicura se volvió imprescindible?». «¿Es usted alérgica a alguna cosa, señora?», pregunta el camarero. «Sí, hijo, al reguetón».

Un par de minutos más tarde, Greta regresa del baño con el maquillaje perfecto pero los ojos aún algo enrojecidos por el llanto.

—Amanda no viene —dice con el teléfono en la mano—. Acaba de llamar para decir que está con su hijo en Urgencias.

Lúa levanta la vista con expresión de contrariedad.

—Apendicitis —añade Greta.

El dueño del restaurante, don Alessio, se acerca y le pone la mano sobre el hombro a Lúa. Su espeso bigote blanco se mueve arriba y

abajo: «¿Cómo le va, *signorina*?». Enseguida le pregunta cómo están su marido y Martín. De vez en cuando, ella se escapa y viene a comer algo rápido, casi siempre sola, y se sienta siempre en un rincón en el que don Alessio ha colocado una pequeña biblioteca en sustitución de las antiguas máquinas tragaperras.

Lúa se impacienta y menciona que tienen poco tiempo para comer, pero don Alessio sigue hablando con sosiego, en voz baja y afable, y les recomienda probar un plato de *panzanella*:

—Es una receta toscana para aprovechar nuestro pan de leña. Lo mezclamos con tomates frescos y secos muy dulces, mozzarella *di bufala campana*, albahaca fresca y apio crujiente —dice sonriendo.

Luego se lleva los dedos arracimados a la boca y lanza un beso al aire.

Lúa se muerde los labios y le pregunta cuánto tardarían en salir una ensalada o unos *fusilli* con verduras.

—Solo preparamos la *panzanella* un par de veces al año, *signorina*. Tienen que probarla —insiste don Alessio con su marcado acento italiano.

Greta asiente con la cabeza y Lúa termina por pedir las malditas *panzanelle* y una ensalada para compartir. Se pasa la mano de nuevo por el pelo y vuelve a mirar el reloj.

En la mesa de al lado piden otra botella de vino y vuelven a hablar demasiado alto:

—Los hombres mayores siempre se emparejan con mujeres mucho más jóvenes, ¿os dais cuenta? —dice la mujer de la gabardina—. Harrison Ford, Mick Jagger, George Clooney, Julio Iglesias... ¿Y qué tienen ellos que no tengamos nosotras?

Cuando al fin el camarero lleva las dichosas *panzanelle*, Lúa casi se ha terminado la copa de vino y pide otra más. Después comen en silencio mientras, en la calle, una agente de estacionamiento con

chaleco reflectante patrulla la zona en busca de coches que han superado el tiempo del parquímetro o no tienen ticket de aparcamiento.

Greta atiende una llamada de teléfono y, de vez en cuando, ella baja los ojos y se queda mirando la mancha de vino sobre el mantel. Cuando levanta la vista, la golpea de pronto el reflejo de su madre en el cristal. Es apenas un segundo. La cabeza ladeada, el cansancio en los ojos, esa forma de quedarse mirando la ventana con una copa en la mano, sin decir nada, cada vez que su padre desaparecía durante dos o tres días, a veces una semana. Durante mucho tiempo pensó que era debilidad. Juró que nunca sería como ella y, en cambio, ahora empieza a dudar. Tal vez no era rendirse, piensa, sino más bien no saber por dónde seguir. Por primera vez no siente rabia, sino una especie de compasión dolorosa hacia ella, como una grieta por la que empieza a filtrarse un poco de luz. Y aunque lleva años ingresada en un centro psiquiátrico y apenas la ve, piensa de pronto en cuánto le gustaría poder hablar por teléfono con ella, como hace Greta a todas horas con su madre sobre cualquier nimiedad: una tienda que cierra, algún familiar que acaba de mudarse del barrio, el último libro de Rosa Montero o de Rachel Cusk.

Afuera sigue lloviendo, mientras los camareros observan los platos casi intactos y no paran de preguntar si le pasa algo a la comida.

Lúa parpadea varias veces, como si despertara de un sueño, y luego hace un ademán con la mano para pedir la cuenta.

—¿Nos vamos? —le dice a Greta.

Ella se lleva la mano al vientre, con los ojos aún brillantes.

—¿Estás mejor? —le pregunta.

—Sí, ya casi se me ha pasado.

Parece asustada, pero sonríe.

Y cuando están a punto de despedirse, Lúa le tiende una mano, pero Greta la ignora y la estrecha con fuerza en un abrazo.

Alrededor de una hora y media más tarde, apenas unos minutos antes de las seis, el taxi la deja en el polígono industrial, a las afueras de Coslada. El camino hasta el taller —que, pese a las multas, sigue operando sin licencia en las instalaciones de una empresa de transportes— se vuelve barro en algunos tramos, horadado por baches profundos en los que la lluvia ha dejado pozas de agua negra.

Demasiadas cosas se están resquebrajando en su interior, piensa, y, por momentos, vuelve a sentir toda esa ansiedad, el nerviosismo, las dudas lacerantes.

El encargado la observa desde la puerta del taller con un cigarro entre los labios y las manos en los bolsillos. Tiene el cabello gris recogido en una coleta y, al igual que tres días antes, cuando se vieron por primera vez, apenas hablan. Él la saluda con un movimiento casi imperceptible de cabeza y después se adentran en la nave, que huele a gasolina, a aceite quemado, a goma de neumático.

Cuando llegan al coche, ella tiene una sensación extraña y revisa cada centímetro de la carrocería mientras él aguarda con la mano en la cadera. Al principio le parece ver un rasguño en el capó, apenas unos centímetros más arriba del intermitente derecho. Pasa la mano y lo mira más de cerca hasta que se asegura de que en realidad no hay nada que ver y todo es fruto de su imaginación.

Sin embargo, un instante después, se da cuenta de que el ojo de buey continúa en la luna delantera.

Levanta la vista y mira al hombre con recelo:

—¿Y esto?

Un teléfono suena en alguna parte y, desde el fondo de la nave, un chico de alrededor de veinte años le dice al encargado que se ponga, pero él tuerce los labios y hace gestos con la mano, como si apartara una avispa, mientras el joven acecha desde la sombra.

Después, silencio.

Ella vuelve a revisar la luna. Nota la rigidez del cuello de la camisa. Además de la muesca de impacto inicial, ahora hay una pequeña fisura que se extiende un par de centímetros, tal vez más, hacia arriba.

Recuerda con desasosiego las palabras de Claude advirtiéndole de que dejar la luna sin reparar podría ser peligroso, ya que la rotura podría propagarse por todo el cristal y causar daños mayores.

El encargado del taller vuelve a acercarse al coche abriendo un paquete de Ducados. Luego se pone otro cigarrillo entre los labios y lo enciende con un chasquido de mechero. La piel de las mejillas se le tensa y los pómulos se afilan cuando aspira la primera bocanada.

—Tendrá que llevarlo a un taller especializado —dice soltando el humo demasiado cerca de ella—. Aquí no cambiamos las lunas.

Lúa aprieta los dientes en silencio y entra en el coche. Todo huele a nuevo y a limpio, como si nada hubiera ocurrido. Pero, cuando abre la guantera, repara en que la documentación del coche sobresale por los bordes de la carpeta, como si alguien la hubiera descolocado a propósito. Siente un puño invisible apretándole el estómago, pero enseguida piensa que su imaginación le está jugando otra mala pasada.

Sale del coche y mira al encargado por última vez.

Tan solo quiere perderlo de vista.

Le paga en metálico y se asegura de que no hay resguardos de depósito, ni presupuestos ni facturas de por medio.

Antes de irse le pregunta si ha tenido que sustituir alguna pieza.

Él sacude la cabeza en señal de negación y ella se da la vuelta y, al ver su cara reflejada en el cristal, se asombra de la calma que tiene la expresión de su rostro.

Ya arreglará la luna delantera más adelante, piensa.

Y, sin perder un segundo, vuelve a entrar en el coche.

Después de todo, se dice, no ha resultado tan difícil arrancar el motor y volver a escapar.

26

El cielo está oscuro cuando sale de casa. Un aire casi helado transforma su aliento en nubes de vapor y algunos jirones de niebla se pegan al asfalto. Todas las calles son la misma de madrugada, piensa; todas tienen el mismo aire de desconsuelo y libertad. Se detiene en un banco para ajustarse las zapatillas de deporte y, después, arranca a correr con todas sus fuerzas.

Al igual que las últimas noches, se ha despertado sobresaltada y cubierta de sudor, ahogándose y sin saber dónde estaba. «Pero ¿se puede saber qué te pasa?», le ha preguntado Claude segundos antes de abrazarla. «No es nada, tranquilo. Solo una pesadilla. Vuelve a dormirte», le ha dicho ella. Después ha necesitado varios minutos para que el pulso se normalizara y, durante mucho tiempo —un par de horas, tal vez más—, se ha quedado tumbada en la cama, incapaz de volver a conciliar el sueño y con los ojos abiertos, clavados en la oscuridad.

Correr es lo único que puede mantenerla cuerda en estos momentos. Necesita cansarse. Sacudirse de encima la resaca y la culpa. Acabar con ese exceso de energía que lo arrasa todo a su paso.

Castigarse a sí misma.

Las zapatillas restallan sobre la acera como latigazos rápidos. Corre tan aprisa como puede, a tumba abierta, atravesando la noche

mientras siente arder los pulmones en el pecho. Siente los latidos golpeando en las sienes. El aire quema.

Desde hace casi una semana, le reconcome cierta inquietud, un malestar opresivo en el vientre al que no logra poner nombre y que, sin embargo, no la abandona en ningún momento, como si ya nunca fuera posible una tranquilidad duradera.

Una ráfaga de viento hace rodar papeles y algunas cajetillas de tabaco aplastadas hacia la alcantarilla sin barrer. La carretera de pronto es negra, el cielo es negro. Todo a su alrededor se funde en una masa oscura de contornos imprecisos, apenas iluminada por los haces de luz mortecina de las farolas. Sigue corriendo sin tregua, como un vendaval, haciendo eses entre los coches, ensuciando las punteras de las zapatillas en los charcos de barro, sin resuello, huyendo de todo y de todos y casi flotando, mareada, hasta olvidarse de por qué corre.

En medio del rumor sordo del tráfico, reconoce el sonido de varias sirenas y, durante unos instantes, fantasea con la idea de regresar al lugar del accidente. Enseguida, calor. Dolor de cabeza. Varios contenedores de escombros le estrechan el paso. Deja atrás un pequeño parque infantil con el suelo de tierra y los columpios oxidados y, al doblar la siguiente esquina, acelera en una carrera frenética, sin línea de salida ni de llegada, para dirigirse ¿adónde? Aunque, en realidad, le importa más bien poco ir a un sitio o no ir a ninguno.

Al cabo de una hora, o tal vez mucho más, deja de sentir el cuerpo como suyo, desdoblándose en otra, y es entonces cuando la invade la sensación de que empieza a secarse por dentro, a perder el fuego interior, como si estuviera a punto de desintegrarse y convertirse en una sombra de lo que un día fue.

Varios metros más adelante, un mazazo de fatiga la obliga a detenerse. Quiere seguir corriendo, pero las piernas no le obedecen. Se dobla sobre sí misma buscando un poco de aire respirable, con las manos en las rodillas, el pecho arriba y abajo tan rápido como el corazón de los gorriones. Se apoya en un tronco, exhausta, junto a las raíces de un árbol, que resquebrajan la acera. Y cuando al fin logra enderezar la espalda, se limpia el sudor con el borde de la manga y se queda mirando al vacío.

«Demasiado tarde, demasiado lejos», murmura.

Una gota le da en la frente, luego otra en el dorso de la mano y, en cuestión de segundos, el golpeteo del agua empieza a rodar deprisa sobre las ramas y las hojas de los árboles. Se acuerda de las acacias de la Castellana marcadas con una equis de pintura, y siente que también los árboles están enfermos y secándose por dentro.

Sin darse cuenta, se va dejando empapar por la lluvia: el pelo, las mejillas, el cuello, el cortavientos negro, los calcetines, las mallas de deporte. Al cabo de un rato, el aire se vuelve más frío y denso.

Luego, silencio.

El tiempo que no transcurre y la sensación de que no hay escapatoria.

Solo quiere desprenderse de sí misma y desaparecer.

Cierra los ojos durante unos segundos y enseguida vuelve a abrirlos cuando el teléfono vibra en el brazalete de *running* que lleva pegado al cuerpo. Es Greta deseándole suerte para la entrevista con Blackwell.

A las doce, le recuerda, en el Eurobuilding de Padre Damián.

Sin acabar de escuchar el mensaje, toma una bocanada de aire y después se da la vuelta y empieza a caminar arrastrando los pies entre rachas de lluvia.

Aunque jamás lo reconocería en voz alta, siempre ha pensado que los cementerios son los lugares más serenos y apacibles del mundo. El aire huele a lluvia, a ozono, a tierra removida. Todo está en calma y el silencio es puro, absoluto, eterno, perfecto. Tal vez por eso no se sorprende al descubrirse caminando, entre hileras de cipreses, por el Templo de Debod y el parque del Oeste.

No sabe muy bien cómo ha llegado hasta allí, tan solo que necesita despejar la mente y, sobre todo, buscar un poco de sosiego antes de su encuentro con Blackwell.

Cada pocos pasos se promete a sí misma que enseguida regresará a casa, pero por alguna razón sigue adelante mientras resuenan en su interior todo el vértigo y el absurdo de la existencia.

Avanza despacio, tiritando a ratos y con los brazos cruzados sobre el pecho. Se acuerda de que, cuando era niña, le costaba quedarse dormida por la noche, abrumada por la idea de la muerte.

Camina con la vista fija en la tierra mojada y cuenta las horas que faltan hasta la noche y, de nuevo, siente la piedra del estómago. Recuerda el pelo negro y espeso de su padre, y también que le gustaba el cuscurro tostado del pan. El olor a tabaco y a ginebra que desprendía al hablar. Su piel morena y todas las veces que, en su infancia, deseó verle muerto, porque de esa forma pensaba que lo borraría para siempre de sus pensamientos.

Aquella tarde, piensa, no supo ayudarlo cuando lo vio borracho y llorando junto al balcón, ni tampoco acudió a su madre. Salió de casa y se sentó sola en aquel banco de la calle desierta, que estaba lo suficientemente lejos como para no escuchar sus gritos y lamentos.

Lo vio saltar desde el tercer piso, aunque nunca habría imaginado que llegaría a hacerlo.

Ella tenía una galleta entre las manos y el corazón le latía con fuerza.

Luego todo sucedió en un segundo.

El golpe seco.

La sangre, el frío, la lluvia.

Los párpados cerrados y la frente helada.

Nota los esfuerzos del pecho para coger aire. Se sienta en un banco de piedra, igual que aquel día, rodeada de olivos y cipreses, y, de forma repentina, vuelve a tener diez años, y es como si volviera a verlo tirado sobre las baldosas de la acera. Boca abajo. Su padre. La galleta que sostiene entre los dedos se deshace de tanto apretarla. Es la hora de la siesta y en el balcón asoma una silla vencida tras los barrotes de hierro. Le coge la mano helada y tira de ella muchas veces. Pero él sigue con los ojos cerrados, como dormido, y sin querer levantarse del suelo. «Despierta, vamos, despierta.» El pensamiento tiene tanta fuerza en su interior que está segura de que su padre moverá un brazo y se pondrá en pie de un momento a otro. Y, sin embargo, pasan los segundos y no ocurre nada. Se arrodilla, le besa los párpados, el cuello, le toca los hombros, le zarandea el cuerpo. Mira hacia un lado y otro de la calle. Nadie. La saliva se vuelve tan espesa que no consigue tragarla.

Coge los dedos flácidos y baja la voz hasta un murmullo: «Tienes mucha sangre, papá. Tienes que levantarte». Poco a poco, el cuerpo va perdiendo el color hasta volverse casi transparente. Trata en vano de abrirle los ojos, de levantarlo o al menos darle la vuelta, hasta que, exhausta, se acurruca a su lado y aprieta la cara contra el jersey de su padre.

Pero ya no huele a él.

Solo a lana húmeda y a moneda oxidada.

Le acaricia el pelo y, por un momento, piensa que el cráneo parece una bolsa llena de nueces. Lo mira sin comprender. Hace apenas unos días él la llevaba a hombros y sus manos estaban calientes y le sujetaban los tobillos mientras ella escondía los dedos entre su pelo, igual de negro y espeso que el suyo.

El silencio crece y se expande por momentos.

Las fuerzas se le ahogan en la garganta cuando ve el reguero de sangre, oscura y pastosa, que le resbala por las comisuras de los labios.

Pero no llora, ni grita ni emite sonido alguno.

Cuando se levanta, el viento le revuelve el cabello. Y, después, el cielo se rompe en miles de alfileres salados y fríos. Envuelve a su padre con la bufanda de lana que lleva siempre suelta al cuello, y enseguida se tiñe de negro. La sujeta con suavidad, sin apretarla, y le ajusta los bordes deshilachados sobre el torso y los hombros. Nota el aire entrando y saliendo una y otra vez, cada vez más deprisa. El corazón le golpea contra las costillas. Se levanta y da unos pasos hacia atrás, muy despacio. Y, de pronto, siente un líquido caliente entre las piernas que forma un pequeño charco bajo sus pies. Si su madre la descubre, le apretará las muñecas muy fuerte y la encerrará en el armario, a oscuras. Sin aire y sin salida. La cabeza le da vueltas y se llena de motas blancas y estrellas diminutas.

Un cuervo bate las alas junto al olivo como si tuviera tanto miedo de posarse en las ramas como de seguir volando, y ella se queda unos segundos muy quieta mientras espera el milagro, que se empeña en no producirse.

«Padre nuestro que estás en el cielo, haz que mi padre se ponga bien. Por favor. Por favor», murmura para sus adentros.

El cuervo sigue revoloteando, rompiendo el aire hacia delante y hacia atrás. Se queda un instante parado en una ráfaga de viento,

justo encima de ella, hasta que emite un graznido ensordecedor y emprende el vuelo hacia la oscuridad.

Lúa se tapa los oídos con las manos y se promete a sí misma que, pase lo que pase, nunca le contará nada a nadie y se lo guardará todo para sí.

Mira a su padre y se despide de él por última vez.

Y ya solo puede pensar en correr.

Cuando se levanta del banco de piedra mira el horizonte con una visión imperfecta, acuosa. Está cansada de tanto ruido mental. Pero a diferencia de su padre, ella es fuerte, piensa. Ha vuelto a hacerse algunos cortes en las piernas, pero siempre es capaz de dominarse y de no ir más allá. Jamás está al borde del descontrol. En cambio, él fue débil: no quería vivir y no supo aguantar la presión, mientras que ella es una mujer dura, resiliente, tenaz, disciplinada.

Y el suicidio es en lo último en lo que pensaría.

«Lo último», se repite.

Pero cuanto más intenta rechazar el pensamiento, más persistente se vuelve en su cabeza.

Siente una punzada de angustia en el estómago, y enseguida saca del bolsillo una pastilla de Orfidal y se la mete debajo de la lengua. Después, mientras camina por el parque, trata de concentrarse en la cita con Blackwell, y también en la agencia y en todos los compromisos que se le acumulan conforme pasan los días, como en una torre inestable y a punto de derrumbarse.

Hace varios años, ni siquiera recuerda cuántos, empezó a tomar somníferos por la noche y anfetaminas por la mañana para concentrarse mejor y mantener la mente lúcida durante más tiempo. Al principio, sus efectos eran parecidos a los de la cocaína: la

resistencia a la fatiga y al sueño, la capacidad de focalizarse mejor, la sensación de euforia y de arder por dentro. Cuando notaba que las pastillas la aceleraban demasiado, se calmaba con ansiolíticos, a los que, a menudo, añadía más somníferos antes de irse a la cama.

Y, de algún modo, los días iban pasando, todo encajaba y sentía que llevaba las riendas de su vida.

A medida que pasan los minutos, el lorazepam empieza a hacer efecto y ella va cayendo en una especie de estupor, como si se adentrara en los rincones más recónditos de su mente; un estado de quietud y recogimiento en el que poco a poco se libera de todos sus miedos.

La angustia, la vergüenza, los remordimientos.

El terror que, de pronto, le provoca no saber cómo se atan las zapatillas.

Unos metros más adelante, se detiene junto a un ciprés mientras recuerda que, cuando estudiaba en el INSEAD y vivía en Avon, a las afueras de París, paseaba a menudo por el cementerio del Père-Lachaise.

Y, por primera vez, le parece entender el sentido de tanta oscuridad.

Los cipreses nunca le han parecido árboles tristes, piensa.

A veces, incluso habla de ellos en alguna de sus charlas: siempre verdes y esbeltos, con su madera incorruptible, su copa espesa y sus pequeñas hojas en forma de escamas. Pueden vivir varios siglos y son capaces de soportar la más larga de las sequías. Se plantan pegados a los muros de los cementerios porque son grandes cortavientos y sus raíces no se expanden sino que crecen hacia abajo, sin destrozar nada de lo que tienen a su alrededor. Son árboles protectores y sagrados, árboles de la vida que nacen para

conectar la tierra con el cielo, y, de algún modo, alegrar la muerte, aunque muchas personas lo hayan entendido al revés.

Pasa la mano por la corteza de uno de los árboles y aspira el olor balsámico a resina. Luego aparta con el pie una piedra del camino y, cuando la levanta de la tierra húmeda, un revuelo de escarabajos le eriza la piel.

Mira hacia otro lado y, en un movimiento reflejo, coge el móvil.

Contiene la respiración al revisar la última alerta que acaba de recibir.

Es una breve entrevista, apenas media columna, con el presidente de la Asociación Nacional de Víctimas de Accidentes de Tráfico: «Este es un caso rarísimo, fruto de la mala suerte. La mayoría de los atropellos con fuga en Madrid se resuelven, a no ser que se produzcan, como en este caso, de noche y en una calle pequeña».

Los cipreses se inclinan obedeciendo al viento, y sin llegar a romperse.

27

Una hora antes de su cita con Theo Blackwell, entra en un bar a pocas calles del Eurobuilding, se sienta en una mesa al final de la barra y pide un whisky con agua fría. «Para templar los nervios. Solo por esta vez», se dice a sí misma mientras se quita la americana. La camarera la observa y, en un movimiento casi imperceptible, levanta una ceja en una especie de irónica interrogación. Luego asiente y lo único que dice es: «Enseguida».

Siempre ha odiado el olor del whisky, con ese toque a madera y humo que le recuerda a una vieja chaqueta de cuero. Pero Claude suele decir, en medio de esas cenas interminables con otras parejas de amigos, que es «el mejor tentempié para la cabeza y el corazón», y también que, al diluirlo con agua, en realidad no se rebaja sino que se potencia su sabor.

En cualquier caso, si de algo está segura es de que no quiere volver a sentir toda esa maraña de culpa en la boca del estómago. Desde hace un tiempo, casi todo se le cae de las manos, apenas come ni duerme, vive en un estado de alerta y tensión permanente, le cuesta entender lo que lee y es incapaz de fijar la atención en nada. Tal vez por eso está decidida a no pensar en lo que ha ocurrido hasta que no sea necesario.

Ha superado circunstancias más duras en el pasado, piensa.

Y esto también pasará.

Aún es pronto para comer y el local está casi vacío. Solo un par de mesas junto a la ventana están ocupadas por ejecutivos que no despegan la vista de las pantallas de sus portátiles. Uno de ellos se levanta y hace chirriar la silla sobre las baldosas del suelo; después sale a la calle y enciende un cigarrillo, que protege de la lluvia con el hueco de la mano.

La camarera se acerca y le sirve el whisky en silencio. Tiene las uñas algo despintadas y el carmín de sus labios se ha extendido un poco más allá de su contorno. De vez en cuando, Lúa nota su mirada posándose sobre ella, como si dijera: «A ti te ocurre algo». Pero no dice nada y, al cabo de unos segundos, vuelve a secar vasos y colocarlos en las estanterías de caoba.

El teléfono suena en el bolso y ella rechaza la llamada y activa el modo avión. Después se queda mirando con fijeza el líquido de color ámbar intenso.

Lleva esperando el encuentro con Blackwell desde hace años, piensa. De pronto tiene al alcance de la mano la oportunidad con la que siempre ha soñado, y, sin embargo, ahora no está segura de querer aprovecharla.

Mueve el vaso en pequeños círculos mientras recuerda que Claude le cambió la copa de vino por agua durante la cena de la noche anterior. Dijo que la veía cansada, y luego le acomodó el pelo detrás de la oreja, como si quisiera que todo volviera a estar en su sitio.

Aparta el pensamiento de su mente y, luego, se mete un par de anfetaminas en la boca y se bebe el miedo de un trago.

Siente el alcohol quemándole la garganta y, enseguida, saca el cuaderno rojo del bolso y empieza a hacer anotaciones, apuntando de forma delirante algunas de las ideas que cruzan por su cabeza. Pasa las páginas, las subraya y hace bocetos de dibujos y propuestas llenas de anotaciones en los márgenes. Piensa en el futuro del sector

y en las nuevas tecnologías, en las próximas campañas y concursos, en la competencia, en oportunidades de negocio, soportes, tendencias, clientes potenciales. Lo analiza todo, a toda velocidad. Tan solo levanta la vista, alrededor de quince minutos más tarde, para conectar los auriculares y abrir en Spotify una de las *playlists* con las que, a menudo, se motiva para salir a correr.

Nota un suave calor extenderse por su cuerpo y entorna los ojos, aturdida por el repentino placer de la música, que la llena de energía. Sube un poco el volumen y empieza a mover los labios casi sin darse cuenta, siguiendo el ritmo de la canción y de esa voz que casi tiembla al final de las frases y que, al igual que ella, tiene algo de áspero y vulnerable a la vez.

«Como si fueras a morir mañana», repite en un susurro.

Y, por primera vez en mucho tiempo, tiene la sensación de que no le importa lo más mínimo nada de lo que ocurra a partir de ahora. Todo a su alrededor desaparece. Tan solo ve la punta negra del bolígrafo desplazándose sobre el papel con movimientos rápidos y electrizantes. Y, tal vez por eso, sube el volumen de nuevo y sigue escribiendo, galopando por dentro y generando infinitos perfectos, presa de una agitación febril que crece más y más, al borde de la locura y a la vez concentrada, como si estuviera en trance o bajo algún tipo de cielo protector.

Alrededor de media hora más tarde, cuando levanta la vista, ve a la camarera mirarla y sonreír en el largo espejo del otro lado de la barra, entre hileras brillantes de botellas de licor.

Lúa cierra el cuaderno, se quita los auriculares y le devuelve la sonrisa, como si fueran colaboradoras en un futuro golpe. Deja sobre la barra un billete de veinte euros y, sin esperar el cambio, sale del bar a paso rápido y decidido.

Pase lo que pase, se dice, estará bien.

Solo lleva un disparo en el ala.

Y ha encontrado muchas veces el modo de remontar el vuelo.

Afuera ha dejado de llover, pero el aire está húmedo y una ráfaga de viento le desordena el pelo. Mientras cruza la avenida de Alberto Alcocer, acaricia la piedra de obsidiana que lleva siempre en el bolsillo del pantalón y trata de dejar la mente en blanco.

Camina erguida, con la vista al frente, y sonríe para sí.

«Hoy ya es otra liga —se repite a sí misma—. Créetelo.»

Aunque faltan algo más de diez minutos para las doce, Blackwell la está esperando al fondo de la cafetería del hotel. Jersey de cuello vuelto y gafas de pasta, espalda recta, pelo canoso y piernas cruzadas a la altura de la rodilla. Está tomando un café mientras pasa las páginas del *Financial Times* junto a la ventana. Tiene el maletín apoyado junto a la butaca y parece absorto en la noticia que está leyendo. Da unos pasos hacia él. Según avanza, nota la frente húmeda y cómo el pulso se le dispara.

Al verla llegar, él se levanta y le estrecha la mano con firmeza. Tiene una suave sombra de barba en las mejillas y la mira a través de los cristales de las gafas, que aumentan sus ojos azules de forma un tanto inquietante. Le pregunta cómo va todo, se sientan y, durante un par minutos, hablan en inglés sobre el temporal de lluvia y viento que está complicando el tráfico en la ciudad.

—Pero los atascos no me parecen, ni de lejos, lo peor de Madrid —dice Blackwell con semblante divertido—. El café sí que es una tragedia.

Los dos sonríen y, después, él se gira y le hace una seña al camarero. Pide un zumo de naranja natural «con un toque de Campari» y una botella de agua con gas, mientras que ella, aunque

se muere por un café muy cargado, se decide por un té negro que, casi de inmediato, se arrepiente de haber pedido.

Continúan conversando sobre las últimas campañas de la agencia, y también sobre el León de Cannes que acaba de recibir Lúa y el «éxito rotundo», según Blackwell, con el que ha logrado gestionar la crisis de Mr. Velvet. Mencionan las detenciones que la policía ha llevado a cabo en las últimas horas, tras descubrirse que todo ha sido un acto de sabotaje y que, en cualquier caso, escapaba al control y la responsabilidad de la compañía.

Desde el principio ella tuvo el pálpito de lo que debía hacer y, aun así, hizo justo lo contrario. Sabía de sobra que el caso iba a adquirir unas dimensiones considerables. Pero todo ha salido bien por una simple cuestión de suerte, piensa.

Tal vez por eso no dice nada en absoluto sobre «la niña de la pila», a pesar de que hace apenas un par de horas ha hablado con una de las doctoras del Hospital 12 de Octubre y sabe de primera mano que las baterías le han quemado el esófago y la tráquea, por lo que deberá someterse a numerosos tratamientos y cirugías en los próximos meses. Tendrá problemas para comer durante toda su vida y nunca volverá a hablar porque tiene las cuerdas vocales paralizadas. De cualquier forma, se dice, ahora prefiere no pensar en ello.

Blackwell elogia algunos de sus trabajos de los últimos años, y ella se inclina hacia delante y se queda mirándolo como si no quisiera perderse una sola palabra. En ocasiones sonríe, y otras veces mueve la cabeza asintiendo. «Una de las mentes más brillantes y creativas.» «Extraordinaria capacidad de liderazgo, innovación y visión estratégica.» «Con el índice más alto de ideas por minuto imaginable.» «Un nivel de exigencia elevadísimo.» «Absolutamente disruptiva.»

Es consciente de que Theo Blackwell le ha reservado un lugar y un tiempo muy valioso que ella tiene que aprovechar y exprimir al máximo.

Por unos instantes, saborea cada una de sus palabras, una por una.

No deja de pensar que podría olvidar esa doble vida que lleva días asfixiándola y volver a empezar de cero.

—Pero ten cuidado en tus mejores momentos —dice Blackwell de pronto, con el dedo índice sobre los labios—. Es cuando el diablo viene a por ti.

Aunque sonríe, sus palabras la desconciertan. No sabe cómo considerar la frase, si como una simple broma o más bien como un presagio o algún tipo de advertencia.

Curva los labios hacia arriba como si quisiera sonreír.

Solo entonces nota el frío y lo cansada que está después del ejercicio extremo de la madrugada y de haber dado vueltas y vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño durante demasiadas noches seguidas. Tiene la impresión de que está a salvo de todo excepto de sí misma y de sus pensamientos en espiral. Poco a poco se queda sin saliva, con los labios resecos, y siente como si el corazón estuviera a punto de detener su bombeo.

Cuando el camarero deja las bebidas sobre la mesa, ella levanta la vista y sorprende a Blackwell mirándola.

—Es curioso cómo te pareces a esa actriz francesa... ¿cómo se llamaba? —dice entornando los párpados—. Podríais haber sido hermanas.

Ella recobra la compostura y, poco a poco, siente cómo les vuelve el color a las mejillas.

Al cabo de unos minutos, en cuanto tiene oportunidad, saca del bolso el cuaderno rojo y le muestra a Blackwell algunas de las ideas

y bocetos de su porfolio, en los que ha trabajado a ratos durante los últimos días. Él abre los ojos de par en par y se detiene en una propuesta para una marca de moda en la que aparecen un par de zapatos rojos abotinados en unas piernas amputadas y envueltas para regalo. Hay también un *storyboard* para una cadena de supermercados en el que un anciano finge su propia muerte, consciente de que es la única manera de conseguir reunir a toda la familia por Navidad. «Es hora de volver a casa», dice el *claim*. Y otro para el que tal vez sea el concurso más importante del año: «¿Has pensado alguna vez quién iría a tu funeral?».

Blackwell arruga la frente y se acaricia la barbilla con actitud reflexiva.

—La muerte está presente en todas las propuestas —dice mientras pasa las páginas con atención. Después hace una pausa y se sube las gafas por el puente de la nariz—. Estaba pensando en que, a lo largo de la historia, quizás nunca haya habido un momento más sensible a la experiencia de la pérdida y el dolor en nuestras vidas. Y, aunque me gusta la idea de normalizar la conversación y romper tabúes, a la vez me pone el vello de punta. Lo que dices es aterrador y seductor al mismo tiempo. —Una pausa—. *You know what I mean?*

Se detiene en el *storyboard* de la última página, donde ella refleja recuerdos de su padre ligados a su silla favorita, que permaneció vacía muchos años después de su muerte.

—¿No crees que estás yendo demasiado lejos? —añade mirándola a los ojos.

—Estoy de acuerdo en que es arriesgado —dice Lúa—. Pero hay muchas razones para no temer a la muerte en la publicidad.

Blackwell la mira por encima de los cristales de sus gafas.

—¿Por ejemplo? —dice.

—Es evidente que las marcas no pueden permitirse avanzar despacio —le explica ella sin dejar de gesticular con las manos—. Tienen que ir siempre un paso por delante: recordarnos la necesidad de vivir cada día como si fuera el último; empujarnos a comprar esos zapatos que queremos en el preciso instante en el que los queremos, o incluso hacernos reflexionar sobre la importancia de cuidar y mantenernos cerca de las personas a las que amamos antes de que sea tarde.

Mientras habla, Lúa siente que vuelve a ser ella misma. Su acceso de miedo anterior ha desaparecido por completo y su voz suena ahora tan grave y segura que ni siquiera la reconoce como suya.

—Aunque nos cueste reconocerlo —continúa—, a todos nos angustia el paso del tiempo: nadie quiere morir. Pero hace cien años nuestros bisabuelos estuvieron tan vivos como nosotros. —La voz le tiembla ligeramente y se ve obligada a hacer una pausa—. Somos el presente, pero en el fondo sabemos que estamos aquí de paso. Y quizás por eso la cuestión sea no bajar nunca demasiado la guardia. No dar jamás por supuesto que el corazón de las personas a quienes más queremos seguirá latiendo; que respiran, que caminan y hablan, discuten, sueñan y sonríen. No olvidar, ni por un solo instante, que nada es para siempre y que, de forma inexorable, también ellos terminarán algún día por desaparecer.

Blackwell se echa hacia atrás y cruza los brazos sin decir una palabra.

—Es una realidad de la que nadie escapa —añade Lúa—. Y, sin embargo, la gente prefiere no pensar en ella. Vamos hacia la muerte sin comprender nada, como sonámbulos, y luego nos sorprendemos de que nos haga sentir mal. Pero lo único que se nos ocurre es llenar nuestros días de placeres efímeros para poder soportar esa desconexión con nuestra parte más espiritual.

Él asiente con la cabeza y se inclina hacia delante.

—Es interesante lo que planteas —dice—. Richard Feynman, el premio nobel de física, hablaba sobre esta idea en uno de mis libros de cabecera: *¿Está usted de broma, Mr. Feynman?* Él decía que, aunque la muerte es inevitable, en realidad no deberíamos temerla, sino más bien celebrar la vida y todo lo que nos ofrece.

Una llamada de teléfono interrumpe de pronto la conversación.

Blackwell silencia su teléfono y después le pregunta:

—¿Por qué nos resulta tan difícil analizar la muerte con inteligencia? —Respira hondo y enseguida continúa—: Antes no era ningún tabú. Nuestros antepasados vivían en paz con la muerte, mientras que ahora impera esa especie de cortoplacismo hedónico y todos querríamos tener una UCI al lado de casa.

Continúan charlando durante más de media hora y, después de beber unos sorbos de té, Lúa añade:

—¿Recuerdas la frase de Henry Ford? Me refiero a todo eso de que cada cliente pueda elegir el color de su automóvil, «siempre y cuando sea el negro». ¿Qué sentido tiene entonces lo que hacemos? ¿Crear más y más necesidades a la gente? ¿Un coche más grande? ¿Un cuerpo más joven? ¿Alimentar la absurda ilusión de que tener infinidad de cosas que en realidad no necesitamos nos hará sentirnos felices y realizados?

Él asiente con la cabeza mientras sonríe y la deja hablar. Tiene uno de los incisivos algo mellado, lo que le da a su sonrisa un toque atractivo.

—Somos demasiado rigurosos en la agencia —dice ella—. Y me exaspera el hecho de que, en ocasiones, todo ese rigor nos lleva a despreciar ideas extraordinarias tan solo porque pensamos que no son más que algo divertido o una simple anécdota. —Hace una pausa antes de añadir—: El reto es ir un paso más allá, Theo.

Lúa coge la taza con las dos manos para llevársela de nuevo a los labios y, en cuanto escucha la pregunta que le hace Blackwell con un brillo inusual en los ojos, se derrama sin querer un poco de té sobre el pantalón del traje:

—¿Estarías dispuesta a empezar una nueva vida en Chicago?

—Hay un tipo merodeando por ahí fuera —dice Claude—. ¿Te has fijado?

Lúa vuelve la cabeza hacia la ventana del restaurante. Hace casi una semana que vive con la sensación angustiosa de que alguien la observa. Y, sin embargo, finge que es la primera vez que ve al hombre, que camina a pasos cortos al otro lado de la calle. De vez en cuando se detiene y mira hacia la entrada principal, para desaparecer tras unos arbustos y volver a asomar poco después.

«¿Dónde lo he visto antes?», piensa por un momento.

Pero enseguida rechaza la idea y trata de actuar como si todo fuera normal.

—Algún periodista despistado —dice—. Seguro que no es nada.

Cuando llega el camarero para tomarles nota, piden sopa de cebolla y un entrecot, y, para beber, Claude elige el borgoña más caro de la carta. Después hablan sobre la posibilidad de irse unos días a la nieve con Martín y, en varias ocasiones, Lúa intenta mencionar de algún modo su ascenso; pero no logra decidirse. No está segura sobre cómo iniciar la conversación, y tampoco encuentra el momento para hacerlo. Puede que siempre haya sido un sueño para ella, piensa, pero están a punto de mudarse a su casa nueva después de meses de obras y reformas, y está segura de que él le dirá que no es lo más sensato justo ahora, cuando todo parecía por fin empezar a asentarse.

Claude le pone de pronto la mano sobre la suya.

—¿Te encuentras bien, *chérie*? —le pregunta.

Ella tarda un par de segundos en responder. Procura que no se le quiebre la voz, pero el tono se vuelve inestable.

—Claro —dice—. ¿Por qué lo preguntas?

—No tienes buena cara. Estás muy pálida.

Lúa se pasa la mano por el pelo varias veces.

—No es nada —añade—. Estoy un poco cansada. Solo eso.

El camarero les sirve la sopa y deja la fuente humeante sobre el mantel. En la mesa hay un par de velas y en el hilo musical suena uno de los temas favoritos de Claude, *The Eye of the Hurricane*, de Herbie Hancock.

Lúa suspira mientras él dice algo sobre lo mucho que se han revalorizado sus últimas inversiones y, sin dejar de sonreír, sigue el ritmo de la música con los pies.

No quiere que la noche se tuerza por nada del mundo, piensa.

Hacía tanto tiempo que no tenían un rato de tranquilidad para los dos.

Lo mira por un instante —la camisa impecable y sin una sola arruga, cada mechón de pelo en su sitio, incluso al final del día— y solo puede pensar en que, a diferencia de ella, que creció esperando siempre lo peor, él nació acostumbrado a que todo funcionara. Cuando le conoció, recuerda, todo en él parecía medido, con esa ligereza que solo tienen los que jamás han necesitado ajustarse a un presupuesto ni ganarse nada.

Abre el bolso y, cuando Claude mira de nuevo hacia la ventana, se coloca debajo de la lengua un par de pastillas.

«Solo por esta vez», se promete a sí misma.

Un par de minutos más tarde, cuando terminan la sopa y el camarero retira los platos, ella descansa la cabeza sobre el hombro

de Claude, y él le levanta los dedos de la mesa de uno en uno, se los lleva a los labios, los besa. Durante un breve intervalo de tiempo algo se acomoda entre ellos, una especie de tregua, tal vez, y casi se olvidan de todas las tiranteces y las discusiones subidas de tono de los últimos días.

La puerta se abre de pronto, el viento ahueca las cortinas y una corriente de aire helado recorre la estancia. En pocos segundos, un par de parejas jóvenes entran en el restaurante. Ellos, altos y rubios, abrazan por la cintura a las mujeres, que llevan zapatos de tacón alto y vestidos negros por encima de la rodilla. De vez en cuando, uno de los hombres se inclina para besar a su compañera en el hombro o en el cuello.

Cuando llega el segundo plato, Claude y Lúa comen en silencio. Él prepara pequeños trozos de pan para mojarlos en la salsa de mantequilla y, en varias ocasiones, ella desvía la mirada hasta el suelo, pulido como un espejo. Al cabo de un rato, levanta la vista hacia la ventana y, sonriendo, le hace una seña a Claude. Los dos se giran y descubren que el hombre que merodeaba fuera del restaurante estaba esperando, en realidad, a la mujer que acaba de salir del portal de al lado cargada de bolsas.

—¿Lo ves? —dice ella—. Te dije que no era nada.

Siente la euforia de las pastillas y aprovecha el momento de alivio para contarle a Claude su encuentro con Theo Blackwell de esa misma mañana y la propuesta para dirigir la sede principal de la agencia en Chicago. Le habla de las «fabulosas» condiciones económicas del puesto, del coche con chófer y del piso con grandes ventanales que les cederían en la zona del Loop, en pleno *downtown* y junto al lago Míchigan; y también de las playas, las motos acuáticas y las clases de surf para Martín; de los partidos de la NBA, los teatros, los restaurantes y la música blues en directo.

La luz mortecina de la sala esboza un contraluz y ensombrece el rostro de Claude.

—Entiendo que es una gran oportunidad para ti —dice él más despacio de lo habitual, como si tratara de escoger bien cada palabra—. Pero sería *complejo* marcharnos justo ahora.

Lúa le mira con asombro.

—Acabamos de comprarnos una casa —añade él—. Y además están mi trabajo, mis padres, el colegio de Martín. Y también Minerva, por amor de Dios, lleva media vida con nosotros.

Lúa se rebulle en el asiento y continúa cortando pedacitos de carne y amontonándolos con el cuchillo en el borde del plato mientras trata de ordenar sus ideas. Por un instante piensa que siempre hace frío o al menos ella tiene siempre algo de frío y, luego, coge aire y se esfuerza en rebatir todas y cada una de las objeciones: la casa la alquilarían en poco tiempo y él podría continuar desde allí su trabajo, nunca ha necesitado presencialidad en lo que hace; además, en Chicago también hay un liceo francés y muchos otros colegios internacionales, y Martín aún es pequeño y se adaptaría en poco tiempo; vendrían a menudo de visita y, si Minerva no tiene inconveniente, podrían llevársela con ellos.

—Cada ascenso no siempre es un paso hacia la libertad —dice Claude.

Lúa pone los ojos en blanco.

—¿Qué estás diciendo?

—Solo digo que, a menudo, el éxito conlleva también cargas insospechadas. Más allá del prestigio y los retos, también hay estrés y frustración y sacrificios continuos que, al final, pueden acabar pasándote factura.

—Por supuesto que cuento con ello —dice Lúa—. Pero no es, ni mucho menos, lo más importante, ¿no crees? Rechazarlo sería pura

insensatez.

Claude se inclina hacia delante y junta las manos a la altura de la barbilla.

—¿Sabes lo que decía Oscar Wilde sobre el éxito?: «Solo hay dos tragedias en la vida: una es no conseguir lo que se quiere, y la otra es conseguirlo». Y después añadía: «La segunda es peor».

Lúa deja el cuchillo y el tenedor cruzados sobre el plato.

—No me puedo creer lo que estoy escuchando —murmura.

—Te estoy hablando de la presión, de los viajes, del hilo de correos que no se acaba nunca, de obtener resultados, de competir, de explotar a los que empiezan. ¡Por amor de Dios! ¿Es que no te das cuenta? Desde hace años vives asfixiada de trabajo, esclava del teléfono, perdiéndote la infancia de Martín y celebrando cada maldito día estar ocupada. —Hace una pausa antes de añadir—. ¿Dónde se supone que está el triunfo, Lúa?

Ella niega con la cabeza y gesticula con desaprobación.

Sin poder evitarlo, la imagen de dos cuerpos que duermen mirando hacia lugares contrarios cruza por su mente.

—¿Es que ni siquiera puedes alegrarte por mí? —le pregunta—. Porque, créeme, tal como te comportas no lo parece.

—¿Sabes lo que me dijo Martín el otro día, cuando cerraste la puerta del despacho después del desayuno? —añade Claude con lentitud deliberada—. Me preguntó: «¿Por qué trabaja mamá antes de ir al trabajo?».

Varios camareros cruzan la sala con bandejas de marisco. En la mesa de al lado descorchan una botella de champán. Ellos se levantan entre risas y se palmean la espalda. Uno de los hombres besa a la mujer del pelo largo y le acaricia la tripa. Lúa traga saliva y aparta la mirada.

—Aún es pronto para tomar una decisión —continúa él cogiéndole de nuevo de la mano—. Es una noticia fantástica y sabes que te apoyaré siempre.

—Solo tengo un par de días —dice ella.

—En cualquier caso, pase lo que pase, a veces una puerta se cierra cuando lo que estaba detrás no era para ti, ¿no crees?

Más tarde, cuando están a punto de marcharse, Claude la mira a los ojos y le pregunta:

—¿Y el coche? ¿Lo has recogido ya del taller?

Ella traga saliva y asiente con la cabeza tratando de calmar la agitación que la recorre por dentro.

Piden la cuenta mientras las risas continúan en la mesa de al lado.

—Además, tengo la impresión de que no estás haciendo esto por las razones adecuadas —añade Claude.

Lúa siente un dolor repentino en la garganta. Baja los ojos deprisa y trata de buscar el lugar más lejano posible en el que poder posar la mirada.

Al fondo de la sala hay un cartel torcido de SALIDA DE EMERGENCIA.

Claude sigue hablando sin tregua. «Necesitamos un poco más de tiempo», dice. «Tal vez sea solo cuestión de unos meses.» «Si de verdad te quieren, sabrán esperar.» Y de nuevo: «Sabes que yo te voy a apoyar siempre. Pase lo que pase».

Lúa se pasa varias veces la mano por el pelo sin poder evitar un gesto de impaciencia.

Piensa en lo que hizo, y, por algún motivo, también en «la niña de la pila» y en el agujero negro que tiene en el pecho desde hace casi una semana.

«Día a día», se repite mientras besa el pequeño tatuaje que tiene en el dedo índice de la mano izquierda.

Por primera vez se da cuenta de que en algún momento ha perdido el rumbo.

Está en el lugar exacto en el que siempre había querido estar.

Y, sin embargo, nada encaja.

No puede ignorar todo el tiempo que ha dedicado a correr tras la sombra de esa prometida mejor versión de sí misma, al igual que a construir su propia ficción, en la que todo era perfecto. Piensa en su imagen de mujer brillante, ambiciosa, infatigable, en la que apenas se reconoce. Y, al mismo tiempo, empieza a considerarse demasiado cobarde como para hacer algo que la aleje de Claude y de Martín.

«Nunca sabes de antemano aquello en lo que puedes convertirte», piensa.

La mujer fuerte que se había propuesto ser, la gran publicista a la que muchos idolatran, se dice, es, en gran medida, una construcción diseñada para protegerse y esconderse del mundo. Ese miedo a no dar la talla y a defraudar las expectativas de los otros; esa forma de querer parecer tan segura de sí misma cuando en realidad es tan frágil; esa obsesión insana por el triunfo y por lograr la aprobación de los demás: su familia, sus colaboradores y, sobre todo, su marido y su hijo.

Mientras Claude va un momento al baño, ella apoya el codo en la mesa, fija la mirada en un punto impreciso de la sala y se queda así, como ausente, sin pensamiento ni deseo alguno.

A pesar de todos los triunfos, piensa, en el fondo sigue siendo esa niña de ojos oscuros que creció demasiado deprisa. Una niña que ya no sueña con una casa bonita y un amor para toda la vida.

Pero sigue albergando el mismo miedo.

La misma culpa.

Las mismas mentiras cosidas a su interior.

28

Al principio solo quiere comprobar si había cámaras en el lugar del accidente, como un vulgar asesino que regresa, una y otra vez, a la escena del crimen. Es posible que parezca que la investigación no avanza, piensa, pero el caso sigue abierto aún; la policía continúa investigando y, en cualquier instante, podría cambiar su suerte: algún indicio nuevo, la huella de un neumático, una imagen borrosa, alguien que cree haber visto algo.

Atraviesa a toda prisa la hilera de álamos, pálidos como huesos, que se yerguen a ambos lados de la acera. A pesar de que ha amanecido hace rato, la calle está desierta. Se clava las uñas en las palmas de las manos y trata de apartar la vista de los amenazantes arcos que dibujan las ramas peladas de los árboles.

No para de repetirse a sí misma: «Solo fue un accidente».

Y también: «Ya no hay nada que temer».

Sin embargo, por algún motivo incomprensible, vuelve a contar las horas y los minutos que han pasado desde aquel día: miércoles, 12 de diciembre de 2012, a las ocho y media de la tarde.

«Hoy hace justo una semana», piensa.

No deja de darle vueltas a todas las decisiones, en apariencia insignificantes, que podrían haber cambiado por completo su mala suerte: si no hubiera levantado el teléfono justo antes de salir del trabajo; si le hubiera encargado a Minerva que recogiera la tarta en su lugar; si hubiera elegido cualquier otra ruta para volver a casa; o

si no hubiera desperdiciado un minuto en algún momento del día, o quizás en varios, lavándose las manos o comprando una lata de Coca-Cola en la máquina expendedora.

Deja atrás una pequeña iglesia, un parque infantil vacío y un bloque de pisos con una malla de seguridad que protege el edificio y, al mismo tiempo, lo borra. Se acerca despacio, con pasos cortos y vacilantes, como si no quisiera llegar del todo. Junto al semáforo hay velas y una corona de flores, y también un par de fotografías y pósits con mensajes en memoria de la víctima.

Mira hacia un lado y hacia otro y, tras unos segundos de indecisión, se inclina hacia delante y empieza a leer algunas de las notas. Enseguida descubre que la mujer a la que ha atropellado se llamaba Laura y era madre de un niño de seis años.

«La misma edad que Martín», piensa.

Se arrodilla de pronto sobre la acera, con las manos sacudidas por un pulso irregular.

Una marea de congoja la arrasa por dentro al darse cuenta de que, hasta ahora, ni siquiera había pensado en ella y en cómo sería su vida.

Escucha el motor de un coche que se acerca, pero se queda allí, de pie, aturdida, durante un minuto entero. Luego se tapa la boca con la mano y, sin poder evitarlo, las lágrimas afloran de repente. Le nublan la vista, se deslizan por la cara y por el cuello, le empapan la blusa y la piel. Mueve la cabeza en un vaivén continuo. Todo su ser se encoge por dentro mientras murmura: «¿Qué has hecho, Lúa? ¿Qué has hecho?».

Por primera vez reconoce su propia cobardía; la incapacidad para dar la cara y afrontar las consecuencias de sus actos. El daño irreparable que ha causado.

Al otro lado de la calle, un conserje vacía un cubo lleno de agua jabonosa sobre la acera. Ella levanta la vista y, cuando empieza a calmarse, busca un pañuelo de papel en el bolso mientras imagina de qué forma habría cambiado la situación si ella fuera una mujer como cualquier otra, y, en lugar de huir, hubiera permanecido en el lugar del accidente tratando de ayudar, reconociendo su culpa y sabiendo que, en algún momento, tendría que enfrentarse a la familia de la víctima.

Se retuerce las manos mientras piensa en que debería haber pasado mucho tiempo en el hospital, con la cara blanca como la cera, sin saber qué hacer y casi sin atreverse a respirar. Tal vez podría haberse acercado a los médicos y enfermeras para preguntarles en voz baja si podía ayudar de alguna forma. Luego, el resto del tiempo, habría vagado por la sala de espera, desorientada, nerviosa, muerta de miedo, con la atención dividida entre las preguntas del atestado policial y la salud de *Laura*. Y, quizás, al cabo de una eternidad, algún doctor le habría puesto la mano en el hombro para tratar de calmarla y decirle que había sido «un accidente», y de ese modo lo haría constar en el informe.

Pero no es así como ocurre en la realidad, se dice, cuando has cometido una imprudencia tras otra y has infringido los límites de velocidad o te has despistado con el móvil —aunque fuera solo un segundo— y además llevas un puñado de anfetaminas en el estómago y acumulas demasiados meses sin dormir más de tres horas seguidas.

Si cualquiera de ellos lo hubiera sabido, está segura, entonces la ira habría sustituido a la compasión. Imagina por un momento la lluvia de reproches y los insultos —«inconsciente, cobarde, sinvergüenza, miserable, desgraciada, malnacida»—; las ganas de

agarrarla por las solapas y de gritarle con todas las fuerzas que, por su mala cabeza, demasiadas personas lo pagarían muy caro.

Guarda el pañuelo en el bolsillo y se pregunta si habría cambiado algo de no haber huido; si hubiera pedido ayuda enseguida o, al menos, hubiera intentado socorrer a la víctima de alguna forma.

Un grito sordo se queda golpeando dentro del pecho.

Se levanta y trata de recordar en vano el nombre de la calle en la que ha aparcado el coche, a varias manzanas de distancia de allí.

El miedo le sube a la garganta cuando le parece reconocer, al otro lado de la calle, al conserje que, durante muchos años, trabajó en su edificio. Por un momento, no consigue recordar su nombre. Solo aquella familiaridad extraña que tenía con Claude.

Camina unos pasos, con la barbilla pegada al pecho, y después se aleja deprisa sin dejar de repetir: «Lo siento, lo siento, lo siento».

Mientras conduce de camino a la agencia, no soporta la visión de la carretera llena de tráfico. El cielo marchito parece combarse sobre ella, como si estuviera a punto de derrumbarse o partirse en dos. El Range Rover avanza despacio, casi a trompicones, hasta que al fin se detiene junto a un puesto con luces y abetos de Navidad.

Lúa aprovecha el parón para revisar el correo y enviarle un mensaje a Greta: «¿Cómo estás?», teclea con los dos pulgares. Mientras espera respuesta, no deja de pensar en que daría lo que fuera porque todo volviera a ser como antes y, al igual que el resto del mundo, también ella pudiera volver a casa y celebrar reuniones y reencontrarse con los viejos amigos, pasar la Navidad con sus padres y hermanos si los tuviera y aparecer cargada de bolsas y paquetes de regalo con grandes lazos rojos y plateados.

Recuerda que, un par de días atrás, cuando Claude le preguntó durante la cena qué le gustaría este año para Navidad, tuvo que morderse la lengua para no responder: «Dejar de sentirme culpable y aplacar de una vez por todas la incertidumbre». Cerrarlo todo como si nunca hubiera ocurrido y luego dormir y hacer desaparecer el mundo —sin prisas, ni malentendidos ni fatigas—, aunque solo fuera por unas horas.

Baja la vista cuando escucha la notificación del mensaje que acaba de enviarle Greta: «Necesito desconectar un poco. No paro de darle vueltas». Y un segundo después: «Podríamos ir a un centro comercial para comprar los regalos».

Lúa cierra los ojos un par de segundos, el labio inferior entre los dientes. Es lo que menos le apetece y, sin embargo, responde: «¿El viernes por la tarde?».

Un par de mujeres con trajes de chaqueta cruzan la calle entre los coches y pasan rozando la carrocería del Range Rover.

—Otra vez Navidad. ¡Por Dios! No lo puedo soportar —dice en voz alta la ejecutiva que lleva una bandeja de pasteles en la mano.

Lúa se acuerda de Martín y siente una punzada en el estómago cuando la imagen de una caja de cartón con el rótulo NAVIDADES cruza por su mente.

Y, tal vez por eso, vuelve a fijarse en el puesto adornado con guirnaldas, mientras piensa que también los árboles enferman y mueren.

De algún modo comprende que, en apariencia, nada ha cambiado en todos esos abetos de Navidad: continúan erguidos y sus hojas siguen estando verdes y llenas de vida. Pero las raíces han dejado de absorber agua y nutrientes del suelo y, poco a poco, empezarán a secarse y a perder su forma y su frescura.

El proceso de muerte es inevitable, se dice.

En cualquier otro momento se habría imaginado a sí misma como un árbol joven y lleno de vida que extiende sus ramas al cielo para alcanzar los rayos de sol. Sin embargo, ahora tan solo logra visualizar esos árboles enfermos o descuidados, con las raíces podridas, que se desploman en medio de la calle y caen sobre los coches y las personas.

Afuera, los automóviles continúan sin avanzar. Enciende la radio para distraerse y, sin saber muy bien por qué, se acuerda de las acacias de la Castellana con la equis púrpura pintada en el tronco, y, casi a la vez, le viene a la cabeza esa escultura de Bernini que vio con Claude hace tiempo en la Galería Borghese de Roma, y que tanto le impactó. Recuerda que la ninfa Dafne huía del dios Apolo, que quería tomarla como esposa a pesar de que ella lo aborrecía. Y, cuando él estaba a punto de atraparla, Dafne empezaba a transformarse en un árbol de laurel. Sus cabellos se alargaban de pronto hasta convertirse en hojas verdes, y sus brazos en ramas; el cuerpo se cubría de una corteza muy dura y los pies, antes en movimiento, se adherían a la tierra con raíces profundas. Luego, justo en el instante en el que Apolo apoyaba su mano en la cintura de Dafne, convertida ya en el áspero tronco del árbol, daba la impresión de que el corazón de ella todavía seguía palpitando bajo la corteza nueva.

Una bocina atruena apenas un segundo después, cuando las filas de coches empiezan a disolverse. Lúa parpadea y siente la piedra del estómago cuando pisa de nuevo el acelerador.

A pesar de que no tenía previsto asistir a la reunión, en el último momento decide incorporarse para conocer de primera mano las últimas novedades en torno a la crisis de Mr. Velvet. Doce pares de

ojos la miran expectantes cuando entra en la sala con el pelo revuelto y el mismo pantalón arrugado que lleva sin quitarse toda la semana.

Se sienta en la cabecera de la mesa pero, al contrario de lo que sucede en otras reuniones, decide quedarse al margen y no intervenir. No tendría sentido tratar de figurar o de coordinar nada, piensa, cuando casi todo el trabajo lo han hecho otros.

Tras un silencio que dura unos segundos, uno de los directores de cuentas les informa de que no han vuelto a producirse nuevas detenciones en las últimas horas y, de algún modo, es evidente que las autoridades sanitarias «han empezado a pasar página». También alude a los informativos de las televisiones, que vuelven a hablar sobre «la niña de la pila»; al parecer, dice, ha salido de la UCI y se encuentra fuera de peligro.

Luego conectan por videoconferencia con una de las doctoras del Hospital 12 de Octubre, con la que se reunieron Greta y ella hace varios días. De forma breve y concisa, actualiza el estado real de la pequeña:

—Lo peor ha pasado ya —dice—. Pero la pila le ha quemado el esófago y la tráquea, por lo que deberá someterse a nuevas cirugías y tratamientos.

Todos los miembros del equipo bajan la cabeza cuando les explica que, de hecho, hace apenas unas horas han tenido que quitarle cinco centímetros de esófago.

Lúa se remueve incómoda en el asiento y se inquieta con el sonido de la lluvia, que golpea a ramalazos el vidrio de la ventana.

No puede evitar pensar en que, a estas alturas, ni siquiera sabe cómo se llama la niña.

Aparta los ojos de la pantalla y fija su atención en la flor de Pascua que alguien ha puesto en un extremo de la mesa: ha perdido

muchas de sus hojas y algunas de ellas, arrugadas y marchitas, yacen sobre la tierra con exceso de riego.

Piensa en Laura y de nuevo en «la niña de la pila» y, de inmediato, en su colección de Birkin.

Tan deseados, tan perfectos y tan estériles.

«¿Y si...?», se pregunta sin llegar a acabar la frase.

Sale con paso firme y rápido de la sala de reuniones y, antes de que pueda llegar a su despacho, Gael la detiene con el brazo en medio del pasillo y le pregunta:

—¿Podemos hablar un segundo?

Lúa niega con la cabeza.

—Mejor en otro momento —dice casi sin detenerse—. Estoy muy liada.

Él ignora la respuesta y le suelta a bocajarro:

—No cuentes conmigo después de Navidad, Lúa.

Ella vuelve la cabeza y le lanza una mirada escéptica.

—¿Y eso por qué? —le pregunta.

—Tengo otro trabajo.

—¿Se puede saber dónde?

—En el taller de carpintería de mi padre.

—Es una broma, ¿no?

Él mueve la cabeza en señal de negación sin apartar los ojos de ella.

—¿Y por qué demonios haces eso?

—Gano doce euros a la hora. ¿Conoces a algún becario que gane tanto?

Ella parpadea varias veces, desconcertada por la respuesta.

—¿Y no es mejor un trabajo relacionado con lo que te gusta?

—En realidad, no —responde Gael con voz neutra—. Prefiero hacer lo que me gusta cuando termina mi trabajo.

Discuten durante varios minutos que se le hacen eternos, hasta que Lúa le pide que lo piense y que lo retomen dentro de un par de días.

Él asiente sin demasiada convicción y, antes de marcharse, le extiende la carpeta que lleva en la mano y añade:

—Por cierto, todo era mentira, ¿sabes?

Ella lo mira sin comprender.

—¿De qué hablas? —le pregunta.

—El anuncio de Shackleton en el *Times* —le explica él—. El más *sincero* de la historia, ¿te suena?

Lúa hojea por encima la carpeta que le entrega Gael, llena de datos que desconocía sobre la expedición de Shackelton a la Antártida a bordo del Endurance.

—¿Sabías que incluso hay un premio simbólico de cien dólares para quien encuentre el original en el periódico? —continúa.

Lúa se pasa la mano varias veces por el pelo.

—No me lo puedo creer —dice.

—Muchos aficionados a la historia han examinado con lupa los archivos del *Times* —añade Gael—. Y, al menos en los últimos diecisiete años, nadie ha encontrado ni una sola prueba de la existencia del anuncio.

Lúa se siente de pronto mareada, como si intentara mantenerse erguida en medio de una tempestad. Cierra los ojos un instante. Lleva años contando la misma historia en infinidad de cursos y seminarios. La aventura de la lejanía, el frío extremo. El anuncio «más sincero», además de una de las mayores lecciones de liderazgo, supervivencia y superación humanas que se recuerdan.

—¿Estás bien? —le pregunta Gael.

Ella le mira a los ojos y niega con la cabeza.

—Demasiadas mentiras —dice.

Minutos después de llegar a casa, vuelve a revisar las noticias y sigue sin encontrar ni una sola mención al accidente. La radio y los periódicos han dejado de referirse al asunto por completo, y los investigadores parecen tan confundidos, sin pistas, como lo han estado casi desde la misma tarde del atropello.

Está sentada a solas en su despacho, frente al ordenador, con una copa de vino.

«Debería sentir alivio», se dice.

Y, sin embargo, no siente nada.

No tiene tanto miedo ya a que la detengan, y trata de no perder el tiempo en pensar qué habría ocurrido si hubiera actuado de forma distinta.

Porque ya no es posible volver atrás.

Abre el cajón del escritorio y, de pronto, echa en falta uno de los recortes de periódico que guardaba sobre el accidente.

«¿Dónde está ese maldito papel?», murmura.

Luego, cuando desbloquea la pantalla de inicio del ordenador y entra en su perfil, se da cuenta de que el navegador está abierto.

La pestaña del historial sigue activa.

Está segura de que no lo dejó así. Aprieta la copa de vino por la base y trata de calmarse.

Seguro que son imaginaciones suyas, piensa.

Apenas dos minutos más tarde escucha pasos en el pasillo y, cuando levanta la vista de la pantalla, tan solo acierta a ver la camisa, de un blanco inmaculado y con gemelos en los puños, de Claude.

—No te esperaba tan pronto —le dice.

Se saludan con un beso en los labios y, después de un par de frases triviales sobre cómo ha ido el día, él le pregunta:

—¿No dijiste que ibas a arreglar la luna delantera en el taller?

Ella le mira con cautela y los dos permanecen inmóviles, separados por el escritorio de caoba. Por razones que no identifica, tiene la sensación de que él empieza a hacerse preguntas acerca de lo que ha ocurrido en los últimos días. Algo ha cambiado, de eso está segura, aunque todavía no sepa demasiado bien qué. Pero a veces él ronda por el despacho mientras ella está en la agencia, y podría haber mirado el historial de navegación o incluso haber hurgado entre sus papeles. Hace unos días, recuerda, dejó una pluma sin capuchón al fondo del cajón casi vacío, de modo que cualquier movimiento brusco la hiciera desplazarse, y cuando volvió, la pluma había rodado hasta el frontal.

—Acabo de ver tu coche en el garaje —añade Claude—. Y la luna sigue rota.

—Lo llevé al taller —dice en voz baja. Luego se detiene y coge aire —. Pero al final...

Mira a Claude a los ojos y los dos se sostienen la mirada durante varios segundos.

Está cansada de tantas mentiras, piensa, de intentar nadar a contracorriente, hora tras hora, en un río desbordado. Por momentos, siente que no puede más y, en su fuero interno, se da cuenta de que lo único que quiere en realidad es lo que hasta entonces más ha temido: verse descubierta y aligerarse de la carga de una vez por todas; entregarse, ir a declarar, sentir al fin sobre ella ese rayo liberador.

Le gustaría que Claude le dijera: «Cariño, vamos, dilo de una vez. Di lo que no quieres contarme, sea lo que sea».

Y, sin embargo, lo único que dice es:

—He pedido hora para llevarlo a un taller especializado.

Está a punto de decirle: «¿Y por qué has hecho eso?».

Pero, en cambio, las palabras salen de su boca en tropel:

—El otro día, cuando me preguntaste por qué había llegado tarde al cumpleaños —empieza a decir—, no te dije toda la verdad.

Claude se quita las gafas y las deja sobre el escritorio, junto al marco con la fotografía de Martín en la playa de Biarritz.

—Me preguntaste qué le había ocurrido al coche —continúa Lúa.

—Y tú dijiste que apenas se veía por la tormenta —añade él—. Y también que habías arrastrado un contenedor de basura sin querer.

—También te dije que había tenido que volver a la agencia.

Él se pasa la mano por la nuca.

—No debería haber dicho eso —le explica Lúa—. Lo siento. Estaba asustada y no tuve tiempo para pensar.

Claude coge las gafas y después se cruza de brazos, mirando a otra parte.

Ella lo mira mientras la agitación crece en su interior y, poco a poco, se siente incapaz de dominarse.

—He hecho cosas de las que no estoy orgullosa —dice con voz entrecortada.

Pero, antes de que pueda añadir nada más, él la interrumpe.

—Todo es agua pasada, *chérie*, ¿entiendes? —dice.

Lúa lo observa, midiendo cada gesto.

—Y en realidad no necesito saberlo —continúa Claude.

Ella inclina la cabeza, los ojos fijos en él.

En momentos así, tiene la impresión de que, a pesar de todos los años que llevan juntos, no lo conoce en absoluto.

—¿Qué estás diciendo? —le pregunta.

Él se gira y da unos pasos hacia la ventana. Luego, con las manos en la cadera, se queda mirando la grúa enorme y desgarbada que se recorta contra el cielo en un solar próximo.

Lúa se pasa la mano por el pelo. A veces le cuesta creer que algo pueda estar mal entre ellos. Es el hombre con el que siempre soñó, el que parecía tenerlo todo bajo control y le prometió una vida de estabilidad y éxito, como si pudiera sostener el mundo con las manos. Y, aun así, hay momentos en los que su mirada se pierde y su interior le resulta un enigma.

—Déjame decirte algo, Claude —le dice sin alzar la voz.

Él vuelve a negar con la cabeza sin mirarla.

—Ya te he dicho que no necesito saber nada más —repite, pronunciando despacio cada palabra.

—¿Puedes escucharme, por favor?

—¿Es que no entiendes que no sirve de nada hablar? —añade en un tono más alto del habitual.

Lúa se levanta con brusquedad de la silla.

—¡Pero yo sí necesito que lo sepas!

Claude se gira hacia ella y vuelve a dejar las gafas sobre la mesa. Tiene un aire inquietante, algo turbio en la mirada. Pero enseguida le coge una mano y añade:

—No vamos a perjudicarnos ninguno de los dos, ¿me oyes?

Después, casi en un susurro, le dice que no está dispuesto a permitir que ella haga pedazos su vida y destruya a su familia y todo lo que han conseguido juntos a lo largo de tantos años.

Lúa se aparta con la mano el cabello húmedo de la frente.

El recuerdo de las rosas rojas que él le envió al hotel de Cannes, hace apenas unos días, le viene de pronto a la cabeza: «Siempre juntos. Pase lo que pase».

Aun así, quiere creer que, tal vez, sea posible que Claude esté hablando en realidad de un asunto por completo distinto, incluso algo que ahora le parece tan descabellado como una infidelidad. ¿Cómo iba él a saber nada del accidente?, se pregunta.

Y, en un impulso repentino, le dice:

—No sé de qué estás hablando.

Sus miradas se encuentran un instante, mientras el silencio crece y se expande entre ellos.

—Sabes muy bien de qué hablo —dice Claude con voz neutra—. Después de todo, no era demasiado difícil atar cabos.

Lúa se queda sin habla, paralizada.

Siente el impulso de pegarle un puñetazo en el estómago.

«¿De verdad lo has sabido durante todo este tiempo, *fils de pute*?», le gustaría gritarle.

Se miran en silencio unos quince segundos, tal vez más, mientras su cerebro trata de procesar todo lo que está ocurriendo.

—Quédate tranquila —continúa Claude en voz baja—. No va a pasar nada.

Ella lo mira como si no estuviera segura de conocerlo. Le zumban los oídos y siente una opresión en el pecho. Por un momento recuerda las palabras que le repetía siempre su madre: «Lo que pasa de puertas adentro no hay que contárselo nunca a nadie».

Enseguida hace ademán de salir del despacho, pero Claude la agarra por la muñeca. Intenta soltarse, quiere desasirse, pero él la sujeta con fuerza y continúa hablando casi sin tomar aliento para respirar.

«Piensa en nosotros», dice.

«Yo te voy a apoyar siempre. Pase lo que pase.»

«Solo nos tenemos el uno al otro.»

«No tienes nada que temer.»

«Todos cometemos errores.»

Y también: «Si eres inteligente, callarás, por la cuenta que te tiene».

«¿Oyes lo que te digo?»

Ella guarda silencio mientras le escucha, incapaz de articular una sola palabra.

Es consciente de que, para él, confesar ni siquiera es una opción; está convencido de que hace lo correcto, desde su punto de vista, «por el bien de todos». Lo que ocurrió fue tan solo una acción «impulsiva», dice, y por eso deben resolverlo «sin que la familia se desmorone».

«No podemos perderlo todo por un error, por un momento de locura», dice.

Y, cada vez que Lúa intenta hablar, él apela a la importancia de su vida juntos y le recuerda lo que han construido y lo que podrían perder.

No importa todo el daño que ella le cause al mundo, se dice.

En cualquier caso, él siempre va a defenderla.

«Pase lo que pase.»

Porque, para Claude, el amor duradero es aquel en el que la pareja no compite ni se hiere, sino que se convierte en un refugio mutuo para siempre.

«Estoy contigo en esto», repite él.

Lúa tira de nuevo de la muñeca para soltarse y, sin querer, derriba con la mano la copa de vino, casi vacía, del escritorio.

—Ha faltado poco —dice Claude inclinándose para recogerla del suelo—. Está intacta.

Pero no es cierto, piensa Lúa.

Si pudieran observar el cristal a través de un filtro polarizador, se dice, entonces verían las tensiones irregulares de la superficie y la

forma en la que la estructura del cristal se ha distorsionado para siempre.

Al mínimo golpe, murmura para sí, se romperá de forma irremediable.

29

Greta acaba de llamar por teléfono para contarle que el directivo al que ella está a punto de sustituir en Chicago no se marcha, en realidad, fichado por ninguna otra agencia o multinacional, tal y como pensaban, sino que deja ShackelCom con las manos vacías. Al parecer, acababa de separarse de su segunda mujer y, además, había sufrido un infarto a comienzos de año del que tampoco sabían nada.

Lúa se frota la frente y deja el móvil sobre la cama.

Su cabeza hierve con pensamientos que no dejan espacio para razonar con claridad. La conversación con Claude de la noche anterior. El descubrimiento de Gael sobre el anuncio de Shackleton. El ascenso, la mudanza, los nervios, las prisas, el embarazo de Greta.

Después de conocer la noticia —que sin duda Blackwell le ha ocultado de forma deliberada—, no se siente con fuerzas para ir a trabajar. Tiene migraña desde que se acostó; se le cae todo lo que tiene en las manos y el dolor de cabeza, cada vez más intenso, le provoca sudores, náuseas y una debilidad que, por momentos, parece forzar el límite de lo soportable.

Cuando levanta la vista, Martín entra en el dormitorio con su elefante de croché en la mano.

No ha dejado de perseguirla por toda la casa desde que se ha levantado, piensa.

Trata de ignorarlo mientras da vueltas en círculos por la habitación para tratar de despejarse.

—Tienes que darte prisa si quieres que nos dé tiempo —dice Martín tirándole de la manga de la americana.

—¿Tiempo para qué? —contesta ella sin mirarle.

—Para poner el árbol.

Lúa se da la vuelta un instante y le revuelve los rizos con la mano.

—Lo hacemos mejor en otro momento —dice—. Es demasiado trabajo abrir todas esas cajas solo para unos días.

—Me lo habías prometido —dice él con una mueca de enfado.

—Lo sé, cariño, pero es mejor cuando estemos en la casa nueva.

Unos segundos más tarde, Minerva entra en la habitación. Tiene puesto el delantal de felpa que se pone para cocinar y lleva varios sobres en una mano.

—¿Quiere que siga guardando las cartas del señor en el cajón de su despacho —dice— o prefiere que se las deje aquí con las otras?

La pregunta la desconcierta, no sabía que Claude guardase aparte su correspondencia.

«¿Para qué querría hacer tal cosa?», piensa.

Y, por un momento fugaz, se acuerda de la Visa Infinite y de la carta del INSEAD.

Martín le tira de nuevo de la manga:

—¿Podemos ponerlo, mami? —repite arrastrando las sílabas—. Venga, por favor.

Lúa suspira, le dice a Minerva que lleve las cartas al despacho, igual que hace siempre, y, luego, abre el primer cajón de la cómoda y le muestra a Martín el catálogo de juguetes de El Corte Inglés que acaban de recibir por correo.

—Elige algo bonito —dice.

Martín empuja la revista con la mano.

Después se queda mirándola en silencio de una manera que la hace sentir muy incómoda.

Lúa siente de pronto un golpe de cansancio, se da la vuelta y curva las comisuras de los labios hacia abajo. Aunque lo adora, hay momentos en que no puede soportar su presencia. Quizás unas pocas palabras de consuelo podrían haber ayudado, pero la ansiedad le sube desde el estómago y las frases se atascan en su garganta.

Un instante después, el teléfono suena.

El nombre de Corbin aparece en la pantalla.

Lúa se da la vuelta y, cuando ni siquiera ha tenido tiempo para saludarlo y decir un par de frases más o menos coherentes, Martín empieza a gritar:

—¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio!

Ella se gira con los ojos muy abiertos. Luego todo ocurre sin que apenas se dé cuenta. En un momento está con el teléfono en la mano y, en el siguiente, le da a Martín una bofetada con todas sus fuerzas.

Durante varios segundos, nadie dice nada.

Él se queda inmóvil, y enseguida se lleva la mano a la enorme marca blanca que tiene en la mejilla. Después, cuando la sangre empieza de nuevo a circular, la cara se le tiñe de un rojo intenso y sale corriendo de la habitación.

Lúa se asusta de sí misma.

No puede creer lo que ha hecho.

Había jurado que jamás pegaría a su hijo, y siente el corazón a punto de estallar.

Escucha a Martín sorberse los mocos al otro lado de la pared.

Sospecha que Minerva está en el umbral de la puerta mirando, pero ni siquiera tiene fuerzas para comprobarlo.

30

Sube al coche y, mientras conduce de madrugada, no deja de repetirse que fue un accidente y no tuvo tiempo para frenar. La furgoneta en doble fila. La oscuridad. El cristal empañado. El semáforo en rojo. El teléfono. La tarta. Las prisas. Los accidentes ocurren, se dice. Pero ahora ella está muerta. Por su culpa. Muerta. La sangre le late en los ojos. A borbotones. Maldita cobarde. Si al menos hubiera parado. ¿Por qué no paró? ¿Por qué? Polvo y lava en el cráneo. Tranquila. Respira, respira. La saliva espesándose poco a poco. Mejor no pensar. Después, después. En los accidentes no hay culpables. Solo víctimas. Vamos, respira. Y deja que los segundos pasen. Uno, dos, tres. No pienses en nada. Inspira. Quédate quieta. Cuatro, cinco, seis. Bloquea el aire unos segundos antes de soltarlo. Así, vamos, tranquila. Despacio. Pero piensa en la bofetada y el miedo le estrecha la garganta. Y pisa el acelerador. A cincuenta kilómetros de Madrid. En el Pontón de la Oliva, el lugar más siniestro de la tierra. Solo para dejar de pensar. Es lo que ocurre cuando lo has ganado todo y te crees a salvo al fin. El Range Rover en el camino de gravilla. Las luces encendidas, las llaves puestas. Veinticuatro pasos a la izquierda. El vértigo del acantilado. La vista fija en la pared del cañón. Cuando creía tenerlo todo. Barrancas, cuchillas, pináculos. La carcasa hinchada de una cierva hundida sobre la arena. Si pudiera volver atrás en el tiempo. Nubes negras de buitres con picos como puñales planeando sobre su cuerpo de

muerta sin vejez. Un gran ataúd entre las raíces retorcidas de los olivos. Para la vida que ya no le queda. Diez días y tres cajas de alprazolam para no atreverse a confesar. Las tinieblas arrastrando los primeros rayos de luz. Y ella solo quiere diluirse en la sombra hasta desaparecer. Mejor no pensar. Las zapatillas se hunden en la tierra blanda, gris y muerta. Treinta y seis pasos a la derecha. Más de las seis. La barandilla desconchada sobre una pasarela voladiza construida por dos mil presidiarios. Maldita cobarde. El tintineo de las cuentas del rosario. La taza de café volcada. Obediencia. Esfuerzo. El amor se tiene que merecer. Nunca se sintió a salvo. Me pones enferma, estoy harta de ti. Sus manos huesudas y espolvoreadas de pecas se le hunden en la piel. Esos hombros caídos, esa falta de gracia. Ponte derecha. Un fulgor suicida en la mirada. Y las mejillas ardiendo. Es lo que te mereces. La única niña en el mundo que no quiere a su madre. ¿Por qué? ¿Por qué? Nunca llegarás a nada. Incompleta. Imperfecta. Insuficiente. Inadaptada. Él pasaba las páginas del periódico con el dedo mojado en saliva. Le reservaba siempre el cuscurro del pan. Y en sus brazos nada malo le podía pasar. Pero no quería vivir. Torres de barro picudas. Un hilo suelto en el dobladillo de la chaqueta. Y sigue sin poner los adornos de Navidad. Pero cada día pierde el tiempo con personas que le son indiferentes. Palabras falsas y asco en la sonrisa. Vocalizan palabras que no alcanza a entender. Solo *peros*, *esques* y *porqués*. La mirada hacia ninguna parte en un despacho a doscientos cuarenta metros de altura. Fingir que eres importante. Felices fiestas con el pecho lleno de esquirlas. Y la vida con un cronómetro. Cuarenta y cinco minutos en el atasco. Hacer llamadas de teléfono, ir a comer a la otra punta de la ciudad, tomar otra pastilla y hacer de tripas corazón. Pero ahora ella está muerta. El derrape de los neumáticos. Las gotas de lluvia golpeando el coche como trozos de vidrio. Los

nudillos blancos aferrados a la barandilla y los pies colgando a veintisiete metros de altura. El pelo húmedo de sudor. Para qué vivir. A qué aspirar. Si ya nunca más tendrá hambre de luz. Un enorme coágulo empañando el cielo. Hay una sabiduría que es dolor y hay un dolor que se convierte en locura. Porque el miedo tiene los ojos muy grandes. Y no queda esperanza. Tan solo un abismo aterrador del que nadie nunca la rescatará. Tijeretazos en el vientre, cuero agrietado y dolor en los pies. Hace diez días el cielo estaba claro y azul y ahora solo hay nubes de tormenta y kilos de plomo en el estómago. La ciudad entera envuelta en una neblina borrosa. No pensar. Después, después. Diez segundos de inconsciencia. Solo diez. Los párpados pesados como piedras. Las manos juntas y los dientes sin lavar. Una última bocanada de aire y se asoma al vacío. «Por favor, haz que Martín sea feliz.» Y, cuando está a punto de saltar, del bolsillo del abrigo sobresale de pronto, aleteando, un dibujo arrugado con garabatos y letras de colores: «Te quiero mucho, mami». Y solo entonces se da cuenta de que no quiere morir. Aunque le duela en carne viva. Y tenga frío. Y se haga tarde. Y lleve los calcetines disparejos y las zapatillas del revés.

31

En cuanto abre los ojos, le cuesta reconocer la habitación. La puerta está entornada y el dormitorio casi a oscuras. Intenta recordar, pero no sabe cómo ha vuelto a casa ni cuántas horas lleva durmiendo en la cama. Vuelve a dolerle la cabeza y tiene la boca seca y con un regusto amargo. Poco a poco, los recuerdos se fragmentan en su mente en un vaivén confuso de imágenes febriles: la corona de flores descarapelada junto al semáforo; Gael y el anuncio de Shackleton que nunca existió; el embarazo de Greta y la «niña de la pila»; el ascenso, Claude, la bofetada, el vértigo del acantilado.

Nada sucede como lo había previsto, piensa.

Le invade de pronto tal abatimiento, un desánimo tan lúgubre, que se queda ovillada debajo de las sábanas, incapaz de moverse.

Unos minutos más tarde, escucha pasos en el pasillo y, después, a Claude diciendo en voz baja:

—Mamá no está bien.

—¿Qué le pasa? —pregunta Martín.

—Termina de vestirte, por favor.

—¿Puedo entrar?

—He dicho que tu madre no se encuentra bien. No la molestes.

Lúa cierra los ojos y siente en su interior un vacío violento, como si la hubiesen abierto en canal. Espera inmóvil durante lo que le parece una eternidad, con la esperanza de que Claude se marche pronto a donde quiera que vaya.

Alrededor de media hora más tarde, se da la vuelta y suspira. Hércules está tumbado junto a ella, sobre la alfombra, con la lengua fuera y jadeando con un sonido ronco. Agita la cola cuando la ve incorporarse sobre un codo en el colchón húmedo de sudor.

Con el estómago revuelto, Lúa aparta las sábanas y pone un pie en el suelo, muy despacio, para que las láminas del somier no crujan y delaten sus movimientos.

«Tengo que ir a trabajar», piensa.

Acaricia a Hércules detrás de las orejas y, después, se queda sentada en la cama sin hacer nada.

Desde el dormitorio de al lado le llegan las voces y las risas de Minerva y de Martín, lejanas y en sordina, como nacidas a varios metros de distancia. Aguza el oído y alcanza a oír lo que le parece el crujido que hace una hoja de papel al ser arrancada con urgencia de un cuaderno de espiral.

Un par de segundos después, Martín comienza a leer.

Todavía está aprendiendo, y por eso lo imagina señalando con el dedo mientras pronuncia despacio cada sílaba antes de pasar a la siguiente palabra.

—«Merendar un chocolate con churros en *san-no-sé-qué*» —dice.

—«En San Ginés» —le corrige Minerva acentuando cada palabra —. Eso lo sabe hasta la madre de los tomates.

Él suelta una carcajada.

—Dime otro refrán —dice.

—Luego —le contesta Minerva—. Primero termine de leer la lista, que para algo me la ha pedido.

—«Cuando la familia se va de vacaciones y se acuerda de llamarme por teléfono» —continúa silabeando Martín.

Minerva lo interrumpe, modula la voz y deja caer un reproche medido:

—Aunque bien mirado, eso no sucede muchas veces, ¿verdad que no, pequeño tunante?

Martín vuelve a reír.

Sin poder evitarlo, Lúa arruga la frente al recordar que, días atrás, él le pidió una lista de las cosas que la hacían feliz, algo relacionado con una tarea del colegio. Desde entonces, no ha tenido un solo momento para pensar en ello.

Martín continúa leyendo despacio, con la ayuda de Minerva, y cada pocos segundos los dos hablan a la vez y vuelven las risas.

—«Hacer la cama sin arrugas.»

—«Cuando me salen los bizcochos esponjosos y la casa huele a vainilla.»

—«Arreglar algo y que me salga bien.»

Sentada sobre el colchón, Lúa siente un pellizco en el estómago. Por primera vez se pregunta a cuántos momentos, en apariencia insignificantes, ha renunciado en los últimos años: disfrutar de su hijo y de su familia, contemplar una puesta de sol, tomar un café o salir de compras de vez en cuando con Greta; ir al cine, a un concierto o alguna exposición con Claude; dar largos paseos, escuchar sus viejos discos de jazz.

Lleva años comportándose como si todo fuera muy bien, se dice, cuando nada iba bien en absoluto. Y después de tantos años de hoteles y aeropuertos, al final lo que queda no es mucho más que un montón de cuadernos con unos vagos apuntes de ideas. Trata de hacer un inventario mental de lo memorable que ha hecho a lo largo de este tiempo, siempre desbordada de compromisos, y se da cuenta de que nada, en realidad, ha tenido la más mínima importancia.

—Dime más refranes, Mine —dice Martín—. Pero que no sea el de los tomates.

—Al dedo malo todo se le pega.

—Otro...

—El que anda con perros, a ladrar aprende.

—Dime más, venga —insiste Martín—. ¿Cuántos te sabes?

Lúa se pasa la mano por el pelo mientras cruza por su cabeza el recuerdo de una tarde de verano en que ella regresaba a casa después de un viaje a Copenhague de varios días y encontró a su hijo jugando al fútbol en el jardín. Llevaba los cordones de las zapatillas desatados y tenía el balón entre las manos. Apenas un segundo después comenzó a correr, se pisó los cordones y cayó al suelo. La rodilla empezó a sangrar. Ella se puso en cuclillas con los brazos abiertos para recibirle después de varios días sin verle, pero él pasó de largo y prefirió que lo consolara Minerva. Antes de que se fuera a dormir, recuerda, perdió los nervios con él, y, durante varias semanas, le presionó noche tras noche: «Dame un beso, por favor, Martín. Por favor. Dame un beso. Dile a mamá que la quieres».

El tiempo de calidad, se dice a sí misma, en realidad no es más que un autoengaño para quien está siempre ocupado y trata de lamerse las heridas. No consiste en encontrar dos horas de vez en cuando, sino en estar presente cada día y con una focalización constante, porque no puedes quedarte en la oficina terminando una presentación y también cenar con tu familia; ni puedes irte de viaje o ir al gimnasio y estar a la vez jugando con tu hijo en el parque.

Un remolino de pensamientos gira en su cabeza, uno tras otro.

Se siente aturdida, algo mareada, insustancial.

Como si hubiera recordado algo olvidado hace años.

Y, por encima de todo, culpable por no haber estado cerca de Martín y por no haber sido la madre que su hijo habría necesitado.

Se frota la frente y vuelve a tenderse en la cama mientras le da vueltas a un refrán turco que ha escuchado hace poco en alguna

parte: cuando uno acaba de construir su casa, le llega la muerte.

«¿Y si mañana es demasiado tarde?», piensa.

Al cabo de un par de horas, justo antes de marcharse a la agencia, extiende la mano hacia el pequeño peluche que lleva Hércules en el hocico, que hacía años que daba por perdido.

Se lo quita con un suave tirón y, casi sin reparar en ello, siente cómo se le va formando una sonrisa en los labios.

«Gracias, amigo», le dice a Hércules mientras le acaricia la cabeza.

Apenas puede creerlo.

Es el Coyote de los Looney Tunes que le regaló Claude a los pocos meses de conocerse.

Lo mira mientras le da vueltas entre los dedos.

Desgarbado, con las orejas grandes y los ojos amarillos.

Por un instante, sus pensamientos regresan hasta el día en el que Claude se lo regaló, unos meses después de que se conocieran.

—¿Y esto? —le preguntó con expresión divertida en cuanto abrió la bolsa con el Coyote dentro.

—No he podido resistirme —respondió él—. Es igual que tú.

—¿Estás de broma? —le dijo ella con una ceja más alta que la otra.

—¿Es que no te das cuenta?

Ella lo miró confundida.

—Nunca se rinde —le explicó Claude—. Es creativo, infatigable y lo da todo en cada intento. No importa cuántas veces explote el plan; si hace falta, pinta un nuevo camino en la roca. Pero siempre vuelve a intentarlo, pase lo que pase.

Más tarde, en cuanto llega a la agencia, organiza una reunión informal con el equipo. No sabe muy bien cómo ha llegado a esa idea descabellada y nunca se imaginó que diría algo así, pero, de algún modo, se ha propuesto convencerlos sobre la necesidad de poner en marcha una campaña para concienciar sobre el peligro de las pilas de botón.

Sin embargo, tras los últimos acontecimientos en torno a la crisis de Mr. Velvet, las miradas de recelo y las opiniones en contra se suceden en cascada:

«Suena fantástico, Lúa, pero quizás deberíamos pasar página y enfocarnos en otros asuntos».

«Desde luego, ahora mismo tenemos otras prioridades.»

«Además, ¿qué ganaríamos nosotros con todo esto?»

«Y, en todo caso, no es nuestra guerra.»

«¿Qué tal si lo dejamos para más adelante?»

Cada pocos segundos, doce pares de ojos la observan con persistencia inusitada, hasta que cae en la cuenta de que, en lugar del traje negro y la camisa blanca de cada día, lleva puestas sus viejas zapatillas de correr y unos vaqueros con el bajo deshilachado. Ni siquiera ha tenido tiempo para peinarse, piensa, y de forma distraída se arregla con la mano el pelo revuelto mientras trata de prestar atención a todas y cada una de las objeciones.

—En cualquier caso, muchos de los juguetes que llevan este tipo de baterías ya cuentan con sistemas de seguridad —afirma el director creativo.

Varios compañeros hacen un leve gesto afirmativo.

Después de unos segundos en silencio, Lúa se inclina hacia delante con los codos apoyados en la mesa:

—Entiendo vuestro punto de vista, pero habéis visto las terribles consecuencias del envenenamiento en Sofía —dice eludiendo de forma deliberada la expresión «la niña de la pila», tras haber escuchado el nombre verdadero en boca de una de las doctoras del hospital. Luego se queda callada unos instantes y percibe las miradas de desconcierto entre algunos miembros del equipo, como si no la reconocieran. ¿Qué gana ella promoviendo una campaña de concienciación después del escándalo y con todos los frentes que tienen abiertos? ¿Y por qué ahora?, parecen preguntarse.

Lúa se repliega en la silla. En algunos momentos tiene la sensación de que la vida transcurre en un escenario que ha dejado de pertenecerle, como si el planeta girase y girase y ella siguiera en el mismo sitio sin moverse.

La idea de las pastillas, en las que lleva horas tratando de no pensar, concentra sus nervios en un solo punto, y siente de pronto que le falta el aire.

—Siento llevarte la contraria, Lúa, pero, después de la avalancha de denuncias falsas que acabamos de vivir —dice uno de los directores de cuentas—, no creo que sea el momento ni tampoco la acción más oportuna.

También la directora del Departamento de Medios la mira con expresión ambigua y le recuerda, con cierto resquemor, el «puro afán de notoriedad» que ha motivado la mayor parte de las denuncias.

Lúa los mira sin parpadear.

En cualquier otro momento le habría hervido la sangre con comentarios de ese tipo.

Sin embargo, sorprendiéndose a sí misma, les replica con voz pausada:

—Estamos aquí para buscar soluciones. Y si algo tengo claro ahora mismo es que nuestra tarea no consiste en buscar culpables por todo lo que ha pasado, sino en marcar el rumbo para el futuro.

Tan solo Gael y Greta asienten en señal de aprobación, mientras que los demás colaboradores evitan mirarla.

—Por desgracia —dice Lúa entrelazando las manos—, tal y como nos han explicado las doctoras que atienden a Sofía, los objetos cotidianos como audífonos, relojes o mandos a distancia, y no solo los juguetes, siguen siendo el principal origen de estos accidentes. Las pilas de botón son pequeñas y redondas —añade—, y su potencial peligro para los niños a menudo pasa desapercibido. Además, contienen sustancias químicas tóxicas que pueden filtrarse y provocar consecuencias muy graves para el medio ambiente.

Se pasa la mano de nuevo por el pelo y después pregunta:

—¿Cuántos de vosotros sabríais qué hacer si vuestro hijo se tragara una pila de botón? ¿Y si fuera vuestra mascota? —Mira uno por uno a sus colaboradores—. Cuando un niño se traga una pila, si los padres no se dan cuenta, muchas veces continúa corriendo y jugando como si nada, lo que supone un gran riesgo para su salud, ya que es esencial actuar con la mayor rapidez posible.

Greta la observa en silencio mientras se da pequeños golpes con el bolígrafo en el labio inferior.

—¿Qué tienes en mente, Lúa?

—Estoy hablando de una campaña de concienciación para evitar los casos de envenenamiento y asfixia provocados por este tipo de pilas —explica—. Entrevistas, anuncios, folletos informativos, colaboraciones, charlas, vídeos en redes sociales. Todo lo que se os ocurra para ofrecer a los padres y cuidadores la información necesaria sobre el uso seguro de las pilas de botón, así como los

pasos que hay que seguir en caso de que algún niño se haya tragado una.

—Incluso podríamos ir un paso más allá —dice Gael con un destello en los ojos—. Estaba pensando en involucrar a algunos de los principales fabricantes de pilas. Tal vez podrían incorporar en sus productos algún tipo de recubrimiento que tenga un fuerte sabor amargo y que logre disuadir a los niños de ingerirlas.

El resto de los compañeros niega con la cabeza.

—No hay por dónde cogerlo, Lúa —dice uno de los directores de cuentas—. Ya nos ha desgastado bastante todo este tema.

—Es hora de pasar página y seguir adelante —añade alguien.

—Opino igual —dice alguien más.

Los comentarios negativos se suceden, uno tras otro.

Sin embargo, los ojos de Lúa se cruzan fugazmente con los de Greta y Gael y, por primera vez en mucho tiempo, sonríe sin miedo.

Es posible que no sean muchos, piensa.

Pero los que cambian las reglas nunca fueron mayoría.

Y aunque ninguno de ellos lo sabe aún, cuando se cumpla el primer aniversario del accidente —y gracias en parte a una donación anónima de la que jamás le dirá nada a nadie— las pilas de botón incorporarán por ley un recubrimiento amargo no tóxico para disuadir a los niños de tragárselas, además de una alerta de color que, al contacto con la saliva, se teñirá de azul en la boca para avisar con rapidez a los padres. La campaña recibirá el reconocimiento unánime de los pediatras y, en poco tiempo, cambiarán los estándares de la industria de las baterías, que desarrollará envases más seguros y etiquetas con advertencias y símbolos de peligro en cada uno de sus productos.

Tal vez no hayan podido hacer nada por salvar a Sofía de una vida llena de dificultades, piensa.

Pero, quizás, no todo haya sido en vano.

—Estás distinta —le dice Greta después de probar su *smoothie* de manzana y espinacas—. ¿Qué ha pasado?

—Supongo que es por las zapatillas.

—No, no son las zapatillas. Eres tú.

Greta la observa con curiosidad y, de pronto, algo cambia en su cara.

—Me gusta —dice.

Y un segundo después:

—Aunque todavía no puedo creer que te hayas pedido un descafeinado.

Lúa le devuelve la sonrisa.

—Deberías probarlo —dice.

—¿Bromeas? —responde Greta abriendo los ojos de par en par. Y enseguida le enseña la libreta que lleva en el bolso, en la que se puede leer: «Death before decaf».

Lúa vuelve a sonreír, aunque no puede evitar pensar que, después de casi dos horas juntas dando vueltas por el centro comercial de La Moraleja, ha sido incapaz de sonsacarle una sola palabra sobre si piensa seguir adelante con su embarazo o, por el contrario, ha decidido interrumpirlo.

—No me hagas pensar —le ha respondido con aire ausente cada vez que ha intentado sacar el tema.

Conversan sobre vaguedades, miran el móvil, cruzan frases sin sustancia. Y, al cabo de unos minutos, Greta se inclina hacia delante, saca un espejo de mano de su bolso y se alisa con la yema de los dedos los semicírculos oscuros que tiene bajo los ojos.

Lúa vuelve la cabeza y observa el fluir ininterrumpido de la gente entrando y saliendo de las tiendas. Todo ese frívolo ajetreo, piensa, sin ninguna reflexión y sin esperar nada de la vida, como si el tiempo fuera ilimitado y no tuviera un precio muy alto.

Por momentos todo vuelve a ser bullicio, luces, confusión, ruido.

Unos segundos más tarde, el teléfono suena.

Es Corbin.

Está exultante mientras le explica que, a pesar del desplome inicial en las ventas, en los últimos días la producción ha aumentado casi el ocho por ciento, marcando el mejor rendimiento de la empresa en cinco años.

—No lo habríamos conseguido sin ti —dice.

Lúa niega con la cabeza ante su inesperada amabilidad, mientras él le propone tomar una copa.

—En ShackelCom siempre hemos celebrado las cosas lo justo —responde—. Cuando todo empieza a ir bien es fácil relajarse y bajar la guardia. Pero es ahí donde de verdad hay que anticiparse.

Un minuto más tarde siente un nudo que le oprime la garganta al mencionar los siguientes pasos que llevarán a cabo desde la agencia:

—Una vez que se cierra una crisis —dice—, es el momento de evaluar todo lo vivido, los efectos y las causas, además de recuperar la confianza perdida. —Y enseguida añade—: Las situaciones críticas solo podrán transformarse en una oportunidad de mejora si se aprende la lección, es decir, si se adoptan de manera interna los cambios necesarios para que no vuelva a ocurrir —continúa—; si de verdad se toma nota de los errores para ser más flexibles en el futuro y no volver a cometerlos.

32

«La vida, es como el palo del gallinero: corta y llena de mierda», dice la pintada que acaba de leer en la puerta de un baño inmaculado donde todo parece perfecto. Es el único elemento disonante y sincero que hay en todo el edificio, piensa, a pesar de que alguien haya puesto una coma entre el sujeto y el predicado. Pero ni siquiera eso le parece tener ahora la menor importancia.

Se lava las manos y la cara con agua helada y vuelve a su despacho, donde ha citado a Gael dentro de quince minutos.

Tan solo un par de semanas antes le habría leído la cartilla y, sin ningún tipo de miramiento, le habría dicho: «Tranquilízate, ¿quieres? ¿Cómo puedes cuestionar tu futuro con tanta ligereza? Sabías dónde te estabas metiendo. Has hecho muchos sacrificios. Cinco años compaginando los estudios con un trabajo de media jornada, miles de euros invertidos en formación, sin un solo segundo de respiro; y justo ahora, cuando estás a punto de conseguirlo, ¿lo único que se te ocurre decir es: "¿Esto no es para mí?". Piénsalo bien, Gael. La única regla es el trabajo. Si trabajas, eso te llevará a algo. En cambio, si tiras la toalla ahora, todo habrá sido en vano».

Camina hasta el ventanal de su despacho y siente la piedra del estómago mientras contempla el tráfico y los aparcamientos llenos de coches, las torres de oficinas y hoteles, los edificios de viviendas, el Palacio de Congresos y el Santiago Bernabéu, todo envuelto en una neblina húmeda y grisácea.

Apura el descafeinado que lleva haciendo durar toda la mañana y, por primera vez, se reconoce a sí misma que quizás Gael tenga al menos una parte de razón cuando piensa en la inercia de los días en la agencia: creativos sobrepasados de trabajo, rivalidades internas, jornadas de más de doce horas, caos, falta de equilibrio y, por encima de todo, ese oscuro desajuste entre las expectativas y la realidad.

El teléfono suena varias veces, pero ella no contesta, como tampoco se molesta en leer los correos y mensajes que se acumulan en la bandeja de entrada y en el buzón de voz. Ni siquiera se ha acordado de ponerse americana, o tal vez sí, se dice, pero, por algún motivo, a última hora ha preferido volver a ponerse las zapatillas de deporte y los vaqueros con el bajo deshilachado.

Pasea de un lado a otro del despacho y frunce los labios nerviosa. Luego se da la vuelta y, de forma distraída, comienza a ordenar las revistas, informes y papeles que se amontonan sobre el escritorio en decenas de torres inestables, unas encima de otras, como un castillo de naipes a punto de derrumbarse.

A diferencia de Gael —se dice a sí misma mientras aparta de la mesa varias muestras de *packaging*—, ella siempre ha sabido que conseguiría todo cuanto deseara, que progresaría y que nadie sería capaz de detenerla. De hecho, hasta hace poco más de una semana llevaba a cabo todo lo que se proponía con implacable determinación. Y tal vez por eso le cuesta tanto comprender a los más jóvenes de la agencia —becarios, *planners*, ejecutivos de cuentas— cada vez que llega algún puente y el lunes por la mañana le sueltan como si tal cosa que no han preparado el *briefing* que les había encargado porque «hacía sol y en la sierra había una nieve polvo perfecta para esquiar». Algunas veces se queda sin habla mientras los escucha y siente ganas de zarandearlos. Esa falta de

ambición, piensa. Hace años, una actitud así habría sido impensable. Antes todo el mundo aceptaba que su jornada tuviese que alargarse con frecuencia y, por supuesto, nadie en su sano juicio llevaba la cuenta de las horas: sencillamente, seguían al pie del cañón el tiempo que hiciera falta.

Guarda las facturas en el archivador, los cuadernos y las carpetas en los armarios, y luego retira las revistas atrasadas y todo lo que no sirve y lo mete en cajas para reciclar. Nota los músculos del cuello tensos al acordarse de la última conversación que tuvo con Gael, cuando él le dijo que dejaba la agencia para trabajar en la carpintería de su padre y le reveló, además, la verdad sobre Shackleton y el anuncio más sincero de la historia.

Casi sin advertirlo, un leve mareo la saca de sus pensamientos.

Debería comer algo, se dice.

No sabría decir cuántas veces habrá escuchado a lo largo de su carrera: «¿Tú no tomas nada?».

Intenta no pensar en el nudo que se endurece en su vientre y, por un momento, le viene a la cabeza la camiseta que le regaló Greta un verano, en la que se podía leer: «Son las cinco y no he comido».

Se apoya con las dos manos sobre el escritorio y empuja sin querer una montaña de papeles. Algo se desliza de pronto al otro lado de la mesa: el gran cubo de Rubik que utilizaron hace un par de semanas para una propuesta, y que, en algún momento, pensaba regalarle a Martín. El cubo de colores, del tamaño de un balón de fútbol, se estrella contra el suelo de mármol y retumba un instante. Lúa da unos pasos y se inclina para recogerlo. Al principio le parece que no ha sido nada: las esquinas están perfectas y no tiene ninguna grieta ni pieza desprendida. Pero, cuando lo levanta, se da cuenta de que la caída ha desalineado el núcleo del cubo y el mecanismo ha dejado de funcionar. Ya no gira.

De nuevo, siente el peso en el estómago, como un hilo invisible que tira de ella hacia abajo.

Piensa en tomarse los ansiolíticos que lleva en el bolso, pero un segundo después escucha pasos en el pasillo.

Esconde el cubo en la cajonera grande del escritorio.

La puerta del despacho está abierta y, cuando levanta la vista, descubre a Gael, observándola desde el umbral. Alto, pálido, sin un solo músculo, con un jersey de lana gruesa y una bolsa de papel de Pull & Bear colgando de la mano.

Se saludan con una sonrisa, y ella le invita a sentarse en una de las butacas de terciopelo negro que hay junto a la ventana.

Gael pasea la mirada por el despacho mientras habla de vaguedades y, quizás para romper el hielo, hace una broma sobre su salida de la agencia y le dice a Lúa que, cuando Shackleton regresó al Reino Unido de su expedición, el único comentario que le hizo a su mujer sobre el hecho de no haber podido cumplir su sueño de alcanzar el Polo Sur fue: «Un asno vivo es mejor que un león muerto, ¿no crees?».

Lúa lo mira distante y se esfuerza por sonreír.

—Supongo que toda decisión es la correcta cuando la tomas —dice mientras se sienta en una butaca frente a él.

Después de un silencio más largo de lo habitual, Gael tiene el atrevimiento de preguntarle si se encuentra bien. Los últimos días la ha notado «distinta», dice. A menudo llega tarde, añade, y parece «algo ausente» en las reuniones y grupos de trabajo.

Ella continúa con la cabeza alta, pero se siente agotada. Le gustaría decirle que apenas puede dormir, ni comer, ni siquiera pensar. Que duda cada segundo en el trabajo y su mente se dispara y se agita sin descanso; jamás está en reposo. Ya no es tan fiable como antes y tiene la sensación de estar atrapada en una red,

incapaz de retomar su vida y aceptar nuevas responsabilidades sin sentimiento de culpa.

Gael la observa, como si esperase una reacción por su parte.

Pero ella prefiere no tener que escuchar comentarios marcados por un exceso de confianza. Si hay algo que nunca ha tolerado es que los demás se entrometan y le digan cómo tiene que llevar sus asuntos.

Quizás por ello, solo acierta a decir: «Nada en particular, no te preocupes».

Y de inmediato piensa que debería hacer su trabajo de una vez por todas, es decir, cumplir con lo que se espera de ella, empezando por hacer cambiar de opinión a Gael. Eso es al menos lo que haría cualquier directivo enfocado a retener el talento, piensa. Tal vez debería comenzar por hacerle promesas vacilantes como las velas de una tarta de cumpleaños: hablarle de viajes y premios, del trabajo lleno de retos y desafíos de los próximos meses, incluso ofrecerle un aumento de sueldo, un coche de empresa o una reducción de jornada.

Sin embargo, lo único que le pregunta es si su decisión es firme y lo ha pensado bien, a pesar de que hace solo unos días le habría interrogado de forma muy distinta, tal vez con alguna frase demoledora como: «¿Acaso eres consciente de lo difícil que es hacer carrera en ShackelCom, aunque sea de recadero?».

Gael se recuesta en la butaca con las palmas de la mano hacia arriba.

—Supongo que estoy cansado de todo esto —dice señalando los carteles con frases motivacionales que salpican el despacho—. Ya sabes: «No golpees levemente el balón». «Saca la pelota fuera del estadio.» «Busca la compañía de los inmortales.»

Lúa se muerde los labios, incómoda, y le deja continuar.

—El deseo de tener un trabajo apasionante —le explica Gael— en realidad no es más que una trampa del desgaste que hace que estemos dispuestos a tolerar la explotación.

A pesar de la crudeza de sus palabras, ella le sostiene la mirada sin cambiar de gesto.

En cualquier otro momento, una oleada de indignación y de ira le habría recorrido por dentro como un chispazo eléctrico al escucharle hablar en esos términos. Habría vuelto a la carga, una y mil veces, hasta hacerle entrar en razón, tan arrogante y seguro de sí mismo y con esa maquiavélica capacidad para argumentar y llevarle la contraria en todo.

—Porque al encubrir el trabajo con el lenguaje de la pasión —continúa él— se nos impide pensar en lo que hacemos como lo que realmente es: un trabajo, y no la totalidad de nuestra vida.

Lúa aprieta la mandíbula y, aunque le cuesta, permanece en silencio.

Durante varios minutos que se le hacen eternos, Gael se desahoga con frases que ella jamás habría imaginado tener que oír:

—Haz lo que te gusta y trabajarás duro todo el día, sin descanso y sin límites, aunque el sueldo sea tan bajo que no permita ni siquiera pagar las facturas.

Por momentos no se reconoce a sí misma. Debería estar gritándole: «¿Cómo te atreves? Es así desde que el mundo es mundo. ¿Por qué no creces de una vez?». Sin embargo, por algún motivo empieza a atraerle la naturalidad con la que Gael rechaza todo lo que no le gusta, incluso siente cierta admiración por él, por su sentido de la justicia y por la claridad con la que, a diferencia de ella, es capaz de separar el bien y el mal.

—¿No sientes a veces como si estuvieras viviendo en la superficie de la vida y te perdieras todo lo que hay debajo? —le pregunta Gael

al cabo de un rato.

Las palabras le golpean con fuerza inusitada en su interior.

Hay una especie de insolencia y de brutalidad en lo que dice, sin importarle lo más mínimo las consecuencias:

—¿Te has planteado qué te hace ser tú, aparte de tu trabajo?

Lúa humilla la mirada y se queda inmóvil, replegándose en el agujero negro del estómago, que la aspira desde dentro.

Por un instante, reflexiona sobre los últimos años en la agencia y la mezquina necesidad de tener que ser alguien especial, ese impulso agresivo por ser más que los demás y mantenerse en lo más alto a cualquier precio, siempre intentando guardar las apariencias y dar la imagen de tenerlo todo bajo control, pero en el fondo cansada de la competitividad y de la presión, del inacabable hilo de correos, de las llamadas a deshoras, de las reuniones, los viajes, los informes, las hojas de cálculo y las presentaciones en PowerPoint. Cansada de tener que motivar a la plantilla, del *networking* y de la presión para obtener resultados. Pero, sobre todo, cansada de reprimir esas preguntas inquietantes: «¿Era esto lo que quería?». «Es posible que haya triunfado, pero ¿qué significa el éxito para mí?» «¿Era el dinero el objetivo? ¿El reconocimiento, quizás?» «Y, en cualquier caso, ¿ha valido la pena tanto sacrificio?»

Gael sigue hablando y, unos minutos después, le confiesa que lo que va a echar de menos en el futuro es lo mucho que disfruta cuando en la agencia reciben a un cliente, de una compañía telefónica o de un banco, que les pide consejo sobre cómo lograr que la gente no los odie.

Lúa separa los labios y sonríe por primera vez.

Él le devuelve la sonrisa y después añade:

—Pero quizás lo más triste de todo sea que, si la gente puede evitar la publicidad, es lo primero que hace. Es más, si pudieran, no

volverían a ella.

De improviso, los dos vuelven la cabeza hacia la puerta entreabierta.

Hay jaleo en el pasillo, se oyen voces, retazos de conversaciones y algunos golpes y palmadas. En alguna parte suena la canción del rapero PSY, el *Gangnam Style*, que el Departamento de Relaciones Públicas está utilizando para promocionar una marca de aperitivos.

«El mundo está enloqueciendo», murmura Lúa para sus adentros cuando Gael le dice que el vídeo, con esa coreografía de galope que se escucha en medio planeta, acumula ya más de dos millones de visitas en internet.

—Igual estoy chapado a la antigua —dice él encogiéndose de hombros—, pero las mejores mentes de mi generación solo piensan en cómo conseguir que la gente haga clic en los anuncios o en aumentar el número de visualizaciones de un vídeo absurdo como este. No te lo tomes a mal, Lúa, pero es una mierda.

Ella lo mira con atención.

—Además, a ninguno nos sobra el tiempo, ¿no crees? —continúa Gael después de unos segundos de silencio lentos, interminables—. Y es evidente que nuestros objetivos deberían ser otros; por ejemplo, terminar los estudios, hacer deporte, pasar más tiempo con las personas a las que más queremos o, por qué no, aprender a tocar el violín.

Ella siente una vergüenza pegajosa y gira la cabeza hacia la ventana.

Al otro lado del cristal, una nube negra de estorninos cambia de dirección en un quiebro imposible de ciento ochenta grados.

Lúa se levanta y da unos pasos hacia el fondo del despacho mientras piensa en que Gael y Greta han sido los únicos miembros del equipo que, desde el primer momento, han apoyado sin reservas

su idea de poner en marcha una campaña para concienciar sobre el uso seguro de las pilas de botón.

Y aunque todavía tardará varias semanas en definir un plan para financiar la campaña —incluida una línea de ayudas para las familias de niños como Sofía—, está convencida de que, en cuanto levante el teléfono, podrá contar con Gael.

Abre un armario y vuelve con un pequeño paquete envuelto en papel de estraza.

—No quería que te fueras sin darte esto —le dice al tiempo que se lo entrega.

De inmediato, él empieza a desenvolverlo con expresión de desconcierto. Su cara espolvoreada de pecas resplandece cuando se da cuenta de que se trata de la misma edición de los *Ensayos* de Montaigne que vio en una librería de viejo durante el viaje a Cannes.

La mira a los ojos, sin intención de apartar la mirada, y apenas acierta a darle las gracias.

—Supongo que debe de ser uno de esos libros con los que siempre tienes la sensación de estar aprendiendo —dice ella.

Gael pasa las páginas deprisa y luego observa con una sonrisa la dedicatoria de las primeras páginas. Después, Lúa lo invita a sentarse de nuevo y, a pesar de que es consciente de que él dejará la agencia en cuestión de días, dedica la siguiente media hora a revisar su porfolio, explicarle todo lo que tiene valor y las posibilidades que ella ve en su trabajo.

—Por si no funciona lo de la carpintería —le dice sonriendo.

Al cabo de un rato, cuando él se marcha, se da cuenta de que ha dejado la bolsa de Pull & Bear que traía sobre el sillón de cuero de su escritorio. Entreabre el papel arrugado para echar un vistazo y los ojos se le humedecen al descubrir la camiseta negra de los Sex

Pistols que Gael llevaba en el avión, con la bandera británica de fondo y el mensaje «No One is Innocent» impreso en letras blancas.

En las siguientes reuniones y videoconferencias de la mañana, mientras los demás discuten sobre publicidad programática y publicidad nativa, Google AdWords, pre-rolls de YouTube, tuits patrocinados por Twitter y otros mil detalles insustanciales más, no acierta a encontrar las palabras y tiene la sensación de que los diálogos, las polémicas y las luchas de poder tan habituales en su día a día tienen lugar en otro mundo al que ha dejado de pertenecer.

Como si hubiera cruzado una línea, piensa, y no pudiera regresar.

Intenta no pensar en la intrascendencia de un trabajo al que se ha entregado en cuerpo y alma durante los mejores años de su vida y, por algún motivo, le viene a la cabeza una reflexión de Don Draper en la serie *Mad Men* que acaba de recordarle Gael poco antes de marcharse: «La publicidad se basa en una única cosa: la felicidad. Pero ¿qué es la felicidad? La felicidad es solo un momento antes de que quieras más felicidad».

Mientras escucha las discusiones del equipo, el tiempo parece transcurrir en círculos más que en un orden cronológico. En algunos momentos le zumban los oídos y empieza a dolerle la cabeza. Hay cierta viscosidad, algo denso en el ambiente que lo ralentiza todo. Se fija en las caras de sus colaboradores, en cómo mueven la boca. Pierde el hilo de la conversación, no tiene ganas de hablar ni tampoco mucho que decir.

Se pregunta si han pasado solo días o más de cien años desde el accidente.

Lleva horas sin consultar las noticias, con la certeza secreta de que el caso está cerrado.

No hay pistas, ni testigos, ni tampoco imágenes con la suficiente resolución ni el más mínimo indicio.

Ya no hay nada que temer, se recuerda.

Nadie al acecho.

Y, sin embargo, esa piedra en el estómago.

No entiende por qué no es capaz de sentir alivio.

En varios momentos deja de oír a los clientes y colaboradores y se da cuenta de que su cabeza está en otra cosa. Entorna los ojos mientras trata de visualizar qué forma podría adoptar su futuro. Y se imagina fundando su propia empresa con Greta y con Gael, quizás una pequeña agencia sin pretensiones, y, por primera vez en muchos años, no está irritada ni siente ansiedad por tener éxito.

Según pasan los minutos, se sorprende a sí misma fantaseando con la idea de un recorte de prensa en el que se anuncia su salida de la compañía: «Lúa Cruz termina una relación de más de quince años con ShackelCom, donde comenzó como ejecutiva de cuentas; su visión estratégica y su talento creativo la llevaron en pocos años hacia la Dirección General Creativa, convirtiéndose en la primera mujer española en alcanzar esa posición. Greta Leal, directora creativa ejecutiva y compañera de Lúa desde sus inicios, con quien ha compartido el gran desafío de convertir a ShackelCom en una de las agencias más premiadas del sector, también abandona la compañía. Juntas han creado algunas de las campañas más memorables de nuestro país para clientes como...».

—¿Sigues ahí, Lúa? —escucha de pronto al otro lado de la pantalla.

Dedica el resto de la mañana a hacer varias búsquedas en internet, ignorando los mensajes y las llamadas que se acumulan en el

contestador y en la bandeja de entrada del correo electrónico. Sin saber muy bien por qué, trata de averiguar a cuánto podría ascender la indemnización para la familia de Laura, al no haber sido identificado el responsable del accidente. Repite varias veces el nombre de Laura, y se da cuenta de que es casi la primera vez que es capaz de llamarla por su nombre.

Luego salta de una web a otra consultando noticias y artículos de despachos de abogados, en los que descubre que existe un Fondo de Garantía de Accidentes de Tráfico y que la indemnización podría situarse en una horquilla entre los setenta y los ciento cincuenta mil euros. Aun así, continúa leyendo, el proceso suele demorarse entre uno y dos años, debido a los trámites burocráticos y a la lenta evaluación de cada caso, más complicada al no haber aparecido el culpable.

Se reclina en el sillón de cuero y siente un aguijonazo en el vientre al preguntarse qué harían el marido y los padres de Laura si alguna vez se encontrasen con ella frente a frente. ¿Podrían hacerle preguntas? ¿La entenderían? ¿Serían capaces de perdonarla alguna vez? ¿Podrían soportar verla sin lanzarse a agredirla? No sabe cómo reaccionarían, pero, si de algo está segura es de que la falta de respuestas y el dolor de la ignorancia les destruye toda posibilidad de cerrar el duelo.

Por alguna razón piensa en el hijo de Laura, que tiene la misma edad que Martín, y después piensa en Sofía, a la que todos se empeñan en seguir llamando «la niña de la pila», y en las múltiples necesidades económicas —operaciones y tratamientos, especialistas, consultas médicas— a las que deberá hacer frente su familia a partir de ahora.

Y, de nuevo, piensa en su colección de Birkin.

De regreso a casa en medio del humo y las bocinas de los coches, observa desde el retrovisor cómo se aleja de todo: las bocas de metro, los edificios grises y las calles oscurecidas por la lluvia. Conduce por avenidas con el mismo nombre, el mismo recorrido de cada día, pero ya nada es igual.

Se sitúa en el carril derecho, cambia de marcha y sigue la corriente del tráfico mientras desliza la mirada, sin detenerse, hacia los turistas, los repartidores y los hombres con traje que acuden a sus citas.

Al pasar junto a un hipermercado se queda mirando a la mujer que deambula entre los coches del aparcamiento exterior. Tiene el pelo enmarañado, la sonrisa sin varios dientes y una gabardina mugrienta. Su cara se parece, en realidad, a cualquier otra que haya visto muchas veces. O quizás no, piensa. Habla sola y lleva los zapatos de tacón en una mano mientras, con la otra, abraza una bolsa de papel de la que sobresale el cuello de una botella de vodka.

Los cuerpos y rostros fugaces que pasan a su lado enseguida se apartan. Caminan unos pasos y luego se dan la vuelta y murmuran entre ellos, como si pensaran: «Pobre mujer, a lo que puede llegar uno».

Por un momento Lúa se acuerda de su madre: en una ocasión, cuando era niña, le preguntó por qué no dejaba de beber, y ella le dijo que no podía, y también que, a veces, cuando el mundo pesaba demasiado, era más fácil esconderse en el fondo de un vaso y anestesiar el dolor.

Sigue con la mirada a la mujer hasta que la pierde de vista tras una hilera de contenedores de basura.

No puede dejar de pensar qué ocurrió y en qué momento se decidió su suerte.

Cuando vuelve a casa todo es caos y hay montones de cajas, trastos y cachivaches arrimados a las paredes; multitud de herramientas y cables por el suelo; algunos muebles y estanterías de caoba desmontados; un espejo antiguo envuelto en plástico de burbujas. Sobre la mesa del despacho, junto a la lámpara, tiene una copia del discurso con el que Leo Burnett hizo historia retando a los empleados de la compañía a quitar su nombre de la puerta el día que pasasen más tiempo intentando ganar dinero y menos tiempo haciendo publicidad. Ha subrayado una sola línea en el papel: «El elemento más poderoso de la publicidad es la verdad».

Casi sin darse cuenta, comienza a despejar la mesa, a cambiar las cosas de sitio y apilar el viejo desorden en nuevos montones, mientras espera alguna idea de qué hacer consigo misma.

Se descalza y, acto seguido, empieza a revolver deprisa entre las cajas de la mudanza que se amontonan en el despacho hasta que encuentra la vieja Nikon profesional que retiraron de la agencia hace meses, cuando compraron las cámaras nuevas. Limpia las lentes, prepara un par de focos y corre hasta el vestidor y apila su colección de Birkin en varios montones en el suelo, y después los lleva, en equilibrio inestable, hasta una de las mesas auxiliares del salón.

Abre las cortinas para que entre la luz y pasa más de una hora realizando fotografías de los bolsos desde todos los ángulos posibles. Fotografía el frontal, los laterales y la base; la solapa de cuero, los herrajes, la piel granulada y los pespuntes de guarnicionero; también el número de serie, las dobles asas, el forro interior y los diversos compartimentos y cremalleras. Después busca las fundas guardapolvos de Hermès y los certificados de autenticidad de cada Birkin y, a continuación, enciende el ordenador y crea una cuenta en

una plataforma de moda especializada en la compra y venta de bolsos de lujo de segunda mano.

Sube a la web las mejores tomas y, apenas quince minutos más tarde, recibe la primera oferta.

Vuelve a guardar deprisa los bolsos en el vestidor y, al mirar la hora, se da cuenta de que no lleva puesto el reloj de su padre.

Sin embargo, por primera vez, no le pesa el correr del tiempo.

Al cabo de un rato le pide a Minerva que la ayude a despejar el despacho y terminar las cajas para la mudanza. Todavía tienen alrededor de dos horas, calcula, hasta que Claude vuelva con Martín del entrenamiento. Solo piensa en recoger, limpiar, acabar con el desorden y hacer sitio para aquello que Goethe pedía en su lecho de muerte: «Más luz».

Minerva tararea mientras tiran en bolsas de basura pequeños montones de su vida: bocetos arrugados de campañas pasadas, lápices sin punta y bolígrafos que no escriben, un par de tijeras oxidadas y una grapadora sin grapas, cuadernos a medio usar y libros de gurús del marketing y de la creatividad con manchas de café en la cubierta, altavoces y auriculares que no funcionan, agendas vacías de años anteriores, pilas sueltas mezcladas con pilas nuevas, servilletas llenas de garabatos, tickets de taxi con los números borrosos y un montón de cables enredados, llaveros promocionales, tarjetas de visita, una carpeta llena de extractos del banco.

En una esquina de la mesa, va apartando algunas fotografías y recuerdos: entradas a conciertos, mapas, recortes de periódico, postales, notas escritas a mano, un ramillete de pulseras de la amistad. Lo guarda todo con cuidado en una pequeña caja de metal, como si fuera una cápsula del tiempo.

Cuando empieza a oscurecer continúan recogiendo en el salón y después en el dormitorio de Martín. Llenan más bolsas de basura de trastos y cosas inservibles que Minerva se encarga de llevar al punto limpio, y también decenas de cajas con ropa y con libros para organizaciones benéficas y bibliotecas de personas sin hogar.

Casi dos horas más tarde, Lúa se recoge los mechones sueltos del pelo y mira alrededor exhausta.

Aparte de los recuerdos que ha ido guardando para Greta en la caja de metal, tan solo ha rescatado una pequeña piedra volcánica con forma de corazón que le regaló Martín durante unas vacaciones en la isla de La Palma, algunas fotografías antiguas y también el reloj de su padre, olvidado al fondo de un cajón del escritorio y con el cristal de la esfera partido en dos. Besa la piedra y se la guarda en el bolsillo y, después, vuelve a ponerse el reloj, que le baila en la muñeca.

Luego sostiene entre los dedos la fotografía de su madre.

Recuerda que, cuando era niña, cada noche dejaba preparado su uniforme del colegio —las medias encima de los zapatos, la falda y la camisa, sin una sola arruga, sobre el respaldo de la silla y la mochila organizada al detalle—. Y, más tarde, se tapaba los oídos y permanecía quieta y con los ojos muy abiertos mientras oía el lamento entrecortado de su madre, que la llamaba sin tregua desde el dormitorio: «Hija, hija, hija». Y ella solo esperaba en silencio a que pasara el tiempo, a que pasaran los días y las cosas, de algún modo, terminaran por mejorar.

Se sienta y se inclina hacia delante, abrazando su antiguo desamparo, y según se suceden los minutos, se da cuenta de que creció sintiéndose culpable y respondió generando una autoexigencia para ser la hija perfecta. Una hija que limpiaba la cocina de vasos de vino rotos cada vez que sus padres se enzarzaban en una pelea de

borrachos. A la mañana siguiente, todo estaba limpio, como si no hubiera pasado nada. No había alcohol, ni regueros de sangre, ni tampoco botellas de ginebra vacías ni el mínimo rastro de lo que había ocurrido la noche anterior. Recogía todo aquel desastre con sus pequeñas manos y sin decir nada a nadie para que la vida siguiera su curso y la familia, pese a todo, continuase anudada.

Solo era una niña, piensa, pero en alguna parte de su mente empezó a sentirse responsable de sus padres.

Guarda la fotografía y, al cabo de un rato, sale del despacho cargada con varias bolsas repletas de papeles para reciclar, y, mientras camina hacia la entrada para que Minerva las saque fuera, se le cae al suelo la carpeta llena de extractos del banco. Cuando se agacha para recogerla se da cuenta de que, junto a una de las cajas que se apilan en el pasillo, hay una hoja amarillenta doblada varias veces.

Se acuclilla y la desdobla con cuidado.

Es un extracto bancario de una entidad extranjera que, a primera vista, no reconoce.

Se acuerda de pronto de la Visa Infinite de Credit Suisse que encontró días atrás y arruga la frente.

Lo revisa de pie, bajo la luz demasiado blanca del techo, y a mitad de la primera página siente un ligero mareo que la obliga a apoyarse en la pared. Hay préstamos personales que desconocía. Dos líneas de crédito abiertas hace meses; una de ellas, a su nombre. Transferencias periódicas a cuentas nunca mencionadas. Varias tarjetas y seguros vinculados cuya existencia ignoraba. Intereses aumentando sin control.

Cada movimiento, piensa, lleva su nombre y confirma lo que no quiere creer.

33

Al día siguiente se levanta más tarde de lo habitual y aplaza la reunión que tenía agendada a primera hora de la mañana. En el móvil tiene varios mensajes de Greta que no había visto; en uno de ellos le dice a quemarropa que, en el último momento, ha decidido cancelar la cita en la clínica abortiva.

Lúa se frota los ojos y parpadea varias veces, como si no pudiera creer lo que está leyendo. Siente la urgencia de llamar a Greta por teléfono, pero enseguida se da cuenta de que, en realidad, no sabe cómo proceder ni qué decir.

«Asegúrate de no tener dudas —le habría dicho, con absoluta convicción, hace solo unos días—. Porque no podrás dormir, ver una película, planear viajes a otros países, ni siquiera ir una mañana de sábado de compras, pasear sin restricciones o salir cualquier noche a tomar una copa.»

Incluso habría sido capaz de ir aún más lejos diciéndole, sin ningún escrúpulo, algo como: «Cuidar niños es una tarea tediosa y extenuante, y, además, sin ningún tipo de reconocimiento. Aísla a las madres y las expulsa del mundo de los adultos, por no hablar de que, en multitud de ocasiones, ese pequeño ser por el que te dejas la piel acabará siendo la persona más desagradecida y grosera que jamás hayas conocido».

Sin embargo, en cuanto se calma un poco y asimila la noticia, al menos en parte, piensa en Greta y siente la necesidad de verla. Y

aunque es un día complicado en la agencia y las dos deberían estar trabajando, se toma la mañana libre y prepara un paquete con algunos de los libros que leyó durante el embarazo de Martín; el pañuelo de seda que se olvidó Greta en el coche después de la última cena con clientes y también la pequeña caja de metal y una tarrina de helado de Ben & Jerry's del tamaño más grande que encuentra.

Se despide de Minerva y, antes de salir, deja una nota a Claude sobre la almohada, como solían hacer antes, para decirle que volverá a tiempo para la cena. Apenas unos minutos más tarde baja al garaje y descubre que la pequeña grieta del parabrisas ha vuelto a expandirse, una fina línea que serpentea por el cristal casi partiéndolo en dos, como si fuera una cicatriz que atraviesa de lado a lado la luna delantera.

Trata de mentalizarse de que tiene que conducir hasta el apartamento de Greta, un pequeño ático de dos dormitorios en el barrio de Chamberí. Pero como cada vez que entra en el coche, la saliva se le espesa y el corazón le late muy deprisa. Y, por momentos, vuelve a ser una niña reventando de silencios mientras espera el castigo en un rincón.

Cuando arranca y pisa el acelerador, intenta no pensar en sangre. Intenta no oír el chirrido de los neumáticos sobre el asfalto mojado. Intenta borrar de su mente a la única mujer directiva del Comité de Dirección de ShackelCom, que acaba de ingresar en una planta de Psiquiatría con cortes en las muñecas. Y, sobre todo, intenta olvidar que, desde que ocurrió el accidente, también ella es incapaz de dormir, de concentrarse o de sostener una copa sin temor a derramarla.

Toma aire, como si su cuerpo hubiera estado conteniendo la respiración durante mucho tiempo.

Luego, según van pasando los minutos, el pulso empieza a ralentizarse.

Pero cuando mira hacia delante, tiene la sensación de que la grieta está a punto de resquebrajarse por completo y de que el cristal no aguantará mucho más.

Una lluvia fina resbala sobre la luna delantera y, cada tres o cuatro segundos, se enciende el limpiaparabrisas. Al cabo de un rato, al atravesar la Castellana a la altura de Juan Bravo, un miedo agudo le contrae de nuevo los músculos del estómago cuando se da cuenta de que han desaparecido la mayoría de los árboles que tenían pintada una equis de color púrpura en el tronco justo antes del accidente.

«Era un aviso de tala», piensa.

A lo largo del bulevar se suceden los tocones, con sus anillos concéntricos ennegrecidos por la lluvia, como heridas abiertas.

Deja el coche en un aparcamiento cercano y, en cuanto apaga el motor, hace una búsqueda en el móvil y averigua que, según los técnicos del ayuntamiento, los árboles suponían un riesgo «por el avanzado estado de pudrición en el que se encontraban». Al parecer tenían un hongo colonizador de la madera que se transmitía de un ejemplar a otro y los debilitaba de forma progresiva.

Se queda sentada con los ojos cerrados hasta que la vena de la sien deja de palpitar.

Luego sale del coche y camina hasta el edificio de Greta, cabizbaja y ensimismada, mientras observa las pequeñas plantas que se abren camino entre las grietas de las aceras. Cuando levanta la vista, una ráfaga de viento hace que los postigos de metal del primer piso choquen con estrépito contra el marco de una ventana. Enseguida entra en el portal, sube deprisa por las escaleras y, un segundo

antes de llamar al timbre, aparece Greta, con los ojos llorosos y un lápiz clavado en un moño casi deshecho.

Lúa la abraza en silencio.

Ni siquiera acierta a decir nada.

A fin de cuentas, piensa, quién es ella para dar consejos a nadie.

«Voy a tener un bebé», escucha decir a Greta en voz baja, y unas veces llora y otras se ríe, todo casi a la vez.

—Tal vez me equivoque —añade con un hilo de voz—, y nunca pensé que diría algo así, ¿sabes?, pero no quiero que el hecho de no haber tenido hijos se convierta en la pena más intolerable de toda mi vida.

Se suena la nariz y, a continuación, se pregunta qué clase de madre va a ser si ni siquiera sabe cuidar de ella misma.

—Nadie te prepara para algo así —dice.

Lúa la escucha y asiente con monosílabos mientras Greta habla y habla sin parar sobre los primeros síntomas del embarazo, el miedo al parto y todas esas cosas que, según ella, odia de la maternidad, y mezcla en un monólogo sin pies ni cabeza: los piojos, las bronquiolitis y los grupos de WhatsApp de madres; las migas de pan en el asiento del coche; los botones colgando y las manchas de tomate en la camiseta. Dice que no soporta a Peppa Pig; los mocos en invierno y los pañales en verano; las manos pringosas, los chichones, los pucheros, las noches sin dormir y el bolso lleno de *por-si-acasos*.

—¿Cómo se supone que se las arreglan todas las demás madres? —dice Greta con una sonrisa que enseguida se vuelve mueca.

Se sientan juntas en el sofá de piel del salón, junto a la ventana que da a la terraza. Lúa le entrega la bolsa de papel con los libros, el pañuelo, la pequeña caja de metal y el helado, y Greta sonríe de

nuevo y enseguida da unos pasos hasta la cocina, conectada al salón por una pequeña ventana con el marco de madera.

Lúa observa en silencio el desorden en el que se desenvuelve la vida cotidiana de Greta: hay platos con restos de comida, envoltorios de plástico y un secador con el cable enredado sobre la mesa, además de calcetines sueltos, un set de bandas elásticas y varias prendas de ropa esparcidas por el suelo.

Mientras Greta abre el helado y trae un par de cucharas, Lúa hojea los libros, con títulos como *¡Voy a ser mamá! ¿Y ahora, qué?*, y piensa en todas esas mujeres que se pasan la noche en vela consolando a esos seres diminutos a los que les duele la tripa o que quizás piensan que hay un monstruo escondido debajo de la cama; esas madres que se convierten en expertas en limpiar todo tipo de desastres en la oscuridad, como faros en medio de un naufragio; que protegen, escuchan, abrazan, enseñan y cuidan, y después se van a trabajar con el resto del mundo, y atienden llamadas telefónicas y envían correos, organizan calendarios y acuden a comidas de trabajo como si nada hubiera ocurrido.

Por un momento piensa en Martín y se da cuenta de que, al contrario de lo que creía hace años, la maternidad es mucho más que lo que pierdes o dejas atrás. Y en el fondo, se dice, quizás haya más nobleza en cambiar pañales o conseguir mantener la calma ante una rabieta infantil que en pretender seguir ascendiendo, en una carrera hacia ninguna parte, o dejarse la piel por mantenerse joven y delgada.

Al cabo de media hora, Greta sigue hablando, locuaz, hasta que abre la pequeña caja de metal que le ha llevado Lúa, rebosante de fotografías y recuerdos de las dos: entradas a conciertos y billetes de avión, el diario de viaje que escribieron juntas durante años,

recortes de periódicos, imanes y postales, notas escritas a mano, el ramillete de pulseras de la amistad que compraron en Praga.

Luego, en el fondo de la caja, aparece un par de diminutos patucos de bebé que, hace años, tejió Minerva para Martín.

—Me encanta que sean azules —dice Greta con los ojos húmedos y las pestañas separadas—. Porque seguro que va a ser niña, ¿sabes?

Lúa sonríe y solo se permite decir:

—Todo va a salir bien.

Ha empezado a tomar tres pastillas por la noche, en lugar de dos, después de revisar de forma minuciosa las cuentas familiares y descubrir que Claude lleva años ocultando transacciones, manipulando balances y enmascarando gastos.

Rodeada de una montaña de carpetas y ficheros llenos de extractos bancarios y documentos de préstamo, se da cuenta de que las deudas personales de su marido están siendo cubiertas a través de los fondos familiares y de una red de transferencias que no solo resulta complicada, sino casi imposible de rastrear por alguien sin formación en finanzas.

Durante años, ella ha estado al margen y ha dejado que él tomase todas las decisiones. Sin embargo, es consciente de que, si se revelasen por completo las numerosas deudas ocultas y falsificaciones de cuentas, ambos podrían enfrentarse a acciones legales por fraude y evasión fiscal.

Ninguno de ellos puede dar un paso atrás sin arrastrar al otro, se dice.

—Estamos atrapados —le ha dicho a Claude en cuanto él ha vuelto de la oficina, con voz serena y sin perder los nervios—. Los

dos.

Pese a todo, no ha sido capaz de reprocharle nada.

Ha pasado demasiados años sin querer ver la realidad, se dice.

Y, además, quién es ella para juzgarle.

Por un momento piensa en todos los detalles que, durante tanto tiempo, ha preferido no ver. La forma, a veces compulsiva, en la que Claude consultaba sus aplicaciones de bolsa y de inversión; las facturas que acumulaba sin abrir; los pagos en efectivo y todos los regalos y caprichos innecesarios; los extractos de la tarjeta de crédito y la cuenta corriente conjunta que ella nunca se molestó en revisar.

Después de informarle con rigor sobre su situación financiera, él ha tratado de justificarse.

—No quería preocuparte —ha dicho—. Intenté contártelo, pero nunca encontraba el momento.

Y también:

—Todavía puedo arreglarlo. Sabes que nunca hago nada sin pensar en ti.

Pero esta vez ha sido ella quien no le ha permitido continuar:

—Ya basta —le ha dicho con determinación—. No quiero más mentiras.

Ni siquiera ha sido necesario discutir nada. Los dos son dolorosamente conscientes, sobre todo Claude, de que la única opción viable que les queda es vender la casa nueva para saldar deudas y empezar de cero. Ahora más que nunca, no pueden perjudicarse el uno al otro. Necesitan protegerse del resto del mundo, y no tienen otra escapatoria posible.

Revisan juntos los extractos bancarios, uno por uno, durante horas. Y enseguida Lúa se da cuenta de que cada número y cada fecha de vencimiento confirman la gravedad de la situación: liquidez

casi nula y deudas a corto plazo por encima del efectivo disponible; tarjetas de crédito al límite, con intereses acumulándose mucho más rápido que los ingresos; préstamos, con tasas variables, venciendo en cascada y sin colchón para refinanciar; flujo de caja en negativo, mes tras mes, y avisos de bancos y acreedores amontonándose sobre la mesa.

Lúa tiene la impresión de que, poco a poco, los dos se están encerrando en un cuarto sin ventanas. Y, sin embargo, cuando Claude le ha dicho, casi en un susurro: «¿Y si confesamos?», ella le ha respondido: «No podemos. Sería nuestro fin».

A pesar de las pastillas, Lúa se siente a menudo aprensiva, hasta el punto de que, muchas veces, se le olvida respirar cuando piensa en la irrevocabilidad de todo lo que ha sucedido. Y, luego, cuando se acuerda de que tiene que seguir respirando, coge bocanadas de aire que le abrasan la garganta.

«Cuando no sepas qué hacer, para.»

«Cuando no sepas adónde ir, para.»

«Cuando no sepas por dónde empezar, solo respira», le repite Claude cada vez que se despierta en mitad de la noche, aterrada y cubierta de sudor.

Y ella cierra los ojos.

Tiene un secreto que le gustaría gritar a cada rato.

Pero le ha prometido a Claude que, sin importar lo que ocurra, jamás le contará nada a nadie.

—Todo es agua pasada —susurra él.

Lúa baja la cabeza, exhausta por fingir una normalidad que no existe, y se acurruca en el arco del brazo de Claude.

—No hay por qué preocuparse —dice él en voz baja—. Estamos juntos en esto.

«Pase lo que pase», le repite cada día.

En ocasiones, Claude le habla sobre los juncos, que soportan las inclemencias y el desgaste del tiempo: el sol ardiente, los vientos, las tormentas. Y entonces se doblan, le explica, pero sin llegar nunca a romperse.

Ella asiente en silencio, tumbada en la oscuridad, mientras se repite a sí misma que tiene que seguir adelante con su vida y, en algún momento, volver a ser esa Lúa fuerte, enérgica, ambiciosa, infatigable.

Pero en la calle el ruido del tráfico le recuerda a cada segundo algo de lo que no quiere acordarse. Y entonces su cerebro vuelve a acelerarse pensando, removiendo: una bufanda que se tiñe de negro bajo la lluvia, transcripciones de escuchas telefónicas, sirenas y luces giratorias, restos de sangre, informes de pesquisas policiales.

Algunas veces tiene la sensación de que su historia secreta en realidad pertenece a otra mujer, en la que apenas se reconoce.

Y entonces se convence a sí misma de que la investigación está cerrada.

Más allá de eso, no hay nada de lo que preocuparse.

Aun así, no siente alivio.

Algo en ella no funciona, piensa.

Claude la abraza y le levanta la barbilla. Los dos se escrutan con la mirada, sin necesidad de palabras, y el silencio en torno a ellos se vuelve irreal. De alguna forma, se revelan sus sentimientos como nunca antes. Su ambición y su egoísmo y su lealtad. El modo en que se han amado y traicionado el uno al otro a lo largo de los años.

A pesar de todos sus defectos, piensa, los dos han decidido no rendirse, seguir juntos y sostenerse mutuamente.

Puede que su vida haya sido una montaña rusa en las últimas semanas, pero si de algo está segura es de que, a partir de ahora, ambos mantendrán su promesa de «proteger el amor hasta el final».

«Pase lo que pase», se repite.

Muchos años después, seguirá sin contar a nadie lo que hizo, llorando a solas y escondiendo su fragilidad. Los instantes de zozobra, aunque sean muchos, los vivirá en silencio, con entereza y determinación, y jamás se permitirá queja alguna sobre el castigo que le ha infligido el destino. Porque sabe que, quizás, habría podido salvar a Laura si hubiera hecho lo correcto. Pero no lo hizo, y ella murió.

Con todo, es mejor no pensarlo mucho.

Tomarse otra pastilla hasta que se duerma el dolor y evitar mirar de frente y a los ojos su propio núcleo oscuro.

No tiene por qué descubrirlo nadie.

El recuerdo es suyo —una sombra que no se aparta, solo suya— y, a menos que ocurra algo, se lo llevará con ella a la tumba.

—¿Puedo pasar? —le pregunta Greta, desde el umbral de la puerta, con un par de cafés en la mano.

Lúa suelta el aire despacio antes de responder, como si necesitara reunir fuerzas.

—Perdóname, pero no me siento muy sociable esta mañana —dice.

—Te lo he pedido descafeinado —responde Greta con una sonrisa cauta.

Lúa baja la mirada y continúa revisando algunos papeles y cuadernos. En el suelo hay un par de cajas de cartón abiertas con la

palabra FRÁGIL escrita en un lateral, y también varias carpetas apiladas con una precisión impropia de ella.

—Lo has ordenado todo —continúa Greta—. No parece el mismo despacho.

Mira a su alrededor y da unos pasos mullidos sobre la alfombra, como si no quisiera romper nada. Luego deja los cafés sobre la mesa recién despejada y se apoya en el borde del escritorio.

—He visto salir a Blackwell hace un rato —añade—. No parecía muy contento, ¿qué ha pasado?

—Nada —contesta Lúa sin mirarla—. Todo está bien.

Greta exhala el aire despacio y se cruza de brazos.

—Cuando las cosas van mal, ¿por qué tienes que ocultármelo siempre?

—No te preocupes —responde ella—. De verdad. No es nada.

—Nunca me cuentas lo que pasa —insiste Greta—. Si crees que algo me va a preocupar, te lo guardas.

Lúa permanece en silencio. Se acerca a la ventana y observa la ciudad desde el último piso de la Torre de Cristal. Las nubes bajas, pesadas. Y abajo, las calles húmedas y relucientes, los coches, los semáforos, las hileras de bombillas formando pequeñas ondas de luz en el cielo.

—Sigues sin decirme por qué has limpiado así todo esto —dice Greta.

Ella se lleva la mano al pecho. Siente una especie de velo en el aire que, poco a poco, lo invade todo y le quema los pulmones.

«Es lo único que me calma estos días», le gustaría decirle.

Pero de su boca no sale una sola palabra.

Y un instante después sus ojos se empañan al recordar las palabras que le ha dicho Theo Blackwell cuando le ha entregado,

hace apenas una hora, su carta de dimisión: «A menudo, el éxito es tan peligroso como el fracaso».

Y ella le ha respondido con voz calmada que «cuando parece que todo ha acabado, en realidad no ha hecho más que empezar».

De improviso, en una esquina del cielo, empieza a formarse un movimiento oscuro, casi líquido, que se ondula entre los edificios.

Greta se acerca a ella y la abraza por la espalda mientras susurra: «Me lo veía venir, ¿sabes?».

Al otro lado del cristal, una bandada de estorninos se estrecha en una mancha de tinta negra y, de pronto, gira y se expande en un movimiento perfecto, imposible.

—Mi abuela decía que daban suerte —añade Greta sonriendo.

Y un par de segundos después, los pájaros se disuelven en el aire, como si la ciudad los hubiera absorbido.

Lúa se despierta de madrugada y enciende la luz. Al igual que otras noches, ha vuelto a tener una pesadilla. Se levanta de la cama con palpitaciones en el pecho, y enseguida se da cuenta de que Claude no está. Aún persisten en su memoria las sombras de un mal sueño: alguien deslizaba un sobre por debajo de la puerta y, cuando lo abría, con un miedo difuso subiéndole por la boca del estómago, solo encontraba una foto. Era la calle en la que ocurrió el accidente. Y, en el reverso, una fecha escrita a mano: 12 de diciembre de 2012.

Por alguna razón, no deja de pensar en Víctor, el antiguo conserje. Justo antes de dormir, Claude ha mencionado que, hace años, gestionó inversiones que no funcionaron como él esperaba, y muchos clientes —Víctor entre ellos— perdieron casi todos sus ahorros.

Se inclina hacia delante y se cubre la cara con las manos.

Recuerda que, por un momento, le pareció ver al antiguo conserje cuando regresó al lugar del atropello. Y, desde entonces, ha vuelto a encontrarse con él al menos en un par de ocasiones. En la acera de enfrente al salir de la agencia. Esperando apoyado junto a la verja del garaje contiguo. Y luego está el todoterreno de juguete, con el faro roto, que le regaló a Martín hace apenas unos días. Siempre podría ser casualidad. Sin embargo, la última vez que se cruzaron, cuando ella se disponía a entrar en el garaje, él le sostuvo la mirada un segundo más de lo habitual.

Claude le ha dicho que, aunque las inversiones no resultaron como había previsto, el conserje jamás le reprochó nada. Nunca hizo preguntas. Siguió abriéndoles la puerta, comentando el tiempo o avisando de paquetes con esa cortesía neutra que no deja huella. Pero unas semanas después cambió de trabajo. Y, por pequeña que sea, existe la posibilidad de que él fuera testigo del accidente: la garita de seguridad estaba casi al lado y el coche estuvo detenido durante unos segundos antes de que ella pisara de nuevo el acelerador.

A veces piensa que era él; otras, que todo está en su mente. Y la duda es peor que una certeza. Porque si la reconoció y eligió el silencio, esa posibilidad seguirá suspendida de ahora en adelante sobre Claude y ella, como una deuda que nunca termina de pagarse.

Piensa en la posibilidad de confesar y recurrir a la policía, pero su mente rechaza de lleno la idea.

«¿Para qué?, ¿de qué serviría?», se repite.

Cuando el pulso se normaliza, da unos pasos hasta el baño y se moja la cara con agua fría. La herida que tiene en la frente se reblandece y vuelve a sangrar, como si se negara a cerrarse del todo.

Luego camina descalza por el pasillo sorteando muebles y libros apilados contra la pared.

Claude está sentado al piano, en la penumbra del salón, bajo la luz tibia de una farola que flota aislada en la calle.

Sus dedos se deslizan por el aire y acarician las teclas sin llegar a tocarlas.

Lúa se queda quieta mientras contempla el movimiento de las manos de Claude, con golpes ligeros y rápidos, seguidos de arrastres lentos y prolongados, que dibujan una melodía muda que lo envuelve por completo y solo él puede escuchar.

Un gran ramo de rosas rojas y un vaso de whisky se reflejan en la superficie brillante del Steinway, y Lúa se encoge por dentro al traer a la memoria cada tecla que, un día, Claude dejó de tocar.

Se sienta junto a él y apoya la cabeza en su hombro.

Claude sonríe y, por un momento, respiran al mismo ritmo.

Luego, ella repara en el cartel de SE VENDE que ha comprado Minerva para colgar en el portón de entrada de la casa nueva, y también en los zapatos de piel de Claude, alineados junto a la puerta y con restos de barro en los laterales y las suelas.

Al cabo de unos minutos, él le tiende la mano y ella espera unos segundos antes de tomarla. La alianza con el nudo infinito grabado en su interior lanza un destello en su dedo anular. Y en ese pequeño gesto, piensa, los dos se salvan —y al mismo tiempo se condenan—, en una especie de equilibrio torcido.

Mientras espera a que Martín vuelva del colegio, imagina por un instante cómo habrían sido las Navidades si nada hubiera cambiado:

«¿Quieres ver la sorpresa que tengo para ti, cariño?», le habría dicho nada más verlo. Lo imagina dejando deprisa la mochila sobre

la alfombra, y después caminando con los ojos vendados con un pañuelo de seda del que sobresalen los rizos negros mientras ella lo guía de la mano hasta su habitación.

«No puedes mirar aún», le diría.

Si nada hubiera sucedido, piensa, ella habría llenado todo el espacio de globos, confeti y regalos para él: un disfraz de Batman y varios puzles, un lego de Harry Potter de edición coleccionista, un robot inteligente, un mini-Lamborghini eléctrico de color rojo brillante con asientos de cuero y una placa con su nombre grabado.

«¿Estás listo, *mon titou*?», le habría susurrado un segundo antes de quitarle el pañuelo de los ojos.

Sin embargo, ahora imagina un final diferente. Cierra los ojos y solo ve a su hijo inmóvil y en silencio mientras ella no deja de hablar: «Tiene luces y está todo personalizado». «Lo encargué en Roma para ti.» «¿Estás contento, cariño?» Y, aunque Martín solo tiene seis años, piensa, su expresión al mirarla parece la de alguien mucho mayor. «¿No te gusta, mi vida?»

En su imaginación, el pecho de su hijo sube y baja, cada vez más deprisa, hasta que de pronto grita: «¡Cosas, cosas, no quiero cosas!». Y, de inmediato, rompe a llorar.

Es solo un pensamiento, y, a pesar de ello, Lúa siente un nudo en la garganta que se aprieta cada vez más.

Se pasa la mano varias veces por el pelo y, más tarde, cuando empieza a quitarse la ropa para darse una ducha antes de cenar, repara en el papel que asoma del pantalón.

> La Pâtisserie. Tarta personalizada.
> Fecha: 12 de diciembre de 2012.

Arruga entre los dedos el recibo y, enseguida, lo vuelve a abrir.

No sabe qué hacer con él.

Luego dobla el papel y vuelve a guardarlo, junto a la piedra de obsidiana que lleva siempre en el bolsillo.

Le pide a Minerva que la ayude con los últimos preparativos y, cuando Martín vuelve del colegio, ella le besa en el pelo y se lo lleva de la mano, entre las cajas de la mudanza, hasta el lugar en el que han improvisado una casa de cartón, con cojines en el suelo y un árbol de Navidad lleno de luces blancas que acaba de comprar en un mercadillo de camino a casa.

Se acurrucan en el interior, junto a Hércules y Babar, y sin apenas espacio para moverse. Martín le cuenta que han cantado villancicos en el colegio y han visto una obra de teatro, y también que había pizza y helado en el comedor, y, poco a poco, algo en ella empieza a calmarse.

—Siento mucho haberte pegado, cariño —le dice en voz baja.

Después posa la mano en el hombro de su hijo.

—Te prometo que nunca más volverá a ocurrir.

Martín baja la barbilla y empieza a hacer un dibujo con las manos llenas de hileras de rotuladores.

Y ella lo mira y piensa que, este año, ni siquiera ha podido comprar un regalo para él. Lo abraza por la espalda mientras recuerda los momentos en los que su madre, aunque en ocasiones fuera incapaz de seguir el ritmo de una conversación, se sentaba junto a ella en el sofá y las dos compartían el silencio. Y también se acuerda de todas las veces en que su padre la levantó en brazos después de un tropiezo. El brillo en la mirada cada vez que les preparaba la cena o volvía del colegio con las mejores notas del curso. O cuando su madre le decía: «Eres mi razón para seguir adelante».

En el fondo, se dice, no guarda rencor hacia sus padres. También ella se ha asomado al abismo de la adicción, incluso ahora, y poco a

poco empieza a sentir gratitud hacia ellos. Porque a pesar de todas sus imperfecciones, piensa, lograran criarla y, la mayor parte del tiempo, hacer que se sintiera querida.

Pero, si algo tiene claro, es que no quiere repetir el derrumbe.

Acomoda los cojines del suelo, bajo un techo de cartón, y piensa de nuevo en el momento en el que comenzó todo, a más de doscientos cuarenta metros de altura, en lo más alto de la Torre de Cristal.

La mejilla de Martín se apoya sobre su hombro y, por un segundo, el aire entra sin astillas. Hacen planes, medio abrazados, para el día siguiente; leen juntos algunos poemas de Gloria Fuertes y un cuento de Gianni Rodari; envuelven regalos para Minerva y para la abuela Claire; piensan en la noche de Reyes; se dan un beso ruidoso de buenas noches y, por primera vez, comparten el tiempo juntos y ella no mira el reloj.

Y enseguida se pregunta si, en el futuro, a todas las alegrías de su vida, por intensas que sean, las atravesará un hilo de dolor.

Por muchos años que pasen, está convencida, cada mañana se despertará pensando en lo que hizo, y con el mismo pensamiento se irá a la cama cada noche.

Puede que al día siguiente todo parezca igual que hace solo un par de semanas, piensa. Las calles y los comercios, el viento y las nubes seguirán siendo los mismos, y ella también parecerá la misma.

Pero, de algún modo, todo será diferente.

Martín la mira y le dice que le gusta su camiseta negra, con la bandera británica y el mensaje «No One is Innocent» impreso en letras blancas. Luego le enseña el dibujo que acaba de hacer. Ella ocupa más de la mitad de la página y lleva una falda de vuelo llena

de colores, mientras que él está en una esquina, solo trazos de color negro, apenas una figura sin rostro.

Lúa le acaricia el pelo y se promete a sí misma que, de ahora en adelante, hará todo cuanto esté en su mano para construir la familia que nunca tuvo.

Y, de improviso, el aire pesa un poco menos.

Unos minutos más tarde, Martín se levanta corriendo, y enseguida vuelve con un paquete para ella, envuelto en papel de regalo y con un gran lazo.

Cuando lo abre, Lúa descubre un cuaderno de rayas de colores. Lo abre y pasa las páginas despacio, aspirando su olor, y recuerda cómo de niña escribía historias sin dejar de imaginar que, en el futuro, nada la detendría.

Besa a Martín en la frente, y, tras preguntarle «si no lo tenían de color rojo», él le dice: «Es mejor si los tienes de más colores».

Y, con cada sonrisa de su hijo, ella olvida el final de su padre.

Se quita el reloj, recién llevado a reparar, y se lo ajusta a Martín en la muñeca. Demasiado grande todavía, pero la esfera, por primera vez, hacia fuera.

Luego, cuando él bosteza y está a punto de rendirse al sueño, Hércules apoya la cabeza sobre sus pies desnudos y, al cabo de un instante, Martín y ella se dan un abrazo que le duele tanto como las punzadas en la garganta. Los dedos de su hijo se entrelazan con los suyos, y después la mira con los ojos limpios y sin ápice de rencor.

Como si algún día, piensa, fuera posible el perdón.

Agradecimientos

John Cheever afirmaba que escribir se asemeja mucho a un beso. Es algo que no puedes hacer solo. Y *El aire quema* nunca habría existido sin la ayuda de muchas de las personas que han formado parte de este viaje.

Agradezco la confianza de la Escuela de Escritores, que concedió una beca a la novela cuando apenas era el germen de una historia.

Gracias a Juan Gómez Bárcena por su mirada crítica, su generosidad y su apoyo durante todo el proceso de escritura. A José Manuel Fajardo, Ignacio Ferrando y Alfonso Fernández Burgos, que me guiaron en los primeros pasos. Y, de forma particular, a Héctor Hernán, que me ha acompañado desde el primer borrador hasta la última frase.

Gracias también a los compañeros y amigos que leyeron el manuscrito y compartieron conmigo cafés, talleres, complicidad y lecturas; en especial, a Olga Bueno y Elena Correa.

A mi editora, Anna Soldevila, y a todo el equipo de Ediciones Destino —Silvia Gómez Rumayor, Juan Vera Sugrañes, María García Marco, Amanda Díaz Cobo, Paz Lorenzo Moreno, Naima Sabaté Téllez, Ian Pais Bernaus, Rosa Julve Brañas—, el mejor hogar literario que esta novela podía encontrar.

De igual modo, gracias a los autores y libros que han iluminado cada paso a lo largo de estos tres años de escritura, y a quienes

algún día abrirán estas páginas y harán suya la historia.

Por último, y de manera muy especial, gracias a mis padres, Iluminada y Adolfo, y a mi hermano Miguel. A Rocío y Cristina, por el entusiasmo. A mi compañero de vida, Ángel, y a nuestros tres hijos, Lucía, Carla y Diego. Gracias por ser mi lugar seguro, donde siempre quiero volver. Hacéis que quiera ser mejor cada día y lo sois todo para mí.

El aire quema
Mónica González Inés

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Mónica González Inés, 2026

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la cubierta: Lyn Randle / Trevillion Images

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-233-6992-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Cita
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

30
31
32
33
Agradecimientos
Créditos